

CONSIGUE
AL PADRE
.COM



ANNY PETERSON



→ ANNY PETERSON →

“Para mis hijas Noa y Zoe,
gracias por demostrarme hasta dónde
soy capaz de amar”



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Consiguealpadre.com

Copyright ©Anny Peterson, Primera edición febrero 2024

Diseño de la portada: @Lady_fuxia

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

Capítulo 1



Semana 1

El día que me enteré de que iba a ser madre, ni siquiera estaba embarazada.

Todo empezó en una playa, bebiendo un delicioso mojito de fresa mientras enterraba los pies en la arena.

«Esto es vida», pensé convencida. Pero no lo era. «La vida es lo que te sucede mientras te empeñas en hacer otros planes», ¿verdad, Lennon?

Siendo una perfeccionista maníaca del control, es algo que no ves venir, y menos si estás plácidamente tumbada en una hamaca para descansar de un año agotador y un torso masculino de ensueño se sitúa frente a ti para taparte el sol.

Bajé mis Versace para apreciar sus increíbles abdominales sin filtros polarizados. *Oh, là, là!*

La diversión terminó cuando llegué a su cara y maldije al descubrir que era el tío que anoche me invitó a una copa. *Next!*

¿Pero qué esperaba? No éramos ni treinta huéspedes en todo el *resort*, y ya eran muchos, teniendo en cuenta que la isla medía apenas trescientos metros de longitud.

Estaba en Maldivas, alojada en uno de los mil hoteles que prometen lujo por doquier y magníficos bungalós *overwater*, es decir, cabañitas rústicas sobre el agua. Todo muy top. Y yo no tenía la culpa de que un famoso modelo de Calvin Klein hubiera elegido el mismo que yo para descansar de la agonía de ser tan guapo.

—Buenos días, preciosa —susurró con media sonrisa—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca —contesté subiéndome las gafas de nuevo.

Sus ojos se perdieron por mi cuerpo como si ayer no lo hubiera magreado lo suficiente cuando lo invité a mi habitación.

—¿Te apetece comer conmigo, y más tarde, echarnos una siesta en mi cama?

Minipunto para él por ser directo y no hacerme perder el tiempo, no obstante...

—No te ofendas, cielo, pero lo que más me apetece hacer en el tiempo que me queda aquí es

fingir que no nos conocemos.

Sus cejas se alzaron con sorpresa.

—Por lo que a mí respecta, lo de anoche no ha pasado —zanjé.

—¿Cómo que no ha pasado...?

—Convéncete de que todo ha sido un *flash* porno nacido de la primera mirada que nos echamos, ¿vale?

—Pfff... eso me pone más cachondo todavía...

Sonreí sin poder evitarlo. Dios los cría (a los viciosos) y nosotros nos juntamos.

—Eso no significa que no vayamos a volver a acostarnos, pero no quiero tener que darte conversación ni dormir abrazados ni desearte los buenos días. ¿De acuerdo?

Ese era justo el momento en el que, en cualquier película que se precie, comenzaría a sonar *Respect* de Aretha Franklin mientras succionaba la pajita de mi cóctel con una indiferencia aplastante.

Y la gente, desde su sofá, pensaría: ¿Qué le pudo ocurrir a esta preciosa criatura en otra vida para que ahora trate a los hombres como objetos sexuales de usar y tirar?

¡Din, din, din! ¡Premio!

Pero antes de contaros mi trauma infantil con nombre propio, Preston Walker, quiero señalar que a muchos hombres mi actitud de zorra implacable les parece irresistible. Lejos de ofenderse al explicarles que para mí son solo un mero entretenimiento, lo comprenden, porque para la mayoría, nosotras somos lo mismo.

Por una vez, agradecen poder saltarse el manido y falso protocolo de la conquista para terminar consiguiendo lo mismo: un orgasmo bestial.

No me juzguéis. Me gano la vida creando preliminares para que otros se enamoren en mi fructífero negocio *ConsigueAltíto.com*; es lógico que en la vida real huya de ellos como de la peste. Pero también existe otro motivo. Y es que..., no siempre he sido esta «chica preciosa». Antes no tenía el cuerpo normativo perfectamente tonificado que tengo ahora ni usaba productos de belleza carísimos que ayudaban a realzarlo. Comía lo que me apetecía e iba por la vida luciendo el horrendo estilismo que a mi madre le parecía bien. Un ligero sobrepeso, unas gafas de oferta y unas lacerantes ganas de llamar la atención que no obtenía en casa, me convirtieron en un blanco fácil en el instituto.

Preston Walker era mi mundo y el de todas las de secundaria.

Estrella del equipo de fútbol, guapo, carismático, el paquete completo de chico popular. Tuve la suerte —o la desgracia— de que la profesora nos obligara a compartir varios trabajos conjuntos, tal vez pensando que yo nunca podría interesarle porque no era su tipo, pero Preston empezó a conocerme y nuestra complicidad fue innegable. Nos divertíamos juntos. Empezamos a escribirnos por el móvil hasta altas horas de la noche comentando películas, canciones y juegos que a los dos nos gustaban. ¿Cómo no iba a parecerme real aquel enamoramiento? ¿Cómo iba a imaginar que estaba siendo víctima de una apuesta que consistía en «robarle la virginidad a la rara» al más puro estilo *After*?

Decir que estaba flipada por él sería quedarse muy corta.

Mi sangre bullía con cada sonrisa secreta que me dedicaba cuando nadie miraba. Mi entrepierna era un jodido parque acuático cuando se humedecía los labios, y no tardé mucho en darle acceso para que se deslizara por mi tobogán principal...

Ni siquiera me dolió. Estaba tan enamorada y excitada.

Aquel día me dormí con un subidón épico que lo cambiaría todo para siempre, porque al día siguiente, tuve una sensación diametralmente opuesta en las aulas.

Todo el mundo felicitaba a Preston por lucir una sudadera con el logo de la hermandad universitaria más prestigiosa de Columbia. Él estuvo todo el día muy esquivo conmigo. Demasiado. Y las risitas de sus amigos al mirarme eran muy sospechosas. Al final, una de las novias de sus secuaces me contó que la hermandad le había puesto el reto de robarle la virginidad a la chica más impopular del instituto para admitirle entre sus filas. Y esa era yo. ¡Din, din, din!

La vergüenza me comió viva. La humillación me produjo una úlcera. ¡Preston me había utilizado y mentido a la cara! Pero lo peor vino cuando me enfrenté a él.

—¿De verdad te estás quejando? ¡Te he hecho un favor, Molly! Has cumplido el sueño de muchas tías.

Me quedé tan alucinada que me costó contestar algo coherente.

—Pero... ha sido todo mentira.

—No es que fuera mentira, ¡es que era imposible! ¿Has visto alguna vez a un chico como yo con una chica como tú?

No entendí la frase. ¿Cómo era yo?

Porque no solo era mi cuerpo o mi cara, ¡era mucho más! Era las risas espontáneas que brotaban de su boca por una conexión mágica, o la confianza que juró que jamás tendría con nadie que le hiciese sentir vulnerable.

—Eres un superficial de mierda —escupí furiosa.

—Soy realista —Levantó las cejas displicente.

—Me das tanto asco que voy a vomitar. ¡No te mereces nada...!

—Al revés. Me merezco la puta perfección. Y tú no lo eres, Molly. Eres maja, pero te falla el físico.

—¡Y a ti te falla el corazón! —grité dolida.

Empecé a hiperventilar. Mis intentos por no echarme a llorar fracasaron estrepitosamente cuando unas lágrimas ingobernables surcaron mi cara.

—El corazón, ya... —repitió él, indolente—. Déjame darte un consejo: coge esa cosa palpitante y llorona y guárdala en un frasco con formol porque nadie lo va a querer. La gente quiere algo tangible. Y tu personalidad mola, pero tu imagen deja mucho que desear. Lo sabes de sobra. Ahora no te hagas la tonta.

—No todos hemos nacido agraciados con tu genética —mascullé ahogándome en dolor.

—Otro error típico... ¿Crees que a mí me viene de serie todo lo que soy? ¡Si quisiera, podría pasar totalmente desapercibido! Peinado y vestido de otra manera nadie me miraría. Si me atiborrara de hidratos cada noche y me comprara un trombón en vez de lucirme en el deporte, ¡ni se dignarían a hablarme! Lo que soy no es suerte o destino, me lo he currado. Pero a la gente le revienta que sea la mejor versión de mí mismo y ellos no. ¿El tío popular del instituto no te quiere? ¿Acaso crees que te lo mereces, Molly?

Me quedé sin habla. Traumita al canto.

Inicialmente me dieron ganas de llorar sangre ante su complejo de Dios y su poca empatía conmigo, era un sociópata de manual que no discierne entre el bien y el mal e ignora los sentimientos de los demás, pero sus palabras consiguieron hacerme sentir culpable de lo que había pasado.

No es necesario aclarar que esa conversación me quitó el hambre de golpe, sumada al hecho de convertirme en el hazmerreír del insti.

Lo único bueno es que tenía a mi mejor amiga Max a mi lado, que seguía indignada por no haberse dado cuenta de todo el engaño.

—¡Yo me lo creí porque cualquiera que se molestase en conocerte caería fulminado a tus pies por tu forma de ser! Y por tu sonrisa contagiosa, tu piel, tu pelazo... ¡y mil cosas más! No sabía que estar esquelética fuera un requisito indispensable.

A partir de ahí, no es que me pusiera a dieta, es que comía poco porque no me entraba nada. Tenía un peso en el estómago que me hacía sentir llena. Llena de vergüenza, de pena y de rabia.

Tras el verano, cuando comenzó el curso siguiente, todo el mundo se quedó impresionado con mi cambio físico. Estaba tan fina, que incluso parecía más alta. Tenía el pelo más largo y convencí a mis padres para empezar a usar lentillas. Era un producto nuevo, y como buena publicista en ciernes, comencé a sacarme partido probando distintas campañas con diferentes estilismos.

Me divertía estudiar la respuesta emocional de la gente al verme.

Era manipulación pura y dura. Una que me hizo ser coronada como Reina del baile después de rechazar a un montón de pretendientes que aquel año besaban por donde pisaba.

¿Adivinad quién fue El Rey? El cotilleo estaba servido...

Cuando llegó el momento de bailar juntos, la mueca de suficiencia de Preston al rodear mi cintura talla S hizo que mi mala leche se disparara de golpe.

—Felicidades, Molly, estás increíble... Y por cierto, «DE NADA».

Le clavé los dedos en sus fornidos hombros de atleta consagrado.

—Sigo pensando que eres un cabrón egocéntrico y superficial... —Sonreí falsamente con disimulo.

—¿Y tú no? Has cambiado por todo lo que te dije. Y sin querer, me has dado la razón.

—Tenías razón en una cosa, sí —comencé irónica—. En que hay que intentar ser la mejor versión de uno mismo, pero tú no lo eres —dije desabrida—. A ti te falla mucho el interior, Preston, y eso es mucho más difícil de modificar.

—Pues no te costó nada enamorarte de mí por dentro...

—Hasta que descubrí que eras alguien sin escrúpulos ajeno al sufrimiento de los demás. No eres buena persona, ¿sabes? Puede que hagas buenos *touchdowns*, pero no te nace preocuparte por los demás.

—¿A quién ha ayudado eso nunca? —replicó chulesco.

—Tú crees que ese egoísmo no es algo visible, pero te equivocas... Esa parte de ti terminará saliendo a la luz tarde o temprano y alejarás a la gente que merece la pena de tu lado.

—¿Y cuándo será eso? ¿Antes o después de que arrase con todas las chicas guapas de la universidad y termine casado con Miss América? —Sonrió ladino.

—Engañaate todo lo que quieras, pero una chica genial no te soportará mucho tiempo. Al final, terminarás con alguien como tú, interesada e inmisericorde. Y nunca serás feliz.

Sonreí con su misma suficiencia y di una vuelta para volver a sus brazos, que ya no me sostenían con tanta prepotencia.

—Pero quiero darte las gracias por una cosa —continué zalamera.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir un gato en una ratonera. Gracias a ti he entendido lo básicos y manipulables que podéis llegar a ser los hombres.

—Engañaate con tu discurso feminista, pero el hombre seguirá mandando porque las tías sois seres emocionales, fáciles de engañar. Tú eres la prueba A.

—Y los tíos sois todos unos insensibles —repliqué con dureza—. Fáciles de sobornar. Me apuesto lo que quieras a que todavía puedo convencerte para terminar follando esta noche en la limusina que has alquilado... Sería épico, ¿no te parece? —dije mordiéndome el labio, sensual, y

acercándome más a él para acariciarle el pelo de la nuca.

Su talante chulesco flaqueó al sentir que se estaba empalmando.

—¿Eso... te gustaría?

Su timbre de voz tenía un punto de excitación.

Exploté de risa.

—¿Lo ves?! Pero no, gracias. No suelo repetir errores. Y tampoco fue nada memorable, ¿sabes?

Y casi nunca lo he hecho. Lo de repetir. Ni siquiera por fuerza mayor al verme atrapada en una isla minúscula del Índico. Más que nada, porque esa misma noche me vino el periodo y, sin saberlo, fue el primer día oficial de mi futuro embarazo. Lo sentí por Calvin Klein.

No importa. Puede decirse que este último año he alcanzado la culminación de mi venganza contra los guapos acostándome con la mitad de las portadas masculinas de la revista *Men's Health*. Y estoy un poco aburrida de los marichulos. Es más, hoy por hoy, desde que los vibradores son de seda y tienen efecto calor, los tíos tienen ya muy poco que ofrecerme.

Como iba diciendo, estando en aquella maravillosa isla, me enteré de que iba a ser madre.

En un momento dado, me fijé en una chica joven que se acercaba a la orilla de la piscina con un bebé. El pequeño no llegaría al año de edad, lo que significaba que viajaba gratis y, probablemente, a pensión completa del cuerpo de su madre. Caminaba a duras penas sostenido por sus manos y su sonrisa. La misma que el niño le devolvía al descubrir la agradable sensación del agua bajo sus pies.

BUAAA...

Yo no sé si existe realmente el instinto maternal o es solo un estímulo sociocultural; lo que os puedo jurar es que desde muy joven tengo una tendencia innata a morir de amor cuando veo un bebé, sea de la especie que sea, y me entran una ganas tremendas de cuidarlo y protegerlo.

¡Y mira que me gustan los tíos buenos, eh!, pero ninguno podría competir con una imagen tan tierna como esa. Es decir, un hombre me puede hacer gozar de lo lindo, llegando a lo más profundo de mi ser y evocando mi lado más salvaje. Que lo tengo y lo disfruto un montón. Pero a veces, se impone mi parte ñoña. Una que se regodea cuando capta el amor más puro, bonito e incondicional que existe: el de la terminal de Llegadas del aeropuerto de Heathrow al inicio de la película *Love Actually*. Es decir, amigos, familia... Algo perdurable.

Quizá lo ansíe tanto porque yo nunca lo he tenido. No de verdad. Mis padres eran muy estrictos y distantes conmigo (abracitos cero). Solo recuerdo sus incesantes peleas y sus críticas destructivas. Menos mal que a los dieciocho años me mudé a la universidad con Max y ya nunca volví a vivir con ellos. Eran el mal.

Tengo que aclarar que, aparte de mi mejor amiga y cofundadora de nuestra productiva empresa *ConsigueAlTío*, Max es como una hermana para mí.

Y hablando de la reina de Roma, mi móvil recibió su llamada mientras babeaba por ese bebé.

—¡Max! —contesté feliz.

—¡Hola! ¿Cómo te va por el paraíso?

—De fábula. Era justo lo que necesitaba después de un año brutal.

—Y que lo digas. Entre el trabajo que hemos tenido, preparar mi boda y el nacimiento de mi sobrino, a mí se me ha pasado el tiempo volando.

—Pues sí... Necesitábamos un Kit Kat urgentemente. Por eso me sorprende que me llares. ¿Ha pasado algo o es que no puedes vivir sin mí ni quince días? —dije con mofa.

—Un poco de las dos cosas... —confesó renqueante.

—¿Qué ha pasado? !

—Nada... Tranquila. Solo.... necesitaba oír tu voz.

—Max, no fastidies. Dime qué pasa...

—Es que... —flojeó—. ¡Prefiero decírtelo en persona!

—Me estás asustando —Me incorporé—. Te conozco. Si me has llamado es porque no puede esperar. ¡Dilo ya!

—Mierda... —masculló mi amiga—. ¡Te lo he dicho! —Se escuchó a Jackson de fondo—. Ahora tienes que contárselo...

—¿¡Pretendías que esperara cuatro días a que volviera?! —la oí contestarle—. ¡No podía guardar un secreto así por más tiempo!

—¿Max? ¿Qué secreto? —Me puse seria. El corazón comenzó a martillearme en el pecho. ¿Y si había muerto alguien? ¿Y si...?

—Mol... —la oí musitar.

—¿Qué ha pasado? —repetí preocupada—. Quiero saberlo. ¿Ha muerto alguien?

—¡No...! Es más bien... al contrario. Yo... estoy embarazada.

—¡¿QUÉ?!!

—Sííí... ¡Y no podía esperar más a contártelo!

—¡Madre mía, Max...! ¡¿Desde cuándo lo sabes?!

—¡Desde ayer! ¡Y no he pegado ojo en toda la noche!

Me reí nerviosamente. ¡Eran solo horas! Pero así éramos nosotras.

—¡ES MUY FUERTE! —exclamé entusiasmada.

—¡LO SÉÉÉ! Pero Molly..., de pronto, estoy muerta de miedo.

—¡¿Por qué?!

—¿Y si no le caigo bien? —dijo con aprensión.

—¡¿Cómo no vas a caerle bien?! ¡Eres su comida! ¡A todo el mundo le cae bien su comida!

Max empezó a reírse y yo también.

—Gracias... Necesitaba oír eso.

—¡Va a ser genial! —dije ilusionada.

No podía estar más emocionada por ella. ¡Por los dos! Me parecía un notición. Porque Jackson era un tío estupendo y siempre supe que estaban destinados a reproducirse. Encajaban tan bien...

—Estaré contando las horas hasta que regreses —añadió con desesperación, y me reí de nuevo.

—¡No te rías! ¡Te necesito, Molly! Eres mi Prozac. ¡Jackson no deja de decirme que nos saldrán trillizos, como mis hermanos! Te juro que me va a dar algo...

«¡Será cabrón!».

—Va a ser una aventura increíble —la animé—. Y me muero de ganas por vivirla a tu lado.

De pronto, tuve un epifanía. Dicen que un hijo te cambia la vida, pero en realidad, no deja de cambiarte en ningún momento. Todo es diferente a hace un mes, un día, una hora o un segundo. Y desde que supe que iba a ser tía, algo cambió dentro de mí. Ya era otra persona. Una que, al volver a mirar a ese bebé chapoteando feliz en el agua, sintió la llamada de su reloj biológico con más fuerza que nunca.

—Max... —balbuceé inquieta cuando la idea germinó en mi mente.

Llevaba más de diez años ayudando a mujeres a *Conseguir al tío* que querían, pero nunca había buscado uno para mí, porque sentía que no necesitaba a ningún hombre para ser feliz, en todo caso, buscaba a un *posible* padre para mis hijos. Alguien que encajara con mi singular modo de vida alternativo, pero era consciente de que eso era hartó difícil. Y hace tiempo, (cuando mi cuenta corriente empezó a llenarse de ceros para ser más exactos), decidí que, cuando quisiera

tener hijos, recurriría a la inseminación artificial y contrataría a una *au pair* que hablase chino y me ayudara con la crianza de mi vástago.

Ser madre es un deseo que siempre he tenido. Respeto totalmente a quien no quiera serlo, porque creo que cada uno debería disfrutar y exprimir cada minuto de su vida como más le satisfaga, pero yo siempre he sabido que no quería perderme esa experiencia vital.

Además, quería llevarla a cabo joven, por varios motivos.

El primero, la efímera elasticidad de mi cuerpo. El segundo, el aguante y la paciencia, que también van mermando con la edad, pero sobre todo, deseaba compartir más tiempo de vida con él o ella, cuando por fin fuera adulto. Y en un instante, la idea se hizo real.

—Acabo de tomar una decisión —solté sin más.

—¿CUÁL? —preguntó mi amiga aguantando la respiración. Max siempre ha tenido la capacidad de oír mis pensamientos. Es medio bruja.

Lo hemos hecho todo juntas desde el principio de los tiempos. El colegio. La universidad. La empresa... Y ahora...

—Yo también voy a tener un bebé.

Y así, sin más, me enteré de que iba a ser madre. La última que recibió una sorpresa similar fue la Virgen María...

CAPÍTULO 2



Semana 2

Consulto el móvil. Las siete y diez. ¿Dónde se ha metido Max?

Me molesta que cualquiera llegue tarde a una cita, pero si encima no va a terminar en revolcón porque resulta que la impresentable es mi hermana, me jode el doble.

Resoplo hastiado.

Sabe que el tiempo es oro y que a mí me preocupa más que a la mayoría perderlo, pero cuando la puerta del local se abre y Max aparece con una sonrisa radiante, mi crispación se esfuma. Es un efecto relativamente nuevo en mí.

De pequeño, mi pasatiempo favorito era torturarla junto con mis hermanos trillizos. Hicimos de su adolescencia un infierno y no dejamos de vacilarla ni cuando se convirtió en la empresaria de éxito que es hoy en día. Sin embargo, ahora que va a ser madre, no puedo evitar verla con otros ojos.

—¡Will! —Me saluda efusiva y sonrío embelesado. Pero solo hasta que veo que Molly viene con ella. «¡No, por favor...!».

Intento que mis ojos no trasluzcan mi incomodidad.

La adoro, no penséis mal, pero digamos que hace meses, en la boda de mi perfecta hermana, hubo un pequeño malentendido entre nosotros y..., por el modo en que evita mi mirada, no iba tan borracha como para olvidarlo.

Me levanto para abrazar a Max.

—Estás preciosa —le digo al oído—. El embarazo te sienta bien.

—¡Gracias! —responde emocionada.

Saludo a Molly, tragándome el bochorno de tener que volver a rozar su piel.

—Hola...

—Hola...

Ha sido rápido e indoloro. Todo bien.

—¿Qué es esto, una encerrona para que participe en alguna de vuestras movidas románticas?

—Me aventuro.

—¡Qué va! —niega Max risueña—, pero sí necesitamos que nos hagas un favor. Porfiii... —Pone morritos.

—Lo sabía...

—No tiene nada que ver con *ConsigueAlTío* —aclara Molly.

—¿Entonces de qué se trata?

—¿Qué tal si pedimos un café primero? —sugiere Max, ladina.

Sé lo que significa eso. Como buena psicóloga, tiene intención de preparar el terreno para que me sea imposible decirles que no a nada.

Pero no estoy preparado para escuchar lo que me cuentan.

—¿Y quieres que... yo sea el padre? —deduzco alucinado.

—¡¡NO!! —exclama Molly alterada—. ¡Solo quiero que me cueles en la clínica en la que trabajas de jefe de laboratorio!

—¡AH! ¡Joder, qué susto me has dado...! ¡Por un momento se me ha parado el corazón!

—¿Estás loco?! —espeta Molly—. ¡¿Cómo iba a pedirte eso?!

—¡Y yo qué sé! ¡Igual te molan mis genes!

—Llámame loca, pero prefiero a un tío que mida dos metros, trabaje en la NASA y tenga los ojos azules.

—De esos ya no nos quedan, solo de los chiflados y bajitos.

—¿Hablas de tu propia donación?

—¡Eh, que yo no soy bajo!

—Basta los dos —dice Max poniendo orden—. Hay una lista de espera de meses en cualquier clínica, Will. Por favor... No queremos tener que esperar tanto.

—A todo el mundo le hace la misma ilusión. Sería injusto colarla.

Mi hermana hace un puchero y Molly me mira como si sospechara que esto es una venganza por no poder llevármela a casa en la boda.

Me cago en todo... ¡Solo fue una maldita confusión!

Una posibilidad que duró un instante y luego se esfumó.

No me escondo. Para mí, Molly siempre ha sido la amiga maciza de mi hermana. Eso sí, de apellido, Intocable.

Mentiría si dijera que a los catorce, a los tres Williams no nos volvía locos la psicodélica curva de su cintura de avispa o su generosa delantera, pero pronto nos dejó claro que para ella solo éramos unos mocosos.

Jamás intenté nada, pero era imposible verla y no tirarle la caña.

—Por favor, Will... —suplica mi hermana. Y me sorprende que lo haga, porque a Max le cuesta pedir cualquier cosa. Es ella la que siempre da y da y da. Es más, me dejó mucho dinero para avanzar en mis estudios de investigación científica y todavía no he podido devolvérselo—. Nos encantaría estar embarazadas a la vez... ¡Podríamos vivirlo todo juntas! Depende de ti cumplir nuestro sueño...

Pongo los ojos en blanco. ¡Esto es chantaje emocional premium! Me gustaría hacerles el favor, pero ahora mismo mi futuro pende de un hilo y no puedo jugármela en el trabajo.

—Molly, ¿te lo has pensado bien? —intento disuadirla.

Ella me mira desafiante.

—¿Por qué? ¿Tengo pinta de no pensar bien las cosas?

Mis ojos van directos a su canalillo y me callo de qué tiene pinta.

Seguramente, del mejor sexo que alguien podría tener en su vida.

—Tú eres un alma libre —expongo—. Y todavía eres joven. ¿Te vas a pasar al bando de los aburridos y responsables? Esto te va a cambiar la vida, preciosa. ¿Y si luego te arrepientes? Me preocupa que solo sea un capricho...

Sus ojos centellean ante la indirecta velada de que es una *carpe diem* que no suele calibrar las consecuencias de sus acciones. Es decir, una copia exacta de mí.

Mi hermana se muerde los labios como siempre hace cuando digo una tontería de las mías, pero no creo que esté diciendo ninguna ahora.

Conozco a Molly. Todo el mundo la conoce. Es una mujer astuta, libertina y rica con el mundo a sus pies y una filosofía de vida que no encaja para nada con la de tener un hijo. De hecho, ¡va en contra de su religión! Y lo sé, porque también es la mía.

Si soy un crápula vicioso y disoluto es gracias a ella.

El día de mi graduación yo estaba hecho una mierda porque la chica que me gustaba no había querido acudir al baile conmigo. Molly notó que me pasaba algo y me siguió hasta la cocina tras las fotos de rigor en el salón. Estábamos en casa de mis padres. Ella nunca se perdía esos grandes momentos familiares.

—¿Te pasa algo? —preguntó perspicaz.

—No —contesté reacio a dar explicaciones.

—Es raro que no hayas soltado ninguna broma cuando a Ray se le ha visto el ciruelo por llevar la bragueta abierta. ¡¿A quién se le ocurre no ponerse calzoncillos en una noche como esta?! —Se rio.

Yo lo hice a duras penas.

—Te pasa algo —confirmó entonces—. Dime qué es. Quizá pueda ayudarte.

—No puedes. Nadie puede... Una chica me ha dado calabazas.

—No sé si lo sabes, pero tu hermana y yo estamos teniendo mucho éxito con nuestro consultorio sentimental en la universidad. ¡Así que dispara! ¿Qué ha pasado?

—Nada... Le pedí ir al baile y me dijo que ya iba con alguien. Es un cabeza hueca del equipo de fútbol. Puro músculo y sin cerebro.

—¿Y por qué crees que prefiere ir con él y no contigo?

Me encogí de hombros ante la dolorosa obviedad.

—No es nada personal, ¿sabes? —empezó ella—. Esa chica no está buscando un chico inteligente y sensible que la haga sentirse querida, lo que quiere es estrenarse sexualmente para no ser la típica virgen en la universidad, y para eso, esta noche necesita un tío fuerte y básico que le dé buena matraca...

—¡¿QUÉ HAS DICHO?! —Yo era un puñetero virgen.

—Y tú podrías haber sido ese tío. Solo debes dejar a un lado esos sentimientos grandilocuentes sobre besar a una chica especial esta noche y centrarte en lo que de verdad importa.

—¿Y qué es? —pregunté con avidez.

—Que todos somos especiales, Will... Puedes vivir sensaciones únicas y auténticas con cualquier chica esta noche. No renuncies a tu parte del pastel por fijarte expectativas irreales que solo te harán daño. Fíjate en las señales.

—¿Qué señales?

En ese momento sentí que todo mi universo estaba mal, que tenía mucho que aprender todavía y que me estaba perdiendo algo gordo.

—Seguro que en tu curso hay alguna chica que te mira con deseo y no te has fijado —explicó Molly—. Y ese, chaval, es el mejor sexo primerizo que tendrás jamás. ¡Encuétralo!

—¿Estás hablando en serio? —Me pasé una mano por el pelo, alucinado. ¿Quién iba a desearme sin enamorarse previamente de mi interior?—. Se supone que una primera vez tiene que ser algo especial, ¿no? Estar colado por ella y esas cosas...

—Eso es muy bonito, pero solo conseguirás que se te rompa el corazón cuando el año que viene os vayáis a universidades distintas. ¡A estas edades el amor viene y va! ¿Crees que yo recuerdo el apellido de alguno de los tíos con los que he estado este último año? Lo que me llevo es el aprendizaje, la satisfacción, un intercambio de energía que te hace afrontar el resto de tu vida con una sonrisa en vez de con una mueca como la que tú tienes ahora mismo en la cara...

Su teoría sonaba lúcida. Siempre he sido fan de la prevención de riesgos. ¿Y si estaba ahorrándome mucho sufrimiento sin saberlo?

—Hay un montón de chicas geniales por ahí esperándote —insistió—. Y siendo como eres, te vas a hinchar a follar...

—¿Tú crees...? —Sonreí avergonzado y halagado.

—Hazme caso. No te desmoralices por perder la oportunidad con una. ¿No te gusta ninguna otra chica de tu curso? No me lo creo...

Moví la cabeza, renqueante.

—Supongo que alguna más hay...

—Pues deja de lloriquear y consigue tu alimento.

—¿Mi alimento?

—Alimento para el alma. Así lo llamo yo. El sexo nacido de la verdadera atracción es una inyección de adrenalina como no existe otra igual. La oxitocina es la mejor droga del mundo, y está demostrado que ayuda en todas las áreas del cerebro. Céntrate en el sexo y no pierdas el tiempo con el amor. Protege tu corazón y disfruta de la vida.

—No es tan fácil hacer que una chica quiera practicar sexo cuando no hay amor de por medio —Al menos entonces, ahora lo difícil es que alguien quiera practicarlo con amor...

—No dejes que la inseguridad te gane la partida, Will. Hay un montón de chicas a las que atraerás sin decir ni una sola palabra. Solo por tu forma de estar en el mundo.

No entendí a qué se refería con eso, pero siguió:

—Solo levanta la cabeza y fíjate en ellas, en vez de encapricharte con alguien que no está mirándote a ti. Esta noche estás muy guapo y seguro que puedes estrenarte con alguna... —Me guiñó el ojo con picardía.

—Gracias —Sonreí animado—. Ya te contaré si tengo suerte...

—La suerte la tendrán ellas —Me acarició el hombro con cariño—. Mañana espero información a través de Max. ¡Será nuestro secreto!

Esa noche, gracias a esa conversación, me estrené por todo lo alto. Por supuesto, pensando en ella. Mi fantasía inconfesable.

Al día siguiente, pedí a Max que le escribiera un mensaje de mi parte. Solo una palabra con un emoticono. «Gracias» y la uve de victoria con los dedos.

Cuando volví a verla esa misma Navidad, ya llevaba tres meses en la universidad dejándome una pasta en condones.

—¡Madre mía, Max! ¿Te has fijado en tus hermanos? —exclamó Molly jubilosa—. ¡Tienen los niveles de oxitocina por las nubes!

—¿Qué significa eso? —preguntó Ray perdido—, porque te aseguro que he conocido a una chica esta semana que me ha dejado seco a todos los niveles...

—¡Pues precisamente!

—Molly ha querido insinuar que hacéis mucho el amor —explicó Max.

—¡Nooo! ¡Yo hablaba de follar!

Todos nos reímos.

—Si me disculpáis, no quiero ser testigo de esta conversación —se despidió mi hermana. Pero Molly se quedó con nosotros, mostrando la expresión del gato que se ha comido al canario.

—A mí no me engañáis, estáis hechos unos fornicadores —dijo con diversión—. Se os ve felices, relajados, aliviados... No como a vuestra hermana... —Rompimos a reír. Molly se convirtió en ese familiar guay con el que hablar del tema más importante del momento—. Te veo genial, Will, parece que has seguido mis consejos...

—Por supuesto —Sonreí ladino—. Y si tienes más, soy todo oídos.

—¿Quieres saber algo en concreto? Tú pregunta sin miedo.

Aproveché la ocasión, proclamándola mi nueva maestra en ligues.

—Pues... A veces no sé cómo explicarles a algunas chicas que no busco nada serio sin hacerles daño —dije cohibido.

—Qué mono —Me tocó el pecho. En aquella época, si Molly me ponía una mano encima no pensaba nada raro. Ay, los buenos tiempos...

—Me parece feo dejarles claro desde el principio que solo me interesa el sexo. Quiero naturalidad. Y en realidad, lo natural no es ser monógamo.

Ella me sonrió con orgullo y me dijo que así se hablaba.

—Hay muchas formas de evitar que las enamoradizas se ofendan.

—¿Muchas? ¡Cuéntamelas!

—Yo, a veces, me invento enfermedades raras... —susurró.

Subí una ceja alucinado.

—¡O infecciones...! A muchos se les quitan las ganas de golpe.

Me partí de risa. ¡Era única!

—También puedes mencionar que tienes deudas de juego y que necesitas que te presten dinero. Eso crea un mal rollo increíble...

—Estos consejos valen oro —me mofé.

—Tu hermana es buena enamorando y yo desenamorando —Sacó la lengua, divertida.

—Espera, que me los apunto —Cogí mi teléfono. Porque se me olvidarían, como a menudo me ocurría con los nombres de todas ellas. Una buena costumbre la de apuntar las cosas.

—Otra: que no has olvidado a tu ex. ¡Eso es una espantada total!

—Eres un genio —Sonreí encantado, sin dejar de teclear.

Ella se apoyó en mi hombro con familiaridad mientras observaba lo que escribía. Entonces su cercanía no me ponía nervioso. Ninguno de los dos pensaba en el otro como algo más. La veía como a la típica cuñada enrollada dándome consejos sobre sexo. ¡Y era genial! No como ahora, que todo es jodidamente embarazoso...

—Y si todo eso no funciona, te queda cortar con ella en un alarde de caballerosidad —dijo tunanta.

—Explícate, por favor —Le pedí con avidez.

—Muy fácil. Confiesas que has conocido a otra chica. Le cuentas que tus sentimientos por ella crecen cada día y que ya no puedes dominarlos más. Le dolerá, pero lo entenderá y además se morirá de amor al saber que todavía existen hombres sinceros. Así no les cogerá manía a todos los demás.

—Un puto genio. Eso es lo que eres... —constaté embelesado.

Fue una gran Navidad. Y un gran año de conquistas.

Después de aquello, Molly y yo estuvimos una buena temporada sin vernos. *Consigue al*

tío.com empezó a despuntar y las M&M's, como yo llamaba a Molly y a Max por su doble M, no dejaban de trabajar ni en fiestas de guardar.

Cuando nos encontramos, años después, todo había cambiado.

A mí, el espejo por fin me devolvía el reflejo de un hombre hecho y derecho de veintimuchos, con los ojos color miel y el pelo dorado ondulado. Mi sonrisa despreocupada ya era marca de la casa, mi lengua rápida (según muchas) me precedía, y no había dejado atrás mi estilo de *bad boy grunge*, lo que incluía camisas de cuadros y sudaderas de capucha.

Sin embargo, ella pegó un cambio radical en la treintena.

Se volvió más impenetrable, inalcanzable e inhumana que nunca por dentro y por fuera. No sé muy bien cómo explicarlo, pero ya apenas se paraba a mirar a nadie a los ojos, y no parecía tener tiempo para detalles tan mundanos como carcajearse. Todo era trabajo. Contactos. *Glamour*. Coches carísimos, ropa de diseño que me hacía babear todavía más, y perfumes franceses que sobrevivían días pegados a tu ropa si no la lavabas.

Daba la impresión de que podías mirarla, pero no tocarla. Y por supuesto, el tío al que dejase entrar en su espacio vital, debía ser dueño de los Forty Niners, por lo menos.

Solo cuando mis hermanos sentaron cabeza, Ray con Cris y John regresando a Australia por trabajo y por amor, mi madre hizo un comentario sobre lo bala perdida que era yo y capté la atención de Molly.

—¿Tú no tienes novia, Will? —preguntó curiosa.

—Claro que sí. Tengo un montón... —Sonreí taimado.

—¡Eso no son novias! —se quejó mi madre—. Son amiguitas con derecho a roce.

—¿Qué puedo decir, mamá? Soy un amigo genial... y me rozo que da gusto.

Molly se rio de mi frase y fue como si la habitación se iluminara.

Estaba exultante con un vestido entallado que ofrecía un escote perfecto y no me corté un pelo en demostrarle que me idiotizaba. Nadie lleva una prenda así pretendiendo que no la miren, y yo no escondí que alababa su primorosa belleza. Es decir, Molly era muy consciente de lo que pensaba de ella.

—A ver cuando conoces a una buena chica, hijo. ¡Necesito nietos!

—Buf... Para eso ya tienes a Ray, que en nada se nos casa. Además, a mí las buenas chicas no me quieren. ¡No sé por qué, mami...! —gemí con voz infantil.

Molly trató de ocultar su diversión y le guiñé un ojo travieso.

—¡No te quieren porque solo piensas en una cosa!

—Con dos trabajos no tengo tiempo de pensar en nada más.

—No puedes seguir así, hijo, deberías centrarte en tus experimentos, hacerte un hombre de provecho y dejar de perder el tiempo con chicas mucho más jóvenes que tú que solo piensan en divertirse.

—Seguiré así hasta los cuarenta, mamá. Después ya veré si sigo igual o redoblo la diversión —Sonreí.

—¡Richard, ¿estás oyendo a tu hijo?! ¡A este paso va a terminar solo en la vida! —Se levantó indignada y fue a buscarlo.

—¡No te enfades, mamá! ¡Me refería a montarme un trío! —vociferé vacilón.

Molly explotó de risa con naturalidad. Y me felicité a mí mismo por derribar su fachada de ejecutiva agresiva.

—Soy el hijo pródigo —Me señalé con guasa—. La oveja negra.

—Ya lo veo... Max dice que estás hecho un Don Juan.

—Bueno, tuve una buena maestra —Le otorgué.

—El caso es que seas feliz así.

—Lo soy. ¿Y tú?

—También. No puedo serlo más...

—Pues no lo pareces —dije de pronto. Ella me miró extrañada—. Pareces tensa, Molly...

—Es por el estrés del trabajo.

—Pues se me ocurren un par de soluciones para aplacarlo...

—¿Me estás tirando los tejos, Will Williams?

—Qué más quisieras —Defendí el amago con guasa—. Me refería a que podríais delegar en alguien. Contratar a más gente en CAT...

—Es justo lo que no queremos. Estamos recibiendo muchas críticas y a la vez amasando mucho dinero. En este momento necesitamos demostrar que podemos hacerlo solas. No queremos compartir nuestro logro con nadie.

—Entonces solo te queda el plan B...

—¿Cuál es?

—Quemar el estrés en la cama.

—¿Es una proposición? —preguntó vacilona.

—Mejor no... Las comparaciones son odiosas y luego querrías más.

—Te estás haciendo demasiada propaganda —musitó remolona.

—¿Funciona? —Levanté las cejas, divertido.

—La verdad es que no. Ya sabes que para mí eres como un hermano...

—¿En serio? Pues yo no te quiero tanto...

Al menos volvió a sonreír. Y eso era lo único que buscaba. Volver a ver un atisbo de la sonrisa pícara y desenfadada que recordaba, porque sabía que cualquier otra cosa con ella era impensable.

No estaba a su nivel. Nunca lo había estado. A ella le gustaban los tíos con trajes de dos mil dólares y que jugaran al golf. Después, en la cama, los amordazaría y los azotaría con su látigo de *femme fatale*, y eso no cuadraba con mi dominio absoluto del colchón, pared, o cualquier superficie horizontal que se terciara. Puede que sea un mindundi en el mundo real, pero en el sexo, soy el rey y gobierno el cuerpo femenino a voluntad.

Pronto llegó ese Acción de Gracias donde conocimos a Jackson, el futuro marido de mi hermana, y un año después, se casaban también.

Y aquí es a donde quería llegar...

Porque lo que sucedió en esa boda no fue culpa mía. Fue de un maldito calamar...

—Nunca he querido tener pareja, Will, lo sabes muy bien —dice Molly tajante, devolviéndome a la realidad del café. Vale. Me centro. Jessica Rabbit quiere embarazarse—. No necesito tener un hombre a mi lado. Solo quiero ser madre...

—Pero ser madre o padre, estando solo, es muy duro —expongo.

—Siempre puedo contratar ayuda.

—¡Y además nos tiene a nosotros! —añade Max—. No estará sola.

Suspiro pesadamente. La pura verdad es que no podría hacerle el favor aunque quisiera. Hay demasiado en juego en mi trabajo.

—Lo siento, no creo que pueda colarte...

—¡¿Cómo que no?! —aúlla mi hermana por las dos—. ¡Eres el jefe del departamento de bioquímica de la clínica!

—Es que no creo que sea lo mejor —confieso. Seré muchas cosas, pero siempre se me ha dado mal mentir. Es mi mayor problema...

Molly cambia su postura por una más bélica y me preparo para una buena batalla. Menudo carácter tiene...

—¿Qué quieres decir con «lo mejor»? —dice a la defensiva—. ¿Eres de los que piensa que un niño solo puede ser feliz si se cría en un hogar normativo donde sus padres heteros están enamorados y son la perfecta familia feliz?

—Yo no he dicho eso.

—¡Pero lo piensas! Déjame decirte que esa idea tradicional no se ajusta a la realidad de nuestros tiempos. Ahora hay muchos tipos de familias, y la monoparental es solo una más.

—Solo he dicho que las cargas compartidas son menos cargas...

—¡Mi hijo no será una carga! —objeta ofendida—. Será el verdadero amor de mi vida. ¡Un hombre sí sería una carga para mí! Y compartir un hijo con él, ya ni te cuento...

—Lo pilló. Los hombres son el enemigo.

—¡No! ¡Son amigos! Pero nada más que eso. No quiero que tengan ni voz ni voto en mi vida.

—¿Y si dentro de un tiempo te enamoras de alguien?

—Yo no me enamoro —sentencia convencida—. Cada mes me gusta un tío distinto y luego se me pasa. No tengo pensado atarme a nadie sentimentalmente. Nunca he querido. Estoy mejor sola.

—Entonces, ¿vas a renunciar a salir con hombres?

—¡¿Quién ha dicho eso?! —exclama anonadada—. ¡Mi vida sexual no va a cambiar nada por tener un hijo!

Max y yo nos miramos escépticos. Ella lo capta y recapacita.

—Vaaale, supongo que desde el cuarto mes de embarazo hasta los cuatro siguientes de dar a luz no estaré en disposición de seducir a nadie, ¡pero es un sacrificio mínimo que haré encantada! Además, no me va a costar nada recuperar mi figura, ¡tengo un suelo pélvico de cinco estrellas, chaval!

Molly me mira exigiendo un cambio de opinión.

Me encojo de hombros y suelto «Si lo tienes tan claro, vale».

—¿¿Significa eso que mañana mismo vas a hablar con alguien para colarla y empezar cuanto antes con el tratamiento?! —pregunta mi hermana sin poder ocultar su ilusión—. ¡Ahora mismo está con la regla y no queremos esperar otro mes!

Carraspeo.

—Veré qué puedo hacer...

Si digo lo contrario, no me dejarán marcharme. Pero mañana les mandaré un mensaje diciéndoles que me ha sido imposible.

—¡Será genial! —grita Max—. ¡Nuestros hijos nacerán a la vez y serán como hermanos, Molly!

—¡Sí! —Se abrazan felices—. ¡Ya los veo todo el día el uno en casa del otro como nosotras de pequeñas! ¡No me lo puedo creer, Max! ¡Voy a ser madre! ¿Cuándo dices que puedo ir a la clínica a elegir un buen *macho men* del catálogo de donantes? —me pregunta eufórica.

Me entra un escalofrío.

Si cuando digo que algo me parece mala idea, no es por nada.

Capítulo 3



Semana 3

Me miro al espejo alucinada. ¡No me creo que ya lo tenga dentro!
Debería estar contenta... ¿Por qué no lo estoy?

«Será porque vas a tener el hijo de un completo desconocido».

Alto. No es lo que pensáis. Es mucho, MUCHO peor... ¡Creo que acabo de meter la pata hasta el fondo!

Pure Life Fertility es la clínica de reproducción asistida más prestigiosa de la ciudad, y la única en la que tenía un enchufe directo por Will. Por eso, cuando volvió a escribirnos diciéndonos que le era imposible colarme, juré que no me rendiría. No es que no pudiera, ¡es que todavía me guardaba rencor el incidente de la boda!

No sé qué mosca le picó esa noche, de verdad...

Supongo que fue cosa del mono con platillos que siempre ha vivido en su cabeza, ¡porque fue una maldita mala idea!

Lo había fastidiado todo entre nosotros. Y presentarme en la clínica para discutir su negativa empeoró la situación.

—Hola, doble W —lo saludé cruzada de brazos con voz sensual. Había salido a recibirme ataviado con una bata blanca impoluta con la que parecía hasta responsable...

—¿Qué diablos haces aquí? No puedo recibir visitas en el trabajo.

—Les he dicho que era una cuestión de vida o muerte. Porque lo es. ¡Es de vida!

—Molly... —rezongó.

—Escúchame ante de negarte otra vez. Solo di una cifra, Will. Todo el mundo tiene un precio. ¿Cuál es el tuyo?

—¿Esa es tu genial idea? ¿Sobornarme?

—No lo veas así, sino como un *quid pro quo*. Tú me haces un favor a mí, ayudándome a cumplir mi sueño, y yo te ayudo a ti a cumplir el tuyo. ¿Cuál es tu sueño, Will?

Presentí que esa pregunta le hizo trizas. ¿Qué escondía?

Su mirada reveló cierto anhelo, solo rezaba por que no fuera yo. Porque en la boda me dejó bien claro cuánto me deseaba, y lo peor es que mi cuerpo reaccionó a su toque como jamás lo había hecho con nadie. Desde entonces, tengo hasta pesadillas... húmedas.

—¿Y bien? —insistí—. Puedo conseguirte la mayoría de las cosas que un soltero de oro como tú podría desear. Dime qué es...

—Mol... Voy a ser sincero. La verdad es que estoy atado de pies y manos ahora mismo en el trabajo. Están a punto de darme una beca para un ensayo clínico en el que llevo muchos años trabajando y no puedo arriesgarme a...

—¿Cuánto vale ese ensayo? Yo te lo financio.

—No. No puedo aceptarlo...

—¡Will, por favor! Siento lo que ocurrió en la boda, ¿vale? Pero no me castigues por ello.

—¡No te estoy castigando! —exclamó alucinado—. Aquello solo fue un malentendido...

—Exacto, y..., de verdad, soy consciente del favorazo que me harías al conseguir que me atendieran esta misma semana en la clínica y me gustaría devolvértelo de algún modo. ¿Cuánto necesitas?

—Olvidalo —dijo apartando la vista—. Ya le debo mucho dinero a mi hermana por el último estudio que intenté llevar a cabo...

—¿Cuánto le debes? —pregunté incisiva. E intenté hacer memoria de cuando ella me lo comentó—. ¿No fueron unos cien mil dólares?

—Esta vez necesitaría más —contestó parco—. Es un proyecto muy ambicioso. Las farmacéuticas están poniendo el foco de las investigaciones en el fondo del mar para luchar contra varias enfermedades y mi propuesta con las algas australianas podría...

—¿Te llega con quinientos mil dólares?

—Ni de coña, Molly. ¡No insistas! ¿Con qué cara me mirarían todos si se enteraran?

—Nadie lo sabrá —sentenció vehemente—. Esto quedará entre tú y yo. Como muchas otras cosas... ¿Entendido?

Nos mantuvimos la mirada recordando esa maldita noche de verano en la que se casó la que era mi mejor amiga y su hermana. Eso sí que no podía saberlo nadie jamás. Sería vergonzoso.

Él se quedó en silencio y volvió a negar con la cabeza.

—Will, esto no va de que yo te esté sobornando, va de que tú accedas a hacerme el mayor regalo del mundo. Que no es el de tener un hijo, sino el de poder compartir esa experiencia con tu hermana... ¡Y ya me lleva seis semanas de adelanto! Quiero conseguirlo a cualquier precio, así que, por favor... No me obligues a irme a otro sitio y ofrecer una cuantiosa donación para que acepten. Prefiero hacerlo en esta clínica y darte el dinero a ti. Por favor...

—Joder... —musitó rendido. Nunca un taco me había sonado tan bien.

Lo vi acceder, cerrando los ojos un instante, y mi respuesta fue taparme la boca para ocultar mi felicidad, pero no pude evitar dar unos cuantos saltitos de alegría para celebrarlo.

—Tienes que hacerte un análisis de sangre urgentemente. Te daré el volante ahora mismo. Ven mañana a primera hora en ayunas.

—¡Vale! —chillé emocionada.

—¡Shhh! —me abroncó—. Mándame todos tus datos por *email* para redactar el contrato esta misma noche con la clínica, te lo mandaré luego y me lo devuelves firmado.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamé bajito y feliz—. Y tú dame ya tu número de cuenta. No quiero que te eches atrás cuando lo consultes con la almohada... Anótalo aquí —Le tendí mi móvil.

—Antes de nada, quiero dejar clara una cosa —dijo sin cogerlo—. Voy a devolverte el dinero,

Molly. El favor es facilitar «el medio» para cumplir nuestros sueños. Y querré devolverte la inversión cuando mi estudio salga adelante y se comercialice en todo el mundo.

—¿Y si no lo logras?

—Entonces tendré que pagártelo en carne... —sentenció serio, pero un instante después, la comisura derecha de su boca se elevó con una expresión divertida y sexi que me dejó fuera de juego.

Esa media sonrisa de cabrón me volvía loca. A mí y a todas.

Antes, esas bromas con Will me hacían gracia, ahora me daban pánico... Siempre había sentido su presencia como un apoyo positivo y familiar, pero desde la boda, lo sentía de un modo distinto. Me hacía sentir tensa e insegura, como si hubiera algo en juego, y si mostraba interés por mí, se me aceleraban las pulsaciones.

—¡No te rías! —me reprendió—. Cuando seas vieja y nadie quiera acostarse contigo, agradecerás que esté a tu servicio por el módico precio de quinientos dólares el polvo.

Volví a reírme con ganas... de llorar.

Dios... ¡¿un polvo con Will?! Me encantaría si a los diez minutos pudiera borrar cada gemido con un chasquido de dedos. Pero eso era imposible...

—Anota el dichoso número de cuenta, anda —rezongué—. Si supieras hasta qué punto me da igual ese dinero, no te supondría ningún dilema aceptarlo. Este favor vale muchísimo más para mí.

—No quiero que nadie lo sepa, Molly —repitió algo más serio.

—No lo sabrán, confía en mí. Y yo confío en que a ti te salgan bien las cosas con tu estudio.

—Gracias...

Con lo que no contaba es con pifiarla a lo grande el día que tuve que ir a elegir el donante. «¡Molly, mala! Al rincón de pensar».

Os cuento...

—¿Señorita Baker? —me llamó la chica de recepción cuando fue mi turno—. ¿Ha traído los papeles de elección de donante?

—¡Sí! Aquí los tengo.

—De acuerdo, iré a por el archivo de su caso.

—Gracias... —Inspiré hondo, nerviosa.

¡Estaba a punto de elegir al futuro padre de mi hijo!

El donante 33SF98D tenía pinta de ser un erudito. Aunque la donación era anónima, daban algunos detalles, como su color de piel, de pelo, de ojos, su profesión, su coeficiente intelectual y algún que otro *hobby*. El elegido, además de doctor, era un gran deportista. Es decir, un hombre inteligente y fuerte con un historial médico que verificaba que estaba muy sano, pero no tenía forma de saber si era guapo.

Como dijo Max, «no existe el candidato perfecto», y ya me había hecho a la idea de que la mejor apuesta del catálogo no tenía los ojos azules como yo quería, pero esperaba que mis genes compensaran un poco la mezcla.

El problema es que, de repente, me giré y lo vi... ¡Era él! Una visión inmejorable del tío que siempre había imaginado en mi cabeza como posible padre para mis hijos. Estaba a mi lado, en el mostrador, buscando a la secretaria y parecía tener prisa.

Su apuro no me impidió apreciar su belleza suprema. Hablamos de la jodida perfección. Alto, pelo de príncipe, mandíbula cuadrada con afeitado medio y unos ojos aguamarina que quitaban el hipo. Los pectorales *made in* MARVEL marcándose bajo un jersey de buena calidad fueron un extra bien avenido.

Una ligera bradicardia me avisó de que debía volver a respirar.

«Vaya macho...».

Pronto me di cuenta de que la razón de su desasosiego era que escondía un botecito en la mano con lo que parecía su simiente.

¡Quién pillara su ADN...!

«Un momento... ¿Es un donante? ¡Porque me lo pido!»

—Disculpe, señorita —se dirigió a la chica que acababa de volver a su puesto con mi historial—. ¿Dónde puedo dejar esta muestra? —Se la enseñó y, al hacerlo, leí perfectamente el número de la etiqueta impresa: 32SF57G.

«Tiene (32) años. Vive en San Francisco (SF). Le gustan los boing(57) y la tiene muy (G)-rande», memoricé.

—Puede dejarlo aquí, yo misma la bajaré al laboratorio —contestó ella afable.

—Muchísimas gracias.

—Muchísimas *denadas*... —susurró ella derretida en cuanto se fue. Al momento se sintió observada por mí y carraspeó—. Eso sí es un buen ejemplar... —Me tendió la mano—. ¿Me da los papeles?

Mi instinto fue negarme. Lo único en lo que podía pensar es que quería que mi hijo llevase los genes de ese pura sangre, no los del jodido doctor Frankenstein, que seguro que era un callo malayo de lo más friki.

—¡Oh, vaya! Acabo de ver que hay un error en el formulario —Forcé una sonrisa—. ¿Tiene un bolígrafo por ahí?

—Claro —Me lo tendió.

Ni siquiera me paré a analizarlo. Fue un «ahora o nunca» de manual. Mis dedos ágiles buscaron el apartado donde aparecía el código del donante y lo taché tirando por tierra horas y horas de deliberaciones junto a Max. En su lugar anoté el del nuevo. Un tío bien dotado al que le gustaban los aviones...

—¡Listo! —Se lo entregué, satisfecha.

—Muy bien. Su médico la llamará para citarla el día de su ovulación, que es... ¡vaya...! ¡Mañana! ¿Apurando hasta el último momento para elegir? —Sonrió comprensiva.

—Sí... Es muy difícil.

—Suele pasar. No se preocupe, tiene prevista la cita para las diez de la mañana.

—Aquí estaré.

Y he ido... Esta mañana me he presentado allí sin apenas respirar, me he abierto de piernas y he dejado que me introdujesen, sin un mínimo de cariño, los soldaditos de ese guaperas.

Y ahora...

¡Ahora voy a tener el hijo de un COMPLETO desconocido!

¡Basta!

Puede que no sepa en qué trabaja ni sus hobbies, ¡pero sé que es guapísimo! Y educado. Y...

...y no sé nada más de él. ¡¡Fue un maldito impulso superficial!! ¿Y si el tío no sabía ni leer?

Vale. Eso igual es pasarse, ¡pero el doctor tenía el coeficiente intelectual de Einstein y este... este ni siquiera sé si está sano!

Empiezo a hiperventilar.

—¿Qué he hecho...? —farfullo aterrada mirándome al espejo.

Respiro hondo de nuevo, porque siento que no me llega oxígeno a los pulmones. Se supone que debo esperar diez días para saber si estoy embarazada, mientras tanto, puedo hacer garabatos psicóticos en una hoja de papel, como hago siempre que estoy rayada por algo.

Me mojo la cara y me pellizco las mejillas.

—Todo va a salir bien —murmuro en voz alta para convencerme.

Salgo del baño y el agradable ambiente del piso de Max me envuelve con elegancia.

Me han montado una cena sorpresa para celebrar el día de la fecundación. Son tan adorables... Y raros. Pero están superfelices por su embarazo. Claro, ¡porque ellos saben perfectamente lo que se está cociendo en las entrañas de Max!

Ding Dong.

El timbre de la casa nos sorprende a los tres.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunto extrañada.

—Sí. He invitado a Will —explica Max, ajena a nuestra existente tensión creada a base de secretitos inconfesables—. Me ha llamado para preguntarme por ti y le he dicho que viniera esta noche. Al fin y al cabo, te lo han hecho tan rápido gracias a él.

—Ah... bien...

Trago saliva. Madre mía... ¡Si Will se entera de lo que he hecho, me mata!

Jackson me mira achicando los ojos. Creo que está captando algo con su radar ultrasensible de cotilleos. Intento disimular.

—¡Qué bien que venga! ¡Tengo mucho que agradecerle a Willy!

—¿Le llamas Willy? —repite Jack escéptico.

—Sí, bueno..., a veces.

—Es la primera vez que te lo oigo —comenta Max yendo a abrir.

—Qué extraño —dice Jackson—, así es cómo él llama a su polla...

Abro mucho los ojos. Joder... ¿la llama así? ¡Suenan a orca asesina liberada!

—Dice que tiene el mismo problema que yo en la mano, pero en el rabo... —Sonríe Jack—. Por eso tiene nombre propio.

Casi nunca recuerdo que Jackson tiene el Síndrome de la mano ajena, es decir, la articulación actúa por su cuenta en el momento menos pensado... ¡Anda, como la minga de Will en la boda de Max!

—Hola, hermana... —le oigo decir desde la puerta con esa voz líquida y resbaladiza que una vez susurró obscenidades en mi oreja.

Uf... Es oírle y mis hormonas arden. ¿Hace calor aquí, tengo una menopausia precoz o ya estoy preñada?

Me pongo de pie casi de un salto, pero me refino al momento porque Jackson no me quita ojo. ¡Maldito sea! Si me nota tensa, empezará a hacer preguntas. Es un tío muy intuitivo, así que actúo.

—¡Will! —exclamo fingiendo una alegría que no siento—. Aquí está el artífice de mi felicidad...

Su cara de pasmo refleja su incomodidad. ¡Cómo le entiendo!

—Gracias otra vez por colarme en la clínica —Me abrazo a su pecho sin mirarle. ¿Cómo puede oler tan maravillosamente bien?

—Uy, qué rápido has entrado en la fase de hipersensibilidad, ¿no?

Le clavo los dedos en el costado con fuerza y su cuerpo, más duro de lo que esperaba, se estremece de dolor... ¿o es de placer?

—Jack... —murmura Will acercándole el puño para empujar el suyo con suavidad a modo de saludo.

—¿Cómo estás, Willy? —contesta este con pitorreo. «Orca asesina».

—Bien... —Will me mira—. ¿Cómo ha ido todo, Molly?

—Genial. Creo. No sé... Ha sido muy rápido. Pim, pam y fuera.

—¿No es lo que querías, rapidez?

—¡Sí! —exclama Max ilusionada. Pero no me uno a ella y todos me miran extrañados.

—¡Sí, sí...! —digo tarde y mal.

—¿Pero...? —añade Jack perspicaz. Le odio. ¡No se le escapa una!

—Pero nada.

—¿No me digas que ya te estás arrepintiendo? —dice Will preocupado.

—¡No...! ¡Claro que no! Es solo que... me siento rara.

—¿Por qué? —Quiere saber Max.

—Yo sé por qué —responde Will con seguridad. Y lo miro con los ojos como platos. ¡¿Cómo puede saberlo?! ¿Vería el tachón?

—Te sientes rara porque tu cuerpo no entiende qué hace ahí ese esperma sin haber tenido un orgasmo. Y estará pensando: «Mierda...Polvo no echado, polvo no recuperado».

Los chicos se carcajean y Max se muerde una sonrisa en los labios. Pero a mí no me hace gracia. Ojalá no me sintiera así, pero no puedo evitarlo. Todos me miran preocupados al ver que ni siquiera sonrío.

—No es por eso —musito—. Es por algo mucho peor...

—¿Qué pasa? —pregunta Max asustada.

—Que he cometido un error...

—Ya empezamos... —murmura Will mirando al cielo.

—¡No es eso! Quiero ser madre, pero... —Todos me miran expectantes—. Es que..., en el último momento, vi a un tío superguapo que acababa de entregar una muestra de semen y... anoté su código en vez del que habíamos elegido. ¡Y ahora acabo de darme cuenta de que no sé nada de él y estoy superrayada!

—¡Molly...! —me riñe Max—. ¡Con lo que te costó decidirte!

Will permanece estupefacto y Jackson meneaba la cabeza, divertido.

Eso me enerva.

—¿Qué te hace tanta gracia, Jack? —lo amonesto.

—¡Tú! Es una estupidez que te rayes por eso...

—¡¿Y si ese tío es tonto del culo?!

—No pasa nada. Hay mucha gente así...

—¡Jack! —lo riñe Max—. No bromees ahora.

—¡No es una broma! No veo dónde está el problema. Si forma parte de los candidatos de la clínica, seguro que es un buen partido.

—¿Y si todavía no era candidato? —intercede Will pensativo—. Mucha gente acude a donar, y cuando analizamos sus muestras, vemos que tiene alguna patología cromosómica y que no son aptos.

—¡¿CÓMOOO?! —digo al borde del colapso—. ¡¿Mi hijo va a nacer con tres ojos y ocho tetillas?!

—Hay unos filtros previos. Pero si era un donante nuevo deberían haber detenido la inseminación inmediatamente...

—¡Pues no lo han hecho! —grito horrorizada—. ¡La chica de recepción se quedó con todo!

—Quizá, si llegaron a la ventanilla del laboratorio a la vez, se pensaron que venían juntos. Algunas donantes traen su propio esperma. De un amigo, pareja o familiar. ¡Joder, Molly... ¿cómo se te ocurre hacer algo así?!

—¡Necesito saber quién es ese tío, Will!

—¡Eso es totalmente ilegal! No se puede revelar la identidad de un donante jamás.

—¡Por favor, Will...! ¡Se trata de mi hijo!

—Pero cómo se te ocurre... —lamenta él cogiéndose la nariz.

—¡Fue un impulso tonto!

—Supermaduro por tu parte...

—¡Chicos, por favor! —tercia Max—. Will, esto es grave. Molly es de la familia y su hijo también lo será —Esa palabra, «familia», rebota en nuestros ojos prohibiéndonos fantasear con lo que podía haber pasado entre nosotros. «¿Entiendes ahora por qué te rechacé, imbécil?», aprovecho para explicarle—. Pero necesitamos saber quién es para...

—¡Eso es del todo imposible! —exclama Will—. Y te recuerdo que está en juego mi trabajo.

—¡Eso si no os cierran la clínica cuando le cuente a todo el mundo que me habéis metido un semen que no había pasado un mínimo control de calidad! —increpo enfadada.

—No serás capaz... —Se acerca a mí amenazante.

Nunca lo había visto así. Tan serio. Este no es el Peter Pan que yo conozco. Ese chico joven al que todo le da igual. Este es otro. Uno que se impone y domina. Y eso me pone como una moto...

—Chicos —repite Max—. Así no vamos a conseguir nada, tenéis que ser un equipo. Al menos necesitamos conocer su historial médico, Will.

—Tendré que pedirle otra muestra de semen para analizarlo —dice frotándose la cara—. Joder... Sabía que esto era una mala idea desde el principio. ¡Confiaba en un mínimo de responsabilidad por tu parte, Molly...!

—¡¿Acaso tú lo eres siempre, imbécil?! —exclamo furiosa. Porque más irresponsable fue entrarme en la maldita boda.

—¡Queréis parar de pelearos! —exclama Jackson.

La cara de Max es un poema. Y no me extraña. En veinte años no nos ha oído discutir así, pero la dinámica entre Will y yo ha cambiado desde que hubo... tocamientos incestuosos entre nosotros. Lo noto. Todo es distinto. Y odio que sea así. Porque cada cosa que dice la considero un ataque personal, y no sé por qué tendría que importarme viniendo de alguien como él, porque no es que sea un ejemplo a seguir... Es un inmaduro adorable, vale; será divertido y morbosos, pero no deja de ser alguien que no tiene responsabilidades serias de ningún tipo, ni sabe lo que es el sacrificio para llegar a lo más alto y vivir lo mejor posible. Es un conformista y no voy a permitir que tenga ningún tipo de poder sobre mí.

—Yo me largo —anuncio enfadada—. Gracias por nada, Will...

El silencio me acompaña hasta la puerta.

—Joder, Molly... Pídeme lo que quieras ¡menos incurrir en un delito de protección de datos! —le oigo decir.

A la mierda. Da igual. No lo necesito. Yo misma descubriré quién es ese tío. ¡Mi trabajo es *Conseguir Al Tío*, por el amor de Dios!

Capítulo 4



¿Habéis oído eso de que «ninguna buena acción queda sin castigo»?

Advierte de que ser un buen samaritano puede traerte desgracias e infortunios de proporciones desorbitadas. Al lado de ese refrán debería aparecer una foto mía junto a la de un perro ladeando la cabeza con una oreja hacia arriba y otra hacia abajo.

—¿Will...? —pregunta Jackson con esa voz de capullo que pone en televisión cuando intenta arrastrar a alguien al fango.

—¿Sí...?

—¿Qué coño acaba de pasar? ¿Por qué Molly se ha puesto así?

—¡Y yo qué sé! ¡Todas las embarazadas están locas!

—¡Oye! —Me pega mi hermana.

—Menos tú, Maxi...

—¿A qué venía ese rollo de la responsabilidad?

—No lo sé. ¿Cuándo he sido yo responsable? —Me hago el loco. Pero he captado la jodida indirecta sobre lo irresponsable que fui en la boda de mi hermana. Pero fue ella la que me mandó señales confusas.

Ha llegado el momento de que cuente lo que ocurrió esa noche...

Andaba yo comiendo el menú nupcial, tan tranquilo, muy cerca de la mesa infantil, cuando me fijé por casualidad en que una niña permanecía con la vista fija en un punto y tenía la cara morada. Me levanté de golpe al caer en la cuenta de que se estaba asfixiando sin posibilidad de pedir ayuda.

Me pegué a su espalda para hacerle la maniobra de Heimlich presionando la boca de su estómago con mis propios dedos, y al tercer envite, un calamar salió disparado de su garganta, permitiéndole coger una bocanada de aire que le devolvió el color.

La conmoción de los presentes fue generalizada. Los padres de la niña corrieron hacia nosotros atravesando la estancia bajo un silencio atroz.

—¿Lisa, estás bien?! ¡Dios mío...! ¡Muchas gracias! —Me abrazó la madre. Al padre se le

encharcaron los ojos pensando en el funesto final que podría haber tenido aquel banquete. Poco a poco, la mitad de los invitados se acercaron para comprobar el estado de la pequeña.

El susto fue considerable, pero todo terminó bien. Diez minutos después, Lisa correteaba con el resto de los niños y a mí me llovían las felicitaciones y los apretones de mano.

Tampoco me pasaron desapercibidas las miraditas de algunas invitadas y las atenciones de las camareras que no dejaban de rellenarme la copa y de preguntarme si necesitaba algo más.

Cuando llegó el momento del baile de los novios y posterior acople de los padrinos, esperé mi turno para bailar con la única dama de honor posible, ya que yo era el tercer padrino en discordia.

—¡Al fin, Will...! —Me recibió Molly entre sus brazos con alivio. Acaba de empezar la canción de Adele, *Easy on me*—. John es muy alto, pero no tiene ni idea de bailar.

—¿Y cómo sabes que yo sí?

—Si follas bien, bailas bien. Eso es un hecho.

—¿Y cómo sabes que follo bien? —repliqué divertido.

—Digo yo que la práctica se tiene que notar.

—Pues igual te piso, porque últimamente no lo practico mucho...

Ella me miró casi ofendida, al dejar atrás mis alardeos, y por ende, mi descarado cortejo hacia ella. ¿Acaso lo echaba de menos?

—¿Estás de coña? ¡Esta noche vas a triunfar! ¡Has sido un héroe!

—No sé yo...

—¡Lo digo en serio! ¡Podrías tener a cualquier chica de este salón!

Sus palabras me animaron. En realidad, no consideraba que hubiera hecho una gran hazaña, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo, y así se lo indiqué.

—¡Pero has sido tú!, y ha sido como... ¡Bua, sálvame a mí también, sexi!

Me reí ante su parodia e instintivamente la acerqué más a mi cuerpo como castigo. Y, llamadme loco, pero al acariciarle la piel de la espalda con la punta de mis dedos, nuestros ojos conectaron y percibí un rubor que conocía muy bien. Era excitación. Me miraba igual que esas camareras que soñaban con que las arrinconara en el guardarropa.

Go easy on me, baby (Ten paciencia conmigo)

I was still a child (Todavía soy joven)

Didn't get the chance to (No he tenido ocasión de)

fell the world around me (Sentir el mundo a mi alrededor)

I had no time to choose (No tuve tiempo de elegir)

Whay I chose to do (lo que elegí hacer)

So go easy on me (Así que ten paciencia conmigo)

Entonces recordé sus palabras. ¿Se estaba incluyendo ella cuando dijo que podría tener a cualquier chica del salón esa noche?

Las expectativas se dispararon en mi mente. Y en otras partes de mi cuerpo...

Y procedí con un plan infalible. En teoría...

—¡Tienes que ayudarla, Will! Molly es de la familia —inquiérame mi hermana trayéndome de vuelta a la realidad de su piso.

—Estoy un poquito harto de oír eso... —mascullo molesto. Y me condeno, porque Jackson me mira levantando una ceja astuta—. La colé en la clínica, y en el último momento, la lía parda...

—La clínica también se ha confundido —señala Max.

—Joder... —Me froto la cara—. A saber quién es ese imbécil... No sabéis la cantidad de creídos que vienen a donar creyendo que sus genes son superiores solo por ser guapos. Molly ha caído muy bajo dejándose llevar por la apariencia.

—Ya está hecho —resuelve Jack—. Ahora tenemos que asegurarnos de que no haya repercusiones negativas. Porque si algo sale mal, esto puede salpicarte, Will.

—Ninguna buena acción queda sin castigo —murmuro molesto—. Conseguiré el historial médico de ese tío, pero Molly no puede saber quién es por nada del mundo. ¿Queda claro?

Ambos me miran alertados por mi tono serio, pero Jackson reprime una sonrisa insinuando que estoy celoso. Aunque no es eso para nada. Es que la protección de datos es sagrada y se nos puede caer el pelo con esto. Además, no me fío de Molly. No tiene puto autocontrol...

«Solo lo tuvo conmigo», me escuece recordar.

—Will, tú no eres de lo que se quedan quietos cuando hay problemas —empieza mi hermana—. Cuando yo estuve mal el año pasado, tú fuiste el primero en llegar a mi casa. ¡Eres así! Ese héroe silencioso que ayuda a quien lo necesita y nunca pide nada a cambio.

Sus palabras me conmueven y me duelen a la vez, porque en esta ocasión recuerdo que he recibido medio millón de dólares por asegurarme de que todo salga bien.

—Maldita sea... —resoplo agobiado.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dice Jackson—. Llámala y evita la catástrofe. Es muy capaz de encontrar a ese tío ella sola.

Enciendo el móvil y busco su contacto. Lo escondo para que no vean que, además de su nombre, tiene un emoticono de «prohibido» al lado. No puedo permitirme volver a dudar con ella nunca más... Porque hay algo entre nosotros, lo noto, y ese campo de fuerza es difícil de ignorar.

Los tonos resuenan uno tras otro y chasqueo la lengua al entender que no va a contestar. Tampoco tenía grandes esperanzas. Al contrario de lo que pueda parecer, Molly no es una chica fácil. Ella decide. Siempre. Y debo convencerla de mantener al donante en el anonimato por el bien de su salud mental. Y de la mía.

Lo primero que debería hacer es borrar el historial de ese gilipollas, porque Jackson tiene razón, Molly es muy capaz de ponerse en contacto con alguna clienta de *ConsigueAlTío* que sea cyber-pirata y le ayude a jaquear el ordenador de la clínica para conseguir su nombre. Y una vez lo sepa, lo abordará. Menuda es...

A la mañana siguiente, no me despierta la alarma, sino la necesidad de solucionar esta cagada cuanto antes.

Las chicas de administración no me van a facilitar el trabajo, básicamente porque me odian mucho después de haberme acostado con las dos. ¿Qué puedo decir? ¡La carne es débil! Así que solo se me ocurre una forma...

Tras memorizar el número del famoso donante, me planto en recepción en un momento en el que no hay nadie. Hilary frunce el ceño cuando me ve aparecer con un par de cafés.

—Traigo una ofrenda de paz —la saludo.

—Muchas gracias, pero puedes metértela por el orto...

Me troncho con ella. ¿Cómo no iba a gustarme? Lo que no me convence es que grita de forma extraña cuando se corre. Parece una jodida ambulancia.

—Gracias por tu interés. Es un punto muy erógeno...

Ella pone su consabida cara de culo y me ignora.

—¿Qué quieres, Will?

—Contarte que hoy he soñado contigo.

—¿No me digas? ¿Era un trío con Cristy?

—*Touché*... —Sonríe divertido—. Me has pillado. No vengo por eso.

—Lárgate, Will, estoy trabajando.

—Vale. Solo quería decirte que, en un momento de lucidez, he recordado cuánto me gustó ese fin de semana que pasamos juntos en el lago Tahoe. Y solo quería que aceptaras mis disculpas por ser tan... —Me quedo en blanco.

—¿Tan qué...?

—Tan inmaduro de no darme cuenta de que tenía a una chica increíble al lado. Ahora me arrepiento de haberlo estropeado. Solo te pido que me perdones. Por favor... ¿Firmamos la paz? —Le ofrezco el café.

Ella se lo piensa y accede. Lo mejor de todo es que no es mentira. Tenía pensado aclararles que el problema había sido yo, no ellas.

—Gracias —Va a coger el vaso y lo suelta antes de que lo agarre, haciendo que el líquido se derrame por encima de su escote. ¡Madre mía, qué recuerdos...!

—¡Maldita sea, Will!

—¡LO SIENTO MUCHO! —Eso también es verdad, pero era necesario.

—¡Me has puesto perdida!

—¡Qué torpe soy! Ve a limpiarte al baño, tranquila, hago guardia.

Abandona furiosa su puesto y, en cuanto la puerta del baño se cierra, ocupo su lugar con rapidez y abro el buscador.

Nada más teclear el código me conduce a los archivos que quiero. Hago una foto de su ficha antes de eliminarlo y me levanto justo a tiempo para recibir a unos clientes que entran.

—¡Buenos días! Hilary les atenderá enseguida. Ha tenido un pequeño problemilla... —«Llamado Will», termino mentalmente.

La aludida no tarda en aparecer con un humor de perros para seguir con su trabajo. Quiero enviarle un ramo enorme de margaritas para que no me guarde rencor... Bueno, mejor otra flor, para que no se pregunte si me sigue queriendo o no.

El nombre de Bradley Scott resuena en mi mente. Ya lo tengo. Solo yo sé cómo se llama el adonis. Su historial ya está borrado.

Vuelvo a mi lugar de trabajo y llamo a Molly para explicarle que acabo de pedir una nueva muestra de semen al donante y que en cuanto tenga los resultados se los mandaré.

Veo que lo lee, pero no contesta. Vuelvo a escribirle:

«Molly, por favor, no busques información sobre el donante. ¡No la necesitas! Yo te proporcionaré su historia clínica».

De pronto, deja de estar en línea y parpadeo extrañado.

¿Me está haciendo *ghosting*? ¡¿A mí?! Puede que sea la mujer más deseable de San Francisco, pero no estoy acostumbrado a que una tía me ignore.

¿Y si llego tarde? La clínica tiene un Firewall de mierda, cualquier experto podría acceder a ella...

El miedo hace que planee aparecer por la oficina de las M&M's a la hora de comer para impedir que dé con él y todo salte por los aires.

En menudo lío me he metido.

capítulo 5



Nada más entrar en la oficina, Max me acorrala en mi despacho.

—¿Cómo estás? ¿Sabes algo de mi hermano?

—Sí, me ha escrito. Dice que me dará su historia clínica.

—Bien. Nunca lo había visto tan serio como ayer, aunque creo que sé el motivo.

—¿Cuál?

—Bueno... —Hace una pausa pícaro—. Siempre he pensado que Will tiene debilidad por ti.

—¿Por mí? ¡Qué va!

Me pongo nerviosa. ¡¿QUÉ SABE EXACTAMENTE?!

—Me refiero a que los dos siempre habéis estado en el mismo bando, y lo último que le faltaba es que la otra «alma libre» de la familia se una al club de los que han encontrado el amor.

—Antes bebo lejía...

Max se ríe. Pero hablo en serio.

Muy bonito y todo lo que tú quieras, pero creo sinceramente que estando soltera se alcanza una paz mental, una libertad y un tipo de cuidado hacia uno mismo que solo se puede disfrutar fuera del vínculo *parejil*. Lo tengo clarísimo.

—Seguro que Will piensa que si conoces a ese tío tan guapo y descubre que estás esperando un hijo suyo, os enamoráis y tendrás tu final feliz.

Me pongo seria con este tema.

—¿Cuándo vais a entender que yo no busco eso? ¿Que no necesito cubrir ninguna carencia emocional y que la vida de soltera me parece mucho más interesante y variada que la de pareja?

—¡Se puede tener una vida de lo más interesante en pareja!

—Mi experiencia es que, cuando la gente la tiene, se vuelve un muermo. Desaparece tu personalidad y ambiciones para complacer a la otra persona...

—Sé que lo dices por mí y lo que me pasó con Nil...

—¿Tanto se ha notado? Lo siento.

—Fue una mala experiencia, pero no por eso he renunciado al amor. ¡Ahora con Jack me lo

paso pipa! Y me apoya en todas mis iniciativas. Con él he aprendido mucho sobre mí misma...

—¿Te refieres a nivel sexual? —bromeo.

—¡No! —Me atiza—. Jack enriquece mi vida y yo la suya. He aprendido que si te juntas con alguien es para sumar, nunca para restar. Y es lógico pensar que estás mejor sola si vienes de sufrir un infierno, pero yo soy la prueba viviente de que, si hay amor de verdad, se puede volver a confiar. No tengo por qué quedarme sola para siempre.

—Yo no estoy sola, estoy soltera, que es diferente. Y quiero seguir estándolo. ¡Solo quiero tener un bebé! Y no necesito tener pareja para ello.

—Lo sé, ¡pero el amor es ingobernable, ¿recuerdas?! —Sonríe divertida—. Una cosa es lo que quieras y otra lo que pase...

«Por eso es mejor no darle la oportunidad de atraparte», pienso para mis adentros. Y automáticamente recuerdo la noche de la boda. Me libré de milagro de sentir sensaciones muy peligrosas con alguien que no me convenía...

Tras el baile de los novios, comenzó la barra libre. Todo eran risas, alcohol y una exhibición inacabable para elegir qué amigo *supercool* del novio me llevaría como trofeo a casa.

Cité al elegido con voz sugerente en uno de los balcones exteriores del hall principal. Le dije que tardara cinco minutos en acudir porque antes quería asearme un poco en los lavabos. Estaba todo pensado. Yo misma había dejado una cesta con los productos necesarios para que una chica dispuesta a disfrutar de una noche de pasión oliera de maravilla (por todas partes) a esas horas de la madrugada.

No tardé y lo esperé expectante, asomada a la barandilla, tomando el aire fresco.

Un minuto después, sentí una presencia detrás de mí que me agarró de las caderas con propiedad y dejó caer sus labios en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Ese reclamo tan posesivo me cautivó y cerré los ojos enardecida.

Su forma de acariciar y saborear mi piel me excitó como nunca, haciéndome gemir contra mi voluntad. Me felicité a mí misma por tener tan buen ojo para elegir. Olía de diez... Y la reacción de mi cuerpo ante su toque me sorprendió, me estaba licuando el cerebro con su maestría. Por primera vez en mucho tiempo, deseé postrarme ante alguien y dejar que me hiciera lo que quisiera. Y eso no era propio de mí. Sentir su deseo me alienó como nunca antes.

—Ya he elegido a quién quiero esta noche... —musitó una voz. Una muy familiar que me hizo girarme de golpe y descubrir a... ¡Will!

—¿Pero qué haces tú aquí?! —Lo aparté, enfadada.

Él se quedó helado ante la pregunta, pero la desazón por perder ese contacto celestial me cabreó mucho más. Él parecía colapsado por las repercusiones de su atrevimiento.

—¡Estaba esperando a otra persona! —justifiqué mi reacción—. ¡Había quedado aquí con él! ¡¿Pero qué se supone que estabas haciendo tú...?!

—Yo... —farfulló alucinado—. Has dicho que podía tener a cualquier chica del salón y he supuesto que...

—¡Pero no hablaba de mí, imbécil! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—¡Y yo qué sé! ¡Estabas babeando por mí! ¡Como todas! Y pensé que...

Lo agarré del pelo con fuerza y obedeció a mi movimiento de sometimiento doblándose hacia un lado.

—No flipes, chaval. ¡Yo no te veo de esa manera!

—Pues tus pezones no piensan lo mismo... —los señaló. Todavía estaban enhiestos por su destreza.

Retorcí la mano con rabia y volvió a quejarse.

—¡Au! ¡Lo siento, ¿vale?! ¡Me he equivocado!

—¡Pues menuda equivocación, chato! —Volví a tirar con fuerza.

—¡¿Por qué te enfadas?! ¿Tanto te ha gustado...?

—¡No digas gilipolleces! ¡Se me acaba de bajar todo de golpe al ver que eras tú!

—Pues a mí todavía no... —jadeó—. Y encima acabo de descubrir que me gusta el sado...

Volví a tirar y gimió de gusto. «¡La madre que lo parió!».

—¡¿Qué está pasando aquí?! —preguntó una voz varonil.

¡Era el verdadero elegido!

Solté a Will al momento y disimulé mi turbación.

—Nada. Él ya se iba... ¿VERDAD, WILL? —Lo miré amenazante.

—Sí, ya me voy... —musitó atusándose el pelo, dolorido—. Un consejo tío: ácala a la cama si no quieres terminar calvo...

Resoplé cabreada. Puede que me hubiera pasado, ¡pero tenía mis motivos! ¡Acababa de joderme la noche! Porque nadie estaría a la altura de semejante despliegue de seducción por su parte. ¡Había aprendido bien, el niño! Y llevaba razón, el polvo con el otro no me supo a nada de nada.

Estuve rayada todo el domingo recordando su forma de tocarme, pero lo realmente mortal fue el lunes en la oficina, cuando Lily, la preciosa secretaria veinteañera de Max, apareció más sonriente que si hubiera dormido con una percha en la boca.

—¿Qué tal la resaca? —preguntó fresca y animada.

—Horrible... —confesé—. Ya verás cuando cumplas los treinta.

Ella se rio con soltura y comentó que la boda había sido la leche.

—Y el final de la noche... Memorable —dijo subiendo las cejas.

—O sea, que ligaste —resolví sin temor a equivocarme.

—Sí, pero no te imaginas con quién...

—¿Con quién?

—No puedes decírselo a Max. ¡Me moriría de vergüenza!

—¿CON QUIÉN? —pregunté preocupada, porque me temía lo peor. El karma me odiaba y...

—Con su hermano Will —reveló con los ojos en blanco de puro placer—. ¡Y no sabes qué noche...! ¡Te juro que es un dios del sexo! Me llevó a su casa y...

—¡Vale, vale! ¡No me cuentes nada más! También es como un hermano para mí... —dije asqueada. Pero en realidad, las náuseas se debían a una impotencia horrible embadurnada de una envidia mortal, ¡porque jamás podría pasar nada entre Will y yo! ¡Era el hermano de mi socia, de mi mejor amiga, de mi hermana! Un niño inmaduro y rebelde que me había excitado sin mi consentimiento.

Además, que Lily se lo hubiera comido lo convertía en las sobras.

—Me alegro por ti —dije displicente—. Pero no esperes nada serio de él, es un ligón empedernido.

—Pues ayer pasamos el día entero juntos y fue increíble.

«Encima van a casarse... ¡Perfecto!», pensé envenenada.

En realidad, nunca vi a Will como a un hermano, porque un hermano no te mira así desde los catorce años. ¡Pero lo quería como si lo fuera! No importaba si me resultaba atractivo o no, cualquiera de los Williams era terreno vedado para mí, aunque admito que Will siempre fue mi favorito. Tenía algo que me hacía sensible a él. Su humor retorcido, su sonrisa, su forma de estar en el mundo...

Si fuera un desconocido podría llegar a hincarle el diente, aunque no fuera mi tipo en absoluto

con ese aire *hippie*... ¡El caso es que no lo era! Era alguien con el que coincidía muy a menudo y compartía momentos en los que me sentía como en casa, y no quería que eso cambiara por nada del mundo.

Will formaba parte de mi familia postiza. Y como he dicho, ningún retoce pasajero podría competir con eso jamás.

Capítulo 6



—¡Will! ¡Hola! ¿Qué haces tú por aquí? —me saluda efusiva Lily, la secretaria de mi hermana.

Mierda... Me había olvidado completamente de su existencia.

Puede que sea porque todo el tiempo que compartimos al terminar la boda no dejé de pensar en...

—¿Está Molly?

—Hola a ti también —señala mi falta de cortesía.

—Perdona. Hola... ¿Cómo estás, Lily? Aparte de guapísima, claro...

—Bien, gracias. ¿Y a ti cómo te va?

—Todo bien. Pero necesito tratar un tema urgente con Molly...

—Está reunida con tu hermana en la sala de juntas.

—Vale. ¡Gracias!

Me muevo rápido para que no continúe dándome conversación. No quiero meterme en más líos.

Saber que están reunidas me da mal rollo. «Reunión de pastores, oveja muerta», que diría mi madre por sus refranes. Os recuerdo que es medio española.

Llamo a la puerta brevemente y abro sin esperar invitación.

—¡Hola! —exclama mi hermana sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Eso, Will... ¿Qué haces aquí? —repite Molly molesta. ¡Encima!

—Vengo a ver qué estáis tramando... Y por el montón de notitas que tenéis sobre la mesa, parece que nada bueno.

—¿Por qué? —pregunta mi hermana extrañada. Pero, en vez de contestar, miro a Molly inquisitivo.

—¿Has encontrado algo sobre él?

—No es asunto tuyo —responde seca.

—¡Claro que sí! ¡Es mi responsabilidad preservar su anonimato!

—Tranquilo, no voy a investigarle. ¿Contento?

—¿Y qué es todo esto? ¿Por qué no contestas a mis mensajes? Llevo toda la mañana volviéndome loco...

—Tengo mucho trabajo, Will. Además, ¿crees que voy a mover un dedo sin confirmar que estoy embarazada? ¡Todavía no es seguro!

Esas palabras hacen que respire aliviado. Significa que tengo otros nueve días para evitar la hecatombe.

—Vale... Os he visto en plan CSI y he sacado conclusiones precipitadas.

—Esto son solo ideas —explica mi hermana—. Estamos pensando qué vamos a hacer con *Consigue al tío* si las dos estamos de baja por maternidad a la vez. No queremos dejar el negocio en manos de otras personas y tenemos que seguir en activo. Estar un año sin visibilidad puede ser muy perjudicial para la empresa.

Frunzo el ceño. No había pensado en eso...

—¿Y qué vais a hacer?

—Molly ha tenido una idea fantástica —expone Max orgullosa.

Observo a la susodicha de reojo. No me sorprende porque Molly es el claro ejemplo de que las guapas no tienen ni un pelo de tontas. Esa mujer vendería arena en el desierto si hiciera falta...

—¿Qué idea?

—Crear una plataforma de *Consigue al padre*, en vez de «al tío».

—¿Qué...? ¿Vais a ayudarlas a conseguir a un padre para sus hijos?

Molly se ríe taimada.

—Ahí está la gracia. ¡Que no hace falta! Queremos mostrar que no es necesario «conseguir al padre» para tener un hijo. Puedes hacerlo tú sola.

Max y yo compartimos una mirada.

Nuestra infancia y el inestimable papel de nuestro amoroso padre hace que nos sea difícil empatizar con esa idea. Claro que se puede, pero de ahí a reducir el rol del padre a la fecundación, me parece desdeñar un pilar fundamental que puede ser el origen de muchos problemas personales en el futuro.

Sé que Max también lo piensa. Como psicóloga, sabe que las taras psicológicas de la mayoría de la gente son culpa de sus padres, en general. Del trato recibido, del ejemplo, y también de la falta de él.

—En realidad, será una guía de asesoramiento para las que quieren ser madres solteras —interviene mi hermana—, y también para las que lo son por fuerza mayor. Porque ser madre y padre a la vez no es tarea fácil... y hay muchas mujeres que se ven obligadas a serlo o lo deciden.

—Entonces, ¿va a ser como un consultorio sobre maternidad?

—No exactamente. La idea es retransmitir por TikTok el embarazo de Molly, etapa tras etapa. Cuidados personales, preparación del nido, clases de parto... y cómo lo va gestionando todo a nivel psicológico.

—Sí, y ofrecer apoyo ante la idea de que se puede ser madre sola con un potente mensaje de empoderamiento femenino —completa Molly—. Porque muchas no se atreven, aunque lo deseen. Y quiero demostrarles que sí se puede...

Max y yo volvemos a mirarnos. Lo que Molly no entiende es que no todo el mundo es una fuerza indestructible de la naturaleza como ella. Está muy bien eso de pensar que tú puedes con todo en la vida si hay voluntad, pero después la realidad te golpea y lo que te diferencia del resto es la actitud con la que te enfrentas a ello. Hay gente que tiene más fortaleza que otra, y si estás

realmente solo, es mucho más complicado.

—¿Y cómo vais a hacer dinero con eso? —pregunto intrigado.

—Con acuerdos publicitarios —responde Molly—. Estamos elaborando una lista de posibles marcas prenatales interesadas en colaborar con nosotras. Biberones, cremas de todo tipo, chupetes, fulares portabebés o cojines para dormir que podrían sufrir un aumento en sus ventas si los recomendamos en el canal.

Trago saliva ante su audacia empresarial.

—Está muy bien pensado... —les concedo.

—¡Va a ser genial! —exclama Molly contenta—. Demostraré que no se necesita a ningún hombre para ser madre. Basta con ir a una clínica.

—¿Puedo pedirte que no menciones a la clínica en la que te has hecho el tratamiento de fertilidad? —digo de pronto.

—¿Por qué no?

—Me preocupa que alguien se entere de la mala praxis de tu caso... Me he dado cuenta de que, seguramente, ni hemos pagado a ese tío por su semen. Si esto sale a la luz, podemos meternos en un buen lío a todos los niveles. Podrían hasta quitarte al niño, ya que él no ha firmado su cesión de la patria potestad...

Que Molly se quede blanca me da muchísima tranquilidad.

Lo único que quiero es que se olvide de encontrarle, porque sería fatal para todos.

—¡Madre mía...! —dice cayendo en la cuenta—. Te juro que seré discreta con todo lo referente al donante. ¡No voy a buscarlo! Siento la cagada del cambiazó, Will... ¡Lo único que quería era que heredara ese mentón de superhéroe con hoyuelo incorporado!

Todos sonreímos sin poder evitarlo.

—Yo también siento haberme puesto histérico... Vengo a pedirte disculpas por lo de ayer. Estoy seguro de que vas a ser una madre genial...

—Gracias... Y gracias por ayudarme a cumplir mi sueño —Me guiña el ojo por el secreto y veo que mi hermana sonríe complacida.

—Bueno, os dejo trabajar —me despido—. Hasta luego, chicas...

—Avísame cuando tengas los resultados médicos del donante —me recuerda Molly.

—Claro. Descuida. Nos vemos.

Vuelvo al laboratorio y me siento en mi mesa mucho más tranquilo.

Este mal trago termina aquí...

La creo cuando dice que no va a buscarlo, y ahora que la ficha de Bradley Scott está borrada, siento un alivio inmenso.

A él lo llamaré y le diré que su esperma no es apto, y dentro de unos días, le enviaré a Molly un pdf atestiguando que el padre de su hijo está sanísimo y que no tiene antecedentes familiares de ninguna enfermedad.

Y lo sé, porque yo soy el padre...

Pfff...

Lo de que somos iguales no lo digo por decir. Ella pegó un cambiazó de esperma y yo otro. Fue un impulso de lo más loco, lo admito, pero el día que supe que Molly iba a fundar una familia me sentó fatal.

El tema llevaba taladrándome la cabeza desde que mi hermano Ray fue padre hace cuatro meses, aunque el auténtico debacle comenzó en su boda un año atrás.

Mi madre, bendita sea, siempre ha tenido una tendencia dañina a compararnos a los tres. Y en los dos últimos años, se ha cebado especialmente conmigo. No solo me echa en cara que nunca

he sido capaz de tener una relación estable, sino que soy el único sin un logro profesional a mis espaldas y una cuenta corriente acolchada.

No hace falta que diga que en amasar fortuna Max se lleva todos los laureles, pero a John le publicaron un estudio en una prestigiosa revista de ciencia y Ray tiene su propia clínica dental que va como la seda.

Max los ayudó a ambos económicamente y pudieron devolverle el dinero rápido, pero cuando me lo prestó a mí para llevar a cabo una investigación que podría cambiar las cosas respecto a enfermedades importantes, la cosa no fue tan bien. Resultó un estudio fallido y caro. Y no tuve el valor de pedirle más dinero para continuarlo.

Desde entonces, cargo con la cruz de ser el fracasado y, como he dicho, cuando Ray se casó, mi madre empezó a meterme mucha presión a todos los niveles. Sentimental y profesional.

Intenté salir con un par de chicas que prometían sobre el papel, pero algo fallaba. Y era yo. Entonces conocí a Sara...

Era una chica muy parecida a mí, nos encontramos una noche en una discoteca por casualidad y nuestra química era tan brutal que no podíamos dejar de desnudarnos en presencia del otro. Sin ataduras. Pero siempre volvíamos a buscarnos. No había obligaciones ni dimos el paso de conocer a los amigos o a los padres del otro, pero de algún modo, llenábamos un vacío vital que un día explotó porque se quedó embarazada con tanto folleto apasionado...

No supimos reaccionar. Ambos teníamos trabajo. Nos entendíamos bien y estábamos a gusto, pero...

—¿Tú quieres tenerlo? —le pregunté con cautela.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después.

Me parecía sorprendente que cupiera la duda y la ilusión empezó a hacer mella. Hasta soñé con la posibilidad de ser padre. Pero un par de días después, me dijo que sus dudas provenían de que se sentía culpable por querer abortar y no se atrevía a decírmelo. Es decir, nadaba en remordimientos por el choque directo entre lo que deseas y una estricta ética moral que cada día se adapta peor a una época con tantos medios e información al alcance.

Debates aparte, no miento si digo que me entristeció su decisión de detener el embarazo. Pero al final, que yo no tuviera ni voz ni voto en la sentencia, me eximió de responsabilidades e inquietudes. El resultado fue que no volvimos a vernos, y algo dentro de mí empezó a mutar. Un extraño frío se adueñó de instantes que antes disfrutaba en soledad. Empecé a cansarme de salir cada semana con una chica diferente. Estaba apático.

Después de eso, Max conoció a Jackson y llegué a tenerles envidia al entender que yo nunca conseguiría nada parecido. La chica que encajaba conmigo no existía. Y tenía que asumirlo.

Tener en brazos a Liam, el hijo de mi hermano Ray, terminó de romperme. Y no es que deseara tener descendencia; no me veía capacitado para responsabilizarme de la vida de nadie cuando yo mismo estaba tan desviado de la mía... Es que su grado de felicidad me abrumó. No recordaba la última vez que yo me había sentido así. ¿Lo había hecho alguna vez? ¿Estar tan pleno y satisfecho? ¿Tan seguro? Mi finalidad al final del día se redujo a volver a ser feliz conmigo mismo. Sin nadie más. Y todavía seguía trabajando en ello.

—Y... ¿quieres que yo sea el padre? —verbalicé sin pensar.

Otra fatal confusión. Al principio, flipé en colores con la propuesta, pero cuando formuló ese «¿cómo iba a pedírtelo a ti?» tan ofensivo, la idea no dejó de dar vueltas en mi cabeza durante toda la noche.

Intenté erradicarla, lo juro. Me reí de ella. La insulté y negué con la cabeza avergonzado por siquiera pensarlo, pero, en el último momento, me dije: Coño, ¿y por qué no?

Molly era de la familia, ¿verdad? Y ese niño también iba a serlo. Íbamos a quererlo como si lo fuese... ¿y si lo era? ¿Y si pudiese ser testigo de la vida de mi hijo sin tener ninguna responsabilidad sobre él? Ni planeándolo hubiera sido tan perfecto.

Además, igual que Bradley Scott, yo también formaba parte del catálogo de donantes, lo que significaba que Molly podría haberme elegido a mí y nunca lo hubiéramos sabido. Así que cuando llegó el momento, di el cambiazó sin pensar. Y por supuesto, nadie frenó la inseminación porque mi esperma cumplía a la perfección con los filtros de seguridad y calidad de tener al menos seis meses de antigüedad en la clínica que debieron comprobar en el estudio previo.

Ahora solo tengo que esperar a que la fecundación sea un éxito y el embarazo se desarrolle bien. Y, como el mejor de los padres, estaré ahí para todo lo que necesite ese bebé sin pedir nada a cambio.

Total, iba a hacerlo de todas formas...

Solo espero que nadie lo sepa nunca.

capítulo 7



Semana 7

Me levanto corriendo y consigo llegar al váter antes de echar la cena en mi alfombra de diseño.

—¡Buegh...!

Me quedo agarrada a la taza, azotada por la desazón. Es el momento dramático perfecto para obtener material visual de calidad. Enciendo el teléfono para grabarme en modo *selfie*.

—Nadie dijo que sería divertido —balbuceo mirando a cámara con una cara de moribunda imperdible. ¡Estoy verde! Pero el realismo vende, señores—. He vuelto a vomitar. Ya van veintisiete veces. Me viene de pronto, como si acabara de oler algo putrefacto y una náusea me atravesara el espinazo. Es superdivertido... —Muestro el pulgar arriba—. Pero todo pasa, chicas. No estáis solas. Ya queda menos para que acabe el primer trimestre...

Dejo de grabar e intento recuperar la dignidad. Esto de construir una vida desde cero en tu interior es agotador. Y de repente, lo huelo... ¿Qué es eso?

Evito pensar que me he convertido en un mamífero con el sentido del olfato hiperdesarrollado, pero huele como a... ¿quemado?

Sigo el tufo, preocupada, todavía con el estómago revuelto, y me guía hasta el rellano del pasillo, que, para mi sorpresa, está lleno de humo grisáceo.

Me asusto y cierro la puerta para impedir que entre en mi casa.

Cojo el móvil para llamar a emergencias.

«¿¿Qué coño había que hacer en estos casos?!», intento recordar.

Solo sé que en los incendios la mayoría de la gente muere por intoxicación de inhalación de humo, no quemada.

—¡Hola! ¡Quiero informar de un incendio en el 1200 de California Street!

—Gracias. Ya nos han llamado. Las autoridades van hacia allí.

—¡El pasillo está lleno de humo! ¡¿Qué hago?!

—Si hay humo no se arriesgue a bajar por las escaleras. Pueden convertirse en una auténtica chimenea en pocos minutos. ¿Tiene balcón?

—Sí.

—Salga al balcón y espere a ser evacuada por los bomberos.

—¿En serio?

Mi instinto es salir corriendo, pero tengo que confiar en los equipos de salvamento y no ponerme en peligro. ¡Podría afectar al bebé!

Solo estoy de siete semanas. Todavía no sé si es niño o niña, lo único que sé es que salió positivo cuando me hicieron la prueba en sangre y lo celebramos por todo lo alto en un restaurante gourmet. Esa fue la última comida que me sentó bien; un par de días después, empezaron las náuseas, los preparativos, el proyecto de *Consigue al padre* y la mayor aventura de mi vida junto a Max.

Ay, Max... Pensar en ella me reconforta un poco. Me encantaría llamarla ahora mismo para que tomase el control de la situación, pero no puedo darle un susto así.

Tampoco quiero llamar a mis padres. Seguramente empezarían a frotarse las manos pensando en heredar mi fortuna.

¿A quién puedo llamar? No quiero avisar a ninguno de mis amigos. Bueno, vale, folla-amigos. Ni preocupar a Jackson...

«Pídeme lo que quieras...», recordé entonces. Y no tardo ni dos segundos en buscar el contacto de Will. Me vendría genial su practicidad ahora mismo. Era muy parecida a la de Max. Por algo son Williams. Además tenemos la suficiente confianza, bañada en una adecuada indiferencia hacia mí.

Espero los tonos con impaciencia. Y con el frío de un húmedo día de marzo en mis brazos desnudos.

—¿Molly?

—¡Will, menos mal!

—¿Pasa algo?

—¡Sí! ¡Hay un incendio en mi casa y estoy encerrada en una terraza pequeña esperando a que me rescaten!

—¡¿CÓMO...?!

—¡Tengo mucho miedo, Will!

—¡Tienes que salir de ahí ahora mismo!

—¡No puedo! Hay demasiado humo y los de emergencias me han dicho que me quede aquí...

Se escucha un improperio. Prefería una de sus bromas, la verdad.

«Ayúdame a no entrar en pánico, Will, por favor».

—No he querido avisar a Max, le daría un infarto —explico.

—Sí. Mejor que me dé a mí, soy un ser totalmente sacrificable.

Sonríó contra mi voluntad. Vamos bien.

—Gracias. Lo necesitaba. Nadie como tú convierte una situación horrible en un chiste. No sabía a quien llamar...

—¿Estás bien? ¿Notas algo? ¿Estás mareada?

—No. Solo tengo miedo...

—Tranquila. Voy hacia allí. No te muevas. Si te ves en peligro, llámame otra vez. Estoy subiéndome al coche.

—¡No me cuelgues, Will! —exclamo histérica.

El silencio inunda la línea y apelo a su generosidad de superhéroe.

—Vale. Espera un momento... Te llamo en diez segundos cuando se conecte el manos libres.

—¿Lo prometes?

—Mol... —Suaviza el tono ante el pánico de mi voz—. Confía en mí, ¿vale? No voy a dejarte tirada.

—Vale...

—Ahora vuelvo.

La llamada se corta y me estremezco.

Juro que son los peores diez segundos de mi vida. Y me doy cuenta de que ya no siento el frío. Tiendo a pensar que mi piso es un caldero gigante en el que me estoy cocinando y me pongo enferma. Me preocupa que mi salón se este llenando de un humo cada vez más oscuro y espeso. Porque sé que esa sustancia es veneno puro. El famoso hidrocarburo que te adormece y te mata.

Mi móvil vuelve a sonar.

—Will... —gimo con una voz que apenas reconozco en mí misma.

—¿Estás bien?

—Sí. Mi casa está llena de humo. No tengo escapatoria...

—Mantén la calma —musita con un halo de terror en la voz—. En cuanto llegue, les diré dónde estás exactamente. Todo va a ir bien... Van a sacarte muy pronto.

Para mi sorpresa, los ojos se me llenan de lágrimas.

Estoy preocupada por mí, pero sobre todo, por «Huevi». Es como llamo a la lenteja que vive agarrada en mi útero. Un huevito transparente que según mi App de Desarrollo Embrionario esta semana debería estrenar un pseudo corazón que empiece a funcionar. No dejo de pensar que la futura persona que será, una que me mirará con más amor del que nunca me ha mirado nadie, está en peligro.

—Will... —sollozo derrumbada—. No quiero que le pase nada...

Lo oigo suspirar con ansiedad. Casi puedo ver cómo aprieta el volante de su coche con las manos.

—No pienso dejar que le pase nada, ¿de acuerdo? Te lo juro.

—Es el sueño de mi vida, Will. No puede salir mal...

—Estoy llegando a Union Square. ¡Vamos, avanza, tío! —oigo el sonido del claxon.

—¿Tú crees que será niño o niña? —pregunto sentida.

—Seguramente sea No binario.

Su respuesta me hace sonreír de nuevo.

—Sea como sea, lo querré mucho.

—Todos le querremos, Molly...

—Cada vez sale más humo, Will...

—Ya estoy aquí. Los bomberos han acordonado la zona. ¿Cuál es tu piso exactamente?

—Quinta planta. Apartamento 52.

—Aguanta, ¿vale? Voy a decirles dónde estás. Subirán enseguida.

—Vale... —Toso un poco.

—No hables más. Respira por la nariz. Nos vemos abajo.

Los camiones de bomberos comienzan las labores de rescate a distintos vecinos de las plantas superiores, pero la situación empeora en poco tiempo cuando empiezan a extinguir el incendio en la cuarta planta, justo la anterior a la mía, y la humareda aumenta cuando rompen las ventanas para sofocarlo.

De pronto, el aire se hace irrespirable. Empiezo a toser más y me asusto de veras. Empieza a dolerme la cabeza y apenas veo.

La sensación de agobio es estremecedora. No soy capaz de pensar.

De pronto, aparece un bombero de la nada. Viene volando hacia mí, pero pronto distingo que está de pie sobre una plataforma fina a la que rodea una barandilla de hierro.

Me hace un gesto para que me acerque a él y lo miro espantada.

¿Pretende que salte a sus brazos desde mi terraza y precipitarme hacia el incierto vacío de un quinto piso?

Se saca el respirador para que le oiga:

—¡Dese prisa, señora! ¡Yo la sujeto! ¡No puede seguir aquí...!

Me acerco a él luchando contra algo más fuerte que el miedo. Es vértigo mezclado con pánico, pero en cuanto me tiene a su alcance, me agarra del brazo con una fuerza sobrehumana y se me lleva en volandas sin darme opción de agarrarme a ninguna parte. Por poco me muero del susto.

Por instinto, suelto el móvil y me aferro como una lapa a su casco. Creo que no ve nada, pero me nota tan sujeta que hace un gesto a los de abajo para que nos bajen.

Me parece curioso que cuanto más me alejo del fuego, peor me encuentro. Al llegar abajo, estoy desorientada.

—¡Traed una camilla! —oigo que grita alguien—. ¡Y oxígeno!

—¡Molly! —escucho a Will. Lo siento a mi lado, pero no puedo decirle nada porque los paramédicos me incrustan una mascarilla de oxígeno en la cara a toda prisa.

—Aguanta, por favor... —musita angustiado—. ¿Se va a poner bien? —pregunta aterrado.

—Sí, pero tiene que ir al hospital, por si hay lesiones.

—Está embarazada —dice desesperado—. ¿Puede afectar al bebé?

—Lo mejor es que la vean para descartar una intoxicación.

—Muchas gracias...

—Lléváosla rápido —dice el bombero al técnico de ambulancia—. Yo tengo que volver ahí dentro... Espero que todo os vaya muy bien —nos dice amable.

Sigo muy mareada, pero puedo apreciar que tiene unos bonitos ojos azules.

—¡Gracias! —verbaliza Will por mí mientras se aleja.

Cuando me suben a la ambulancia, a él se lo impiden y lo miro angustiada. ¡Quiero que venga conmigo!

—Soy su marido —espetea con dureza. Y consigue que le dejen subir.

Soy pro «hacerlo todo sola», pero admito que en estos momentos agradezco que haya alguien a mi lado. Alguien a quien le importo un poco.

—Menos mal que estás bien... —musita Will casi para sí mismo.

No me gusta verle tan serio. No le pega. Quiero que vuelva el Will que en los momentos críticos bromea, pero ahora parece preocupado de verdad, y lo confirmo cuando cubre mis manos con las suyas sin decir nada.

Yo tampoco hablo. No puedo. Y no porque ahora mismo sea Darth Vader, sino porque no tengo palabras. Me quedo agarrada a su mirada mientras una lágrima surca mi rostro dejando constancia de que temo lo que podría haber pasado.

—Te vas a poner bien —arguye leyéndome la mente. Su expresión es tan tierna que me deja extasiada—. ¿Quieres que llame a alguien? —Lo pregunta como si ya supiera la respuesta.

Niego igualmente con la cabeza.

«Lo único que quiero es borrar la última hora de mi vida», intento transmitirle.

—De acuerdo... No hay por qué asustar a nadie más, ¿verdad? —murmura—. Suficiente susto nos hemos llevado ya nosotros...

Asiento aliviada. Es así. Odiaría molestar a alguien con esto. Ellos tienen sus vidas. Pero de

alguna forma, no me importa que Will esté aquí. Porque a él tampoco le espera nadie, y sé que lo comprende. Somos seres solitarios. Y más aún en los momentos malos.

Una vez en el hospital, me hacen varias pruebas y análisis de sangre para comprobar mi suficiencia respiratoria. También me desnudan y me lavan con esponjas, porque estoy llena de hollín. Cuando les digo que estoy embarazada, insisten en hacerme una ecografía e insinúan que tendré que quedarme ingresada si los niveles de COHb (carboxihemoglobina) en sangre son superiores al 10%. Cosa que, habiendo tenido cefalea, sea lo más probable.

—¿Quieres que entre contigo a la eco? —pregunta Will apocado.

Asiento sobrecogida, porque entiendo que no es porque le haga especial ilusión, sino por tener a alguien cerca si hay malas noticias.

No he sentido este miedo en mi vida. Me alucina que sea mucho peor cuando no es por ti mismo.

Capítulo 8



En mi vida he estado más preocupado por nada. Y no mola.

Siempre me tomo el drama a cachondeo, es como un superpoder, pero pensar que le podría haber pasado algo a Ashlyn.

Así es como llamo a mi hija. Tuve la necesidad de ponerle nombre en cuanto averigüé el sexo tras analizar la última muestra de sangre de Molly. Me aburría en el trabajo, ¿qué pasa...?

Ashlyn significa «sueño» en irlandés y me pareció muy adecuado.

Nos hacen pasar a una sala y le dicen a Molly que se tumbe. Cuando untan el tubo con un gel transparente y se lo meten por el..., aparto la mirada todo lo rápido que puedo. Pero saber que acaban de introducirlo en su elástica y perfecta *vagina* me tensa por completo.

«¿Qué *coño* hago yo aquí?». Nunca mejor dicho...

Menos mal que había decidido no inmiscuirme demasiado en su vida... Pero me llama, me dice que está en peligro y se me dispara el corazón como si fuera a estallar en mil pedazos si no hiciera algo al respecto.

No sé explicar lo que siento por Ashlyn. No tenía programado desarrollar sentimientos por un punto minúsculo en una pantalla.

El día antes de la prueba de embarazo, apenas dormí. ¿Y si Molly no estaba encinta? La tasa de aciertos no es del 100%. A veces el útero es hostil y el embrión no se agarran bien. Y ella, hostil es un rato... Está acostumbrada a la calidad, e igual su cuerpo identificó que le estaban dando gato por liebre y rechazó mi semilla.

Estuve pendiente de la llegada de Molly a la clínica para hacerme el encontradizo con ella, pero en cuanto la vi en la puerta, recibí un mensaje suyo. Al parecer, venía con Max.

«He venido a hacerme el test de embarazo. ¿Vienes a recepción?».

Un extraño calor invadió mi pecho al pensar que quería que estuviera presente, pero la explicación racional llegó solo un instante después en forma de mensaje de texto.

«Así te llevas la muestra para analizarla cuanto antes y tener más rápido los resultados».

Y yo pensando que era bonito que quisiera compartirlo conmigo...

Molly no dejó de sonreír en ningún momento ni siquiera cuando le sacaron sangre con una aguja más afilada que una espada Samurai.

Les guiñé un ojo y me llevé la muestra, pero en cuanto empecé a analizarla me invadieron los nervios. Me vi deseando con todas mis fuerzas que saliera positivo.

Al saber que estaba embarazada, me embargó una emoción inaudita. ¡Iba a ser padre! Pero tres segundos después, me di cuenta de que no era cierto. Ni siquiera eso había hecho bien... Tendría un hijo, pero no sería padre. Sería un tío postizo, como mucho.

Me dio miedo pensar cómo me sentiría cuando lo viera en carne y hueso, si una simple reacción química había logrado trastocarme así.

—Ahí está —oigo que dice el médico de urgencias señalando el monitor.

A priori, solo se ve un saco negro con un punto blanco en medio.

Cuando activa el sonido, se escucha un bombeo atropellado y agudo. Suena como lo haría el corazón de un pitufo maquinero.

—Hay latido —confirma el médico sonriente.

—¿Es normal que vaya tan rápido? —pregunta ella acojonada.

—Es completamente normal.

La cara de Molly observando la pantalla es indescifrable.

—Menos mal... —musita aliviada. Suena rara porque todavía lleva puesta la mascarilla de oxígeno.

Yo soy incapaz de hablar. ¡Ese punto parpadeante y yo somos algo! Es parte de mí...

—¿Cuánto mide? —pregunta interesada.

—Lo normal para su tiempo de gestación. Todo está bien —resuelve el médico—. Debe descansar y no hacer grandes esfuerzos hasta que recupere su saturación de oxígeno. Esperen los resultados de los análisis fuera.

A pesar de la orden, nos cuesta movernos.

—Es increíble, Molly... —consigo decir.

—¿A qué te refieres?

—¡A que está ahí...! Es real. Hasta ahora solo era una idea para mí.

—Pues para mí no. Te aseguro que las náuseas y la hinchazón son muy reales... Pero comprendo que te haya traumatizado descubrir en lo que puede derivar un polvo —bromea—. Aunque esto no lo haya sido.

—Ya, creo que voy a estar sin follar una buena temporada...

Ella se ríe, pero lo digo muy en serio. Es como si ya no le viera sentido a hacerlo por placer. ¡¿Qué leches me está pasando?!

Molly y yo esperamos abstraídos en la sala contigua. Ella en la silla de ruedas y yo sentado a su lado. Ha sido una noche de locura, pero algo me dice que todavía puede empeorar si nos dicen que tiene que quedarse ingresada.

Mis premoniciones no tardan en cumplirse.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Molly hundida.

—Hasta que sus niveles de dióxido de carbono en sangre bajen. Además, las secuelas por intoxicación pueden aparecer incluso días después de la exposición y suelen afectar a un porcentaje alto de pacientes...

—¿Cómo? ¿Voy a estar aquí días? —pregunta ella ofuscada.

—Tampoco es que tengas ningún otro sitio adonde ir —musito.

Ella me mira perdida, recordando que su casa está carbonizada.

—Debe quedarse en observación de momento. No es seguro que sufra esas alteraciones

tardías. En cualquier caso, se aconseja el control de la paciente hasta tres semanas después del alta. ¿Vive usted sola?

—Ahora mismo no vivo en ningún sitio —balbucea Molly.

—Estará acompañada, no se preocupe —respondo yo—. ¿Va a recetarle algo?

—No. El tratamiento es la administración de oxígeno al 100% en mascarilla, no debiéndose interrumpir hasta que la paciente alcance cifras inferiores del 5% de COHb. Solo entonces podrá irse a casa. A las tres semanas, le haremos una nueva valoración.

—Gracias, doctor.

—Enseguida vendrán a por ella para subirla a planta.

Molly suspira pesarosa.

—Mira el lado bueno, acabas de ahorrarte una noche de hotel —digo con guasa para animarla. Pero no sonrío. Menudo fracaso.

De pronto, un hombre que estaba al acecho, se acerca a nosotros.

—Perdonad... Os estaba buscando. Soy el bombero que la ha sacado del fuego.

—¡Ah! ¡Hola! —Me pongo de pie, complacido. Este hombre es mi ídolo.

Molly se queda tiesa mirándolo a los ojos. Pasan algunos segundos y sigue sin reaccionar. Lo más probable es que esté reviviendo todo el rescate en su cabeza.

—Molly... —la aviso para que salga del trance.

—Yo... —balbucea nerviosa sin saber qué hacer—. Muchas gracias... ¡Por todo! —sueno sincera.

—De nada. He traído a otro vecino con quemaduras leves y de paso he preguntado por vosotros, para saber si todo estaba bien con el bebé... —Observa su tripa, preocupado.

—¡Sí, sí! Todo está bien —contesta ella quitándose la mascarilla. Sonríe, pero se la ve tensa como el acero. Y me da la sensación de que empieza a jadear un poco.

—Me alegro mucho —Sonríe el bombero. Y automáticamente a Molly se le caen las bragas al suelo. En sentido figurado, claro, porque no lleva.

El tío es guapo, para qué negarlo. Muy de calendario hot... Alto, rubio, cachas, ojos azules...

—Bueno, muchas felicidades, pareja.

—No somos pareja —se afana en aclarar ella. Y se hace un silencio extraño. Miradas. Preguntas. Rubor—. Es mi hermano.

Abro mucho los ojos. ¿¿PERDÓN?!

—¡Ah! Lo siento —dice el adonis—. He dado por hecho que...

—No... Estoy soltera. Voy a tener este bebé sola.

Al escuchar la palabra «soltera», el tío no puede evitar escanearla en un segundo, haciendo un revelador gesto apreciativo. Como si pudiera adivinar su cuerpazo debajo de ese jodido camisón.

«Ha podido percatarse mientras la evacuaba».

—Gracias por salvarnos. A los dos —Se acaricia la tripa Molly.

—Ha sido un verdadero placer. Buenas noches.

—Igualmente...

Se gira despacio y no da ni tres pasos cuando ella lo llama de nuevo:

—Disculpa..., pero, ¿podría hacerme una foto contigo?

—¿Una foto?

—Sí, es que... Va a sonar raro, pero tengo una cuenta en TikTok donde estoy narrando todo el proceso de mi embarazo por inseminación, y si cuento que esta noche me ha salvado la vida un bombero guapísimo, nadie me va a creer sin pruebas...

Contra todo pronóstico, él sonrío halagado.

¿De verdad está pasando esto?

—Claro... ¿Por qué no? —contesta sin darle importancia—. No todos los días salva uno a una chica también guapísima...

¡Lo que faltaba! Tengo el ceño tan fruncido que noto cómo se me clava en la frente.

Molly me hace una señal para que saque mi móvil y se la eche yo. ¡Encima...!

Lo hago a regañadientes y le da las gracias al terminar.

—¿Quieres que te etiquete? —pregunta sensual. O igual es que todo lo que dice me lo parece.

—No. Da igual...

—Vale, etiquetaré al Departamento de Bomberos de San Francisco.

—Perfecto.

—Gracias por todo. De verdad —se despide de su héroe, llena de babas. Él se aleja con una caída de pestañas inequívoca.

¡Ha sido surrealista! Ni en el hospital les da tregua a los hombres.

Cuando él desaparece, Molly me mira divertida.

—Solo tú eres capaz de ligar estando al borde de la muerte —digo.

Su cara de alucine no varía y la veo morderse los labios.

—¿Sabes quién era ese tío...? —dice como si fuera la madre de todos los cotilleos.

—No.

—Ante todo, respira hondo, por favor. Porque vas a flipar....

—¿Quién era?

—El padre de mi hijo.

La miro como si no entendiese sus palabras. Porque, de hecho, no las entiendo. ¡Si el padre de su hijo soy yo!

—¡Es el tío por el que di el cambiao! —explica Molly—. Por eso me he quedado loca al verle al principio. Pero era ÉL, Will... ¿No te parece muy fuerte?

Abro la boca lentamente para protestar, pero soy incapaz de definir cómo me siento. Porque no es que sea fuerte, es que es...

—Imposible... —me sale decir.

—¡Te lo juro! ¡Era él! Esa cara no se olvida. ¡Estoy flipando!

—Pero...

Me quedo alhelado. Esto es demasiado... Empiezo a sentir un extraño dolor en el pecho y me mareo. ¡Esto no está pasando!

—No me lo puedo creer —sentencio noqueado.

—¡Ni yo! ¡Tengo una foto con él! ¡Soy la mejor! —celebra subiendo los brazos.

La miro blanco como el papel. Esto es lo peor que podía pasarme.

—Molly... —intento explicar las implicaciones del encuentro. Ella capta mi expresión descompuesta y le quita importancia.

—Tranquilo. ¡No voy a volver a verle en la vida! ¡Ni siquiera sé su nombre!

—Pero ahora sabes dónde encontrarle... —discurro hundido.

—No quiero encontrarle, ¿vale? Tranquilízate, por favor.

Su convicción ayuda a que recupere un poco el color, pero sigo en *shock*. ¿Cuántas posibilidades había de que...?

—¿Provocaste tú el incendio? —digo sin pensar. Porque necesito una explicación científica de lo que ha pasado. El puto destino no existe. Quizá sí obtuvo información después de todo, y cuando supo que era bombero, hizo lo necesario para coincidir con él...

—¿Qué acabas de decir? —musita con una incredulidad severa.

—Yo... Solo he pensado que...

—¿Insinúas que pondría en peligro al bebé y al resto de mis vecinos solo para encontrarle?

—No... Yo... —«Sí, es justo lo que acabo de insinuar».

Y lo he soltado sin pensar porque evidentemente hubiese sido más fácil visitar los parques de bomberos, pero soy así de...

—¿Por quién me tomas? —dice ofendida. Pero su voz pierde fuelle y tose.

—Ponte la mascarilla. No sé por qué te la has quitado, estabas ridícula con la marca de la goma en la cara. Mira la foto...

—¡Eres un imbécil, Will! —exclama cabreada.

«Es probable», porque ahora mismo estoy metido en un lío tremendo. Las cosas pueden complicarse con el bombero y terminarán descubriéndome. O denunciando a la clínica, o vete a saber...

—Lo siento, ¿vale? —digo de corazón. Nunca debería haber hecho lo que hice, pero ahora ya es tarde para revertirlo.

—¡No lo sientas! ¡Vete y déjame en paz!

—No pienso dejarte sola.

—No quiero que estés aquí, Will. ¡Vete!

—Molly... No tienes el bolso ni el teléfono ¡ni nada! Solo me tienes a mí. Me necesitas.

—¡No te necesito! —exclama adusta—. Le pediré el móvil a alguien y llamaré a Max. O a mis padres.

—Mol...

—¡Me encantaba mi piso, ¿sabes?! —Y se cruza de brazos para mirar hacia otro lado y no verme—. Era lo único que podía llamar mío. Mi lugar seguro. El piso perfecto. No lo arriesgaría por nada del mundo.

Me levanto y me agacho frente a ella para que me mire, pero sigue esquivando mi mirada.

—No llames a nadie, por favor. Mañana por la mañana seguro que te dan el alta y te llevaré a casa de Max.

—Ahora mismo no quiero estar contigo, Will —contesta seria.

—Pues yo creo que lo que te pasa es que, ahora que ha pasado el peligro, necesitas estar enfadada conmigo para sobrellevar lo mono que te parezco...

Me mira desconcertada.

—No es eso, ¿es que eres idiota!

—Lo soy. No sabes de cuántas formas distintas. Y se me ha ido la olla cuando ese tío y tú os habéis encontrado. Es un marrón...

—Igual es una señal... ¿no lo has pensando?

—¿Y si se entera y te lo quita, Molly? Pensaba que habías aprendido a no jugar con fuego...

—¿Crees que soy gilipollas? ¡Él nunca lo sabrá! No sé por qué no confías más en mí.

—¿Molly Baker? —pregunta una enfermera que trae una camilla.

—Sí.

—Por favor, trasládese a la cama. Ahora la subirán a planta.

—Gracias —contesto por ella. Y la ayudo en silencio a subirse al colchón sin que los cables de la vía se le enreden.

No pienso marcharme. ¿Quién quiere estar solo en esta situación?

Cuando la suben a planta, acondicionan la habitación para que duerma y se coloca de lado. Ignorando mi presencia.

—¿No tienes hambre? —pregunto cuando nos quedamos en penumbra.

—No. De hecho, tengo ganas de vomitar.

—Quizá las enfermeras puedan darte algo.

—No. No quiero tomar nada para las náuseas.

—Está bien... Descansa, ¿vale?

—Lo mejor es que te vayas a casa, Will.

—Voy a quedarme.

—¿Por qué? —pregunta conmovida.

—Porque tenemos un trato. Me diste medio millón para llevar a cabo mis sueños y yo voy a cerciorarme de que se cumplan los tuyos.

—Vas a dormir fatal aquí...

—Yo duermo bien en cualquier parte. No estoy acostumbrado a los lujos como tú...

Me maldigo por decir eso y ella se queda en silencio. Sé que no va a perdonarme fácilmente la acusación del incendio. Si me conociera, sabría que suelto ideas sin pensar en lo que digo, como ahora, que acabo de decirle que me quedo por los quinientos mil, cuando me quedo por mí, porque necesito cuidar de ella y saber que está bien.

capítulo 9



Semana 7

He soñado algo espantoso esta noche. Spoiler: moría quemada.

La diversión ha continuado cuando las enfermeras me han despertado con el canto del gallo para desayunar y he vomitado delante de Will, aunque de eso saco algo positivo: nuestra tensión sexual ha caído en picado. La mañana solo ha mejorado cuando me han dicho que me daban el alta.

Casi he agradecido que Will se haya marchado a por su coche, que por cierto, sigue aparcado en mi casa. Me ha dicho que volvería a por mí, pero esta mañana su atención casi me quemaba la piel. Necesito que me deje en paz.

De todo lo surrealista que pasó ayer lo que más me afectó fue su horrible acusación. Y no me refiero a la de pensar que yo provoqué el incendio poniendo en peligro a cientos de personas, sino a la de que «me había enfadado porque no soportaba lo mono que era conmigo».

¿Cómo pudo llegar a esa maldita (y acertada) conclusión?

¿Cómo identifiqué que mi furia no era más que un escudo para dejar de sentir una dependencia tan peligrosa y adictiva por él? ¿Cuál era su jodido cociente intelectual realmente?

Odiaría sentir dependencia de cualquiera, pero más, de él. De esa sonrisa tan fresca, divertida y arrogante que finjo no sentir haciendo estragos en mis partes íntimas...

Cuando Will regresa, yo misma llamo a Max para que oiga mi sosegada voz mientras le cuento que casi muero abrasada. He conseguido hacerlo antes de que le saltase la noticia en el móvil, reconociese mi edificio y se asustara al encontrar mi teléfono apagado o fuera de cobertura.

De hecho, se lo toma aparentemente bien, pero cuando llegamos a su casa, ha tenido tiempo de asimilarlo y se viene abajo.

—¡Por Dios, Molly! —Me abraza—. ¡¿Y si te llega a pasar algo?!

—Estoy bien... Mi mayor drama es que no tengo móvil.

—¿Ese es tu mayor drama? —replica Will alucinado—. Eso lo solucionamos durante la mañana.

¿Lo solucionamos? ¿Quién le ha nombrado mi mayordomo? Porque si lo fuera, iría mejor vestido, eso seguro.

Su sola imagen me molesta, joder. Me molesta que me guste un tío que lleva una camiseta negra que pone “OS Na¹¹ A TODOS”. ¿Qué diantres significaba ese símbolo de la tabla periódica? ¡No me acuerdo! Pero no pienso darle el gusto de preguntárselo para que sonría jocoso y le desee aún más.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Jack—. Supongo que la reforma de tu piso va para largo y no puedes irte a vivir a un hotel.

—¡Puede quedarse con nosotros! —exclama Max ilusionada.

—Rotundamente no —digo ante la cara de pasmo de Jack.

—¿Por qué no?!

—Porque Jackson no se merece soportar a dos embarazadas...

—Eh, que yo puedo con todo —Me guiña un ojo—. Además, estoy acostumbrado a cuidar enfermos, por mi madre.

—Estar embarazada no es estar enferma —Lo corrige Max.

—Claro que no... ¡es muchísimo peor! —bromea Jackson—. Las hormonas son muy traicioneras.

—Quédate al menos hasta que decidas qué hacer —me dice Max.

—No, gracias. No quiero acomodarme aquí. El tiempo hasta que nace un bebé es muy especial en una pareja y yo no quiero estar en medio. Ya me buscaré un piso de alquiler o algo...

—Te han dicho que no debes estar sola —me recuerda Will—. Al menos las próximas tres semanas.

—Pues contrataré a una enfermera —digo tosiendo un poco. Los tres se miran preocupados—. ¡Estoy bien, en serio! —Vuelvo a toser.

—Tú hoy te quedas aquí —decide Max—. Es viernes. Después de descansar el fin de semana estarás más entera para reorganizar tu vida.

—No quiero molestaros.

—¿Por qué eres tan cabezota? —masculla Will enfadado. Todos nos sorprendemos de que le importe tanto y se ve obligado a justificarse—. Creo que no eres consciente de tu situación, Molly. Ahora mismo no tienes NADA. Incluso han tenido que prestarte ropa para salir del hospital. Pasarán semanas hasta que puedas volver a tu piso para recuperar lo mínimo, porque la mayoría de tus cosas se habrán estropeado por el agua, el humo y las altas temperaturas. ¡Tienes que empezar de cero! Y vas a necesitar ayuda porque encima estás embarazada...

—No necesito a nadie —respondo feroz—. Tengo dinero. Me compraré otro piso, otro móvil y más ropa. Fin del problema. Y lo haré yo sola. ¡No necesito la ayuda de nadie!

—Y mientras haces todo eso, ¿trabajarás, vomitarás y toserás a la vez?

—¡Pues sí...! ¡Soy multitarea!

Will chasca la lengua y se levanta para no seguir discutiendo conmigo.

—Molly... No es tan sencillo —tercia Max—. No estás teniendo en cuenta la carga emocional de todo esto, y estando embarazada...

—¿Qué tiene que ver que esté embarazada?! —exclamo ultrajada—. ¡Estoy intentando demostrar en TikTok que una mujer puede tener un hijo sola, y vosotros no dejáis de decirme lo contrario!

—Un hijo, sí, pero lo que te ha pasado es grave, Molly —opina Jackson—. Cualquiera en tu

lugar necesitaría ayuda, fuese hombre o mujer. Embarazada o no. ¿Por qué no nos dejas ayudarte?

—Porque no lo necesito —digo empecinada. Y de verdad necesito creerlo o empezaré a llorar de un momento a otro—. Os lo agradezco, de verdad, pero ya me buscaré la vida... Siempre lo hago.

—¿Quién te ha metido en la cabeza que tienes que ser una supermujer todo el tiempo? —dice Will apoyado en una pared a lo lejos. Está tan guapo y enfadado que me crispo todavía más.

¿Por qué esa pose le hace estar tan bueno? Desde que estuve expuesta al humo me pasa algo en los ojos. Porque cada segundo que pasa lo veo más y más irresistible. Solo espero que esto se cure...

—Ha sido la vida misma quien me lo ha enseñado a base de palos.

—Uy, sí, seguro que tu vida ha sido durísima... —barrunta malicioso—. Bueno, algunos tenemos que irnos a currar o nos despiden. Y visto que mis servicios aquí ya no son necesarios, me largo.

Sus palabras me duelen y me alivian a la vez. Porque es lo que más deseo, que siga con su vida y deje de preocuparse tanto por mí.

—Molly no debería quedarse aquí —dice a modo de despedida—. Esta casa es demasiado bonita... Eso solo la alterará más.

Me mira una última vez y me desea «Suerte».

—Gracias —contesto displicente mientras se aleja. Él no vuelve a girarse, y el sonido de la puerta al cerrarse nos deja en silencio.

—¿De verdad ha pasado toda la noche en el hospital contigo? —pregunta Jackson con perfidia. Pretende que me sienta culpable.

—Sí. Ha sido muy amable.

—Y ahora se tiene que ir a trabajar cansado. Pobre Will...

—Sobrevivirá —me digo a mí misma—. Es mi vida la que está patas arriba, no la suya.

—¿Por dónde vas a empezar, Molly? —pregunta Jack.

—Necesito recuperar mi teléfono, comprarme un neceser con todo lo necesario y algo de ropa...

—Te acompaño —dice Max—. Y no admito discusiones. ¡Me encanta ir a comprar básicos!

—Antes de irte de compras, deberías ir a la policía, porque sin documentación no podrás acceder a tu dinero ni recuperar tu número de móvil —señala Jack—. Lo primero es demostrar quién eres.

—Y también deberías llamar a tus padres... —añade Max.

—Uf... Preferiría no hacerlo hasta que no esté instalada en alguna parte, porque me insistirán en que vaya a su casa y paso de aguantarlos en estos momentos.

—¿No te llevas bien con ellos? —pregunta Jackson.

—No los soporto. Ni siquiera les he dicho que estoy embarazada. No quiero que me vuelvan loca con sus ideas ultraconservadoras... Mis padres son... difíciles.

—Bueno, yo también tengo que irme —dice Jack. Besa a su mujer y sus pequeños mimos cariñosos me dejan más claro que nunca que aquí no puedo quedarme. No puedo quitarles eso. ¡Son tan monos!

Pero no me imagino estando en ese plan con un tío. No estoy hecha para los arrumacos, solo para el sexo salvaje. Creo que nunca conseguiría confiar tanto en un hombre, solo de pensarlo, me entran los siete males. Y no porque no confíe en ellos, sino porque soy una maníaca del control. Mi miedo atroz a ser yo misma y sentirme vulnerable aderezado con un complejo de

impostora subyacente debido a mi éxito laboral, hace que piense que, en cuanto raspen un poco la superficie y echen un vistazo a la Molly que hay debajo de mi bonito envoltorio, saldrán corriendo. Mis jodidos traumas adolescentes no se curaron con una terapia cara, así que prefiero clavarme agujas en las uñas antes que volver a bajar la guardia con alguien.

Desayuno con un hambre voraz y nos pasamos la mañana de aquí para allá resolviendo mi vida. A la hora de comer, ya estoy agotada, y solo he conseguido comprar un móvil. Durante la sobremesa, sueño con volver a mi casa y tumbarme en mi acogedor sofá con todas mis cosas en perfecto estado. Empieza a hacer mella la idea de que eso no va a ser posible...

«NO TIENES NADA», ha dicho Will. Y hasta el lunes no me darán nuevas tarjetas de crédito. Puedo pedirle dinero a Max, que es la que me ha comprado el móvil, pero aún así, no sé qué hacer. ¿Irme a un hotel?

De repente, me llega un mensaje de Will.

«¿Ya tienes móvil?».

«Sí».

«Guay. ¿Cómo han ido las compras? ¿Ya tienes casa, ropa y enfermera?».

«No. Solo el móvil».

«¿Te quedarás con mi hermana esta noche?».

«No. Iré a un hotel».

«¿Tú sola?».

«Sí, Will, como siempre...».

«¿Has tosido mucho hoy? ¿Estás cansada? Dime la verdad...».

«Sí a todo». Decido sincerarme. Y vuelve a escribir:

«Vale. Odio sonar como alguien responsable, pero el médico te recomendó reposo por algo. Recuerda que todavía pueden afectarte las dolencias tardías, y estoy preocupado porque la mayoría de los abortos espontáneos suceden en las diez primeras semanas...».

«No me metas miedo, Will. Estoy bien...».

«Si te queda una pizca de sensatez, deberías dejar que alguien te cuide un poco este fin de semana. Si no quieres molestar a Max, te ofrezco venir a mi casa... Voy a estar casi todo el tiempo encerrado en mi despacho trabajando en el proyecto que gracias a ti podré sacar adelante. Te prometo que estarás tranquila. Ven».

«No sé, Will...».

«No quiero que estés sola en un hotel. ¿Y si te encuentras mal?».

«¿Qué te importa a ti?».

Y lo tecleo con miedo a la respuesta.

«Mucho. Nos metimos en esto juntos. Quiero que nuestros sueños salgan bien. Los de ambos». Resoplo. Y empieza a atemorizarme que no me parezca tan mala idea irme con él.

«No seas cabezona... Mañana podrás estar todo el día tirada en mi sofá con mi portátil buscando un apartamento. No tiene por qué saberlo nadie. Quedará entre nosotros. Como siempre...».

«Está bien», cedo. No tengo fuerza ni para discutir.

Me digo a mí misma que debo ser responsable. No me perdonaría que le pasara algo a *Huevi*.

«Vivo en Harrison Street 77, apartamento 2C. No llego hasta las siete, pero ven cuando quieras. Hay una llave debajo del felpudo».

¡Por el amor de Dios! ¡Prácticamente me está obligando a ir ya para que no le roben!

Lo cierto es que al mencionar el sofá me ha ganado. Me daba mucha pereza estar todo el fin de semana encerrada en un habitáculo donde solo hubiera una cama. No, gracias.

Cuando el taxi me deja en la calle de Will, me quedo asombrada. No tiene nada que ver con el centro, pero sobrevuela un encanto familiar gracias a los pequeños comercios que se afinan entre los portales. Están bastante transitados y rebosan vida.

Cuando llego al portal, me surge la duda. ¿Y ahora qué?

—¿A quién busca? —me pregunta una voz. Tardo en localizar a una anciana en la ventana del primer piso.

—A Will Williams, vive en el apartamento dos C.

—¿Es usted Molly?

—¡Sí! —¿Cómo sabe mi nombre? ¿Le ha dicho que vendría y estaba haciendo guardia?—. Ya le abro...

Un minuto después, la puerta cede y aparece la entrañable mujer con una sonrisa comedida. Es bajita y está muy delgada. Casi chupada. Lleva un moño de pelo blanco en lo alto de la cabeza y tiene una de esas expresiones inconfundibles de buena persona en la cara.

—Pase... Will me ha dado su llave.

—¿Le ha dicho que vendría?

—Sí. Es muy buen chico. No le deje escapar...

—Yo no... —Me da la espalda y la veo manipular una puerta con esfuerzo—. Gracias por abrirme.

—De nada. Espero que seáis muy felices —Sonríe fantasmiosa.

No la saco de su error porque tiene pinta de creer lo que quiera, por mucho que le digas lo contrario.

—Gracias, señora... ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Lois Windsor.

—Yo soy Molly Baker, encantada de conocerla.

—Igualmente, querida —Me tiende la llave—. Si necesita algo, vivo en el primero A.

—Lo mismo digo. ¡Muchas gracias por todo!

Se aleja y me adentro en el apartamento de Will. Pronto me doy cuenta de que es un gran espacio abierto con dos habitaciones aparte. Hay algo en el ambiente que no termina de cuadrarme. No sé lo que es. Quizá los platos sucios amontonados en la pila, la ropa sucia que desborda de un cubo en un rincón o la capa de polvo que tienen todos los muebles... ¡Dios! ¿Qué pocilga es esta?

Pienso en largarme y comunicarle que soy incapaz de vivir en estas condiciones, pero de pronto me fijo en el sofá gigante de terciopelo beis que reina en medio del salón. Parece cómodo, suave y limpio. Y la televisión de sesenta y cinco pulgadas que lo corona hace que se me quiten un poco las ganas de salir corriendo. Tenía planeado ver un maratón de *Gossip Girl* este fin de semana...

Dejo las bolsas en el suelo y me acomodo en él. Minipunto para mí. Se está genial. Tanto que me quedo un rato trasteando con mi nuevo teléfono antes de ponerme a limpiar un poco para aliviar mi nuevo TOC con la limpieza. Supongo que no salta a la palestra hasta que te ves obligado a convivir con un centímetro de polvo. Pero lo primero es lo primero, tengo que llamar a mis padres antes de que se enteren de lo que ha sucedido y me echen en cara no habérselo contado. La cosa es criticar, sea como sea.

Espero los tonos, angustiada.

—¿Sí?

—¿Mamá? —pregunto casi con miedo.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—¿Habéis visto las noticias? Mi edificio se incendió anoche...

—¿Qué dices?! ¡¿Estás bien?!

—Sí, sí... pude salir a tiempo. He pasado la noche en el hospital, pero estoy bien.

—¿Por qué no nos has llamado?!

—Tranquila, estaba acompañada.

—¿Por quién? ¿Tienes un novio nuevo?

De repente tengo un *flash* apocalíptico contándoles que estoy embarazada por inseminación artificial. He ido posponiéndolo para evitar una batalla dialéctica que termine conmigo diciéndoles que me importa un cuerno lo que piensen de nada.

Veo a sus primitivos cerebros estallando al oírlo.

Los veo preguntándome si soy lesbiana para encontrar una explicación racional. Les veo lamentando que mi hijo vaya a ser un «bastardo» según sus estrechas miras... Y les veo amargándose todo el maldito embarazo. Así que decido que una mentirijilla a tiempo es una solución fácil y rápida que me dará menos quebraderos de cabeza en el futuro.

—Pues sí, tengo novio. Y, mamá..., en el hospital he descubierto que estoy embarazada.

—¿No me digas?! ¡Menuda noticia! ¡¿Quién es él?! ¿Cómo se apellida?

Siempre con lo mismo... Lo único que les interesa saber es de qué partido político es y si tiene dinero, por ellos, como si me pega.

—Llevamos poco tiempo y todavía no sabemos lo que haremos.

—¿Pues casaros, claro!

Casi me atraganto.

—No, mamá. Casarme no entra en mis planes.

—¿¿Cómo que no?! ¿Mi nieto va a nacer fuera del matrimonio? —exclama como si fuera lo peor que pudiera pasarle en la vida.

En mi cabeza aparecen mil argumentos por los que pienso que esa idea anticuada es una idiotez, pero no tengo fuerzas para discutir.

—Es pronto para decidirlo...

—¿Quién es? ¡Queremos conocerle!

Por segundos esta idea me va pareciendo un error descomunal.

—Tendréis que esperar. Llevamos poco juntos y quiero ver como va la convivencia...

—Ya sabes que puedes venir a casa cuando quieras. Tienes tu habitación.

—Lo sé —Pero me expondría a que te metieras con cómo me visto, lo que como, el peinado que llevo... y no creo que me merezca ese castigo, la verdad.

De pronto, algo peludo salta sobre mí y pego un grito infernal.

El atacante se asusta y rebota dando un brinco contra el sofá. ¡Es un maldito gato!

—¿¿Qué te pasa?! —oigo gritar a mi madre a través de la línea.

—¡Nada! —digo intentando recuperar mi respiración—. El gato me ha asustado, eso es todo.

—¿Tiene gato? Pues que se deshaga de él, ¡podría contagiarte la toxoplasmosis!

—Tengo que dejarte... —«Un gato me está mirando erizado».

Cuelgo y me quedo inmóvil. Nunca he sido muy amante de los animales. No tengo nada en contra, al revés, les tengo mucho respeto... Bueno, vale, es miedo.

—Gatitooo buenooo... —digo con voz temblorosa y llamo a Will.

—¡Hola! —contesta rápido—. ¿Ya estás en mi casa?

—Sí... y no me habías dicho que tenías un tigre en miniatura.

—Se llama Elvis. No te hará nada.

—Pues ya ha saltado sobre mí y ahora me está mirando fatal...

—Pónmelo. Que me vea en el teléfono. Dale a videollamada.

A pesar de lo surrealista, lo hago y se lo enseño. Veo a Will con una bata blanca que le hace parecer un alter ego adulto e inteligente.

—Elvis, pórtate bien. Es nuestra invitada especial.

—Dile que no me mire así... —susurro desde detrás del teléfono.

—Es un gato. Lo miran todo así. Tendrías que ver la fijación que tiene con las motas de polvo.

—Hablando de polvo... ¿Cómo puedes vivir en este estercolero?

—¿¿Qué?! ¡No fastidies! ¡Si lo he dejado todo recogido!

—¿Por qué no analizas los ácaros de este lugar en tu microscopio?

—No hace falta. Mejoran mi sistema inmunitario.

—Voy a limpiar, Will, yo no puedo dormir en un sitio así...

—Como quieras. En la esquina de la calle hay un supermercado, por si necesitas algún producto especial. No sé muy bien lo que tengo...

—¿Qué no sabes muy bien lo que tienes? Madre mía...

—De camino a casa compraré algo de comida, porque tampoco sé muy bien lo que tengo en la nevera. Los viernes suelo pedir una pizza.

—Yo no como pizza.

—¿Y qué sueles cenar?

—Una fruta. Un yogur. Una ensalada. Una tortilla... Algo así.

—Qué vida más triste.

—No me compres nada. Tampoco tengo el estómago muy allá...

—Tienes que comer algo.

—Pues cómprame algo de lo que te he dicho. ¿A qué hora volverás?

—Salgo a las seis, pero entre que llego y hago la compra, las siete.

—Vale.

—Coge el ordenador de mi despacho. La contraseña es «Presley», con la P en mayúscula. Se conecta automáticamente a internet.

—Vale. Muchas gracias...

—Nos vemos luego.

Cuando cuelgo, el gato ha desaparecido, y me obligo a ignorar su existencia por el bien de mi estabilidad mental. Solo espero que no vuelva a atacarme...

Rebusco en la cocina productos de limpieza, porque antes de ponerme a navegar por el ciberespacio, tengo que adecentar el que estoy habitando.

Capítulo 10



Voy caminando por la calle mirando el móvil.

«¿A quién se le ocurre meterla en tu estudio guarro de soltero?».

Es Shawn el que escribe. Mi mejor amigo y compi de curro desde hace años, y tiene permiso para hablarme con franqueza porque sabe lo desastre que soy.

«Solo va a ser el fin de semana», contesto rápido.

«¿Y cómo vais a dormir si solo tienes una cama?».

«Ella en mi cama y yo en el sofá del despacho».

«¿En esa antigualla? Terminarás hecho un ocho. Hace años que deberías haberte deshecho de él».

«No pienso tirarlo nunca, le tengo cariño».

«Dejarías de tenérselo si lo vieras con luz ultravioleta... La gente ha hecho de todo en ese sofá en tus legendarias fiestas».

«Muy gracioso»

«Joder, Will... Si alguna vez tuviste una oportunidad de follarte a Molly acabas de perderla por meterla en tu casa. ¡¿Tienes siquiera sábanas limpias para que duerma o solo tienes las usadas y las otras están en el fondo de ese cubo interminable?!»

Maldigo en voz alta.

«Las tengo limpias», escribo sin embargo.

«Compra unas de camino a casa, anda... No claves el último clavo en tu ataúd del polvo», dice añadiendo emoticonos muertos de risa.

—Será cabrón... —Sonrío.

Pero tiene razón. Soy un anfitrión pésimo. Y por culpa de tener que parar en varias tiendas, al final llego a casa a las siete y media pasadas.

Lo primero que veo al entrar es a Elvis en su sitio favorito. Yo lo llamo «el esperador». Se trata de una plataforma en altura donde se tumba pacientemente a esperar mi llegada. Es realmente adorable. Todo un puntazo que al llegar de trabajar un ser vivo esté deseando verte.

—Hola, compi. ¿Qué tal? —lo saludo cariñoso.

El gato se baja, soltando un maullido que parece un quejido.

—¿Tan mal?

Me adentro en la casa y noto un cambio sustancial en el ambiente. ¿Qué ha pasado aquí?

Molly aparece con el semblante serio y las manos en la cintura. Ya tengo una imagen futurista de lo que sería estar casado con ella.

—¿Todo bien? —pregunto con miedo.

—Cansada de limpiar.

—No tenías por qué hacerlo.

—Sí, sí que tenía... ¿Cómo vamos a dormir? Solo hay una cama...

—Yo dormiré en el sofá del despacho.

—¿En esa cosa tan pequeña?!

—No te preocupes. Lo hago muchas veces cuando me quedo trabajando... Oye, ¿a qué huele? —pregunto extrañado.

—No sé... ¿A limpio? —dice con inquina.

—Siento que esto no sea el Four Seasons, no todos somos ricos...

La veo morderse los labios. «Encima, no hagas eso, por favor».

No es que esperase que hiciera un comentario adulador como suele hacer cuando visita la casa de mis padres o la de Max. Para eso debería haber muebles caros, cuadros famosos y sillas tapizadas con tela importada de china. Este es un piso normalito en una zona normalita y resulta que me encanta, joder.

—No está mal —dice entonces—. Solo le hacía falta un poco de limpieza. Tu estudio me ha parecido impresionante...

La miro extrañado mientras dejo las bolsas que traigo en la isla de la cocina. No es un piso muy grande, pero es espacioso. Nada más entrar por la puerta hay un pequeño pasillo que desemboca en un salón cocina abierto con isla y taburetes. En una pared del salón hay dos puertas. Una es mi estudio y la otra un baño. En la otra pared, está la de mi habitación.

Mi estudio es un espacio coronado por una gran mesa blanca y un panel lleno de números, fórmulas y garabatos... Es decir, la prueba definitiva para que piense que estoy completamente loco.

—Te he traído sábanas nuevas —Se las muestro.

—No hacía falta...

—Quiero que estés lo más cómoda posible. Hay toallas limpias en el mueble del baño.

—Te lo agradezco... He ido a comprar productos de limpieza, un cepillo de dientes, algo de champú porque el que tienes en el baño destruiría mi pelo y alguna cosa más de comida y bebida...

—¿Has venido cargada? Te dijo el médico que no hicieras esfuerzos. Lo que necesites, pídemelo a mí. Sabías que iba a pasar por el supermercado.

—Pues necesito un pijama. Esperaba que pudieras prestarme algo para hoy. Mañana me compraré uno.

—Iré a ver qué tengo...

—Gracias.

Rebusco entre mi ropa una prenda que pueda gustarle, pero no hay mucho donde elegir. Al final elijo un pijama fino de rayas que me regaló mi madre una Navidad y que no he estrenado porque no va conmigo. No me pega. A ella, sin embargo, le pega todo.

—Bendita Gloria... —murmura Molly cuando acaricia la prenda de raso y se la pone por

encima—. Un poco grande, pero me servirá.

—Te ayudo a hacer la cama.

Mientras la hacemos voy escondiendo cosas que están tiradas por el medio de la habitación. Calcetines sueltos, algún envoltorio de algo, una lata vacía, caramelos... Soy desordenado, como buen científico. Solo guardo orden en mis fórmulas de enlaces covalentes.

—Por fin te voy a tener en mi cama... —digo con una sonrisa torcida. No bromeo cuando digo que a mí me pasa lo mismo que a Jackson pero con apéndices como la lengua y la polla... A veces van por su puñetera cuenta.

Lo bueno es que Molly sonrío ruborizada y me alegra ver que todavía causo algún efecto en ella. Con los demás tíos se viene arriba, pero conmigo suele cortarse más. Seguramente porque sabe que si no, terminaríamos morreándonos a lo bestia.

—¿Por qué eres así? —se queja divertida.

—¿Cómo soy?

—Alguien que dice lo que piensa sin pensar en lo que dice.

—Siempre he sido así. ¿Piensas que mi ingenio es intencionado? Siento decepcionarte...

Vuelve a sonreír y me doy por satisfecho.

—Creía que ya habíamos aprendido a no jugar con fuego...

—Hemos aprendido —digo solemne—. Ya no pienso en ti de esa forma, y menos, estando embarazada.

Su cara cambia. Y por un momento creo que va a protestar, sin embargo dice:

—Bien. Necesitaba oírtelo decir, porque como tenga que fiarme de lo que me dicen tus ojos...

—Lo siento, yo no tengo la culpa de que estés tan buena...

Tuerce la cabeza como amonestación.

—¿No sabías que estás buena? —finjo sorpresa—. Pobrecilla...

Y vuelve a sonreír contra su voluntad.

—Gracias. Hoy me siento especialmente hinchada y estoy hecha un asco. Ni siquiera he podido ducharme.

—Por mí, cuanto más sucia, mejor...

—¡Will! —Me riño mientras estiro las sábanas sonriente.

—Ahora en serio, si de verdad quieres que me sienta cómoda deja de hacer esa clase de comentarios.

Me pongo serio.

—Estoy bromeando. Ya no pienso en ti de esa forma. No me acostaría contigo ni aunque te plantaras desnuda delante de mí y me lo rogases.

La cara que pone me comunica que la he cagado. Ups...

—Bien... Me dejas más tranquila —masculla ofendida.

Quiero arreglarlo, pero no sé cómo. Y algo me dice que me calle.

Cuando terminamos de hacer la cama, me voy de la que ya es su habitación con una frase:

—Estás en tu casa, Molly. Ve a tu rollo. Cena cuando quieras, ponte la tele o vete a dormir. Yo me ducharé, pediré una pizza y me meteré en el despacho a trabajar hasta que me duerma. ¿Te parece bien?

—Sí.

Me muevo para irme.

—Will... —Me frena—. Gracias por todo.

—No se merecen.

Y lo digo en serio. Es lo menos que puedo hacer sabiendo que ese bebé es mío. Por lo demás,

lo mejor que podemos hacer es ignorarnos.

¿Le he dicho que no tendría sexo con ella ni aunque me lo pidiera desnuda? Soy imbécil... Pero eso no tiene cura.

Las que podrían tenerla son muchas enfermedades y problemas ecológicos gracias a los estudios con las algas marinas. Así que me ducho, me pongo cómodo y me encierro en mi despacho para seguir con mi estudio clínico. Aquí metido se me pasan las horas sin darme cuenta.

Sobre la una de la mañana, Molly aparece por la puerta con el dichoso pijama de rayas. Le queda sensacional. Pero a ella le quedaría bien hasta un escupitajo en la cara.

—Me voy a la cama —anuncia.

—Vale, que descanses.

—Le metes muchas horas a esto de las algas, ¿no? —dice observando mis apuntes.

—Todas las que puedo cuando no estoy trabajando. Y más desde que el dinero que me diste nos ha hecho avanzar más en dos semanas que en los últimos veinte meses...

—¿Nos? ¿A quién te refieres?

—A John, desde Australia. Ya sabes que es biólogo marino. Pero tranquila, no ha querido saber de dónde ha salido la pasta.

—Espero que os ayude a conseguir algo importante.

—Estoy convencido de ello. Las algas son el recurso menos explotado del planeta. Son el futuro.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Son lo que nos alimentará cuando extingamos los recursos terrestres, lo que sustituirá al plástico, lo que ayudará a prevenir un montón de enfermedades, por no hablar de evitar el calentamiento global... Las algas son el último grito para salvar el mundo.

—Si tú lo dices.

—No es una simple teoría, es pura probabilidad. En el horizonte marino hay cien millones más de células que estrellas en el universo.

—Caray...

—Y de esa inmensidad marina repleta de diversidad biológica no se ha llegado a sondear ni el 1%... Las probabilidades de encontrar un medicamento que funcione contra las enfermedades son mucho más altas en el mar que en la tierra.

—Si esto se sabe, ¿por qué Jeff Bezos, por ejemplo, no destina parte de su escandalosa fortuna a investigar sobre ello?

—¿¡Crees que no lo hace?! Ya existen gran variedad de estudios a nivel mundial sobre algunos compuestos químicos de las algas con mucho potencial para combatir el cáncer. Pero es lento y complicado de demostrar y comercializar.

—¿Por qué es tan difícil?

—Porque después de que unos amables buzos traen las muestras al laboratorio, se analizan en busca de actividad molecular antitumoral o quimiopreventiva contra los diferentes tipos de cáncer. En caso de encontrarla, como ya han hecho, hay que identificar cuál es el extracto químico responsable, y una vez se logra, reproducirlo superficialmente por síntesis química, cosa que no es nada fácil... Son años de ensayo y error a ciegas. De mezclas y más mezclas de distintos componentes analizados en estudios previos. Y una vez lo logras, empiezan los ensayos en animales enfermos, y por fin, en humanos. Se calcula que entre el hallazgo de una molécula efectiva y su comercialización son necesarios de diez a quince años.

—¡Dios santo...!

—Pero ya llevamos muchos años en ello y cada vez hay más datos sobre las especies más viables, el mejor entorno y sobre los diversos métodos de extraer el compuesto. Los grandes resultados in vitro revelan que la ciencia está cerca de conseguirlo...

—¿Una cura contra el cáncer? ¿En serio? —dice sorprendida.

—Medicinas que pueden prevenir y evitar la progresión de un cáncer invasivo, sí...

—¿Por qué no se habla más de este tema en los medios?

—Porque no se ha demostrado. Muchos de estos compuestos son muy tóxicos y lo que arreglan por un lado, lo estropean por el otro. Pero todavía quedan muchos sistemas bioactivos por descubrir... No sabes la cantidad de muestras que tiene John en el laboratorio todavía sin analizar.

—¿Tantos como estrellas en el universo? —Sonríe ella. Dios... qué sonrisa. Qué boca. Deja de mirarla...

¿Cómo ha podido tragarse que ya no pienso en ella de esa manera? Resulta imposible no desearla.

—Exacto... —respondo con intensidad.

—Ahora sí que me has convencido, Will...

—¿Para qué? —«¿Para follar?».

—Para decirle a mi hijo que sea bioquímico cuando sea mayor.

—Dile que le irá mucho mejor dando consejos de amor, como a su madre...

—Me parece una labor encomiable la que hacéis los científicos.

—También tiene su mérito hacer feliz a la gente ayudándola a encontrar el amor.

—La salud es lo primero —zanja—. Se puede ser feliz sin amor.

—Amén a eso...

Lo que no entiendo es por qué me golopa tan rápido el corazón en el pecho en este momento. Solo es Molly. Una chica a la que conozco de toda la vida. Y la taquicardia no formaba parte del trato.

—Por cierto, una cosa... —dice cortada—. Tu gato no deja de rondarme. ¿Debería tener miedo de que me contagie la toxoplasmosis o algo así?

—No. Eso lo tienen los gatos que cazan y consumen carne cruda, o los que están en contacto con las heces de otros gatos. Elvis es un gato doméstico vacunado. Nunca ha salido a la calle ni ha estado con otros gatos. No duraría ni cinco minutos en un ecosistema urbano.

—Ah... vale. Buenas noches...

—Descansa.

Me duermo sobre las tres de la mañana en mi viejo sofá de pensar. Me da igual lo que diga Shawn, en él he tenido grandes ideas y momentos. De los pocos que me he podido sentir orgulloso.

El sábado transcurre en una calma extraña; la clave es no molestarnos. Le dejo una nota en la cocina de que me voy a correr porque no aspiro a que salga pronto del baño tras no hacerlo en quince minutos. Al volver, me tomo algo en el bar de abajo y me llega un mensaje suyo pidiéndome si puedo comprar comino porque está haciendo la comida.

No quiero preguntar a qué se lo va a echar, pero... ¿Molly cocina? Max me comentó una vez que solía comer un táper vegano en el gimnasio, y me dan escalofríos cada vez que recuerdo las alternativas que me dio para sus cenas.

«Tranquilo, Will, mañana se va», me digo a mí mismo.

Cuando llego a casa, admito que huele bien.

—Hola...

—Hola...

Molly me observa de arriba a abajo y yo a ella. Damos pena, pero me gusta estos nuevos «nosotros» sin artificios. Mi ropa de deporte es vieja y está sudada y ella lleva unas mallas elásticas y una de mis camisetas de manga larga que le queda gigante, pero eso no quita para que esté increíble. Nunca pensé que pudiera gustarme más vestida con otra ropa que no fuera uno de sus ceñidos vestidos escotados.

—Huele bien —digo para romper el hielo.

—Son albóndigas con comino y cuscús, espero que te gusten. ¿Has traído el comino?

—Sí.

—No sabía que corrías —comenta.

—Es lo único que hago. Jugar al pádel y correr. Las pesas y los abdominales no son lo mío...

—Pues tonificarías muy rápido si las hicieras.

—Paso. Si tuviera que elegir entre ser un zorro rápido y ágil o un rinoceronte pesado y duro, lo tendría muy claro...

—¿Estás seguro de que no preferirías ser un alga? —Rompe a reír y me sorprenden sus carcajadas espontáneas. Las echaba mucho de menos.

—Se te ve contenta —auguro—. ¿Y eso?

—Será que acabo de comprar un montón de cosas por amazon —explica feliz—. No había caído en que tenía esa alternativa. Me llegarán mañana a esta dirección.

—¿Has estado buscando apartamentos? —la tanteo.

—Sí... He quedado el lunes para ir a ver dos.

—Genial. ¿Y cómo te encuentras hoy?

—Mejor. He tosido menos.

—Bien. Me voy a la ducha...

Cuando salgo, con solo una toalla anudada alrededor de la cintura, Molly me sorprende en la que ahora es su nueva habitación.

—¡Perdón! —Se tapa la cara—. ¡Pensaba que saldrías del baño ya vestido...!

—Se me ha olvidado coger la ropa antes de entrar. Tranquila... ¿necesitas algo?

Ella aparta las manos y clava la mirada en el suelo.

—Ha venido la señora Windsor.

—¿Te refieres a Lois?

—¡Sí! ¡Esa misma! Y me ha traído un plato de galletas recién hechas de bienvenida. ¿Te lo puedes creer? ¡Esa señora es un amor!

—¿Tú comes galletas?

—No, pero lo importante es el detalle —Sus ojos resbalan por mis pectorales y vuelve a desviar la vista con rapidez.

—¿Por qué no comes galletas?

—Porque tienen mantequilla, azúcar y harina.

—¿Y qué?

—Que no son sanas.

—Pero están muy buenas.

—Que algo esté bueno, no significa que debas comértelo...

—¿Seguimos hablando de galletas? —digo con picardía.

Ella se echa a reír y huye a la voz de:

—Todas para ti. Eres libre de caer en la tentación...

La persigo porque esta conversación se está poniendo interesante.

—Me parece bien que tú no comas galletas, pero ¿vas a privar a tu hijo de comerlas? Igual le apetecen...

—*Huevi* no probará el azúcar hasta los ocho años por lo menos.

—¿Cómo lo has llamado?! —Me río.

—*Huevi*. Es el punto que conociste el otro día en pantalla —Se señala la tripa.

—¿Ese va a ser su nombre oficial?

—Hasta que no tenga articulaciones, sí.

—Pobre Lois... encima de que te las hace con todo su cariño, no vas ni a probarlas. Podrías comerte una aunque sea...

—Quizá de postre. Un mordisco pequeño.

—¿Alguna vez te das algún capricho, Molly?

—Casi nunca. Mi cuerpo está acostumbrado a un tipo de comida sana que le sienta bien, aunque desde que estoy embarazada le he cogido asco a muchos sabores de siempre, y otros que jamás me habían tentado me llaman más que nunca...

—Dicen que el cuerpo es sabio y que hay que hacer caso a los antojos porque señalan una carencia nutritiva.

—Dudo mucho que mi cuerpo tenga carencia de helado...

—¿Te apetecen helados?

—Bastante... Y esta mañana, cuando he visto lo que te sobró de pizza, he empezado a babear. Llevo semanas soñando con bañarme en tallarines, cuando normalmente no tengo problemas para esquivar la pasta perfectamente.

—Esta noche pedimos una pizza.

—¡No! —Sonríe.

—Y estar tarde te compro helado.

—Ni hablar. Quiero cuidarme, Will...

—Eso mismo voy a hacer, cuidarte.

Si llego a saber lo que me arrepentiría de insistir en que comiera... Los de urgencias todavía se acordaban de nosotros, no digo más.

Después de comer, he vuelto a mi estudio y Molly se ha tumbado en el sofá a ver la televisión.

—¿Will...? —He escuchado su voz moribunda un par de horas después.

Me he acercado extrañado al salón y he encontrado a Molly tumbada en el sofá con el plato de galletas vacío al lado.

—No me siento muy bien... —ha gemido.

Mis ojos se han agrandado al ver que tenía ronchas rojas por todas partes y los ojos hinchados. Mi cara de susto ha debido de alarmarla.

—¿Qué pasa...?

—¿Te las has comido todas?

—Es que no podía parar.

—Mierda..., creo que te han dado una reacción alérgica. Estás llena de... eccemas.

—¿Qué?!

—Cálzate, tenemos que irnos a urgencias.

—No puedo moverme, me duele demasiado el estómago —se queja.

—Joder... —he mascullado, preocupado—. Espera un momento.

Me he vestido a toda prisa con lo primero que he encontrado y he bajado a casa de Lois para preguntarle qué coño llevaban las dichas galletas.

Me he disculpado por tener que irme rápido y dejarla preocupada en cuanto he sabido que el

culpable era el jengibre. Un clásico. Le he pedido que llame a un taxi mientras yo iba a por Molly.

La he rescatado del sofá, subiéndola a peso en mis brazos, y me la he llevado rápido.

Por suerte, en urgencias nos han atendido pronto. Molly ha vomitado varias veces y nos han despachado con una receta de antihistamínicos. Huelga decir que este no es mi ideal de sábado por la noche...

—Esa mujer quería matarme —musita Molly cuando la dejo de nuevo sobre su cama.

—Ha sido un accidente.

—Estoy fatal, Will... No voy a volver a comer galletas en mi vida.

—Mañana estarás mejor. Te voy a dar un caldo reconstituyente que tengo congelado.

—No quiero nada.

—Es de mi madre, y te aseguro que levanta a un muerto. Tienes que cenar algo nutritivo. Estás creando una vida...

Eso parece convencerla, pero está hecha puré. Las ronchas que tiene le aparecen y desaparecen por minutos en diferentes zonas del cuerpo.

—Primero dame la crema. Me pica mucho la espalda.

—Voy...

Le subo la camiseta por la espalda hasta la nuca y esparzo el antihistamínico con suavidad. Ignoro el cierre de su sujetador, esto es una emergencia médica, aunque no soy de piedra... Y cuando veo que se quita la camiseta y se tumba en la cama boca arriba ofreciendo un primer plano de su jugosa delantera mi volcán interior (y exterior) se activa...

«Tranquilo, Willy... Es como un biquini». Solo que, no lo es.... y encima es semitransparente. Pfff...

—No te cortes. Dame por todo lo que veas rojo, por favor.

Trago saliva ante su alucinante copa 100 e intento no mirarla fijamente como si fuera un soplete.

—Lo siento mucho —me obligo a decir. Porque mientras le aplico la pomada, mi boca va llenándose de saliva y la tela de mi pantalón se estira cada vez más. Me siento un cerdo, pero su cuerpo es tan perfecto que asombra.

—No es culpa tuya —musita ella.

—Te insistí en que te comieras las galletas...

—La culpa es de Lois...

—Pobre mujer —Sonríó—. Se ha quedado muy preocupada.

—Pues que no regale galletas asesinas.

Suelto una risita. Me gusta que le meta humor a los momentos jodidos. Eso es muy yo.

—Tranquila, mañana estarás como nueva y podrás volver a romper corazones...

«Y braguetas».

Me digo que es una reacción natural por estar manoseando un contorno tan sexi con suavidad. Tiene el ombligo más sensual que he visto en mi jodida vida. Y he visto muchos.

—Ya está...

—Gracias, Will.

—Te traeré la sopa.

En cuanto se la toma, provoca un efecto calmante inmediato y se queda dormida.

Consulto mi móvil y veo que Shawn me ha escrito.

«¿Te vienes al NightHell?».

Son las once de la noche. Y el NightHell es un club de moda al que hemos ido los últimos

fines de semana.

«No. Molly está enferma. Ha comido algo que le ha sentado mal y casi me la cargo...».

«No me sorprende. Tú no deberías tener ni mascotas, tío... ¿Qué ha pasado?».

Se lo cuento con pelos y señales y se carcajea con emoticonos.

Me llama calzonazos por darle un masajito y me pregunta cuántas pajas me he hecho ya pensando en ella. Y ahora que lo dice, no lo descarto..., porque empieza a dolerme un huevo bastante y no es ninguna broma.

«¿Eres consciente de que esa chica no va a irse mañana, ¿no?».

«Sí».

«Le echo mínimo dos semanas».

«Debería quedarse tres, hasta que esté fuera de peligro»

«¿Fuera de peligro? ¿Contigo? No me hagas reír, Will... Si el primer día ya le has quitado la camiseta y la has envenenado. En dos semanas, te estarás follando su cadáver....».

Nada como tener a un Shawn en tu vida para que se te quiten de golpe todas las tonterías.

capítulo 11



—No se preocupe, de verdad. ¡Usted no lo sabía!
—Me sabe fatal, Molly... —gime la señora Windsor.
—Son cosas que pasan. Y Will me cuidó muy bien.
—Eso me lo creo. Es el mejor —Sonríe embelesada.

No le guardo rencor a Lois, ya es lunes y la intoxicación es agua pasada, pero podría culparle por desatar un fuerte antojo de dulce en mi organismo. Es como si *Huevi* quisiera más y más. ¿Cuánto poder de convicción puede tener un humanoide de centímetro y medio?

O quizá es que tengo mono de sexo... También podría ser.

Nunca había estado tanto tiempo sin hacerlo. La última vez fue en Maldivas, y ya han pasado dos meses enteros. Todo un récord para mí. Y ver a Will recién duchado con solo una toalla en la cintura no ayudó en nada a calmar mis hormonas, la verdad.

Era la primera vez que lo veía sin ropa, y debo decir que gana mucho sin esas prendas casual de pandillero malote. No hará abdominales ni pesas, pero está en forma y se le marca todito de forma natural. Uf...

Fue verlo e imaginarlo sobre Lily siendo un *Dios del sexo*.

Y eso no fue lo peor... lo peor es que me estaba gustando demasiado compartir piso con él. Me había dado muchísimo espacio, se pasaba horas y horas encerrado trabajando en esos complicados estudios que todavía le hacían más interesante.

Ahora entendía a la chica rubia de *The Big Bang Theory*. Había un factor sexi en los hombres inteligentes, sobre todo si estaban tan buenos como Will...

Por mi parte, dejando a un lado el episodio de las galletas asesinas, hacía tiempo que no me relajaba tanto. Supongo que me lo había permitido porque mi actual situación no era mi vida real. Mi vida, mi forma de hacer las cosas, mi casa, mi ropa, mi maquillaje, mis tacones, mi férreo control de la situación se habían quemado en el incendio, y no había nadie pasando lista para que volviera a ese nivel de excelencia sin los medios adecuados.

Y para mi sorpresa, no solo no se cayó el mundo, sino que además me sentía extrañamente

aliviada.

El domingo, Will me sorprendió preparando él la comida.

Había salido a comprar por la mañana y me dijo que se encargaría de todo. Le avisé de que no iba a comer nada «engordativo», pero me ignoró.

Por fin me sentía cómoda con él, porque no me cabía duda de que había dejado de gustarle. Llevaba una semana envuelta en una serie de catastróficas desdichas en las que me había visto con un aspecto deplorable y estaba segura de que ya no le ponía. De otra forma, no habría dejado que me aplicara la crema como lo hizo. Su libido estaba a salvo con una leprosa, pero yo me puse enferma al sentir sus dedos largos y hábiles sobre mí. No sé si lo notó, pero mi piel ardía. Me estaba excitando tanto que mis pezones se habían convertido en dos lijas y terminé agotada de reprimir el impulso de gemir cada vez que acariciaba mi piel de ese modo.

A la hora de comer me plantó delante un plato de pasta que me dejó boquiabierta. Eran cintas anchas con salsa amatriciana. Una combinación perfecta de bacon, cebolla y tomates cherry con queso rallado por encima.

—Solo Pruébalo. Una cucharada, aunque sea...

—No me fío de tus «aunque sea»... —gruñí, pero al metérmelo en la boca se desató tal tormenta de placer en mi paladar que ya no pude parar de comer. Estaba claro que *Huevi* había dictado sentencia. De postre, sacó el helado y me di de cabezazos contra la encimera de la isla. Al final, tuvo que esconder la tarrina antes de que me lo terminara todo.

El resto del día me dejó a mi aire y más satisfecha que nunca.

No me preguntó hasta cuándo tenía pensado quedarme. Pasamos el tiempo cada uno a lo suyo y fue... perfecto.

Max me llamó y le confesé que finalmente me había afincado en casa de su hermano.

—¡Ah! ¡Pues me quedo muchísimo más tranquila! No me sorprende. ¡Will es el eterno salvador! De pequeño traía a casa a todo tipo de animales moribundos que se encontraba por ahí...

—¿Me estás llamando animal moribundo?

—Sí...

—Es totalmente acertado —Nos tronchamos de risa.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte ahí?

—No lo sé... Mañana veré dos apartamentos. Y, francamente, no tengo ropa para salir al mundo. Debería ir de compras... Solo he podido comprar un par de mallas por amazon y robarle unas cuantas camisetas a tu hermano. Pero no tengo nada que ponerme para ir a la oficina, por ejemplo.

—¿Por qué no te tomas el día libre mañana también? Hasta que soluciones un poco las cosas... Además, ahora que tienes móvil, puedes dedicarte a subir las publicaciones de *Consigue al Padre* en TikTok. ¡Todavía tienes que contar lo del bombero cañón!

—Es verdad... Tengo que organizar la tabla de contenidos de *CAP*.

—Y para eso no hace falta que vengas a la oficina. Ve a comprarte un par de conjuntos de ejecutiva y recupera tu vida. Yo te cubro.

—Gracias, Max. ¿Por qué los Williams sois tan maravillosos?

—Nos viene de familia —dijo chulita.

Y quizá sea así; porque anoche Will no pudo ser más comprensivo cuando salió de su cueva para preparar unos sandwiches para cenar.

—Mañana entro a las nueve a trabajar y estaré fuera hasta las seis de la tarde —me informó—. ¿Podrás sobrevivir sin mí?

—Lo intentaré —le seguí la broma—. Voy a estar todo el día de compras y por la tarde iré a ver los pisos que te dije. Siento que estoy ocupando tu casa y desterrándote de tu sofá... ¡Te pasas el día encerrado en ese despacho!

—Te prometo que haría exactamente lo mismo aunque tú no estuvieras aquí. El sofá lo uso solo para el folleto...

—¡QUÉ! ¡¿Ha habido gente desnuda en este sofá?!

—Sí. No me gusta que las chicas se metan en mi cama...

—¡Pero yo lo he hecho!

—Tranquila, compraré otro colchón cuando te vayas...

—¡Will...! —Me sulfuré y se rio de mí.

—¡Te estoy tomando el pelo! En realidad me gusta hacerlo por todas partes de la casa. En la cama también.

—¡Maldita sea! ¡Me voy a ir a un hotel hoy mismo!

—Mol... —Se acercó mucho a mí y me miró con diversión. ¿Por qué se tomaba esas confianzas, no era consciente de lo atractivo que era?—. No te preocupes por nada. Ahora mismo estoy muy centrado en mi investigación y no me molestas en absoluto. No te canses mucho mañana de compras, ¿vale? ¿Me llamarás si me necesitas?

—Sí. Te informaré a cada hora de mis constantes vitales —bromeé.

—Me vale.

Se fue de mi vista dándole un buen mordisco a una manzana y me preocupé de que ese gesto me pareciera erótico. «¿Qué me pasa?».

Busqué información y descubrí que el deseo sexual aumenta en muchas mujeres durante el embarazo.

«Uf, menos mal... ¡No me estoy volviendo loca!».

Quizá fuese buena idea tener una aventura rápida ahora que todavía no se me notaba nada...

Pensando en eso y en subir contenido a TikTok, le dije a Will que me pasase la foto que me había sacado en el hospital con el bombero. Lo hizo sin decir nada. Estuve un rato recreándome la vista con ese pedazo de tío y soñando con que mi hijo fuese igual de guapo que él. Y cuando iba a salir de la conversación de Will, vi que estaba *Escribiendo* en la pantalla del chat.

Esperé, pero finalmente, no apareció nada. Tampoco hacía falta. Seguro que iba a repetirme que sería muy peligroso contactarle. Pero no pensaba hacerlo. Como mucho, cambiaría la pesadilla de morir quemada por un sueño húmedo con «El tanque», como seguro lo llamaban en el parque de bomberos.

Cuando colgué la foto en las redes, tuvo más de cuarenta mil *Me gustas*. Lógico... ¿A quién no iba a gustarle un hombre así?

Volviendo al día de hoy. Mi mañana ha sido de lo más productiva. He comprado mucho y, a mediodía, mientras degustaba un buen pescado acompañado de unas exquisitas verduras en mi restaurante favorito, he recibido una llamada de mi seguro del hogar.

—¿Molly Baker?

—Sí, soy yo.

—Le llamo en relación al incendio del 1200 de California Street.

—¡Sí, dígame!

—No se preocupe, al ser poseedora de una póliza platino, nos haremos cargo de todo. Cuando nos dejen entrar en la vivienda, recuperaremos el mayor número de pertenencias posibles, y después le haremos llegar un albarán. Entonces podrá decidir si quiere que se lo enviemos a algún sitio o lo guardemos en nuestros almacenes hasta que finalicen las obras de reparación.

—¿Cuándo cree que será eso?

—Mañana obtendremos el primer peritaje de daños estructurales, pero por experiencia de otros incendios similares, calculamos que en menos de cinco meses podrá volver a su casa.

—¡Genial! ¡Muchas gracias!

—Volveremos a ponernos en contacto con usted. Buenos días.

Llena de alegría, he llamado a Max para contárselo.

—Entonces, ¿sigue en mente lo de alquilar otro apartamento?

—No sé... Iré a verlos. Quizá haga una inversión y compre algo... Hace tiempo que quería hacerlo.

—Dudo que encuentres algo que te guste más que tu casa.

—Eso es imposible —he dicho rotunda. Mi casa es el sueño de mi vida. Tiene el tamaño perfecto. El color. Los muebles. ¡TODO! Necesito que vuelva a ser exactamente como era o me moriré.

—Cinco meses es poco tiempo —ha opinado Max—. Podrás preparar la habitación del bebé y pasar los últimos meses del embarazo en tu casa.

—Lo sé... Pero no puedo seguir abusando de Will, y ya sabes la poca gracia que me hace irme con mis padres. Necesito una solución.

—Habla con Will. Siempre dice que apenas está en casa. ¿No me has dicho que habéis estado muy bien este fin de semana?

—Sí, pero... —«No sé si resistiré tanto tiempo su *sex appeal*».

—En realidad, es ideal, Mol. Así pasas el embarazo acompañada.

—No necesito a nadie —he repetido como un mantra.

—Lo sé, pero por si acaso. Tú llámale y cuéntaselo todo, a ver qué te dice. Si conozco a mi hermano, él mismo te ofrecerá quedarte. Me ha dicho esta mañana que está encantado de tenerte en su casa...

—¿Eso te ha dicho?

—Sí. —Pero no ha sonado muy verosímil. Ahí faltaba información. En ese sentido, los Williams son una pequeña secta donde se cubren los unos a los otros. ¿Qué le habrá dicho exactamente?

—Ahora le llamaré...

—Hazlo. ¡Te quiero! ¡Adiós!

He dudado entre llamarlo o hablarlo en persona después, pero casi es mejor discutirlo a distancia. No quiero que se sienta presionado. Por otro lado, ¿me veo tantos meses viviendo con él? Pfff...

Llamo antes de que el miedo me paralice. ¿Miedo a qué? No lo sé. Suelo huir veloz de ese tipo de preguntas internas.

—¿Qué pasa, Molly? ¿Va todo bien? —ha contestado Will.

—Sí, sí. Tranquilo. Acabo de recibir una llamada del seguro de mi casa.

—¿Y qué te han dicho?

—Que lo más probable es que pueda volver en cinco meses.

—¡Estupendo! Eso es antes de que nazca el bebé.

—Lo mismo ha dicho tu hermana..., y también que le parece una idiotez que me compre otro apartamento para tan poco tiempo.

—Pienso igual.

—Ya..., pero... en algún sitio tengo que vivir, Will. Y no puedo seguir invadiendo tu casa por más tiempo.

—¿Quién lo dice?

—Los estiramientos que has hecho esta mañana después de tres noches durmiendo enroscado en ese sofá diminuto lleno de muelles sueltos.

—Y la del hospital, no te olvides de esa noche...

—Ya te he causado suficientes molestias —he dicho cohibida.

—Eso se soluciona comprando una cama.

—O podría irme a casa de mis padres y dejar de molestarte...

—Max dice que no te llevas bien con ellos.

—¿Y contigo sí?

Escucho una risita socarrona y yo también sonrío.

—Lo hablamos esta noche en casa, ¿te parece?

—Vale...

Al colgar he pensado mucho en esa última palabra. «Casa». Y no puedo negar que así es como me he sentido estos días. Para dos personas que están acostumbradas a vivir solas, no está mal.

Más tarde, he quedado con la chica de la inmobiliaria y me ha enseñado los apartamentos. Eran bonitos. Y caros. Pero no tanto como el mío, por supuesto. Podría comprar algo para invertir, pero me da muchísima pereza perder tiempo en amueblar una casa para después especular con ella. Con Will, por el contrario, solo haría falta comprar una cama, como bien ha señalado...

Al volver a casa, ¡digo!, a casa de Will, me he encontrado con Max allí y la he abrazado con fuerza. Un día sin verla es como un castigo.

—Me alegro mucho de que hayas venido. ¿Qué tal por la oficina?

—¡Muy bien! Tranquila, lo tenemos todo controlado, aunque te hemos echado de menos.

—Mañana no faltaré. Me he comprado tres trajes y varias prendas.

—¡Enséñamelas ahora mismo! —ha exclamado rebuscando entre mis bolsas. Hay cosas que nunca cambian. Y me encanta que así sea.

—¿Cómo te encuentras tú? —Me he interesado por ella.

—Fenomenal. Estoy deseando llegar a la ecografía de la semana doce para saber el sexo.

—Sabéis que se puede saber a partir de la octava semana con un simple análisis de sangre, ¿no? Pagando, claro... —he escuchado a Will. Pero no lo he visto. Estaba en el baño con la puerta entornada.

—¡No lo sabía, hermano! ¿Nos lo hacemos, Mol?

—Nah... Yo prefiero seguir llamándole *Huevi*.

—¿En serio? —ha rezongado Will. Cuando ha salido del aseo llevaba puesto un impresionante polo negro de Philipp Plein con una calavera hecha de remaches de plata que debía de valer por lo menos seiscientos dólares.

—¿Qué tal me queda? —ha preguntado dudoso.

—Increíble —ha respondido Max al instante—. ¿A ti te gusta?

—No sé... No está mal.

Max ha escondido una sonrisa y yo me he quedado muda.

¡¿Que no está mal?! ¡Esa marca es la leche! Es la de chico malo por excelencia versión lujo. Max sabe que me pone muchísimo cada vez que veo a algún hombre con ella. Es cara y descarada, como yo.

—Le han regalado varias prendas a Jackson y dice que él no se las va a poner. Su estilo es mucho más clásico. Por eso he pensado en ti... Son de muy buena calidad.

—Se nota —ha dicho Will—. Me las quedo... Gracias, hermanita.

Max ha sonreído como una santa, sin darse cuenta de que estaba contribuyendo al hecho de sentirme como una ninfómana.

Me he recompuesto como he podido. ¡Solo era un maldito trozo de tela...! Uno divino y brutal, pero tengo que empezar a ser menos superficial. Will no es mejor o peor por llevar un tipo de ropa u otro, el problema, en todo caso, es cuando no la lleva...

Nuestros ojos han coincidido por un momento y he intentado disimular que pensaba que estaba para comérselo así vestido, pero le he descubierto dándome otro repaso con un deseo palpable al verme bien vestida, después de un fin de semana siendo Miss Ronchas vomitona.

—¿Qué tal los pisos que has visto? —Ha salvado el momento.

—Ah... Bien. Estaban bien... Pero sin amueblar.

—¿De verdad vas a comprarte uno? —ha preguntado Max—. No gastes energías en un lugar de paso. Will quiere que te quedes, ¿verdad, Will?

Su cara ha sufrido un pequeño bloqueo. No llegaba a ser vergüenza porque Will no sabe lo que es eso, pero...

—Claro... —ha reaccionado con naturalidad—. Ya te lo he dicho antes. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, Molly...

—Ya, pero no quiero molestarte.

—Y yo no quiero que tus padres te quiten las ganas de vivir —ha replicado Max—. ¡Aquí vas a estar genial! ¡Si sois como hermanos!

El elefante rosa apenas cabía en la jodida habitación después de decir eso.

Will y yo somos menos hermanos que los Cazadores de Sombras esos, pero hemos disimulado o Max empezaría a sospechar. ¡Es psicóloga, por el amor de Dios! Una especialista de la conducta humana...

Will ha captado mi preocupación y ha cambiado el chip con astucia.

—A mí no me importa que te quedes —ha empezado—. Pero... ¿y si quiero traer a una chica a casa? ¿Cómo lo solucionaremos?

Esa genialidad de estrategia disuasoria me ha trastocado un poco...

—Pues... me avisas, me encierro en la habitación y me pongo los cascos para ver mis series.

—Mejor que ese día duermas en casa de Max... Yo hago gritar mucho a las chicas —ha dicho canalla.

—¡Calla, fantasma! —Le ha pegado su hermana. Ojalá hubiera podido atizarle yo también—. Pero sí, Mol, puedes venir a mi casa y haremos noche de chicas. Será Jackson el que se vaya a la habitación con los cascos.

—Vale... —He accedido.

—Entonces, ¿te quedas? —ha preguntado Will contrito.

Su mirada penetrante cargada de anhelo me ha puesto nerviosa.

«Deja de mirarme así o me largo», le he avisado excitada.

«Lo intento. Pero no sé qué te has hecho que te ha sentado de maravilla», ha parecido replicar, lamiéndose los labios.

Lo admito. El chico, ciego, no es.

He ido a mi peluquería habitual. Vincent me ha hecho un hueco porque le he suplicado que necesitaba sus cuidados de hidratación celestiales después del incendio. Además, en las tiendas de ropa habían colocado el muestrario de primavera y no he podido resistirme a la floreada blusa de gasa ultraescotada que llevaba puesta.

—Se queda —ha contestado Max por mí—. ¿Verdad, Molly? Yo creo que lo mejor es que no estés sola estos meses. Después le haces un buen regalo a Will y solucionado —Ha sonreído

feliz.

«Carnal, a poder ser», ha sugerido el brillo de los ojos de él.

O quizá han sido mis ganas locas, ya no lo sé. El caso es que me he echado a reír y Will conmigo. Otra cosa no, pero Will es avisado y divertido.

Pronto estaremos riéndonos de estos pequeños destellos de atracción, porque cada día él me verá más gorda y menos deseable.

—De acuerdo —He decidido—. Me quedo. Pero solo si me dejas comprarte una cama en condiciones para que duermas bien.

—Y necesito un masaje también... —ha añadido, jocoso—. Me debes uno y tengo que recuperarme de estos días —Se estira.

Aparto la mirada porque ese polo se adapta demasiado bien a su torneada espalda. ¿Desde cuándo tiene tantos músculos?

—Por cierto, han llegado paquetes de amazon —ha murmurado distraído—. Como el repartidor sabe que nunca hay nadie en casa, se los deja a Lois. Puedes ir a recogerlos y devolverle el plato de las galletas, de paso.

Y aquí estoy. Hablando con ella. Sin dejar de pedirme mil perdones, aunque ya subió ayer a ver cómo estaba de la alergia.

—No se preocupe, de verdad —repito con una sonrisa—. Y muchas gracias por recibir los paquetes de amazon por nosotros.

—De nada. Yo siempre estoy mirando por la ventana. Me gusta hacerlo. Por eso sé cuánto le gustas a Will, porque siempre que va a entrar en casa, primero se mira al espejo y se peina. Es muy gracioso. ¡Antes nunca lo hacía!

¡La madre que parió a la vieja!

¿Y tiene que soltármelo justo cuando acabo de decidir quedarme a vivir con él? Gracias por avivar el fuego del infierno, Lucifer vestido de adorable ancianita asesina...

De vuelta a casa, reviso mi teléfono y veo que un tal Bradley Scott me ha escrito por privado en la cuenta de *Consigue al padre*.

Cuando veo la foto, freno mis pasos en seco. ¡Es él! ¡El bombero!

capítulo 12



Semana 10

Me ocurre algo rarísimo.

Llevo dos semanas viviendo con Will y es como si lleváramos haciéndolo toda la vida. No las tenía todas conmigo cuando pensaba en dos personas tan distintas compartiendo un espacio tan reducido, pero estoy descubriendo a un Will que no tiene nada que ver con el bromista e inmaduro que pensaba que era.

Y no lo digo solo por su faceta de fiel enfermero, porque he pasado unos días horribles con náuseas matinales y le he dado más trabajo del que me gustaría. La única medicina que parece calmarme es el chocolate ¡y no me lo explico! La cosa es que estoy viendo una parte increíble de él que desconocía.

Y seguro que él piensa lo mismo de mí... pero para mal. Porque no he podido sentirme peor. Soy como un trapito humano. Sucio y raído. He estado tan débil y desanimada que ni me había planteado responder al bombero en estas dos semanas. ¿Para qué? ¿Para vomitarle encima? Además, seguro que Will pondría el grito en el cielo y no quería cabrearlo.

Un día, mi nuevo compañero de piso y yo salimos a dar un paseo para enseñarme el barrio, y porque, según él, «necesitaba vitamina D». Esa clase de comentarios me chocaban, porque denotaban que detrás de esas juveniles y ridículas sudaderas de capucha había un hombre culto que controlaba de aminoácidos esenciales. Su santuario, con todas esas fórmulas en la pared, daban fe de ello, pero yo apenas me asomaba por allí. De hecho, nunca cruzaba el umbral de la puerta, me parecía una zona privada e íntima de Will a la que me daba pánico acceder. Por si me deslumbraba.

Pero lo consiguió de otras formas, el muy...

Como decía, durante ese paseo, me di cuenta de que a cada paso que dábamos lo saludaba todo el mundo. Y no como se saluda a un conocido, sino con una devoción especial, como si le debieran algo.

—¿Will, ¿cómo estás?! Gracias otra vez por lo del mes pasado.

—De nada. ¿Vas mejor?

—¡Estoy como nuevo!

—¿De qué iba eso? —pregunté cuando lo perdimos de vista.

—Soy camello. Ya sabes... la vida es dura.

Por un momento me lo tomé en serio, pero la expresión impertérrita de su cara y su metódico tono de voz me indicaron que me estaba vacilando otra vez.

Will no era un desconocido para mí, sabía que su lugar feliz era el sarcasmo, por eso aluciné cuando descubrí ciertos detalles de él que no cuadraban lo más mínimo con la imagen de golfo que pretendía dar siempre.

Uno de esos detalles fue que Stephen King reinara en su librería con más de treinta títulos de su autoría. La pregunta de si le gustaba sobraba, y el pensar que quizá era un psicópata al que le gustaban las escenas de terror, también. Porque si había alguien que apreciaba a aquel mito de la literatura era yo. King convertía el miedo en algo inherente al ser humano, en un sentimiento escabroso arraigado desde la niñez que sobrevive a las primeras luces racionales del pensamiento adulto. Me gustaban sus novelas porque sabían manejar el temor no solo como una percepción física, sino emocional. El miedo era una idea sugerida e inquietante que el propio lector construía. Con él aprendí lo fácil que es montarse una película en tu cabeza y joderte la vida. Sus libros me han enseñado mucho sobre mí misma. Sobre mis paranoias. Sobre cómo soy y cómo controlarme.

Siempre he pensado que el miedo es tan incontrolable e inevitable como el amor, y no es fácil aprender a sortear su misticismo.

—No sabía que te gustaba leer a King —le dije una noche.

—¿Te sorprende? Es uno de los más leídos del país.

—Leído sí, pero veo que lo tuyo es obsesión. ¿Qué es lo que te atrapa de él? —pregunté interesada.

—Su control mental basado en algo casi inexistente que solo está en tu mente. Es una pasada...

Me lo quedé mirando con orgullo y sonreí de que coincidiéramos en eso.

—A mí también me gusta. Tienes muchos que no me he leído.

—Coge el que quieras. Eso sí, luego no me vengas con que quieres meterte en mi cama porque tienes miedo...

Me eché a reír. Pero se me cortó rápido al imaginarnos tan cerca y a oscuras. Además, su siguiente frase no ayudó.

—Me encanta tu risa... —Se hizo un silencio—. Vale, no quería que sonara tan ñoño. Pero hacía años que no te oía reír así.

—¿Qué dices? Si yo me río a todas horas.

—No. Cuando os empezé a ir bien en la empresa te convertiste en una señorita contenida que nunca estalla en carcajadas. Y lo echaba de menos...

—¡Yo no soy nada contenida!

—No sé cómo serás con tus amigos, pero delante de mis padres hace años que no lo haces...

—Eso es porque quiero que piensen bien de mí.

—¿Por qué?

—Porque necesito que me quieran... Ya que mis padres no lo hacen.

Se me quedó mirando queriendo preguntar muchas cosas, pero aparté la vista y captó cómo alzaba mis barreras de nuevo.

—Si quieres que te quieran más que a nadie —dijo ignorando el momento tenso—, debes ser la oveja negra. Siempre es la favorita...

Su sonrisa canalla afianzó su alegato.

—A mí me adoran y piensan que soy un desastre... —completó.

Hubo otro silencio que daba lugar a preguntar sobre eso, pero no quise indagar a qué se refería, aunque se filtrara cierto tufo a resquemor.

Una tarde, llamaron al timbre y escuché cómo Will hablaba con alguien en la puerta.

—Pasa, chaval...

Un chico de unos quince años arrastró sus pies hasta la isla de la cocina y colocó su mochila encima.

—Molly, se me olvidó avisarte. Este es Garret, mi vecino del tercero. Viene todas las semanas a repasar química una horita. Es lo que necesitamos para que su atrofiado cerebro por culpa de la marihuana asimile conceptos...

Un segundo... ¿Tenía un alumno?

Apagué la tele y me puse de pie para observarlos. E igual es una gilipollez lo que voy a decir, pero al verlo al lado de ese adolescente, fui más consciente que nunca de lo hombre que era Will.

Ya no era ese chico perdido al que una vez le di un consejo en su graduación, ahora era alguien que, gracias a su experiencia, podría aconsejar a ese chaval de la misma forma o mejor. Y ese Will era otro nivel. Otro mundo. Otro universo. Uno enorme, todavía por explorar.

—HOSTIAS... —balbuceó el chaval al verme—. ¿Esa es tu novia? Porque te idolatraría para siempre.

—No. Solo es una amiga.

—¿Encima sin compromiso?! ¡Chócala! —Alzó la mano, flipado.

Will no movió ni un músculo durante unos segundos, solo mantuvo su expresión aburrida, lo que hizo que Garret omitiera el gesto.

—Encantado...

—Lo mismo digo.

Pasé de largo y me encerré en mi habitación. Pero a los veinte minutos necesitaba hacer pis como si fuera una persona mayor y tuve que salir, a pesar de que no quería interrumpirles.

—El silicio tiene ocho electrones internos adicionales respecto del carbono, eso hace que su enlace químico se sienta más *débilmente* atraído por él —Tuvo gracia que oírle decir algo tan cultivado hiciera que yo me sintiera *fuertemente* atraída por él—. Eso se traduce en que la fuerza de los enlaces del silicio es comparativamente menor a la del carbono, lo que le convierte en una sustancia más reactiva y menos estable químicamente.

Así me sentía yo. Poco estable, viéndole en ese papel de padre responsable y profesor chiflado buenorro. Cuando levantó la vista y me vio, su mirada de inteligencia suprema se me clavó entre las piernas.

—Lo siento... —susurré y me encerré en el baño.

Tuve que ingeniármelas para que el pis rebotara contra la porcelana y no contra el agua para que hiciera el mínimo ruido. Problemas de humanos, volumen uno.

Cuando Garret se fue, Will llamó a la puerta de mi habitación y me comunicó que ya era libre para circular por donde quisiera.

—Lo siento, me olvidé de avisarte de la existencia de Garret.

—No hay nada que sentir. Estás en tu casa. No sabía que eras profe...

—Solo es un favor entre vecinos. A cambio, su madre viene a quitarme el polvo una vez al mes.

—¿En sentido figurado o en el literal?

Se me quedó mirando un segundo y acto seguido soltó una risotada.

—Muy bueno. Pero no es mi tipo. Ni yo el suyo.

Me sorprendí pensando de quién no sería el tipo él. Porque a mí ya me gustaban hasta sus silencios. Pero me dije que solo era una fase extraña en la que me ponían cachonda hasta las plantas.

Y hablando de plantas...

Toca desvelar lo más impactante que he descubierto sobre él.

Me había fijado, desde mi privilegiada atalaya en el sofá, que a veces salía a la terraza brevemente, pero prometo que yo pensaba que lo hacía para tirarse pedos, cosa que le agradecía, y un buen día, alguien llamó a la puerta y lo vi salir de nuevo a la terraza para regresar con algo en la mano.

No está en mi naturaleza esperar y preguntar, así que me levanté del sofá, como lo haría un gato curioso sin miedo a morir, y me asomé a la terraza.

Mis ojos saltones y mi boca abierta son testigos de que lo que encontré allí era la novena maravilla del mundo en dos metros cuadrados. El tío tenía la casa hecha un cristo, pero el diseño de su terraza podría aparecer en una revista de paisajismo.

«El Edén», como lo llamaría a partir de ahora, consistía en un huerto urbano perfectamente organizado y señalizado con nombres y fotos de las diferentes plantas que cultivaba.

Tenía un millón de herramientas para el labrado de la tierra, varias regaderas de distintos tamaños y formas, y hasta lámparas de calor.

¿He dicho que me ponían cachonda las plantas? Pues eso...

Viendo aquel despliegue de mimo y cariño, más que nunca. Y no es que me excitara físicamente, pero sí mentalmente, que no sé que es peor...

—Hola... Ya has descubierto mi tesoro —Me sorprendió allí. Y pude discernir una pequeña nota de vergüenza en su tono.

—¿Qué es esto? ¡Es precioso!

—Mi surtido de plantas medicinales. Te dije que traficaba...

—Es impresionante.

—Solo son plantas.

—Ya, pero la meticulosidad y el esmero con el que está diseñado este espacio corta la respiración. Es...

—Es ciencia —repuso—. Este es mi mundo, Mol. Soy bioquímico. Me gusta experimentar con remedios naturales y potenciarlos...

—¿Haces negocio con esto?

—No. De hecho, uso a mis vecinos de conejillos de indias. Soy yo el que debería pagarles, se fían demasiado de mí...

—Si han visto esto, no me sorprende. Parece que no eres tan desastre como creen tus padres...

—Hago lo que puedo —Se encogió de hombros. Tenía la terrible manía de quitarse mérito.

—El hombre de ayer dijo que estaba como nuevo.

—A veces doy en el clavo. He intentado patentar algunas fórmulas porque funcionan mejor que las que hay en el mercado, pero...

—¿Pero?

—Las farmacéuticas son un negocio. Me contestaron que no les interesaba que un medicamento funcionara tan bien. ¿Por qué vender solo una pastilla pudiendo comprarse dos cajas de doce? Quieren producción y ventas.

—Increíble...

—Hay mucho dinero en juego. Acuerdos. Es lo que hay... —dijo resignado—. Venga, entra, que las pones nerviosas...

Lo miré sonriente, pero él no correspondió.

—Espera, ¿lo dices en serio?—me mofé.

—Sí —Sonrió abochornado—. A las plantas no les gustan los desconocidos. El dióxido de carbono que expulsas es diferente al mío y se sienten atacadas.

Me eché a reír y entré en casa, divertida.

—Me acabas de dar un mal rollo que flipas, que lo sepas... ¿Sabes tus conquistas que eres el raro de las plantas?

—No. Y te agradecería que no lo contases —replicó con sorna.

No había vuelto a mencionar el tema. Dejé que se acomodara en la creencia de que iba a pasar por alto que era un verdadero loco de las plantas, tanto marinas como terrestres, pero un par de días después, le dejé un regalito envuelto encima de su mesa del despacho.

Lo encontré tras ducharse, antes de cenar. Me llamaba la atención que Will se duchara por las noches. Me obligaba a pensar que se metía en la cama limpio y oliendo de maravilla a su champú de marca blanca. Nadie lo sabría jamás, pero juro que su esencia personal mezclada con ese simple aroma no le haría sombra a las mejores colonias de Dior.

Lo escuché salir de su habitación con mi regalo en la mano y me pidió una explicación con media sonrisa.

—¿Qué es esto?

—Algo que necesitas...

—Es un Funko de Bill Nye, el chico ciencia.

—Es lo más parecido a un químico loco que he encontrado —Sonreí granuja.

Él también lo hizo y asintió con la cabeza, abochornado.

—Captado... Te estás riendo de mí.

—Estaba entre ese y uno de Einstein...

—Gracias. No tenías que haberte molestado.

—Oh, yo creo que sí —Torció la cabeza juguetona—. Te representa. Admite que te encanta, chico ciencia.

—Lo admito. ¿Contenta?

—Mucho.

Al día siguiente, es decir, ayer, antes de irme al trabajo vi que el funko seguía sobre su mesa y sonreí. No lo había escondido ni puesto en lo alto de alguna estantería, sino que lo mantenía cerca, a la vista, y eso me gustó.

Cuando llegué a casa sobre las cuatro de la tarde, encontré una caja de bombones sobre la isla de la cocina con un lazo y una tarjeta.

Al ver el filón de cacao, los ojos se me iluminaron como si fueran diamantes.

Le di la vuelta a la tarjeta y leí:

Para la loca del chocolate. Te representa. Porque sigues siendo un bombón.

Sonreí y aplasté el papel contra mi pecho como si fuera una jodida carta de amor.

«Keep calm, ventrículos. Solo es chocolate y una nota».

En ese momento me alegré de haberle comprado unos calcetines con unos dibujitos de algas. ¡Eran la puñetera bomba!; estaba deseando escuchar sus carcajadas al verlos. Pero los reservé para hoy, porque no quería robarle su momento de gloria.

Hace un segundo, por fin los ha visto sobre su cama y he escuchado su risa desde la cocina, donde estoy cocinando una pizza casera. Me he animado a hacer la masa yo misma por primera vez. Estoy a punto de empezar a extender los ingredientes cuando él aparece por detrás.

—Muy bonitos —comenta tunante. Con una voz sexi que hace que me envare—. Me los voy a poner para salir esta noche.

La frase me descoloca. Debería reírme, pero solo digo:

—¿Vas a salir?

Lo pregunto sin darle importancia, aunque por dentro esté sorprendida. No me lo esperaba.

—Sí, he quedado.

Quiero preguntar con quién, pero ¿y a mí qué me importa? Yo también puedo salir... si quiero. Que no quiero.

No me apetece nada. No tengo cuerpo, no puedo beber y..., en fin, que los «Nos» se acumulan tan rápido que me da mucha pereza. Además, no se me ocurre un plan mejor para el viernes que pizza con película y después leer un buen libro hasta que se me caiga en la cara. ¡Planazo!

Y me da igual que Will esté encerrado en su despacho o de fiesta por ahí. Yo a lo mío... Además, si sale con eso en los pies tampoco va a follar, así que...

Joder... ¿Y qué más me da a mí con quién folle?!

Cenamos viendo la tele en un plácido silencio. Solo las onomatopeyas de Will elogiando la pizza llenan el espacio. Me dice que está deliciosa y al terminar, se levanta para ir a ducharse.

No puedo aclarar que él también lo parece, delicioso, cuando sale del baño con un jersey gris de pico por el que asoma una camiseta blanca ceñida y el pelo húmedo.

—Si te pasa algo o me necesitas, me llamas —me ordena.

—Tranquilo. Pásalo bien.

—Volveré a dormir. Sea la hora que sea...

—Bien.

No quiero analizar esa frase ni hacerme preguntas. Me pongo la película y desconecto de la idea de que Will se dirige a una sala de fiestas en la que habrá chicas jóvenes y hermosas con vestidos imposibles dispuestas a pasarlo muy bien y sin náuseas.

A mitad de la película me entra un antojo tremendo de helado de chocolate.

Me muerdo los labios e intento dominarlo. Quizá lo necesite como sustitutivo del sexo que yo no tendré y Will sí. Recuerdo sus palabras de que le escribiera si necesitaba algo, pero no creo que se refiriera a esto, sino a algo urgente. No obstante, sería tan genial levantarme mañana y que hubiera helado en la nevera... ¿Y si pudiera comprarlo de vuelta a casa en un 24h?

Me resisto a encender mi móvil varias veces y a entrar en su conversación, pero termino dentro mirando su foto. Que no es la suya, sino la de un alga fluorescente. ¡Me descojono!

Son las dos de la mañana y Will lleva fuera desde las nueve. ¿Y si justo está besando a una chica y le suena un mensaje mío?

Levanto una ceja, cabrona, y tecleo sin pensar.

«Hola... No quiero interrumpirte. Por favor, lee esto cuando ya estés definitivamente volviendo a casa. Solo quería decirte que si pasas por un supermercado..., ¿podrías traerme helado de chocolate con trozos de galleta? Solo si te pilla de paso. Un millón de gracias.»

Veo que lo lee, pero no contesta. ¡*Coitus interruptus* fijo!

Media hora después, la puerta de casa se abre y me sobresalto. ¡Es él!

Lo veo avanzar con una bolsa en la mano como si fuera El Mesías y va directo a por un par de cucharas sin decir ni «hola». Espero a que se quite el abrigo y se siente en el sofá junto a mí.

¿Qué hace aquí? ¿Está enfadado conmigo? Trago saliva.

Saca la tarrina delante de mis narices y me ofrece una cucharilla.

—¿Qué haces tan pronto en casa? —digo antes de nada—. ¿No habrás vuelto solo para traermel helado?

—Estaba aburrido —musita. Pero muy aburrido no podía estar porque noto que ha bebido. No está del todo sereno.

—¿A dónde has ido?

—Al NightHell.

—¿Te aburrías en el NightHell? No me lo creo.

—Los antojos hay que satisfacerlos, pequeña...

—Jo... No tenía que haberte escrito... —lamento tapándome la cara—. Tu hermana tiene razón, ¡eres el eterno héroe que no sabe decir que no a nada!

—¿Eso ha dicho? Pienso decirle que «No» la próxima vez que me pida cualquier cosa. Además, sí sé decir «No», acabo de decírselo a una monada que pretendía chuparme toda la sangre y hacerme inmortal...

—¿Y por qué lo has hecho?! Tú que puedes, aprovecha...

—Te lo he dicho, me aburría su conversación. He estado a punto de besarla solo para que se callase...

Me entra la risa tonta.

—¿Nunca te ha pasado? Lo de estar con alguien que te raya.

—La verdad es que sí. ¡Es que hay gente muy pesada!

—Esa es la palabra —Clava la cuchara en el helado y come un poco—. Tu mensaje me ha salvado. De verdad...

—Sé sincero ¿por qué no la has besado? —pregunto intrigada metiendo la cuchara yo también en el helado. Él me sujeta la tarrina para que pueda hacer fuerza. Es un amor.

—Porque le olía el aliento a gato muerto.

Me doblo de risa.

—¿En serio? ¡Por favor! ¡Dímelo!

—Y no me gustaba su vestido. Era horrible.

—¡No te creo! —le pego divertida.

Will sonrío porque me escandalicen sus mentiras. A veces creo que solo las dice para volverme loca. Sé que a él no le importa la ropa de nadie. ¡Salta a la vista! Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? ¿Y qué hace aquí?

—¿Te sientes mejor? —pregunta preocupado.

—Sí. Algo mejor...

—¿Por qué no estás durmiendo? Es tarde —me tantea él.

Ni yo misma lo sé. Se me hacía raro estar sola en su casa, y no dejaba de preguntarme dónde estaría y con quién. Pero no pienso decírselo.

—No estoy cansada.

—¿Quieres ver algo en la tele? ¿Qué estabas viendo?

—No me apetece... Solo quiero comer helado. Cuéntame algo mientras tanto —le animo.

—¿Qué quieres que te cuente? —dice cansado, recostándose hacia atrás. Que arrastre la voz más de lo normal me parece muy sexi. Se nota que los cubatas le pesan.

—Más secretos sobre ti. Eres una caja de sorpresas...

—¿Por qué no me cuentas tú algo, chica misteriosa?

—¿Qué quieres saber? Pregunta lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

—Sí.

—Sé que has estado con muchos tíos, pero... ¿quién fue el primer afortunado y cuándo? Tú sabes la mía.

Mi expresión se torna seria. Más de lo que pretendo. Es como si estando embarazada todo me afectase el doble. Incluso pronunciar su nombre. Preston.

Miro hacia los lados, cohibida, y Will capta mi desasosiego.

—No tienes por qué contestar. Solo era por echarnos unas risas.

—No. Quiero contártelo. En realidad, fue increíble. Con un chico de mi instituto que me gustaba mucho...

—¿Pero?

—Pero me mintió porque había hecho una apuesta para acostarse con la tía más asquerosa que pudiera encontrar.

Will me mira desconcertado.

—Pero tú no lo eras...

—No te acuerdas, pero a los quince años yo daba pena, Will.

—No es cierto. Yo siempre te he visto guapísima.

—Porque eres ciego. Seguro que ahora también me ves bien y para mí estoy peor que nunca.

—Yo te veo perfecta —suelta sin pensar. Pero está borracho. Y no cuenta.

—¿Lo ves? Yo tampoco me veía mal a mí misma hasta que Preston lo señaló.

—Menudo gilipollas...

—Puede. Ese tío me rompió el corazón y desde entonces no me funciona. Por eso te dije que no dejases que nadie te lo rompiera; no es agradable. En la vida, eres un clavo o un martillo...

—Quizá lo que rompió no fue tu corazón sino tu amor propio. Y ya sabes lo que dicen, no se puede amar a nadie si no te amas a ti mismo.

—Eso es mentira. Todo el mundo quiere a alguien. O a algo.

—¿Qué quieres tú? —pregunta interesado.

Tardo en contestar. ¿No es eso triste? No tener claro lo que quieres en la vida a estas alturas de la película.

—Independencia —Me sale decir.

—¿Económica?

—Y emocional.

—No se puede ser feliz y no sentir nada. Es incompatible. Además vas a tener un bebé. Prepárate para sufrir por él tooodo el tiempo.

—No tengo miedo a eso, Will. Puede que el bebé sea un anclaje emocional, pero será uno bonito. ¿Tú no quieres tener hijos? Pensaba que con la familia que tienes, querías...

—No es que no quiera, pero me da miedo perderme a mí mismo cuando lleguen. Por lo que oigo, le pasa a mucha gente. Los quieren mucho y tal, pero luego se arrepienten de haberlos tenido por la responsabilidad que implica. Tú dices que valoras tu independencia y que no quieres sentirte atada a nada, pero nada ata más que un hijo, Molly, por eso intenté frenarte al principio. Vives en función de otra persona y tú te anulas. Al menos, si quieres ser un buen padre...

—Yo no tengo intención de anularme. Muchas personas viven anuladas por sus trabajos, por su pareja, por sus padres... Pero yo no, y esto tampoco lo hará. Creo que eso depende de ti. Tú eliges cómo vivir tu vida.

»También creo que hay que tener hijos cuando ya has alcanzado una cierta estabilidad... y ciertas metas en las que te hayas sentido realizado, porque luego es muy tentador echarle la culpa

a que no has podido por haber tenido hijos demasiado pronto.

—Exacto. Y en mi caso, todavía no las he alcanzado. Por eso no me veo criando a nadie. Pero también sé discernir la parte positiva de tener descendencia. Ese lazo irrompible. Porque mis hermanos y mis padres son muy importantes en mi vida y seguro que sería un desastre aún mayor si no los tuviera. Son una bendición para mí.

—Yo opino lo mismo —Sonrío complacida—. Sin Max no habría vivido los mejores momentos de mi vida, por eso tengo claro que quiero forjar vínculos familiares con alguien más, porque con mis padres no los tengo...

—¿Tan malos son?

—Ni te lo imaginas... Sigo intentándolo, pero... Son horribles. Yo necesito a gente alrededor que me aporte. Que me dé confianza... y creo que eso solo puede dármelo alguien a quien considere familia.

—Te entiendo. Esos vínculos son importantes. Estaba esta noche de fiesta, pasándolo bien, y cuando he visto tu mensaje, he sentido que prefería estar aquí... contigo. Nuestro vínculo es fuerte...

Lo miro sonrojada y muerta de ternura, con la cuchara en la boca.

—Gracias por haber venido tan rápido.

—De nada —Me enfoca con su móvil—. Ha valido la pena solo por echarte esta foto —La hace—. Tienes chocolate por toda la cara... Esto va directo a las redes sociales.

—¡Ni se te ocurra! —Salto sobre él para alcanzar su teléfono y sin querer le doy un rodillazo en los huevos.

—¡AH...! ¡¿Quieres dejarme impotente?!

Me muero de risa y él de dolor, pero aun así no soy capaz de arrebatarme el móvil. Forcejeamos. Le pellizco.

—¡Bórrala ahora mismo! —amenazo encajada sobre él. Nuestro espacio vital se ve reducido por la pelea. Y él me mira canalla y encantado de tenerme tan cerca y enfadada.

—¿Qué me das a cambio?

—Lo que quieras.

—Cuidado con lo que dices, pequeña... Esa chica iba a muy saco y me ha dejado caliente...

—¡Pues habértela tirado! —exclamo enfadada.

Huyo de él sin saber qué me molesta más, si la dichosa foto o imaginarlo tonteando con una.

—No seas cría, ¡si sales genial! —dice observando la foto.

—No pienso volver a hablarte hasta que no la borres —Se ríe—. ¡Y borra también esa arrogante sonrisa de tu cara!

—No puedo. Esto vale oro —se burla—. Esta eres tú de verdad, Mol...

—¡¿Así me ves?! —digo escandalizada—. ¡Si estoy hecha un asco!

—Y aun así te prefiero a cualquier tía del NighHell... —murmura en voz baja, pero no lo suficiente. ¿Creerá que lo ha pensado?

Un placentero escalofrío recorre mi columna vertebral. ¿Cómo va a preferirme? Quizá se refiere a «en mis mejores tiempos», porque ahora mismo...

—Bueno, me voy a la cama —masculla huyendo de mí.

—Podrías volver a salir... —digo entonces—. A buscar a la chica. Al NightHell.

—Me temo que has dejado al pequeño *Willy* fuera de juego por esta noche con tu rodillazo...

¿Ese es el motivo real?

—Will...

Se para y me mira en silencio esperando a que diga algo.

—Gracias por preferirme...

—Siempre.

Capítulo 13



Semana 12

—Y como os iba diciendo, mañana tengo la ecografía de la semana doce. ¡Es una de las más importantes! Espero que todo esté bien, ¡cruza los dedos por mí y por *Huevi*! Mañana os cuento.

Molly corta el vídeo y resopla cansada.

Creo que odia hacer esto. Y me lo confirma que acto seguido se quite unos enormes pendientes que deben de pesar un kilo cada uno y se haga una coleta mal hecha. Si supiera lo increíble que está simplemente así, al natural.

Llevo un mes soportando su belleza. La de verdad. Que es mucho peor que verla embutida en un ardiente vestido y maquillada como una Kardashian. Me merezco un puñetero trofeo, joder. Y mi polla otro, por controlarme.

—¿A qué hora tienes la ecografía mañana? —pregunto.

—A las doce. Max me acompañará —responde casi enfadada.

—¿Estás de mal humor?

En estas cuatro semanas que llevamos viviendo juntos he procurado seguir dándole espacio para que no salga corriendo. Creo que los dos preferimos no tener mucho roce para que el cariño no nos ciegue y termine comiéndole las tetas o algo parecido...

Que por cierto, cada vez tiene más grandes.

Además, estoy atravesando una época de sequía sexual sin precedentes en mí. Y está siendo duro; y no lo digo con segundas. O sí. Lo último que acaricié sensualmente fue la pared, buscando el interruptor de la luz... Porque, en cualquier caso, mi nuevo objetivo en la vida es cuidarla. Y creo que ahora mismo le pasa algo malo.

—Estoy harta, Will... —responde sin más.

—¿De qué? ¿Del paripé de los vídeos?

—De encontrarme mal. ¡He adelgazado tres kilos aun comiendo de todo lo que me he privado

durante años! Es una locura.

Ah, vale, es eso. No es que le hayan crecido, es que está mucho más delgada y parecen más grandes. Tiene todo el sentido.

—No puedo seguir comiendo helado de esta forma —se castiga.

Trago saliva. ¿Me lo dices o me lo cuentas? Porque últimamente se ha aficionado a los conos de fresa y su forma de lamerlos es... Joder... Digamos que debí hacer algo muy malo en otra vida para tener que presenciarlo. Eso o me estoy volviendo un perverso total.

—Se supone que todo esto termina en el primer trimestre, pero yo no veo el momento...

—Tu primer trimestre está a punto de acabar —intento animarla.

—Y también hay a quien no se le pasa hasta el final —dice atemorizada—. De verdad, nunca pensé que algún día desearía engordar... ¡Me estoy quedando en los huesos! ¡¿Cómo voy a fabricar un bebé si me estoy desintegrando yo misma?!

Me acerco a ella para consolarla. Allá va, Will, el salvador. Siempre amigo, nunca... nada más.

—Seguro que se te pasa en breve. Y entonces empezarás a comer como una lima y a engordar, ya verás. Lamentarás haberlo deseado, pequeña...

—Eso espero —gime alicaída—. Porque me siento débil y fea. A menudo estoy mareada y tengo un mal presentimiento con todo esto.

—El embarazo no es un camino de rosas. Es un jodido milagro clínico. En todo caso, piensa en positivo y no llores a la mala suerte. Esta semana irás a mejor, ya verás.

—Yo quería enfocar este tema en TikTok como algo bonito. Como un privilegio de la naturaleza, como una ilusión, pero está siendo una mierda y me estoy desmoronando. Y creo que se nota mucho en los vídeos.

Uf, *los vídeos*... Una ventana virtual en la que puedo ver a Molly siempre que quiera, contando sus penurias y maravillosamente humana.

¿Cree que la cámara le odia? ¡Si da gusto verla! La malo es lo que veo yo cuando deja de grabarlos. No debería seguir con algo que no le satisface. De todos modos, ¿por qué se siente así? Está siendo un éxito.

—Dijiste que *Consigue al padre* está teniendo un buen *feedback* de la gente —le recuerdo.

—Y así es. ¡Pero yo doy pena, Will!

—¿Qué dices? ¡Te adoran! He visto que estás recibiendo muchos mensajes de apoyo.

—Sí... Estoy recibiendo demasiados mensajes de todo tipo... —masculla entre dientes.

Subo una ceja mosqueado. Eso ha sonado raro.

—¿A qué te refieres? —pregunto—. Porque si me entero de que algún gilipollas te está molestando, lo reviento...

Ella me mira culpable, en vez de con la adoración esperada.

—Gilipollas siempre hay. Los que te insultan, los que quieren una foto mía desnuda, y más gente aburrida y amargada. Y luego están los tíos que me invitan a salir...

—¿Te invitan a salir?

—Sí. La cosa es... que me lo estoy pensando con uno —suelta de repente.

¡MAY DAY! ¡Nos estrellamos!

Intento disimular mi turbación.

¿Acaba de insinuar que quiere que un tío le clave el pene en la cabeza a mi hija?

—Ah, ¿sí? —digo solamente. Cuando lo que deseo es poner el grito en el cielo y cargarme a ese jodido desgraciado.

—Sí, bueno... cuando me encuentre algo mejor y antes de parecer una calabaza de Halloween,

me gustaría salir con alguien. Porque pronto nadie querrá acostarse conmigo...

—Ah, pues... —«Seguro que algún perverso encontrarías, y no muy lejos de ti, créeme...».

—El problema es que me vas a matar cuando te diga quién es...

—¿Yo? ¿Matarte? ¿Por qué? —No lo entiendo. Y entonces, caigo.

NO...

¡NOOO!

La miro asustado y ella arruga la cara como si estuviera esperando mi estallido final.

—¿No será... el bombero?

Que no lo niegue me da la respuesta definitiva. Y que se tape los ojos con las manos me lo confirma.

Dios de mi vida...

Me giro a cámara lenta. De pronto, todo va a esa velocidad. Es como si mi mente quisiera parar el tiempo y no lo consiguiera del todo.

—No le he contestado todavía —musita arrepentida.

Me toco el pecho. Solo eso. Y pierdo la vista en el suelo.

—Me escribió cuando subí su foto y etiqueté a los bomberos y... de eso hace semanas, Will. Pero no le contesté.

No había caído en que esto pudiera pasar. ¡A mí solo me preocupaba que Molly lo buscara! ¡No al revés! Es una mujer embarazada, joder. Aunque la muy idiota le recalcó que estaba soltera y, la verdad, muy embarazada no parece...

—Joder... —verbalizo sujetándome el puente de la nariz con las dos manos. Empiezo a tener síntomas de un ataque al corazón. Totalmente sugestionados, por supuesto. Pero los tengo. Solo de pensar en la que puede liarse, mi corazón tiene espasmos.

—Lo ignoré —repite Molly asustada de mi reacción—. Tranquilo...

—Pero quieres salir con él —resuelvo descolocado.

Al final todo se reduce a eso. A que se lo está pensando.

—Ha estado siguiéndome todo el mes. Comenta mis post y me dice cosas bonitas... Todo con mucha educación.

—¿Te gusta ese tío? —pregunto dolido.

Quiero controlarme y disimular mi disgusto, pero soy incapaz. ¡Ya no puedo! Este mes ha sido demasiado genial y no quiero que nada cambie.

—A ver —dice ella girándose hacia mí—. Ante todo, quiero que me creas cuando te digo que yo, NUNCA, JAMÁS, le diría que es el padre de mi hijo.

—¿Ni cuando estéis enamorados y felices y desee serlo de verdad?

Lo suelto tal cual lo pienso. Pongo mi mayor miedo encima de la mesa. Todo al jodido rojo que lo veo cuando se me llena el cupo del deseo incontrolable que siento por ella y al que acaba de darle un patadón bestial.

—Will, por favor... ¡Yo no quiero eso! ¡Como mucho querría zumbármelo! ¡Nada más!

Abro mucho los ojos. Mi corazón palpita frenético al oírla.

«Dios santo... Eso quiere. Ya lo ha decidido. Y lo va a hacer... Y él también quiere, por eso la ha invitado a cenar. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios...!».

Me levanto mareado y huyo de ella.

—¿A dónde vas? ¡Espera, Will...!

Noto que me sigue hasta la nevera. Necesito beber algo para pasar este mal trago.

Abro una cerveza y el líquido helado cae por mi garganta palpitante ahogando mis emociones por un momento.

—Will... ¿qué es lo que te preocupa realmente? —pregunta ella a mi lado, observándome angustiada.

¿Qué quiere? ¿Una puta declaración de amor? Pues lo siento, pero no va conmigo.

¿Quiere que le diga que nuestro pequeño universo silencioso de treinta días es lo mejor que me ha pasado en la vida? ¿Que no me importaría que se quedara conmigo para siempre y criara al niño aquí conmigo aunque no pudiera tocarla nunca?

Esas idas de olla se arremolinan en mi lengua y me quedo mudo. Si llegara a pronunciarlas, las negaría hasta tres veces.

—¿Cuál es el problema? —insiste—. ¡Yo no quiero una relación seria ni con él ni con nadie! ¿Ganas de follar? Siempre. Y Bradley es un tío muy deseable, pero admito que también me intriga conocerlo, por saber cómo será mi hijo el día de mañana...

No dejo de beber. No puedo. Y menos con lo que acabo de oír. Pero si no lo hago, me ahogaré pronto.

Dejo la cerveza en la isla y me apoyo en ella con las dos manos, manteniendo un silencio sepulcral hasta que trago e incluso más allá.

—Vale. Bien. Fóllatelo. Conócele. Me da igual que me despidan cuando salgan a la luz las irregularidades de tu caso. La que sufrirá las consecuencias con los procesos judiciales serás tú.

Me voy a mi habitación, cojo la bolsa del gimnasio y me largo del piso.

Es domingo, pero muchos centros están abiertos. Debe de ser un derecho humano, porque nunca se sabe cuándo necesitarás descargar toda tu mala hostia en alguna parte.

Antes de dejar el móvil en la taquilla veo que me ha escrito.

«¿Vendrás a cenar?».

«No», tecleo sin pensar. Corto y cambio, joder.

Me doy una paliza a mí mismo con la bici elíptica. Me han llamado la atención dos veces para que no rompa la máquina, ¡pero es que necesito romper algo! Y la cara de ese tío no puede ser...

En ese momento decido que tengo que contárselo a alguien o la ira se me pudrirá dentro. Pero ¿a quién?

No quiero convertir a Jackson en un proscrito...

Shawn no se lo tomaría en serio o todo lo contrario, podría denunciarme e incluso pensar que lo he hecho más veces...

Y John está demasiado lejos y habla todos los días con mi madre. ¿Y si se le escapa? Está medio loco... Y como mi madre, la obsesa de los nietos, se entere, lo sabrá todo San Francisco en menos de tres horas.

Nada más llegar a la taquilla, decido llamar a Jackson. No quiero escribirle, necesito que oiga mi voz, solo así sabrá que hablo en serio.

—¿Will?

—Jack... Hola...

—¿Va todo bien?

—No. No va todo bien... ¿Puedes escaparte media hora para tomar algo en el bar de debajo de tu casa? En... ¿quince minutos?

—Sí, claro... ¿Qué ha pasado?

—No le digas a Max que vas a verme.

—¿Tiene que ver con Molly?

—Sí...

—Vale. En quince, bajo. Ya me inventaré algo.

—Hasta ahora.

Cuelgo y me voy a la ducha.

No suelo tardar más de dos minutos en terminar. Cronometrados. Pero hoy estoy el doble de tiempo; no quiero salir de debajo del chorro caliente. Quiero irme al País de Nunca Jamás, que todo se detenga y no crecer nunca. Porque sé que esa conversación lo cambiará todo para siempre.

Cuando aparezco por el bar, Jackson ya me está esperando.

Justo en ese momento le ponen una cerveza delante y da las gracias sin cambiar su gesto serio. Como periodista, debería ensayar más su cara de preocupación y curiosidad, pero ahora no está trabajando, Jackson es familia. No obstante hoy necesito que deje de serlo... Necesito su consejo objetivo. Es el tío más listo que conozco.

—Will...

—Hola. ¿Me pones otra? —Le pido al camarero.

Tomo aire antes de hablar. Ni siquiera sé por dónde empezar. Seguramente mi cara lo diga todo. Y Jackson es muy perspicaz, pero, ¿hasta qué punto?

—¿Por qué crees que te he llamado? —digo cauteloso.

—¿Vamos a jugar a las adivinanzas? —contesta con impaciencia.

—Prueba. Por favor...

—No lo sé, pero no parece nada bueno...

—Vas bien. ¿Qué has pensado?

—Que te has tirado a Molly...

—¿Eso sería realmente malo?

Cierra los ojos y se frota el pelo despacio.

—Más que malo, sería previsible.

—¿Tú crees?

—Vuestra tensión sexual se capta a kilómetros y lleváis un mes viviendo juntos.

—No la he tocado... Prueba otra vez.

Jackson me mira fijamente achicando la mirada.

—Has dicho que estás mal por ella.

—Muy mal.

—Estás enamorado.

—No. —Y lo pronuncio con una rotundidad que sé que Jackson no termina de creerse. Pero no es eso. No lo estoy. Es solo que...

—Entonces, ¿qué coño ha pasado, Will? No me marees, joder.

—Que el bombero que la sacó del incendio resultó ser el donante por el que ella dio el cambiazó.

—¿QUÉ...?

—Lo reconoció. Y luego le pidió una foto para guardársela para la posteridad y subirla a las redes de CAP. Y ahora él la ha encontrado y le ha pedido salir. Eso ha pasado...

—Y estás celoso como un perro.

—¡No!

—¡¿Cómo que no?! ¡Mírate! No lo soportas...

—¡Estoy preocupado porque si se entera de que es el padre...!

—¿Qué pasará? —me reta.

—Que puede ser un marrón, Jack. La protección de datos es...

—La protección de datos, mis huevos. Ella es lista y no se lo va a decir.

—A no ser que se enamoren y terminen juntos...

—Si eso ocurre, él va a estar encantado de que así sea. Pero no lo soportas porque estás enamorado de ella —resuelve inquisitivo.

—Te equivocas...

—¿Me estás diciendo que no te gusta Molly? ¿En serio pretendes que me lo crea? He visto cómo la miras, Will... No soy tonto.

—Te estoy diciendo que ese no es el problema. El problema es que ese tío no es el padre del niño...

Jackson me mira sin entender y su expresión empieza a cambiar a una más alarmante cuando capta la ansiedad de mi mirada.

Bajo la vista al suelo para que no lea en mis ojos la verdad, pero me temo que es demasiado tarde.

—Me da igual que se lo folle... pero si se enamoran y le dice que es el padre... será mentira. Los segundos caen a plomo.

—Porque el padre eres tú... —dice Jack sobrecogido.

Mi silencio otorga y cierro los ojos para aguantar el chaparrón.

—¡¡ME CAGO EN LA PUTA, WILL!!

—Lo sé... —susurro con una mano apoyada en la frente.

—¿Pero cómo ha pasado...?! ¿Cuándo?!

—Yo también di el cambiao en el laboratorio. Metí mi esperma.

—¡JODER! —clama Jack imaginándose el peor desenlace posible—. ¡Me cago en todo, Will! ¿Y por qué coño me lo cuentas?!

—Porque no podía más. Cuando lo hice me pareció buena idea... Ese niño iba a ser de la familia igualmente y... pensé que estaría bien que fuera mío.

—Esto es muy grave, joder —opina Jackson desconcertado—. ¿Y pretendes que se lo esconda a tu hermana?! ¡Me has jodido, tío!!

—Lo siento. Por favor... —Apenas puedo hablar—. No quería joderte... Pero tú eres el único que puede tomar distancia y aconsejarme, Jack. Además, confío en ti al cien por cien.

—¡Mierda, Will...! —Se frota la cara—. ¡No puedo aconsejarte nada porque esto no tiene buen final para ninguno de nosotros! —Todavía no ha tocado su cerveza y seguramente ya no lo haga.

—Nadie tiene por qué saberlo nunca —sugiero.

—¡Lo sabré yo! ¿Cómo has podido cargarme con este secreto?!

El rencor en su tono es palpable.

—Lo siento... No pensaba que reaccionarías así —digo dolido.

—¡No lo pensabas porque no entiendes lo que es una pareja de verdad! ¡A mí no me gusta guardarle secretos a tu hermana! ¡No quiero! Quiero compartirlo todo siempre con ella, ¿lo entiendes?

—Perdón... He sido un egoísta. Pensaba que me tranquilizarías. Que me dirías que esto no cambiaba nada, que, en cualquier caso, era una buena noticia.

—¡Por Dios, Will...!

—Lo siento —digo deshecho al verlo tan enfadado. Por primera vez entiendo que nadie me perdonará nunca. Pero no lo he hecho con mala intención—. La elección del donante es anónima —explico—. Y yo también estaba en ese catálogo. Molly podría haberme elegido a mí... Solo lo truqué un poco para... Joder, sé que la he cagado. ¿Qué coño hago ahora? Nunca me lo perdonarán...

—Cállate un momento y déjame pensar —dice Jackson con los ojos fuertemente cerrados y la

cara arrugada.

Así es justo como lo imaginaba cuando lo llamé. Estrujándose los sesos para encontrar una solución.

—Vale, escucha. Ya lo tengo... —dice serio—. Hay una forma de esquivar las balas.

—¿Cuál?

—En realidad, no importa de quién sea ese niño. Es de Molly y punto. Eso es lo único que importa.

—Correcto.

—Ese tío, el bombero...

—¿Sí?

—Van a quedar.

—Sí...

—Y pasará lo que pasa siempre con Molly. Se verán un par de veces, follarán, y luego se aburrirá de él. Adiós, bombero.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque a Molly le duran menos los tíos que las sobras de Navidad! Y además, a ella le gustará otro tío...

—¿Quién?

—¡Tú, imbécil!

Mi cara de pasmo no tiene precio.

—Tienes que hacer que se enamore de ti, Will. Joder, tienes que gustarle tanto que las comparaciones sean odiosas y le quites a ese tío de la cabeza lo antes posible.

—¿Pero tú has visto a ese tío...? ¡Es Mister Universo!

—Y tú vives con ella. No me jodas...

—¿Qué significa eso?

—*Consigue a la tía*, Will. Es la única forma de que no te pillen. Porque como te pillen, se nos cae el pelo a los dos. Y por supuesto, si esto estalla, yo no sabía nada del tema. Tu hermana nunca me perdonaría ocultarle una cosa así...

—Vale... Lo siento, Jack. No sabía qué hacer... —digo sintiendo calor en los ojos—. Me ha dicho lo de la cita y he salido disparado de casa. Le he dicho que se lo folle y que corra con las consecuencias.

Jackson me mira pensativo.

—Quizá no quieras admitirlo, Will, pero esa chica te gusta. Y no como les gusta al resto de los tíos... Molly te importa.

—¡Claro que me importa! ¡Lleva a mi hija dentro!

—¿Hija? ¿Es una niña?

—Ella todavía no lo sabe.

—Da igual. No es solo por el bebé... Hay algo entre vosotros. Y a ella también le gustas. Ahora tengo que irme —dice levantándose y dándole un gran trago a su cerveza.

—Espera, ¿cómo sabes que le gusto? —pregunto alucinado.

—Porque la pones nerviosa, como yo a tu hermana cuando la conocí. Derriba las barreras que tenga en su mente y ve a saco. Esto es la lucha entre David y Goliat. Impón tus virtudes frente a las de tu adversario aparentemente mejor. Pero tú posees una tecnología superior aquí dentro —Me toca la frente. Y se marcha dejándome allí plantado.

—¡Espera, Jack...! Yo nunca he estado a la altura de Molly...

Él se gira con media sonrisa mientras se abrocha el abrigo y dice: «Estás más a la altura de lo

que crees, imbécil».

Sigue andando hacia la salida y se vuelve de nuevo.

—Ah, y si ella sale con un tío... Tú también tendrás una cita con una chica. Preferiblemente con alguien que ella conozca. Eso funcionó con tu hermana. Adiós.

—Adiós... —musito acojonado.

El revoltijo de sentimientos que tengo dentro no me deja pensar con claridad. Todavía no me creo que vaya a salir con el puto bombero...

¿Jackson tiene razón? ¿Siento algo por ella más allá de la típica atracción sexual?

Aunque la pregunta es: ¿podría ella llegar a sentir algo por mí y olvidarse del bombero?

No... Ella no se enamora. No pierde la cabeza por nadie, solo las bragas...

Y entonces lo veo claro.

Solo hay una forma de distraer a Molly, y es... con sexo.

capítulo 14



Un mes después
Semana 16

Solo a mí se me olvidaría lo más importante de un cumpleaños: ¡la tarta! La protagonista principal del evento.

Es cierto eso que dicen de que las embarazadas se vuelven más despistadas. Yo lo sufro y es muy desconcertante.

O quizá sea que Will ha conseguido volverme loca del todo...

Cuando le conté que Bradley me había pedido una cita, nuestra relación pegó un cambio radical. Al volver a casa de madrugada, yo seguía despierta. No es que estuviera borracho, pero se notaba que había bebido un poco, porque al verme sonrió levemente. Sin embargo, había algo extraño en esa mueca. Algo falso y doloroso que hizo que mi corazón empezara a latir más deprisa.

—¿Will...?

Lo seguí por la casa, con algo sólido y frío asentándose en mi estómago. ¿Remordimientos? No lo sabía, pero sentía que, de alguna manera, le estaba rompiendo el corazón. Lo que no entendía era el motivo... ¿Will sentía algo por mí o solo estaba preocupado por su puesto de trabajo?

Le dije que no tenía de qué preocuparse, que había decidido no salir con Bradley, y lo que me contestó no me dio ninguna pista de lo que podía sentir por mí.

—Haz lo que quieras... No soy nadie para opinar sobre tu vida.

—Sí que lo eres —repliqué—. Tenemos un trato. Y sé que, desde que me inseminé, te sientes responsable de que cumpla mi objetivo. Y lo entiendo. No quieres que nada lo estropee, ¿verdad?

—Exacto —susurró—. Pero también quiero que seas feliz...

Te sueltan algo así con la mirada vidriosa, ¿y qué coño haces? Pues agarrarte a lo que puedas para no abrazarle mientras lidias con el nudo de aprensión de tu garganta.

Al día siguiente, fue la ecografía de la semana doce y Max me acompañó a la clínica. Había dormido fatal, llevaba toda la noche preocupada por Will. No sabía si recordaría la cita con la resaca, pero no quería avisarle porque me había dejado claro que no quería meterse en mi vida. Para mi sorpresa, cuando estábamos en la sala de espera, apareció.

—Espero que todo salga bien... —murmuró arrepentido.

—Gracias. ¿Por qué no entras? —le invité—. Va a ser en la tripa en esta ocasión.

Max nos miraba escrutando nuestro extraño comportamiento y Will disimuló.

—En urgencias tuve que presenciar cómo la violaba un tubo de plástico... —dijo sarcástico. Al menos volvía a ser un poco él.

—Se llama eco vaginal —explicó Max—. A mí también me la hicieron.

—No quiero saberlo. Por lo que a mí respecta, tú eres como un ángel, hermanita. No tienes sexo.

—Pues no me he quedado embarazada por obra del Espíritu Santo.

—No digas más. Me imagino a Jackson encima de ti como un maldito conejo y me pongo enfermo...

Max y yo nos reímos y entramos a la consulta.

—No es ningún conejo, es un potro salvaje —musitó mi amiga.

—Que te calles —gimió Will. Y volvimos a estallar de risa.

No nos dejarían pasar a los tres si Will no trabajara allí.

El médico nos informó de que todo iba tan bien como cabía esperar. El punto parpadeante se había convertido en un PlayMobil de seis centímetros provisto de todos sus órganos. Ni siquiera entendía cómo era posible... Me preguntaron si quería saber el sexo y contesté que sí.

—Es una niña.

—¿De verdad?! —exclamé emocionada.

—Sí, una niña muy sana.

—¿Como la mía! —gritó Max—. ¡Consigue al tío 2.0 ya está aquí!

Después del pequeño alboroto que montamos miré a Will. Parecía tranquilo y nostálgico, y murmuró: «va a ser una mini-tú».

De allí nos fuimos a celebrarlo a un restaurante italiano. Me había dado fuerte con ese tipo de comida. Fue una forma práctica de romper el hielo entre nosotros después de «la pelea» de la noche anterior. Llevaba demasiado tiempo guardándome esa información sobre el bombero y necesitaba que Will lo supiera. Tampoco se lo había contado a Max porque... porque lo sentía como una infidelidad a toda la familia Williams, aunque suene a locura.

—¿Y te escribió?! —preguntó Max anonadada.

—Sí, pero le he ignorado. No voy a contestarle nada...

—Pero quiere —inquirió Will acusador.

Hubo un cruce de miradas culpables. Como si no estuviera orgulloso de que eso le molestase.

—¿Ha vuelto a tener contacto contigo? —continuó Max.

—Tiene interacción con mi cuenta y a veces me escribe por privado.

—¿Y le has ignorado? No me lo creo... —se enrocó Max—. Enséñame la conversación.

Me entró la risa tonta. Esa bruja me conocía demasiado bien. Y sabía de mi debilidad por los chicos guapos.

—Me refiero a que he ignorado sus proposiciones de salir. No a él. No soy una maleducada...

—Entonces, ¿habéis estado hablando? —preguntó Will alarmado—. ¿Ya sois amigos?

—Yo no diría que somos amigos. Somos... conocidos de las redes.

—Yo no veo por qué no podrías salir con él —opinó Max—. Es decir, ¿por qué sencillamente

no ignoras el hecho de que sabes que es el padre de tu hijo y sigues con tu vida? Podrías haberlo conocido en el incendio, ¿no? Además, él sabe que estás embarazada y no parece importarle quién sea el padre. ¿Por qué te importa a ti?

Will y yo nos miramos alucinados. Esa era la pregunta del millón. «¿Por qué te importa tanto?».

La respuesta daba a entender que había algo entre nosotros... Algo que nos ataba el uno al otro. Y no era ese maldito pacto. Era otra cosa mucho más peligrosa... Algo impronunciable.

—¿Tú qué opinas de esto, Will? —le preguntó Max, metiéndose comida en la boca. Cosa que él y yo éramos incapaces de hacer en ese momento tratando un tema tan delicado.

—A Will le da miedo que Bradley se entere de todo —respondí por él—. Dice que podría reclamar al niño porque no existe un contrato legal cediendo su patria potestad. Y sé que tiene razón, ¡por eso jamás correría el riesgo de decírselo...!

—¿Es que no te fías de ella? —preguntó Max de vuelta a su hermano. Aquello parecía un maldito partido de tenis.

Will no supo dónde meterse. Notaba a leguas su incomodidad y me rompía el corazón. ¿Y si estaba coladito por mí?

—Sí que me fío... —contestó tenso—. Ya le he dicho que haga lo que quiera. No es asunto mío...

—¿Entonces? —Max se giró hacia mí—. ¿Qué te frena, Mol?

«¡La madre que parió a la jodida psicóloga de las narices!».

Sabía cómo acorralarte en tres frases dando con el quid de la cuestión. Menudo peligro tenía... Pero es que... ¡yo no sabía la respuesta a esa pregunta! ¿Qué coño me frenaba?

De pronto, me vino una náusea y salí disparada hacia el servicio. Pocas veces la respuesta cae así del cielo.

—¿Estás bien? —me preguntó Will cuando regresé a la mesa.

—No. Y esto es lo que me frena, Max, que no estoy bien. No soy la misma de antes, mi cuerpo está sufriendo cambios y me siento débil, además de fea. Tú estás teniendo un embarazo de cuento de hadas, pero yo no. Estoy desubicada... Ni siquiera tengo la ropa adecuada para tener una cita. Ni mis cremas de siempre ni mi maquillaje. No tengo nada de todo eso y...

—Y estás más guapa que nunca —completó Will por mí.

No puedo evitar ruborizarme hasta las orejas, y más cuando él pareció recriminarse a sí mismo por lo que acababa de decir.

—Ay, qué mono eres Will... —opinó su hermana—. Contigo al lado, ¿quién necesita a otros hombres? —Después se metió el tenedor en la boca, sin darle importancia—. ¡Por cierto! ¡Tenemos que empezar a pensar qué vamos a hacer este año por mi cumpleaños! —exclamó Max cambiando de tema—. Eso de pillarnos una buena cogorza no va a poder ser y quiero que sea algo especial —dijo acariciándose la tripa.

Y por lo pronto, va a quedarse sin tarta, porque nos vamos en una hora de viaje y se me olvidó encargarla. Minipunto para mí...

Esa misma noche me llamó para decirme que acababa de ver un capítulo de *Modern Family* en el que toda la familia se iba de fin de semana a un rancho en Wyoming y le había parecido una idea genial.

Y hubiera sido un buen plan, si estas dos últimas semanas no hubieran sido una puñetera locura entre Will y yo...

A partir de esa conversación con Max, decidí que quedaría con Bradley y, automáticamente, Will comenzó a estar más atento conmigo, lo que disparó mi hype por él.

Empezó a estudiar menos y a estar más presente. Se encargaba de atender todos mis caprichos culinarios y se preocupaba por mí. También había empezado a usar ropa más primaveral. Eran camisetas en las que se le veían los brazos en todo su esplendor y... admito que a veces me quedaba mirándolos fijamente, deseando lamerlos.

No es que los tuviera especialmente musculados, pero aun así, me ponían a mil. Necesitaba ver a más gente urgentemente...

En pocos días nos convertimos en los perfectos mejores amigos. Hasta me propuso ver una película juntos. Esa semana había una de miedo de la que todo el mundo hablaba en las redes. La acababan de estrenar en una plataforma de streaming y no sé si fue la oscuridad o que me encantaba su olor, pero terminé acurrucándome con él en el sofá y girando la cara contra su pecho.

Él se reía entre dientes cada vez que pegaba un brinco.

—¿Quieres que la quitemos? —preguntó con guasa.

—No. Quiero verla.

—Podemos poner los teleñecos, si lo prefieres.

—¡Cállate! No puedo evitar asustarme, pero me gusta.

—A mí también me gusta que te pegues tanto a mí... —se mofó.

Me alejé de él de un salto y me agarró divertido para que volviera a arrimarme a su cuerpo.

—Es broma, tonta. Utilízame todo lo que quieras... No te vayan a comer si te alejas demasiado de mí...

Sus palabras con doble sentido me ponían cardiaca. En otra época habría sabido cómo enfrentarle, pero ahora... ¿Qué leches? ¡Ahora también podía! Estaba harta de sentirme como una quinceañera a su lado.

—¿Y si me descuido y me comes tú? —dije desafiante.

Él me miró con un brillo especial en los ojos. Uno juguetón que conocía muy bien.

—¿Quieres que lo haga? —susurró sensual.

Sabía que estaba de broma, pero a la vez, el tono de su voz desprendía unas ganas muy reales que me pusieron en órbita.

—Dijiste que no me veías así... que ni aunque me plantara desnuda delante de ti, harías nada...

—¿Y te lo creíste? —contestó divertido.

Lo miré aturdida. Y caliente. ¿Iba en serio o...?

—¿Hablas en serio? —pregunté. Y lejos de echarse atrás, Will inclinó la cabeza y se mordió el labio inferior. Por poco me muero allí mismo. Deseé tanto mordérselo yo que apenas pude controlarme.

—Quizá no volvería a lanzarme por iniciativa propia, pero si me lo pides, sería distinto... —explicó. Nos mantuvimos la mirada y juro que mi entrepierna se volvió lava ardiendo—. Estoy a tu servicio, Molly. Piensa que mi casa es como un todo incluido...

Abrí la boca alucinada y solo entonces empezó a reírse con fuerza.

—¡Qué cara has puesto! ¡Me parto! —exclamó divertido.

¿Había sido una maldita broma? Porque había estado a punto de abalanzarme sobre él como si fuera un jodido bufé libre.

—Qué tonto eres... —masculé.

—Y a ti te gusta que lo sea —musitó—. Estás loquita por mí, pequeña...

Me quedé planchada ante esa realidad y él me miró. Era más Will que nunca. Alguien que jamás se tomaba nada en serio. Y de alguna manera, sentí que había jugado con mis

sentimientos.

—¿Te has enfadado? —preguntó de pronto—. ¿Sabes que estoy de coña, no?

—Sí... —contesté—. Pero mi autoestima está de capa caída. He quedado a cenar mañana con Bradley y no me siento muy sexi. No sé si voy a gustarle... Y que tú juegues con mis emociones haciéndome sentir que ya no soy deseable, pues...

Will pausó la película y se giró hacia mí como si no diera crédito.

—¿Te he hecho sentir que no eres deseable?

Me encogí de hombros, desanimada.

La adoración brilló en sus ojos cuando dijo en voz baja: pero si eres preciosa.

—No como antes. No me siento sexualmente atractiva, Will. Ya ni siquiera tú piensas en mí de ese modo...

—Corrección. Yo TRATO de no pensar en ti de ese modo. Pero si por mí fuera, te follaría tan duro que no podrías ni caminar...

La mirada que me dedicó casi me fundió en el sofá.

Su voz pastosa, cargada de sexo, no mentía. ¿Que no podría ni caminar? Noté calor en mi piel al imaginar cómo sería hacerlo con él. Y sus ojos captaron que había tenido un pensamiento indecente.

—No puedes decir esas cosas, Will... —gorgoteé.

—Tú tampoco. ¿Sabes lo increíble que eres, Molly?

Un destello de deseo asomó en sus pupilas al observar mi boca.

El ambiente mutó. Sentí crecer la excitación entre nosotros y lo siguiente que noté fue su mano en mi cara y su respiración sobre mi boca.

—¿Cómo no vas a gustarle?

Cuando sus labios calientes y suaves se posaron sobre los míos, separé la boca y le dejé entrar. El roce de su lengua hizo que mi corazón se saltara un latido. Sus lametazos me envolvieron en una neblina sexual sin precedentes. Manejaba sus labios con una destreza espectacular y el beso se volvió más y más profundo.

Dios... ¡Cómo besaba!

No sabía ni dónde coño estaba.

Sabía usar la lengua como nadie que hubiera visto, y la idea de que la posara en otras partes de mi cuerpo sirvió de combustible para que el fuego eterno corriera veloz por mis venas.

De pronto, envolvió mi cintura con su brazo, arrimándome a él para que mi pecho se presionara contra el suyo.

Todo mi cuerpo se tensó al sentir lo duro que estaba. Un torrente de humedad brutal se abrió paso entre mis piernas y la frustración de no tenerle dentro creció por momentos. Necesitaba más. Y lo demostré sumergiendo mis dedos en su pelo e incrustándolo más en mí.

Will gimió asombrado y el sonido reverberó en mi boca.

No tardó en interrumpir el beso, dejando mis labios entreabiertos y anhelantes.

—No vuelvas a decir que no eres atractiva —jadeó, llevando mi mano hacia su enorme erección—. Solo ha sido un beso y mira cómo me tienes...

Me costó entender que aquello solo había sido una demostración. Que no había razón para continuar. Pero yo no podía apartar la mano de su dureza. ¡No podía...! Una sensación delatora en lo más profundo de mi vientre señaló que lo quería todo de él.

—Miau... —apareció Elvis, quejica.

Will consultó la hora.

—Querrá cenar —Se apartó de mí y se levantó para servirle la comida al felino.

No podía creerlo. Quería obligarle a terminar lo que había empezado, pero algo dentro de mí decía: «¿Estás segura de que quieres seguir con esto hasta el final?».

Sondeé su cara buscando alguna pista de cómo se sentía él por lo que acababa de pasar, pero continuó su cometido, abriendo una lata de comida para Elvis y depositándola en un cuenco con una expresión impertérrita.

No podía ser...

Intenté serenarme y esperar a que volviera.

Cuando Will se sentó en el sofá, cogió el mando de la tele con intención de seguir viendo la película como si nada. Y dijo, sin aparente rastro de acritud: «no te preocupes por nada, al tío le vas a encantar».

Intenté sonreír, pero no pude y él lo achacó a mis dudas.

Lo vi resoplar como si estuviera acalorado y apartarse el pelo de la cara.

—Entonces... —añadió de pronto con indiferencia—. ¿tendré la casa libre mañana por la noche? Porque quizá yo también quede con alguien...

Una puñalada no me hubiera hecho más daño.

Mi corazón comenzó a palpar frenético al imaginarlo con otra chica. ¿Qué esperaba? Seguro que estaba cachondo perdido después de ese beso. Y lo raro era que no hubiera quedado con nadie durante esas semanas.

—Sí —reaccioné deprisa—. O sea... No sé lo que pasará en mi cita, pero...

—Pasará lo que tú quieras que pase, pequeña. Como siempre. ¿Quién iba a resistirse a ti...?

Me miró fijamente y tuve serios problemas de autocontrol.

¿Estaba insinuando que no se resistiría si me abalanzaba en ese mismo momento sobre él como estaba deseando hacer?

El *impasse* se alargó de un modo violento mientras sentía cómo aguantaba la respiración. Ganas me sobaban, pero todavía me quedaban meses de vivir allí y éramos casi familia. Podría resultar raro... Como poco, complicado.

—No sé si me apetecerá llegar hasta el final con Bradley, pero puedo ir a dormir a casa de Max igualmente, no hay problema...

—Vale. Sí... Mejor.

El resto de la película me dio igual. ¿Quién podría concentrarse? Ya ni siquiera me daba miedo. Lo más terrorífico eran los celos que me asediaron al saber que al día siguiente Will practicaría sexo con alguien en este mismo sofá. Y no sería conmigo.

Él me observó en silencio un par de veces como si pudiera oír mis pensamientos, pero le ignoré. No iba a darle más cuerda a mi atracción por él. Aquel beso había demostrado lo peligroso que podría ser dejarnos llevar. Y por suerte, yo tenía la sartén por el mango por culpa de que su frágil ego una vez se vio herido por rechazarle. Me venía de coña, muchas gracias. Porque si me besaba, caería en sus fauces sin poner resistencia.

Cogí el móvil y escribí a Bradley en ese momento. Porque todavía no se lo había ni propuesto. Will me había empujado a ello con sus sensuales insinuaciones. Una tiene un límite...

«¿Te apetece quedar a cenar mañana en el Angelico's Bistro?».

Jackson siempre decía que era la mejor pizzería de la ciudad. Y yo me había resistido durante mucho tiempo a ella. Decidí que no tenía por qué resistirme A TODO, siempre. Suficiente resistía ya con Will.

«¡Claro! ¿A qué hora? ¿Quieres que te recoja en tu casa?».

Tenía bien aprendido el no dar mi dirección a ningún extraño.

«No es necesario. Nos vemos allí. ¿Sobre las ocho?».

«Perfecto. Hasta mañana».

Will no había dejado de observarme mientras escribía, pero la dichosa película seguía corriendo en un tenso silencio. Cuando terminó, se metió en el baño y yo me fui directa a la cama sin lavarme los dientes. No quería. Todavía sabía un poco a él...

El sábado fue penoso. Will y yo apenas nos vimos en todo el día. Tenía serias dudas sobre si lo habíamos mandado todo a la mierda al besarnos y no sabía cuánto tiempo resistiría aquella desazón.

Estuve de compras por la mañana, necesitaba un atuendo adecuado para la cita y un conjunto de ropa interior aceptable, por si acaso...

Avisé a Will por mensaje de que no comería en casa y me contestó un simple «Ok». ¿Para qué más? De pronto, me sentía tonta y desentrenada en las relaciones sociales, pero al menos estaría divina, porque conseguí que me colaran sin cita previa para una puesta a punto completa en mi salón de belleza habitual.

Me dio tiempo a echarme una siesta antes de tener que comenzar a arreglarme, pero el sonido de la ducha me despertó y tuve un flash de Will desnudo y mojado. Mala señal...

Me arreglé, y cuando salí de la habitación vi que Will había ordenado y limpiado el piso más de lo habitual.

«De puta madre...», pensé con un ramalazo de celos. No podía controlarlos. Supongo que eran las hormonas, pero necesitaba saber quién era esa tía y descuartizarla...

Al verlo con una camisa negra de follador empedernido por poco me da un vahído. Estaba arrebatador. Tenía el pelo más largo de lo normal. Últimamente lo llevaba a lo Einstein, rizado y revuelto, pero al peinárselo y marcarse algunas puntas, parecía el jodido Puck de *El sueño de una noche de verano*. Es decir, un duendecillo bribón y travieso, dispuesto a hacer gritar de placer a una afortunada ninfa del bosque.

Él me miró y tragó saliva. Ese vestido de Ellie Saab bien lo valía.

La tela era gris oscura y tenía la textura de jersey fino. Las únicas partes sólidas eran un cuello alto aislado, un par de trozos en los hombros y el escote corazón que fluía hasta medio muslo; las uniones entre estas piezas eran un entrecruzado de cintas finas del mismo material que dejaban entrever mi piel. Lo combiné con unas botas negras y un bolso a juego. Pelo suelto con ondas bonitas.

—Estás muy guapa —balbuceó Will.

—Gracias... Tú también.

—Entonces, dormirás en casa de Max, ¿verdad?

—Todavía no tengo muy claro dónde dormiré, pero no vendré.

Apartó la vista y pareció reunir fuerzas para aceptarlo.

—Que te diviertas esta noche... —musitó sombrío.

—Tú también. ¿Vas hacia el centro? ¿Puedes llevarme?

—Eh... No, he quedado aquí. En casa.

—Ah, vale. —¿Se quedaba en casa? ¡Directo al grano! Qué bien...

—Pero puedo llevarte a donde quieras. Le diré que venga algo más tarde.

—No, no. Me cojo un taxi, tranquilo. Era por si te pillaba de paso.

—Pues no, pero puedo...

—No pasa nada.

—Te llevo —decidió cabezón.

—No, en serio, Will... No hace falta.

—Prefiero llevarte yo. Dame un minuto. ¿Ya estás lista?

—Sí, pero no es necesario... —Él ya no contestó. Desapareció un segundo, cogió algo y me instó a salir de casa.

—Will... —volví a quejarme.

—Déjalo ya. Quiero llevarte.

Cerró la puerta y cuando nos disponíamos a abandonar el portal, la señora Windsor nos interceptó.

—¡Oh, vaya par de guapos! —exclamó impresionada—. Divertíos mucho esta noche, chicos. ¡Vais a ser la envidia de la ciudad...!

—Gracias, Lois —contestó amable Will, sin corregirla.

—Quién fuera joven... ¡que lo paséis muy bien!

—Gracias —murmuré sonriente.

Nos subimos a su coche, un Tesla negro con techo panorámico, y el olor de Will golpeó todos mis sentidos al encerrarnos en el habitáculo. Mi corazón comenzó a latir deprisa avisándome de un peligro inminente. Mis ganas de tocarlo me cegaron por un momento.

«Contrólate, Molly...».

Esa mezcla entre su aftershave y su colonia iba a delatar de forma definitiva mi estado hormonalmente desatado. Estaba a punto de empezar a mordisquear el asiento de pura ansiedad.

«*Keep Calm*, seguro que Bradley huele igual de bien o mejor».

—¿Adónde te llevo? —preguntó indolente.

Nunca pensé que le costaría tan poco entregarme a los brazos de otro hombre. Claro que... él iba directo a rebozarse con otra mujer.

—Al Angelico's Bistro.

—Me encanta ese restaurante.

—Nunca lo he probado.

—Te va a encantar. Y a Ashlyn también.

—¿A quién?

—A Huevi. Perdón... —se corrigió—. Yo la llamo Ashlyn. Significa «sueño» en irlandés.

—Me encanta... —jadeé.

—Es bastante apropiado, ¿no crees? —Me sonrió, acariciando el volante con sensualidad y quise gritar. Tenía un problema si me ponía cachonda hasta oír el roce de sus dedos con el cuero.

—Si en algún momento quieres irte, escíbeme, y te llamaré con una emergencia para que puedas marcharte con una excusa.

—No será necesario. Si es un gilipollas, me levantaré y me iré.

—Esa es mi chica... Dura como el diamante.

—La compasión no es mi fuerte. No me gusta perder el tiempo.

—A mí tampoco.

—Ya lo veo... Has quedado en casa. Pero yo tengo hambre...

—Yo también... —susurró ronco—. Pero no de comida.

—Eres un cerdo —Y en mi boca sonó a cumplido.

—Gracias.

Sonreí sin poder evitarlo y empecé a calentarme de nuevo.

¡¿Cómo no?! Me encantaban nuestras conversaciones sexis. Pero la olla a presión iba a explotar en cualquier momento, así que, «no sigas», me dije a mí misma.

«Echa un polvo y esta fiebre cachonda desaparecerá», me convencí. Aunque no sabía si podría hacerlo llegado el momento, porque se me hacía extraño acostarme con un desconocido estando embarazada. Era un intrusismo raro... y, quizá a Bradley también le diera reparo penetrarme.

—¿Dirías que estoy embarazada? —pregunté insegura.

—Diría que estás buenísima...

Los dientes casi me chirriaron de gusto.

—No pienses más en ello, Mol, al tío se le va a gangrenar la polla mientras cenáis. Casi me pasa a mí anoche cuando te besé...

—Qué bruto eres... —Sonreí encantada de escucharlo. ¡Al fin! ¡Reacciones humanas normales! Mi coño era una bomba de hidrógeno en esos momentos...

—Si al principio tartamudea, dale una oportunidad hasta que se acostumbre a mirarte. Estás increíble...

Me reí con el rubor recorriendo mis mejillas. Y me sorprendí de comprobar con qué poco me tenía *living*...

—Igual es el hombre de tu vida, quién sabe... —sugirió con cierto tufo a celos que todavía me gustó más olfatear.

—Ese hombre no existe.

—Si existiera, ¿cómo sería? ¿Tendría un ojo verde y otro azul?

—No —Sonreí por el guiño a una película de Sandra Bullock—. La verdad es que nunca lo he pensado porque no lo necesito. Me basto yo misma. Solo necesito a mi familia.

—Qué suerte que seamos hermanos... —se mofó.

—Sí, tengo mucha suerte contigo. Te estás portando muy bien conmigo. Gracias por cuidarme tanto. Y por hacerme demostraciones tan... elocuentes, cuando necesito sentirme deseable —metí la pulla.

—Estoy aquí para servirte, ya te lo he dicho...

Le eché una mirada abrasadora.

«¡Corta el rollo, Mol!», me grité.

Menos mal que llegamos pronto al sitio. Me estaba conteniendo mucho para evitar que mi mano empezase a acariciar su muslo.

—Gracias por traerme. Eres el mejor. —Me acerqué para darle un beso en la mejilla, y tras recibirlo, el giró la cara hacia mí para... no sé para qué, pero nos quedamos quietos un instante, disfrutando de la cercanía del otro. Casi podía escuchar el deseo gritando amordazado desde alguna profunda parte de nosotros.

—Adiós... —Me moví para salir.

—Molly... —me frenó con un hilo de voz. Me giré para mirarle—. Voy a anular mi cita. Ven luego a casa si quieres... Estaré despierto.

Me quedé sin aire literalmente.

¿Qué significaba eso?

No lo sabía, pero comenzaron a temblarme las manos.

—¿Por qué vas a anularla? —me atreví a preguntar.

—Porque sí. Si por lo que sea no funciona con Bradley, te espero en casa... —Que no me mirara al decirlo me dio a entender muchas cosas. Mensajes impronunciados, joder.

Entré en el restaurante alelada y localicé a Bradley en una mesa.

Respiré profundamente para despejarme. Tenía que centrarme y quitarme a Will de la cabeza.

capítulo 15



En cuanto el bombero me vio, se puso de pie para recibirme y su mirada alucinada le dio el visto bueno a mi modelito.

—¡Guau...! ¡Estás impresionante!

—Gracias... El pijama de hospital y la mascarilla no son mi mejor *outfit* —contesté divertida.

—Te he visto en las redes, pero hoy estás espectacular.

—Tú también —correspondí. Porque lo estaba. Llevaba unos Dockers grises y una camisa blanca preciosa. Pelo de príncipe, pectorales marcados, ojos azules... Estaba para comérselo. Pero no era Will...

«¡Deja de pensar en él!», me reñí.

¡Tenía delante al padre de mi hija! Y quería saberlo todo sobre él.

—Bueno, Brad... Cuéntamelo todo sobre ti. Me llevas semanas de ventaja.

—Antes de nada, ¿cómo estás? —preguntó atento—. He visto que lo has pasado un poco regular con las náuseas.

—Sí, pero ya estoy mucho mejor. —Y era cierto. Ahora las tenía por otros temas...

—Me alegro. Qué horror... Me parece muy valiente por estar pasando por esto sola.

—No estoy sola. Vivo con mi hermano —solté de pronto.

¡Era para darme un capón, de verdad! Pero quería dejarle claro que no podíamos ir después a mi casa.

—Ah, el tío del hospital. Pero dime una cosa, ¿no os ducháis juntos ni nada parecido, verdad? ¡Como los que salían en *Friends*! Ya sabes, esos que tenían una relación demasiado estrecha —comenzó a reírse en alto. Y tuve que sonreír, aunque no me hiciera ninguna gracia soportar esa visión de Will y yo duchándonos juntos. Besándonos mojados. Tocando su cuerpo resbaladizo y...

—No. Nuestra relación es normal. Solo está ayudándome —Sentí la mentira agujereándose la lengua. «¿Normal? ¡Y un cuerno!».

—Qué comprensivo... Ya me cae bien.

«Pues tú todavía no, así que empieza a currártelo», pensé ansiosa.

—¿Tú vives solo? —Quise saber.

—Sí. En un piso que perteneció a mis padres. Tengo mucha suerte de tenerlo. Y además me queda cerca del trabajo. En Hyde Street.

—¡Ah! Vivimos cerca —anoté—. Bueno, de mi piso quemado.

—Es una buena zona. Si quieres, luego te lo enseño —propuso.

Hace tres meses hubiese contestado un «estoy deseando verlo...» con una voz sensual que prometería placeres incalculables, pero algo había cambiado en mí. No estaba segura de lo que era, y eso que el tío era un pibón de tomo y lomo y estaba más salida que la esquina de una mesa, pero solo contesté: «Ya veremos...».

El problema es que lo que vi no me convenció mucho.

Para empezar, vivía solo, sí, pero su madre le llenaba la nevera a diario de comida, le limpiaba la casa y le dejaba la ropita limpia y doblada encima de la cama una vez a la semana. Eso no era vivir solo.

Después descubrí que era abstemio; no probaba el alcohol. Y no es que eso fuera algo malo, pero por ejemplo el vino no es una bebida, es un estilo de vida, y yo lo echaba tanto de menos que me pareció un ultraje. Eso sí, se notaba que era un deportista entregado. Iba al gimnasio a diario, y en ese sentido, teníamos mucho en común. Teníamos... Porque a mí me daba miedo volver a mi rutina de ejercicios aeróbicos mientras estuviera embarazada.

—¿Por qué te da miedo? —preguntó interesado.

—Tengo la impresión de que puedo forzar problemas si llevo a mi cuerpo tan al límite como me gusta hacer.

—Pues baja el ritmo, pero no lo dejes. Si estás acostumbrada, tu cuerpo lo necesita.

Y pensé que tenía razón. De hecho, estaba segura de que esa era una de las razones por las que estaba tan tensa, porque no soltaba la energía que acumulaba día tras día en esa fortaleza de deseo.

«Puedes animarte a soltarla esta noche...», me dije a mí misma. Pero lejos de pensar en hacerlo con Bradley, me imaginé follando con Will.

Pfff... El jodido Will.

Cuando terminó la noche, le dije a Bradley que quería irme a casa. Él no conocía mi filosofía de vida libertina. Para él, bien podría ser una de esas chicas que no tiene sexo en la primera cita por principios, y la verdad es que reaccionó bien a la negativa. Eso sí, quiso acompañarme hasta casa. Y antes de que pudiera salir de su coche, me besó.

Su lengua rozó la mía tímidamente. Algo corto e inocente. Y no fue un mal beso, técnicamente hablando, pero no sentí nada.

—Te llamaré... —musité antes de bajarme.

Ahora bien, en cuanto crucé el umbral del portal empecé a temblar como un flan. No me preguntéis por qué...

Avancé con pasos decididos hacia la puerta, y cuando metí la llave y la hoja cedió, supe que ya nada volvería a ser como antes.

Will estaba en casa, tal y como prometió, solo y despierto, tirado en el sofá en una postura demasiado sexi para ser cierta.

Nuestros ojos se encontraron y nos mantuvimos la mirada. No dijo nada mientras me desabrochaba la gabardina despacio y me la quitaba.

Por una parte, quería preguntarle a qué había venido su decisión de cancelar la cita, pero por otra, temía demasiado la respuesta y las catastróficas consecuencias que podría tener.

¿Por qué me ponía en esta situación?

Un enfado irracional tomó el control y lo maldije en voz alta.

Una chispa de incertidumbre apareció en sus pupilas cuando me acerqué a él y me senté a horcajadas sobre su regazo. Se acabó... Lo agarré del pelo con fuerza y lo besé con pasión.

Will enseguida recogió el testigo y se hizo cargo del beso con habilidad. Sumergió las manos en mi pelo, atrayéndome más hacia él y terminó acariciando mis muslos apretujando el vestido en mi tripa.

No me preguntó cómo había ido ni por qué había vuelto, creo que meter la mano entre nosotros para alcanzar su cinturón le dio todas las respuestas que necesitaba.

Desabotoné sus pantalones y Will emitió un sonido sordo cuando agarré lo que guardaba dentro. Lo que encontré allí no era cualquier cosa. Era el maldito santo grial de las pollas. Largo, grueso, potente... Por un momento me quedé noqueada, solo escuchando cómo mi entrepierna lloriqueaba por él. La boca de Will aterrizó en mis pechos, que seguían presos por la sofisticada prenda.

—¿Cómo se quita esto? —masculó entre dientes.

Como por arte de magia, me solté un par de corchetes de los hombros y el entramado cayó hacia delante, ofreciéndole mis pechos en primicia al desnudo.

—La hostia... —musitó un instante antes de perderse en ellos.

Su forma de amasarlos era tan intensa y suave a la vez que me mantuvo cautiva, disfrutando de la sensación, sin poder hacer nada.

Cuando su boca caliente y hambrienta se cerró entorno a mi pezón izquierdo, solté un alarido y me arqueé hacia atrás, provocando que mis caderas se clavarán más en las suyas.

Sentí tal descarga que pensaba que me corría ya.

Cuando Will lamíó el otro pecho sin dejar de pellizcar el anterior supe que estaba en manos de un profesional. Aquello iba a traer cola. Mucha cola... Una enorme, joder...

Que sus manos se deslizaran por mi cintura con fruición mientras seguía absorbiendo mi pezón con fuerza, casi me lleva al orgasmo. ¿Qué coño era aquello? ¿Por qué sentía cada caricia tan intensamente?

Mi mano viajó de nuevo hasta su miembro. Me sentía al límite por culpa de mis hormonas supersónicas y lo quería dentro antes de correrme.

—Will... —gimoteé ansiosa, bombeando su erección.

No hizo falta que le dijera nada más. Volcó mi cuerpo hacia un lado sin dejar de clavar en mi entrepierna y gemí alucinada.

Vale... No era de los que perdía el tiempo cambiando de postura. Se lo compraba. Pero no que su polla se estuviera alejando cada vez más de mí, mientras se deslizaba hacia abajo por mi tripa y hacía amago de quitarme las bragas.

Fui a quejarme y se movió para vencerme en peso y mirarme a los ojos.

—Chisst... pequeña, déjame a mí.

Me sorprendía gratamente que Will fuera dominante en el sexo. Yo también lo era y no pensaba quedarme sin mi parte...

Gemí contra mi voluntad cuando sus manos, magás y rápidas, se dividieron para sostener mis manos juntas por encima de mi cabeza, mientras zambullía la otra de lleno en el vértice de mis piernas.

Grité de placer. Por estar sujeta. Por cómo le afectó la humedad que encontró. Por desearle tanto.

—Te vas a correr muchas veces, no tengas prisa —susurró lascivo.

¿Era yo o aquello era un puto sueño hecho realidad?

Solo la expresión de su cara ya me colocó en la cresta de la maldita ola. Su clásica mueca traviesa había sido sustituida por una alevosía sexual apabullante. Y el morreo húmedo que me dio a continuación, unido al impecable movimiento de su mano, me catapultó a uno de los mejores orgasmos de mi vida. Incluso dejé de oír por un momento, como si estuviera atravesando la jodida velocidad de la luz.

—¡OH, DIOS MÍO...!

¿Me había muerto? Porque me lo creería.

Se quedó el tiempo necesario, perfectamente medido, saqueando hasta la última gota de gozo, y para cuando pude centrarme en la realidad y tomar aire, descubrí que su boca iba directa a estimular mi clítoris de nuevo, para arrancarle descargas intensas, ancladas en el eco del orgasmo.

Nunca había sentido nada parecido.

Disfruté de las pequeñas convulsiones al sentir cómo sus dedos entraban y salían de mí, haciendo que mi cuerpo los succionara sin remisión.

Me contorsioné contra su beso habilidosa sintiendo cómo la tensión volvía a crecer a pasos agigantados para explotar en un orgasmo bestial en cuanto curvara sus dedos y presionara ese punto mágico en mi interior.

Estallé gritando su nombre y perdiendo el control total de mi cuerpo.

¿Qué coño...?

Querida Lily, tenías razón. Es el dios del sexo. ¡Y todavía no hemos follado!

Mientras volvía en mí, Will no perdió el tiempo y me quitó las botas con suavidad, dándome un ligero masaje justo en los puntos donde más lo necesitaba.

¿Dónde leches había aprendido eso...?

Cuando terminó, empezó a desabrocharse la camisa del follador empedernido que era y me miró con una expresión increíblemente petulante y sexi.

—Tienes mi permiso para poner esa cara... —dijo con suficiencia—. Te la has ganado.

Él sonrió y unos preciosos hoyuelos se marcaron en su cara por un instante.

«Dios, es guapísimo...», pensé al ver su torso desnudo con el inicio del pantalón desabrochado, conteniendo a la bestia.

—No me has dejado ni ir a lavarme —me quejé.

—Ni de coña —dijo terminando de quitarme el vestido por abajo y dejándome completamente desnuda para él.

En una situación normal, hubiera tomado la iniciativa, pero tenía curiosidad por ver qué más tenía en su repertorio. Visto lo visto, me fiaba plenamente de él. Estaba sorprendida. Perversamente sorprendida...

¿Íbamos a hacerlo en el sofá? ¿Qué postura elegiría? La expectación me mantuvo caliente.

—Ven... —me instó, dándome la mano y poniéndome de pie en el sofá. Me acercó a él, sin dejar de mirarme a los ojos, teniendo en cuenta que yo quedaba más elevada que él y me sujetó en vuelo, pegándose a su cuerpo para que le rodeara la cintura con mis piernas.

—Vamos a la habitación. Los condones están allí.

—Es raro que no me estuvieras esperando con uno en la boca.

La risa que soltó me pareció la más sexi y gamberra que le había escuchado.

—No las tenía todas conmigo... —Me miró con intensidad—. Solo quería que hoy te sintieras la mujer más deseable de la tierra.

Y estando en sus brazos, cogiéndome de esa forma tan posesiva y cariñosa a la vez, fue tal y

como me sentí. Deseada.

—¿Y cómo sabías que no lo haría con Bradley? Estaba realmente bueno...

En ese momento, llegamos a la cama y se giró para tumbarnos sobre ella sin soltarme. Rodamos por el colchón hasta que me venció la posición y se quedó mirándome embelesado.

—Lo sabía porque te conozco, Mol... y ahora mismo te da miedo que un desconocido esté tan cerca de lo que más te importa...

Lo miré impresionada por sus palabras.

—Necesitas a alguien de confianza. Alguien que sepas que jamás dejará que le pase nada a tu bebé... Y ese soy yo. Estoy aquí para procurarte todo lo que necesitas...

Abrí la boca conmocionada y él interrumpió lo que sea que fuera a decir con un beso lascivo. Sentí que mi entrepierna se derretía de nuevo. Lo quería dentro más que cualquier otra cosa en el mundo.

Como si me hubiera leído el pensamiento, maniobró para quitarse los pantalones, y yo misma le ayudé a deshacerse de los calzoncillos. Cuando vi su tranca en todo su esplendor me pareció impresionante.

Era un jodido misil nuclear.

Una oleada de excitación cruzó mi mente al imaginar cómo la utilizaría. Nunca había babeado antes así por un hombre. Quería probarlo. Quería metérmelo en la boca y...

Lo vi coger un condón y lo frené.

—No hace falta. Estoy embarazada —le recordé.

—¿Y las E.T.S?

—Yo acabo de hacerme análisis y estoy limpia, y seguro que tú, siendo lo que eres, también llevas un riguroso control.

—Así es.

—Pues ya está. No lo necesitamos...

Will se tumbó sobre mí, encajándose entre mis piernas con una expresión solemne en la cara. Sus manos contornearon mis muslos con una dulzura inusitada.

—Tienes unas piernas increíbles, ¿lo sabías?

—Lo tengo todo increíble —corregí chulita—. Y tú tienes un pollón de espanto.

Si risa brotó ronca y reverberó en todo mi cuerpo. Acomodó su dureza muy cerca de mi entrada, haciéndome desear su recibimiento, y comenzó a besarme en los labios con pasión mientras se frotaba contra mí abriéndose paso entre mis piernas. ¡Iba a matarme!

—¿Sabes cuántas veces he soñado que te follaba hasta reventar? —jadeó en mi boca—. Eres las ganas más bonitas que he tenido de estar con alguien...

Su confesión hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Joder... Métemela ya...

Fue oírme y levantarme una rodilla hasta casi el pecho

—Te voy a llevar al puto cielo, pequeña.

Sus ojos se oscurecieron cuando se deslizó en mi interior de una sola estocada. Ambos gemimos alto cuando su carne sorteó mis músculos apretados como el demonio y se quedó enterrado en lo más profundo de mi cuerpo sin moverse.

—¿Will? —Me extrañé. No se le oía ni respirar.

—Un segundo... —masculló apretando la mandíbula. Mi musculatura lo comprimíó en respuesta y volvió a gemir—. Joder... Eres... ¿cómo puedes ser tan estrecha...?

—Hago ejercicios de Kegel... a diario.

—Pues funcionan —Se retiró con un gemido sordo. Todavía no había salido por completo,

cuando volvió a impulsarse en mi interior y volvimos a gritar al sentir una tensión deliciosa que viajó hasta lo más profundo de mi ser, teniendo la pierna tan levantada.

—Hostia puta... —jadeó él sorprendido.

Su deseo me abrumó y levanté más las caderas para abrir al máximo las piernas y entregarme completamente a él. Quería que se metiera todo lo que pudiera. Hasta donde no le había permitido a ningún otro.

Will fue acostumbrándose a la presión y empezó a aumentar el ritmo. Pura ambrosía. El ambiente era un vaivén de respiraciones y blasfemias. Sus ojos me devoraban viéndome gemir debajo de él, observando el bamboleo de mis pechos con cada acometida implacable.

Hubiese firmado porque aquella primera vez no terminara nunca. Lo sentía clavarse en mí con una fuerza sobrehumana. Cada vez con más vigor, como si quisiera demostrarse algo a sí mismo.

Su respiración agitada rondaba la mía, besando mi boca de vez en cuando y respirando a través de ella a placer. Era su forma de recordarme que era suya. Que en ese momento era solo suya.

Su destreza me dejó noqueada. Los dos éramos tan expertos en la materia que la cohesión de nuestros cuerpos era sublime, encajando exactamente donde debían, lo que nos tuvo al límite en poco tiempo.

Es lo que tiene la calidad, que viene en porciones escuetas. Pero vaya nivel, Maribel...

Muchos hombres, en el momento cumbre, trataban de presionar mi clítoris con sus dedos para desatar mi orgasmo, pero yo siempre se lo impedía. El orgasmo lo encontraba yo sola, conocedora de mi cuerpo, al adaptarme a sus torpes movimientos, fuera en la postura que fuera. Pero Will no hizo amago de ello cuando lo vi tensarse en sus últimas estocadas antes de caer por el abismo. A él no le hacían falta trucos, sabía muy bien lo que se hacía. Sabía interpretar las señales del cuerpo femenino, y solo cuando sintió el estremecimiento previo a la rotura de mi ola, se dejó ir, regalándonos a los dos un perfecto orgasmo sincronizado.

Grité ruidosamente de gusto cuando mi cuerpo se agitó de forma descontrolada. Y me dio igual. Había sido un encuentro bestial.

Cuando dejé de correrme, mi cuerpo se volvió de gelatina y prácticamente me fundí en el colchón. Will se derrumbó sobre mí, procurando no aplastarme demasiado.

Siempre odiaba ese momento con los hombres. Quería que se apartaran rápidamente de mí, pero con Will no quería perder el contacto. Quería más.

Mi mano fue a parar a su nuca para retenerle, sintiendo cómo su pecho subía y bajaba contra mí. Los dos estábamos exhaustos, sudorosos y satisfechos; asombrosamente satisfechos.

Sus labios rozaron mi cuello, dejando un pequeño beso antes de echarse a un lado. Nuestros ojos se encontraron y nos aguantamos la mirada durante unos segundos. Había algo en ella. Algo profundo e importante. Y de pronto, me sonrió.

—Ya sé lo que me vas a decir... —empezó todavía medio ahogado pero feliz.

—Ah, ¿sí? —respondí divertida.

—Sí. Y no dejes que te mienta. En los momentos posteriores a correrse es dónde obtendrás toda la verdad de un hombre. Es como si estuviéramos borrachos del suero de la verdad. La ventana solo dura unos cinco o diez segundos, no más.

—¿Y en qué no vas a mentirme? —pregunté interesada.

—En que no me importa perder tu amistad por esto. Ha merecido totalmente la pena...

Mi sonrisa se ensanchó hasta dolerme y la suya me correspondió con más cariño en la mirada del que jamás le había visto ofrecerme.

—Entonces, ¿vamos a dejar de ser amigos? Porque odiaría que esto no se repitiese...

Will giró la cara para enterrarla en la almohada y ocultar su sonrisa. Volvió cuando pudo mantener un poco la seriedad:

—Ya hemos cruzado la línea... No merece la pena volver atrás.

—Pienso igual —corroboré.

Nos quedamos en silencio unos minutos, descansando juntos. Abrí los ojos y lo miré. Su imagen con los ojos cerrados me impactó. ¿Quién era ese hombre increíble que había dentro del mocoso del hermano de mi mejor amiga? Estaba aterrada y encantada de estarlo.

Me levanté de la cama para ir al baño con una mano entre mis piernas porque no quería manchar el colchón. Cuando volví, Will tenía los ojos abiertos, pero no se había movido de «mi» cama.

Busqué mi pijama y me lo puse. El hizo lo mismo localizando sus calzoncillos.

—¿Podemos hablar en serio? —dijo entonces—. Quiero decirte una cosa importante...

—Claro. Dime... —Mi actitud era relajada, como la que tendrías si despertaras en un mundo apocalíptico y todo lo que conocías estuviera destruido. Misma pachorra. Solo importaba respirar y tu próxima comida. ¿Para qué pensar más allá?

—Antes bromeaba. En realidad, no quiero hacer nada que pueda arruinar nuestra relación —expuso sereno.

—¿Un poco tarde para eso, no? —Sonreí.

—No. Yo creo que esto no arruina nada. Si los dos tenemos claro lo que es, no habrá problema.

—Sexo —contesté llanamente.

—Sexo del bueno —corrigió.

—Y tanto —Lo elogió—. Admito que te había subestimado, Will. Tu fama es muy merecida...

—¿Mi fama? ¿Dónde has oído hablar de mí?

—Lily... *Will es un dios del sexo* —la imité.

—¿Eso dijo? —Sonrió macarra.

—No cambies de tema. Hablábamos de amistades que terminan para siempre...

—Yo no quiero que nuestra amistad termine nunca.

—Yo tampoco. Pero esto podría complicarse fácilmente...

—Si dejamos claros los términos y ambos estamos de acuerdo, podría funcionar —propuso con cautela.

—¿Funcionar qué?

—Que mientras vivamos juntos y tú estes... bueno, embarazada, me dejes cuidar de ti EN TODOS LOS SENTIDOS...

Me quedé callada. Por si añadía algo más... Y lo hizo.

—Te prometo que por mi parte no se va a arruinar nada, porque no espero nada a cambio de esto —expuso sincero.

—Entonces, para que quede claro, ¿me estás ofreciendo sexo libre de sentimientos grandilocuentes?

—Exacto. ¿Crees que podrás evitar enamorarte de mí? —me vaciló.

Mi sonrisa se hizo más grande ante su petulancia. La adoraba.

—Lo intentaré... Pero para eso, necesito puntualizar algo.

—Puntualiza.

—Solo yo puedo pedirte sexo, no tú a mí...

—Me parece perfecto —contestó tranquilo.

—Y no tendrás sexo con ninguna otra chica en este periodo de tiempo.

—¿Hasta cuándo? —preguntó receloso.

—Hasta que dé a luz o decíamos que se acabó la simbiosis.

—Hecho.

—Ahora, largo de mi habitación. Necesito dormir.

Will se rio entre dientes y se acercó a mí.

—Yo también quiero poner una condición.

—¿Cuál? —pregunté expectante.

—No pudo pedirte sexo, pero quiero tener derecho a besarte una vez al día, por iniciativa propia. Dónde yo quiera y cuando yo quiera. ¿Te parece bien?

—Sin problema... —dije temblando de anticipación.

—De acuerdo, buenas noches. Si no te importa, voy a canjear mi vale de hoy...

Me cogió la cara, adentrándose en mi espacio vital, y jugó con mi lengua durante varios segundos con lametazos lentos y perversos. Nunca me había hipnotizado un beso. ¿Cómo leches lo hacía? Si me dijeran que su saliva era narcótica, me lo creería.

Deseé que no se fuera. Que hubiera una segunda o tercera ronda, pero musitó un «hasta mañana», alejándose de mí y no tuve los ovarios de detenerle.

No pude ni hablar. Debía procesar todo aquello.

Me metí en la cama y, como si me hubieran clavado un dardo tranquilizante, me dormí casi al instante. Jamás había dormido con una paz tan pesada y espesa como la que sentí aquella noche.

Sería la primera de muchas.

Capítulo 16



Semana 16

Veo que mi móvil suena y noto que mi pecho se calienta. Es Molly.

—Dime... —contesto seco.

Pareceré inofensivo, pero soy experto en mantener el interés de una mujer empoderada, inteligente y sexualmente muy activa.

—Tenemos un problema.

—¿Tenemos o tienes?

—Vale, tengo. No encargué la tarta para el cumpleaños de Max. Me va a matar y luego me comerá con nata montada por encima...

—Uf, pequeña, qué visión... Dame un respiro, anda.

La escucho sonreír y me muerdo los labios.

—Hay que comprar nata —propone.

—Pero ya...

—Entonces, ¿qué hacemos con lo de la tarta?

—¿Hacemos?

—¡Will...! —se queja. Y sonrío encantado.

—A ver... ¿No conoces a ninguna pastelera cliente de *Consigue al tío* que os deba toda su felicidad y que os la pueda hacer ahora?

—¡Joder, sí! ¡Eres un genio!

—Eso dicen todas...

—Menos lobos.

—El lobo soy yo. Y quiero comerte...

—Pues este finde lo llevamos claro. Va a ser imposible con tantos ojos observándonos.

—Algo se nos ocurrirá...

—No podemos jugárnosla, Will. La mitad de los asistentes son muy avisados.

—Por curiosidad... ¿Quién consideras que no lo es?

—Tú, por ejemplo. —Me río—. Te llamo en veinte minutos. Tendrás que recogerme donde esté para llegar a tiempo al aeropuerto.

—Dalo por hecho.

—Gracias. Te recompensaré.

—Con tu boca. En el rancho. Este finde.

—Ya veremos...

—Lo veré, sí..., mientras te acaricio la cabeza con mi mano.

—Cerdo —contesta antes de colgar. Pero su voz me chiva cuánto le ha gustado imaginarlo. El sexo oral con ella es otro nivel...

He tenido muchas aventuras en mi vida. Muchísimas. Muchas primeras veces con una chica, pero lo de Molly fue algo memorable. Sublime. Apoteósico.

Cuando me introduje en ella por primera vez pensé que me moría. Estaba seguro de que me había hecho un esguince en el rabo de lo comprimido que estaba aquello. Jamás había sentido una presión semejante. Putos ejercicios de Kegel... ¡Qué gustazo!

Pero debía ser paciente y no mostrarme ansioso.

Dejé que impusiera sus condiciones y yo impuse las mías.

Tener la potestad de besarla una vez al día era clave, sobre todo porque no pensaba hacer uso de ello. Mi hermana no es la única que sabe manipular al personal. Usé el comodín la primera noche, es cierto, pero se volvería loca cuando no volviera a utilizarlo. El juego no había hecho más que comenzar.

Al día siguiente, cuando le pregunté acerca de su cita con Bradley, de qué hablaron, qué cenaron y demás, me dio a entender que el sujeto no estaba totalmente descartado. Que quedaron en volver a llamarse. Y mi misión era hacer que se le quitaran las ganas como fuera, porque ¿quién busca lo que ya tiene en casa?

Lo importante era que lo tuviera cuando ella quisiera, no cuando yo se lo pidiera. Por eso quise darle más espacio que nunca.

Me vino de perlas que el domingo tuviera que ir a comer a casa de mi madre, como hacíamos todos los últimos domingos del mes. Era cuando la familia Williams se reunía. Molly se quedó todo el día en casa, echándome de menos, y no le escribí ni un mensaje, aunque me estuviera muriendo de ganas.

No supe qué contestar cuando mi familia me dijo que vivir con Molly me estaba cambiando para bien, que me veían más animado. Si ellos supieran...

Cuando llegué al piso, Molly estaba leyendo en su cama.

Me asomé para saludarla y me fijé en que su aspecto no era el de siempre. Esto es: despeinada, con el pijama, y de relax. En esta ocasión estaba guapa. Muy guapa... vestida de sport, con unas mallas ajustadas fucsias y una camiseta rosa clara ceñida con el símbolo de superwoman en el pecho. No voy a entrar en lo bien que se adaptaba a sus tetas y lo cruel que me pareció someterme a su supervisión.

Tenía el pelo perfectamente liso y brillante. Sedoso, joder... Parecía que no llevaba maquillaje, pero sí, pero lo había repartido con una maestría absoluta, resaltando su belleza natural.

Mi cuerpo, mi polla, mi mente y mi corazón reaccionaron al unísono con un chasquido de dedos. Aquello era una venganza profesional por no escribirle...

Deseé tanto acercarme y reclamar mi beso que me dolió físicamente no hacerlo. El nivel de competición era muy alto...

Mantuve una conversación escueta con ella y me encerré en mi despacho a trabajar, en teoría.

Pero apenas pude prestarle atención al ensayo. Estaba todo el rato pendiente de si venía a por su ración de mí... Y cuando tres horas después no había aparecido, activé mi plan B.

—Voy a pedir una pizza para cenar, ¿te apetece?

Me miró indiferente desde el sofá. Pero al verme bien, abrió mucho los ojos y los deslizó por mi cuerpo sin disimulo.

«Sí, nena, yo también sé jugar a esto», levanté las cejas, astuto.

Me había puesto esa camiseta de calavera que tanto le gustó cuando me la regaló mi hermana. Seguro que era una de esas marcas sobrevaloradas que representan un estereotipo que ellas creen que las vuelve locas. Pero los que luego jugaban con sus mentes pecaminosas éramos los tipos como yo.

Soporté que su mirada me abrasara por un momento. Creo que hasta jadeé. Pero me mantendría firme hasta el final. Y cuando se entregara, descargaría todo mi deseo sobre ella, desquitándome por hacerme sufrir de ese modo. Qué crueldad.

Cuando llegó el repartidor de la pizza, le pagué y deposité la caja sobre la mesa del salón. Cenamos viendo la tele y charlamos.

—¿Qué tal están tus padres? —me preguntó.

—Bien. Mi madre está como loca con el embarazo de Max...

—A mí me llama todas las semanas —fardó, orgullosa.

—Ya sabes que para ella eres como una hija...

—Yo también la quiero mucho. A veces me asusta pensar que la quiero más que a mi propia madre...

—¿Tus padres saben que estás embarazada?

—Sí. Pero desde que se lo dije no me han vuelto a llamar. Son así.

—Pues lo siento por ellos. Por suerte, tú tienes una Gloria en tu vida y mi madre tiene amor para dar y regalar.

—Sí, tengo mucha suerte con los Williams en general...

Cruzamos una mirada interesante.

—No. Somos los Williams los que tenemos suerte de tenerte a ti.

Molly me observó durante cinco segundos y su expresión me provocó un estremecimiento brutal que bajó por mi columna vertebral y terminó en mis huevos. Antes de darme cuenta, ya la tenía a horcajadas sobre mí de nuevo. Éramos como dos imanes.

Mis brazos la envolvieron al instante y sentí que se acercaba a mi boca sin intención de besarme, solo para respirar sobre ella con intención de que yo la atacara. Nuestros cuerpos se acoplaron tan estrechamente como deseábamos que lo hicieran nuestras bocas, pero ninguno estaba dispuesto a dar el primer paso y reconocer que se moría de ganas.

Su desesperación por que reclamara mi beso la delató, pero yo quería que ella se rebajara a pedírmelo sin tapujos.

—¿Y ahora qué? —pregunté en voz baja.

Ella sonrió perversa. Tenía la esperanza de que las tornas cambiaran. De que le demostrara cuánto la deseaba mientras sentía cómo mi dureza se clavaba entre sus pliegues y perdiera el control convirtiendo aquello en sesiones personalizadas para complacer a Will, pero no podía permitirlo. Quería que Molly fuera consciente de que era ella la que me estaba utilizando a mí. Que aquello no era un capricho mío, sino... un servicio.

Cuando detectó mi insolencia, me agarró el pelo con fuerza, como le gustaba hacer, obligándome a subir la barbilla, y posó su boca sobre la mía desde su privilegiada posición

superior.

Fue un beso apoteósico. Lento, denso, húmedo. El preludio de lo que estaba por llegar, sin duda.

Subí las manos por sus muslos incitándola a recuperar el apego que le había faltado durante todo el día, y el resultado fue que nos perdimos en un beso profundo e inacabable que parecía no ser capaz de redimir tal agravio por mi parte.

Buf...

Nunca había estado tanto tiempo en los labios de otra persona sin hacer nada más, y me atrevería a decir que ella tampoco. Fue como si de pronto el resto del mundo no existiera.

En medio de aquella neblina, su mano se coló en mi pantalón y gruñí cuando la cerró sobre mi polla, como si fuera un castigo.

—Al parecer, te sigo poniendo bastante... —musitó señalando la falacia de mi cruel indiferencia.

—No sé qué te ha hecho pensar lo contrario...

—Lo sabes muy bien —Me apretó con más fuerza y gruñí de gusto.

Tiró de mi pantalón y levanté las caderas para ayudarla a liberar mi erección desenfrenada. No se preocupó de bajármelo del todo, había más prisa por quitar de en medio el suyo, junto con sus bragas.

No me hacía falta comprobar lo mojada que estaba. Después de los lametazos que nos habíamos prodigado, aquello estaría licuado.

A veces, la sorpresa de encuentro sin ninguna manipulación previa es más placentero que nada. Y ella lo sabía tan bien como yo.

Volvió a subirse sobre mí, y el mero contacto de su piel desnuda sobre la mía fue una sensación demencial.

No lograba abarcar la perfección del momento. Si tan solo se hubiera quitado esa sexi camiseta o hubiera metido la mano para encajar ella misma nuestros sexos, la experiencia hubiera bajado un par de escalafones de calidad y morbo en vivo. Pero no. Con Molly todo era superior. Absolutamente sublime.

Me rodeó el cuello con los brazos, pegándose más a mí, obligándome a ahogarme en su olor, en su calor, en sus ganas de mi polla dura dentro de ella, hasta que nuestros sexos se buscaron la vida para acoplarse ellos solos.

Al notarlo, una sensación de plenitud inigualable hizo que gimiera contra su boca. Mis dedos se cerraron entorno a su cintura y atraje su mirada para demostrarle que aquello no era precisamente una tortura para mí.

—Eres perfecta —musité. Y sentí que los latidos de mi corazón se intensificaban.

Lo que había empezado siendo algo tranquilo y profundo, incrementó hacia un ritmo imposible.

Molly se arqueó, agarrada de mi nuca, para que me enterrara más profundamente en ella, y yo la observé con la boca abierta, notando lo mucho que disfrutaba empalándose en mi miembro.

Cuando el movimiento se volvió más brusco, fijé sus caderas, para no perder el contacto. Nos corrimos muy fuerte y demasiado deprisa, pero volvió a merecer la pena.

—Nadie me había cabalgado así jamás... —confesé jadeante.

—¿Es una queja? —se mofó escondida en mi cuello.

—Para nada —Sonreí acariciando su cintura. No quería que se levantara y se alejara de mí. No podía perder su contacto tan pronto. Deseaba quedarme así un poco más. Aquello tenía todos los visos de convertirse en algo adictivo.

Mi preocupación volvió de forma expeditiva a mi pozo de negación.

«Todo va bien. No pasa nada. Puedo controlarlo...», me dije.

Ella pareció pensar lo mismo cuando se incorporó y hundió sus dedos en mi pelo para besarme lánguidamente. Estábamos en el puñetero paraíso...

—¿Cuál es tu horario mañana? —preguntó melosa.

—¿Preguntas qué horas tengo disponibles para otra sesión de sexo?

—No. No creas que esto se va a repetir diariamente...

—Yo no creo nada.

—Pero te gustaría, reconócelo —me presionó.

—¿Qué tío no querría? Pero hacemos esto por ti, no por mí. Pídeme lo que necesites y lo tendrás. Bueno, ya has visto que no tienes ni que pedirlo...

—Ya, pero tengo dudas... —dijo de pronto.

—¿Cuáles? —Puse las manos sobre sus muslos para darle confianza. Estaba encantado de que todavía no nos hubiéramos movido. Seguía dentro de ella, joder. Feliz de encajar tan bien a todos los niveles.

—Esta metodología se carga una parte importante de la experiencia sexual...

Fruncí el ceño.

—Explícame eso.

—A mí me gusta cazar, pero también me gusta sentirme cazada... Si no, hace que pierda la gracia.

Me quedé impasible, pero por dentro estaba gritando de alegría.

—Entonces... ¿quieres que yo también te persiga a ti?

—Sé que tienes un trauma por lo que pasó en la boda —se adelantó ella—. Tu ego sufrió un revés, pero eso no significa que tengas que dejar de tomar la iniciativa para siempre conmigo.

Tragué saliva.

Tenía razón. Era mi ego el que había planeado todo aquello. El que la había llevado al límite para volver a acostarnos. Y el culpable de que estuviera quejándose de mi poca predisposición a repetir.

—Quiero sentirme deseada, Will... —me confirmó.

El tono de su voz, meloso e incitante, impidió que mi erección desapareciera.

—Vale... —carraspeé halagado.

—No quiero sentir que te acuestas conmigo solo para hacerme un favor porque estoy embarazada —se sinceró del todo.

Joder... quizá había hecho demasiado bien mi trabajo y tenía que aflojar un poco. ¿Cómo podía hacerle entender lo que sentía teniéndola entre mis brazos?

—Te desean todos los tíos del planeta, Molly. Te lo aseguro. Todos.

—Me dan igual los demás... Quiero sentirlo por tu parte.

Que dijera aquello me rompió los esquemas. El pequeño Willy maduró de golpe y quiso demostrarle todo lo que sentía por ella descargando toda su potencia entre sus piernas.

—Tus deseos son órdenes para mí...

En un segundo, Molly pasó de ser la dominante a la dominada sin necesidad de cambiar de postura.

Le quité la camiseta casi de un zarpazo, y atacué su pecho sin piedad.

—He querido follarte desde que te he visto con ella puesta... Pero ahora te quiero solo a ti...

Me deshice de su sujetador y de mi camiseta, y comencé a ahuecar sus pechos y a besarlos mientras me escurría en el sofá haciendo que cayera sobre mi cuerpo.

Me gustó que su pelo nos cubriera creando un efecto de intimidad bonito. Busqué su boca y mis manos viajaron hacia su culo obligándola a deslizarse de nuevo a lo largo de mi dureza. Seguíamos conectados.

—Dios, Will... —jadeó ella, cediéndome el control de su cuerpo.

—¿Sabes con cuántas chicas he follado pensando en ti? —musité—. Pensaba en tenerte justo así, solo para mí, joder...

Ella gimió cuando aumenté el ritmo de las embestidas. La vi quedarse a mitad de un grito con la boca abierta. Sabía que su sexo me estaba recibiendo en un ángulo más placentero de lo habitual, pero no era suficiente para mí. Quería que notara mis ganas, todo mi deseo por ella y me incorporé sujetándola del culo, para llevarla contra una estantería llena de libros.

Era perfecto, porque podría hacer palanca contra ella y llegar mucho más hondo.

Coloqué su cuerpo como necesitaba y empecé a follármela con movimientos casi castigadores.

—¡Will...! —gritó alucinada y desbocada. Estaba más resbaladiza que nunca gracias a la corrida anterior.

Por culpa de mis fuertes estocadas comenzaron a caer objetos de la estantería. Libros, adornos, pero ya contaba con ello. Quería que cada sonido le recordara cuánto me gustaba y el poco valor que tenía todo lo demás para mí.

Escuchar el obsceno chapoteo que producía su entrepierna lo volvió todo más indecente e hizo que nuestra excitación se disparara.

La fuerza que hacía contra la estantería se concentraba en su clítoris y estaba seguro de que mi amarre iba a dejarle moratones en las caderas.

—¡JODER...! —exclamó anonadada.

—Así es como te deseo... —gemí incrementando el ritmo, poseído.

Estalló diez segundos después con un grito desmesurado que debió de escuchar hasta la señora Windsor en la calma de la noche. Yo me dejé ir espoleado por cada una de sus oleadas, anclado a su cuerpo como estaba.

Sabía que si la soltaba, sus piernas no la sostendrían y se caería redonda al suelo. Así que no lo hice.

Cuando recuperé el aliento, me moví con ella abrazada a mi tronco como un koala que jamás soltaría el árbol más cómodo y fiable al que se había encaramado y caminé hasta depositarla sobre su cama. Se quedó desmadejada, incapaz de moverse, solo pudo sonreír.

—Espero que te haya quedado claro... —contesté a su sonrisa.

Ella asintió incapaz de hablar, sin dejar de observarme. Para que luego digan que la expresión «voy a follarle hasta dejarte sin sentido» es una exageración...

La vi cerrar los ojos y abandonarse al sueño. Era tan preciosa que no pude apartar la vista de su cara. Memorice su perfil en mi cama y en ese momento no entendí muy bien el dolor que sentí.

Era el momento de revisar daños. Y no me refería a la estantería.

Dos polvos seguidos sin sacarla... ¿Traducción? Ahí había *algo más*.

Ella no quería un servicio, quería el juego completo de seducción. Una lucha de poder donde estaban en juego nuestros sentimientos. Unos que una vez hirió profundamente al rechazarme... y por su parte, Molly, siendo esclava de su superficialidad, se sentía vulnerable e insegura bajo su condición física de estar embarazada.

Aquel era un juego altamente peligroso para ambos. Pero... ¿y si no lo era? ¿Y si todo aquello solo era una excusa para ceder por fin a la atracción que siempre había existido entre nosotros? ¿Y si no éramos tan familia ni tan amigos como creíamos? ¿Y si entre nosotros había *algo más*?

Recogí el salón lo máximo posible pensando en ello.

Cuando volví a su habitación, seguía dormida y la tapé con la colcha. Su pelo desperdigado sobre mi cama seguía poniéndome triste. Era como si quisiera que se quedara allí para siempre, pero supiera que era imposible.

Algún día volvería a su casa. Tendría a su bebé. Y me echaría de su vida... ¿De verdad quería dar rienda suelta a mi deseo, como me había exigido, enamorarme de ella a lo bestia, y al final, perderla?

Mejor tomar distancia y hacerme a la idea desde ya, ¿no?

Pero las siguientes dos semanas no hicieron más que fortalecer nuestro vínculo. Yo me metía más en sus cosas y ella en las mías.

Molly aparecía por mi despacho cuando le dedicaba tiempo a mis algas y terminaba estudiándola a ella en profundidad sobre la mesa...

O yo me dejaba caer por la cocina atraído por el delicioso olor de su guiso y le preguntaba desde atrás qué estaba cocinando, mientras le acariciaba la tripa para terminar sumergiendo la mano en sus bragas.

No podíamos parar. Y no me daba la vida para todo. Trabajar ocho horas, meterle tiempo al estudio y participar en maratones de sexo. Era un ritmo sobrehumano que no podía mantener durmiendo tan pocas horas, así que reduje mi jornada a la mitad con la excusa de dedicarle más tiempo al proyecto, pero en realidad, buscaba estar más tiempo de calidad con ella y poder dormir más. Estaba agotado.

A nivel académico, estábamos logrando avances importantes sobre la investigación; John a menudo me llamaba eufórico desde Australia.

—¿De veras? —dije sosteniendo el móvil contra mi hombro para abrir la puerta de casa con las llaves.

—¡Sí! ¡Deberías venir aquí, Will! Aunque solo sea un par de días.

—Australia está muy lejos para ir solo un par de días.

—Pues coge vacaciones y ven cuatro, me la suda. Pero en serio, hermano, ¡deberías estar aquí! Lo lamentarás si hacemos historia...

—Te noto muy optimista —dije saludando a Elvis en el *esperador*.

—Tú también lo estarías si estuvieras viendo esto, joder. ¡Tus mezclas están dando resultado, Will, ¿es que no te importa?!

Miré al frente y Molly apareció en mi visual. Efectivamente, me bastaba verla para que todo me importara una mierda y me invadiera una sensación de bienestar única. Era como una jodida droga dura. Y no quería alejarme de mi droga ni dos ni cuatro días...

—Claro que me importa —dije avanzando hacia ella.

—Pues mírate algún vuelo y vente —escuché que decía John—. Ahora tienes pasta, ¿no?

Cada vez que recordaba el saldo de mi cuenta corriente, lo apartaba de mi mente como si ensombreciera de algún modo lo que tenía con Molly.

—Lo pensaré, John...

Puse los ojos en blanco y acaricié los labios de *mi chica* con los dedos en compensación por no besarla como estaba deseando hacer.

Me moví hacia la nevera en busca de algo para beber.

—¿Qué pensarás? —murmuró Molly detrás de mí.

—¡Deja de pensar y actúa, Will! —me gritó John—. ¡Tenemos algo muy gordo entre manos!

Cogí un brick de zumo y le di un par de tragos directamente.

—Tengo que dejarte, John...

—No me jodas y compra un billete —Escuché justo antes de colgar.

Molly esperaba mirándome paciente. Molaba tener a otro ser vivo en casa anhelando mi llegada. Me acerqué a ella y la sorprendí subiéndola de un impulso a la isla de la cocina para embeberme entre sus piernas y abrazarme a su cuerpo para descansar mi frente en su pecho.

—¿Un día duro?

—Sí...

Levanté la cabeza y casi sin abrir los ojos me la comí a besos lentos. Ella se echó hacia atrás rompiendo el contacto para mirarme a los ojos.

—¿De qué iba esa conversación?

—John quiere que vaya a Australia.

—¿A Australia?

—Dice que es importante... que hemos dado con algo importante.

—¡Pues tienes que ir!

—No me apetece. Estoy justo donde quiero... —Volví a sus labios y me dejó besarla un par de veces más antes de volver a apartarse.

—¡Pero Will! Tienes que ir...

—Serían tres o cuatro días...

—Los que sean necesarios.

—No —decidí rotundo—. No puedo irme y desperdiciar cuatro días lejos de ti. Nuestro tiempo juntos es finito, Molly... No quiero irme y que todo se esfume. No quiero que nada cambie...

Pero el cambio es lo único constante en la vida.

Todo está siempre a punto de cambiar.

Y, a veces, aunque no lo parezca, es para mejor.

capítulo 17



—¡Me salvas la vida, Lucy! —exclamo contenta.

—Por Max, lo que sea.

Me trae la tarta de tres chocolates que le he pedido envuelta en una caja preciosa con un gran lazo rojo. Podría echarme a llorar de la emoción ahora mismo. ¿Desde cuándo soy así? Ah, vale. Ashlyn...

Me he acostumbrado a pensar en ella con ese nombre.

Estoy de dieciséis semanas y se me empieza a notar un poco. Sobre todo cuando me arqueo, cosa que Will me ha obligado a hacer bastante este último mes...

Me entra calor solo de recordarlo.

Una mañana apareció en mi despacho durante la hora suelta que tiene para comer. Max no estaba, tenía que ir al dentista y Will estaba al tanto. Reconocí su voz en la breve conversación que mantuvo con Lily en recepción. Huelga decir que mi sangre se calentó al rememorar que había estado dentro de ella.

—¡Will...! ¿Cómo tú por aquí? ¿Cómo te va?

—Muy bien, Lil. ¿Y tú?

«¿Lil?». Calentando motores de mala leche...

—Max no está.

—Lo sé. Vengo a hablar con Molly. ¿Está en su despacho?

—Sí. La avisaré. Quizá esté ocupada...

—No, tranquila. Creo que me está esperando —murmuró chulito.

Nada más verlo, mi cuerpo cobró vida al registrar su mueca traviesa. Era la mezcla varonil perfecta de perversión y sensualidad.

—¿Qué haces aquí...? —lo reñí, cruzada de brazos desde mi silla.

Pero sabía a qué venía; su mirada hambrienta lo delataba.

No lo esperaba, pero me pilló como a toda mujer le gustaría que le pillasen: estrenando lencería. Llevaba unas medias de lunares blancas hasta medio muslo bajo mi falda escocesa y un

angelical conjunto de La Perla a juego.

—Lo he intentado —resopló—, pero cuando te he visto salir así vestida de casa esta mañana, no he podido esperar a verte después...

Un pellizco de satisfacción recorrió mi bajo vientre.

Lo vi bordear la mesa, cual pantera acercándose a su presa, e intenté detenerle:

—No sé qué crees que va a pasar aquí, aparte de hacer babear a Lily, pero yo que tú...

Interrumpió mi frase con su boca sobre la mía y enseguida me encontré sentada sobre mi mesa con él entre mis piernas. Sus movimientos rápidos y certeros no daban opción a réplica, y a pesar de la rudeza, conseguía ser extremadamente delicado. No tanto con mi boca, a la que obligó a someterse a sus voraces lengüetazos con una técnica desquiciante.

—Will... —gemí seducida—. Sabes que no podemos hacerlo aquí.

—No te resistas. Tengo poco tiempo y muchas ganas de ti...

—La que te tiene ganas es «Lil» —rezongué mientras me besaba el cuello. Sentí la brisa de su risa en mi piel y me estremecí de gusto. Quizá tuviera algo que ver que sus manos estuvieran ya bordeando mis muslos y arrastrando la falda hacia arriba para palpar el inicio de mis medias.

—Joder, Molly... —masculló excitado—. Debo de ser el tío más afortunado del mundo para que me dejes tocarte así...

Me desabrochó la blusa en un santiamén y besó mis pechos con una veneración enfermiza. No tuve más remedio que arquear la espalda de manera involuntaria. ¿Lo veis?

De pronto, se quedó extrañamente quieto observando mi tripa abultada e intenté disimularla cohibida.

—Eh... No la escondas de mí —me pidió, acariciándola.

—Es horrible. No la mires.

—¿Qué dices? Así me gustas incluso más.

—No seas mentiroso...

—¡Lo digo en serio! Es fascinante, desde un punto de vista médico.

—Tú eres químico, no médico.

—Perdona, pero en mi título pone «doctor», gracias a mi doctorado, y esto es un jodido milagro de la naturaleza. Me parece muy sexi... —Besó el pequeño montículo y me estremecí.

—No digas tonterías... Estoy deforme.

—No me dejas más remedio que demostrártelo —masculló.

—¡No, Will! —gemí alucinada cuando intentó quitarme las bragas—. Ni se te ocurra... Y menos, ahora. Me acabo de enfriar del todo.

—Tranquila, soy experto en hacer que vuelvas a calentarte...

Me abrió de piernas y se agachó veloz. El peligro de que nos pillaran elevó mi excitación. Por un lado, me encantaría que Lily nos oyese retozando a lo bestia, pero por otro, no podíamos arriesgarnos a que se lo contara a Max.

—No... —jadeé desesperada al notar un lametazo aislado en mi sensible clítoris. Mis terminaciones nerviosas se contrajeron de gozo al momento.

—Seré rápido y silencioso, pequeña... Necesito comerte...

El aire de sus palabras rebotó en mi entrepierna y me hizo temblar. Cuando introdujo un dedo, mi cuerpo lo absorbió encantado y jadeé desesperada.

—Joder... Me tomaré esta humedad como un consentimiento.

Ahogué un grito cuando empezó a devorarme sin piedad y lo agarré del pelo con fuerza. «¡Iba a matarlo!». Y a correrme en cero coma.

Su lengua trabajó sobre mi zona favorita con maestría, y cuando estaba a punto de correrme,

ralentizó el ritmo, retrasando mi orgasmo.

—Por favor, sigue... —gimoteé.

—¿No decías que te habías enfriado?

Sus atenciones se volvieron frenéticas a modo de castigo para apartarse de mí justo cuando estaba enfilando la pendiente del espectacular orgasmo por el que iba a lanzarme.

—¡Will...! —gemí torturada—. Deja que me corra...

Aspiró de nuevo, electrocutándome entera, y volvió a detenerse.

—Antes dime que me crees...

—¿Qué...? ¡¿Con qué?!

—Cuando digo que me encanta tu tripa. Quiero que me prometas que no volverás a avergonzarte de ella. Solo entonces dejaré que te corras...

Lo miré atónita, incapaz de pensar racionalmente. ¡Iba a explotar!

—¿Me crees o no?

—¡Sí...! ¡Te creo! Sigue, por favor...

—Ahora admite que has querido follarme desde que me has visto. O puede que desde que me has oído hablando con Lily. Hazlo y te haré gritar como en tu vida...

—¡Lo admito, joder! ¡Hazlo de una vez...!

En un segundo, me encontré boca abajo sobre mi mesa con su mano sujetándome firmemente contra ella. Noté que me subía la falda hasta el coxis y que se bajaba el pantalón. Tanteo mi entrada con su polla húmeda y se hundió en mí con un gruñido animal que me dejó de nuevo al borde del orgasmo.

Esa era una postura que no practicaba con cualquiera. Aclamada por su mayor fricción con el punto G y culpable de proporcionar un placer inigualable, también señalaba una sumisión de poder que la mayoría de las veces no estaba dispuesta a asumir. Pero con Will era distinto. Sentía que su finalidad era hacer disfrutar, regalándome un momento único gracias a su dilatada experiencia y me abandoné en sus manos con total confianza. Su forma de follarme era tan deliciosa que era incapaz de articular sonidos. Estaba atravesando el Nirvana poniendo el culo en pompa. Quién me lo iba a decir...

En un momento dado, varió el ángulo de las embestidas, metió la mano y me catapultó hacia el orgasmo más brutal de mi vida. Mi grito de éxtasis descontrolado llenó la oficina junto a su gemido bajito al correrse comprimido por mis severos espasmos musculares.

Al momento escuchamos unos golpes en la puerta.

—¿Va todo bien por ahí...? —preguntó Lily asustada.

—¡Sí, tranquila! ¡Molly ha visto una rata! —contestó Will jadeante.

—¡¿QUÉ DICES?!

—¡Sí, Lil, no abras la puerta! ¡Llama a los exterminadores, corre!

—¡Enseguida voy!

Will se mondó de risa contra mi espalda y yo contra la mesa.

Quería asesinarle, pero era incapaz de enfadarme con él en esa postura. Además le gustaba mi tripa y había hecho que terminara riéndome de ello.

Debía tener cuidado si no quería fastidiarlo todo enamorándome como una tonta...

Una vez me prometí a mí misma que jamás volvería a entregarme a un hombre. Todavía estaba resentida con Preston. Y puede que también con mis padres por instarme a ser la niña perfecta y no quererme tal y como era.

¿Cómo iba a gustarme la nueva forma de mi tripa? Si tenía grabado a fuego que la mayoría solo veía en mí un cuerpo proporcionado y bonito. Uno que empezaba a desequilibrarse.

¿Cómo iba a apreciar alguien mi corazón si yo misma lo infravaloraba? Lo había dejado en formol durante años, pero Will estaba haciendo que volviera a la vida con su afecto. Y también con esos polvos antológicos.

Siempre había podido separar el sexo de los sentimientos, pero esta vez estaba resultando imposible. Mi corazón se ponía en primera fila a aplaudir cuando su cuerpo se introducía en el mío. Y terminó de resucitarlo del todo lo que dijo cuando me contó que debía viajar a Australia unos días.

—Tienes que hacerlo —insistí por su bien teniéndolo entre mis piernas en la cocina. En realidad, yo tampoco quería que se fuera. Esa reticencia a separarnos por ambas partes me caló hasta los huesos.

—Serían tres o cuatro días como mucho...

Mi pecho se estrujó. Si cuatro horas separados ya eran un mundo, no quería imaginarme lo que serían cuatro días sin verle.

—Los que sean necesarios —dije sin embargo.

—No —decidió rotundo—. No puedoirme y desperdiciar cuatro días lejos de ti. Nuestro tiempo juntos es finito, Molly... No quieroirme y que todo se esfume. No quiero que nada cambie...

Mis ojos ardieron con lágrimas no derramadas. Oír que lo nuestro tenía los días contados me alteró bastante, pero era una realidad.

—Yo tampoco quiero que nada cambie... —admití derrotada.

Pero sí cambió algo. Aquella conversación, aquel viaje, aquel mes... lo cambió todo entre nosotros para siempre. Nos vinculó de tal forma que ya nunca nada sería lo mismo. ¿Cuántas cosas del resto de mi vida pasarían este filtro de calidad y bienestar?

—Esto es importante, Will. Si John dice que tienes que ir, es por algo. Yo te estaré esperando aquí cuando vuelvas.

—Prométemelo —dijo torturado juntando su frente con la mía—. Prométeme que, pase lo que pase, cuando llegue el momento, no huirás de mí.

—¿Huir de ti? ¿A qué te refieres?

—No quiero perderte, Molly —musitó asustado.

—¡No vas a perderme!

—Mol... —Me abrazó, preocupado. Y no entendí por qué—. Prométeme que, cuando todo esto termine, seguirás tratándome igual. Que estaremos en contacto... Sin pedir nada a cambio, solo... estar en la vida del otro.

—¿A qué viene todo esto, Will? —Hice que me mirara a los ojos. Pero le costaba mantenerme la mirada. Ninguno de los dos quería oír un te quiero. Y eso es jodido cuando lo estás sintiendo.

En realidad, Will y yo hacía mucho que nos queríamos, pero ahora lo hacíamos de una forma totalmente nueva. Había que admitirlo. Y lo hizo. A su manera.

—Me he acostumbrado a tenerte por completo... y te echaría demasiado de menos si te perdiera. No estoy preparado para que cada uno siga con su vida ahora mismo. Aún no... Las reacciones químicas que estamos experimentando tienen sus tiempos. Pero todavía no puedo separarme de ti... Necesito estar en tu vida, Molly.

—Claro que vas a estar en mi vida. Eres...

—¿Qué soy? —preguntó apocado.

Esa pregunta era demasiado complicada. Porque no era un amante cualquiera, ni un amigo, ni familia, era mucho más que eso...

Le cogí la cara y acaricié tiernamente su mandíbula con mis pulgares. Tenía los ojos brillantes

y parecía asustado, igual que yo.

—No vas a perderme, Will. ¿Sabes por qué? Porque ahora mismo ERES MI PERSONA FAVORITA.

Nos miramos con una expresión solemne y chocó contra mis labios para besarme despacio.

¿Qué era aquello? El lo había llamado «química». Una que al parecer, tal como viene, se va. Pero *todavía* no.

—Me vale —musitó en mi boca más tranquilo.

Aquella noche durmió conmigo en la cama. Después de tres orgasmos alucinantes, uno oral, otro manual y el último sincronizados juntos, no tuvo fuerzas para trasladarse hasta la suya.

Amanecimos enroscados. Algo que fue un ritual a partir de entonces.

Los cuatro días que estuvo en otro continente fueron un bofetón de realidad increíblemente duro, pero no tenía ninguna intención de analizar mis emociones, porque si lo hacía, me vería obligada a terminar con él. Y no quería.

Intenté convencerme de que no había prisa ni necesidad por verle. No. Ajá... Para nada. Estaba servida de sexo para una buena temporada. Traté de distraerme y fingir que tenía mejores cosas que hacer que esperar su vuelta como una idiota. Pero en el fondo yo sabía que no era verdad.

Llamarnos fue complicado con la diferencia horaria de 19 horas entre Melbourne y San Francisco. Solo nos habíamos escrito por mensaje. Y sin abusar, porque él estaba ocupado.

Cuando el día de vuelta llegó, no dejé de mirar el reloj.

Escuché las llaves en la puerta y mi pecho dio una sacudida.

Will entró en casa y nuestros ojos se encontraron en la distancia.

Ya ni siquiera tenía que decir nada para que mi corazón se acelerara.

Elvis maulló echándole la bronca por desaparecer tantos días, pero ni siquiera lo miró. Tampoco cerró la puerta, tan solo dejó las maletas en el suelo y avanzó hacia mí trazando la línea más recta y corta posible hasta alcanzar mis labios.

Fue como en las películas. Como en el jodido final de *Love Actually* cuando se encuentran en el aeropuerto y ella le salta encima. Coloqué las piernas alrededor de su cintura y me sostuvo contra su cuerpo incluso con el abrigo puesto.

—La puerta —musité en su boca cuando se dirigió a la habitación.

Me dejó sobre la cama y desapareció un momento.

Oí cómo se quitó el abrigo. Oí maullar a Elvis de nuevo y lo imaginé enroscándose entre sus piernas, mendigando su amor.

Qué bien entendía a ese animal... Yo también lo haría si no me denigrara como ser humano. Escuché que le dedicaba unas palabras y lo encerraba en su despacho. Solía hacerlo en momentos clave en los que no quería que nos molestase. Lo hizo el día que esperó a que volviera de mi cita con Bradley..., y fue un acierto total, porque no habría molado nada que interrumpiera una escena como esa. Ni aquel reencuentro tras cuatro días de ausencia prolongada.

Cuando Will entró en la habitación, me miró apasionado. Se lanzó sobre mí y no pude igualar su ímpetu. No, sintiendo lo que sentía.

Dicen que no aprecias algo hasta que lo pierdes... Y acababa de darme cuenta de que no soportaría alejarme de él cuando llegara el momento.

—¿Estás bien? Pareces a punto de desmayarte... —musitó.

¿Cómo podía leer tan bien en mí? ¿Cómo podía captarlo?

Will no solo era atractivo y seductor, debajo de su mueca de diablillo, existía un hombre leal y sencillo que se preocupaba por los demás. La mayoría de los hombres que conocía eran unos

egoístas natos. Pero la empatía de Will era de otra galaxia. Por no hablar de su olor... Por Dios...

El mero hecho de compartir un colchón con él hacía que mis muslos comenzaran a temblar de emoción. Me había convertido en el jodido perro de Paulov, solo que para mí, el pistoletazo de salida eran mis bragas deslizándose por mis piernas; entonces mi cuerpo empezaba a babear sin control por todas partes.

Aquel no fue un polvo más. Fue algo especial...

Sentir cada centímetro de su ser entrando y saliendo de mí con esa ternura activó mis ganas de llorar. La presión que sentía entre mis ojos era tan demencial como la que sentía entre mis piernas.

No podía dejar de observarle cautivada por la intensa expresión de su cara. Era una mezcla de dulzura y deseo, cubierta de un extraño halo de tristeza.

Nos corrimos en un silencio tácito que implicaba emociones que habíamos jurado no mezclar con nuestros fastuosos e inofensivos encuentros de cama.

Al terminar, se apartó de mí enseguida, como novedad.

Pensaba que bromearíamos sobre lo poco que nos habíamos echado de menos y lo hartos que estábamos el uno del otro. Eso hubiera sido muy Will, sin embargo, en esa ocasión se sentó en el borde de la cama, dándome la espalda, y me preocupé en el acto.

—¿Will...? ¿Estás bien?

Tardó un segundo más del aceptable en girarse y sonreírme. Pero había algo falso en aquella sonrisa, y mi corazón empezó a bombear con rapidez buscando una explicación plausible.

—Voy a ducharme —murmuró—. Estoy agotado del viaje...

Tras cambiarse de ropa y descansar un rato, estuvo más hablador. Achaqué su comportamiento a que realmente estaba hecho polvo. Al parecer, la visita fugaz a Australia había sido muy intensa a nivel laboral.

Decidió pedir un par de días más en el trabajo en los que apenas salimos del apartamento y de la cama. Puso de excusa que debía reorganizar su estudio clínico y tomar varias decisiones importantes, pero al final me dedicó más tiempo a mí que a la dichosa investigación.

Una de esas mañanas, todavía estaba adormilada cuando sentí el tacto de sus labios sobre mi hombro desnudo.

—Mol...

Abrí los ojos de golpe al captar una extraña preocupación en su tono. Tenía la sensación de que iba a decirme algo crucial.

—¿Sí? —Me giré, alarmada.

—Los chicos del departamento me están insistiendo para quedar esta noche. No puedo darles más largas. Quieren saberlo todo sobre mi viaje a Sydney. Y Ray también sospechará si no voy a verle pronto... Llevo semanas declinando sus peticiones para jugar al pádel juntos. Me ha preguntado directamente «¿quién es la chica?». No quiero ni pensar a las conclusiones que llegará cuando se entere de que vivimos juntos...

—¿No lo sabe?

—No, no ha surgido el tema. Y John, finalmente, quiso saber de dónde salió el dinero para subvencionar la investigación. Así que tuve que contárselo todo...

—¿Todo? ¿Qué te ha dicho?

—No quieras saberlo...

—Estoy curada de espanto con los Williams —dije divertida.

—John es muy literal, medio Asperger, un hombre de ciencia...

—¿Qué significa eso?

—Que para él todo tiene una causa y su consecuencia. Cuando supo que tú me diste el dinero, no me preguntó si nos estábamos acostando, lo dio por hecho... —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Pensó que nos liamos por dinero? —pregunté extrañada. Eso no tenía ningún sentido.

—No sé... Como comprenderás, corté pronto esa conversación. A mí me da igual lo que piense la gente.

—Mientras sea esa idiotez, a mí también... Yo no puedo decírselo a Max porque empezaría a hacerse ideas equivocadas sobre nosotros. Nunca ha creído en el sexo sin amor...

—Con lo que yo *te quiero*... —dijo con sorna. Lo miré introspectiva. Parecía estar de buen humor—. Entonces, ¿te parece bien que salga esta noche con los chicos?

—¿Me estás pidiendo permiso? —me burlé—. No soy tu dueña.

—Vale. Pues te anuncio que esta noche saldré y que mañana iré a comer a casa de Ray, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto —contesté afable.

Me dio un beso rápido en los labios y se levantó de la cama con energía, otorgándome unas buenas vistas de su musculoso trasero.

Tuve que hacer un esfuerzo por no perseguirle y mordérselo.

Entendía que su gente quisiera verle. Aquel mes nos habíamos encerrado en la burbuja de su apartamento. Max no lo evidenciaba porque nos veíamos a diario en el trabajo y porque estaba muy liada con las obras de la habitación del bebé y yendo de compras con Jackson, pero yo había renunciado a mi vida social por completo y eso tampoco era sano. El día que la situación cambiara, me vería perdida.

No quería pensar en ese día. Estaba escondiendo la cabeza en el suelo como las avestruces, dejando mi culo en pompa disponible para que Will se lo follara a placer.

Y ya me conocéis, no soy famosa por mis acertados impulsos...

Si había una persona en mi vida que me había extrañado, ese era Bradley. Me había propuesto quedar varias veces, e incluso me había ofrecido una invitación gratuita de un día para probar su gimnasio, pero le había dado largas.

Seguía comentando mis post con amabilidad, haciendo siempre alusión a lo guapísima que estaba. Y había cruzado con él un par de frases por privado, aunque siempre terminaba diciéndole que estaba muy liada, pero ahora estaba libre...

Mi interés por él a nivel sexual había desaparecido por completo, pero a nivel personal no. Seguía siendo el padre de mi hija y a raíz de los comentarios que dejaba, me parecía un buen hombre.

No sé si fue buena o mala idea, pero decidí quedar con él en su gimnasio para que fuera algo más distendido que una cita.

—¿No echas de menos el *gym*? —me preguntó cuando se colocó en una de las máquinas.

—Muchísimo —respondí sin pensar. Pero en realidad no tanto. Había hecho bastante ejercicio aeróbico con Will durante esas semanas. Estaba en forma.

—Deberías volver a practicar deporte, aunque sea de forma moderada.

—Ya, pero tengo miedo de que haya algún problema. Tengo la constante psicosis de que forzarme puede provocar que lo pierda y no me compensa esa preocupación. Ya cogeré ritmo cuando dé a luz.

—Pero tienes que mantenerte activa. Hacer algún aeróbico de bajo impacto que te mantenga por debajo de 140 pulsaciones por minuto, como por ejemplo, nadar.

Estaba segura de que con Will pasaba de las 140 pulsaciones...

—Estaría bien, pero el cloro estropea mucho el pelo.

—¿Y quién querría estropear ese pedazo de pelo? —dijo con guasa—. Tienes una melena impresionante.

—Gracias... Tú también. Todo tú eres impresionante, la verdad...

—No lo suficiente como para captar tu interés —me provocó.

—¡No es eso! Eres un diez y lo sabes. La verdad es que... he conocido a alguien hace poco.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Joder..., al menos hay una explicación! —Se secó la frente con un gesto cómico—. Mi autoestima estaba en las últimas por tu culpa.

—¡¿Qué?! ¡Lo siento mucho! —Me reí. Y la posibilidad de forjar una bonita amistad con él salió a la palestra. Porque yo no estaba en disposición de tener nada más con nadie y tampoco quería dejar de verle.

—¿Quién es él? ¿Dónde lo has conocido? ¿Sabe que estás embarazada?

—Sí. Es... el chico que viste conmigo en urgencias. En realidad, no es mi hermano.

—No me lo parecisteis. Tú tan morena y él tan rubio...

—En ese momento no éramos nada, pero luego...

—Parecía un buen tipo.

—Lo es... El mejor.

—Entonces..., y a riesgo de parecerte un imbécil, ¿por qué has querido quedar conmigo hoy?

Tuve que hacer un esfuerzo enorme por no contarle la pura verdad, pero intenté ser todo lo sincera que pude.

—Porque el otro día me caíste bien. Tenemos mucho en común, te debo la vida, y no me gustaría perder el contacto contigo. Podríamos ser amigos...

La sonrisa que me regaló fue para enmarcar. Ojalá Ashlyn la tuviera igual.

—Me parece buena idea.

¿Sabéis a quien no le pareció tan buena idea...?

capítulo 18



En cuanto veo aparecer el Tesla de Will, sonrío como una boba.

Llevo la tarta en la mano y empieza a hacer calor.

—¿Ha pedido usted un taxi? —bromea al detenerse a mi lado.

Me subo y lo beso en los labios brevemente.

—¿Has cogido mi maleta y todo lo que te he pedido de casa?

—Sí. Y pesa más de diez kilos. Igual te hacen facturar. ¿Qué llevas ahí dentro? Solo es un fin de semana, pequeña...

—En la montaña.

—En primavera.

—Arranca ya o perderemos el avión.

—Solo a Max se le ocurre celebrar su cumpleaños en Wyoming...

—A mí me parece una idea genial —Sonrío—. En cuanto aterrice en el aeropuerto de Jackson pienso comprarme un sombrero de Cowboy y unas botas a juego.

Will pone los ojos en blanco y arranca.

Nunca lo admitiría, pero este fin de semana le hace mucha ilusión. A él le encanta pasar tiempo con su familia. Son su refugio. A mí esta reunión me permitirá verlo bajo una luz distinta, y menos mal, porque necesito urgentemente un descanso del *Dios del sexo*. Necesito volver a la realidad, al Will cómico y aniñado, necesito librarme de su hechizo sexual y que mi obsesión por él termine...

El tema es grave, cada vez que me acaricia distraído tengo un microorgasmo. A veces, estamos tumbados viendo la tele, cada uno a su rollo, y su presencia me da una paz absoluta que no sé de dónde ha salido. Pero me inquieta. Es retorcido.

Cierto es que la seguridad en mí misma ha aumentado. Mi salud. Mi fuerza. Por eso me atreví a contarle lo de Bradley. Además, no quería tener secretos con Will.

—¿Vais a ser amigos?

—Sí. Amigos.

Se quedó pensativo y sentí que intentaba contener su opinión.

—¿Te parece mal?

—No soy tu dueño, Molly... Puedes hacer lo que quieras.

—¿Entonces, qué te pasa?

—Es solo que no creo mucho en la amistad entre un hombre y una mujer.

—¡¿Hablas en serio?! —dije extrañada.

—Y menos con una mujer como tú...

Fruncí el ceño, mosqueada.

—¿Insinúas que no hay nada en mi interior que alguien pueda preferir más que mi exterior?

Quiso rebatir mi ataque rápido, pero se quedó en blanco. Y eso me dolió todavía más.

—No quería decir eso.

—Ya lo pillo... Las mujeres como yo solo sirven para una cosa...

—No. ¡Joder, Molly...! ¡Es que ese tal Bradley va a lo que va contigo desde el principio!

—No lo conoces.

—¡Eras una víctima embarazada, y aun así, te tiró la caña!

—¡Tú me la has tirado mil veces! —dije levantándome del sofá enfadada—. Y por cierto, él pensó de ti que eras un buen tipo...

Me fui a la habitación y mi portazo le dejó claro que esa noche no era bien recibido en mi cama, pero un par de horas después, la puerta se abrió y sentí cómo el colchón se hundía en su lado.

Yo estaba dándole la espalda a la puerta y noté que se pegaba a mí con cuidado para asomar la cabeza por encima de mi hombro.

—Lo siento... —susurró—. De verdad que no quería decir eso. No lo pienso. Es más bien al contrario. Me enfurece que un tío no sepa ver más allá de tu físico. Si supieran lo que hay debajo, se volverían locos de remate...

—O se asustarían —atajé.

—¿Por qué dices eso?

—Muchos no quieren al lado a una mujer tan empoderada, prefieren que sea dócil. Ellos quieren mandar y que les necesitemos. No quieren que nadie les rete ni que gane más dinero que ellos... No es fácil encontrar a un hombre que tolere eso. Tú mismo dijiste que me veías como algo inalcanzable.

—Me refería a tu inteligencia. Me he acostado con tías que estaban igual de buenas que tú o más.

—Tampoco te pases... —Sonreí.

—Yo te deseaba a ti, Molly, no tu cuerpo —musitó en mi hombro—. Quería matarte de placer porque eres una de las personas más listas que conozco y eso significaría que no lo hago todo mal...

Me giré hacia él, extrañada.

—Tú no lo haces todo mal, Will. Tú eres una de las mejores personas que conozco, te preocupas por los demás, ayudas a todo el mundo...

—No siempre, pequeña... A veces también soy egoísta. —Su voz se tiñó de un dolor desconocido. No sé en qué estaría pensando, pero supuse que tendría algún esqueleto del pasado en el armario.

—Como todos —repuse—. Pero en el barrio todo el mundo te adora... Y no debes tener celos de Bradley, le he dicho que estamos juntos.

—¿Se lo has dicho? —Se sorprendió.

—Sí. Dijo que no se había creído que eras mi hermano.

—Mierda. El tío empieza a ganar puntos... —masculló.

La frase me hizo sonreír. Me encantaba esa faceta gruñona de Will. Era la que solía usar con su familia. Con ellos era el rey del sarcasmo y la ironía, era su forma de quejarse.

Lo miro ensimismada mientras conduce hacia el aeropuerto y no puedo evitar colocar una mano en su nuca de forma cariñosa.

Es el único gesto bonito que recuerdo entre mis padres.

Lo vi una vez, desde el asiento de atrás cuando era muy pequeña, y me pareció que era una caricia especial. Supongo que la necesidad de tocar a alguien mientras conduce es significativa.

Will me mira encantado. Y parece que quiere más mimos al decir:

—¿Tanto te gusto que no puedes dejar de tocarme?

Le presiono el cuello como castigo y se encoge divertido.

—Solo estoy aprovechando porque en cuanto lleguemos al aeropuerto no vamos a poder tocarnos hasta dentro de tres días.

—¡No te lo crees ni tú! —protesta—. Yo pienso tocarte mucho este fin de semana.

—¿Quieres que nos pillen?

—Me la pela que nos pillen.

—¿Ah, sí? ¿Te apetece que tu madre y Max empiecen a hacernos preguntas incómodas sobre el futuro?

—No.

—Pues las manos quietas, señor *dios del sexo*.

—No me pidas imposibles, pequeña... —dice macarra.

Cuando llegamos y nos reunimos con toda la familia Williams, hago un esfuerzo por perder de vista a mi miembro favorito, pero Will está pendiente de mí a cada paso que damos. Se preocupa por llevarme la maleta, me pregunta si quiero algo de beber y yo intento pasar de él porque sé que todo el mundo está evaluando la naturaleza de nuestra relación. Sobre todo Jackson, que ya tiene esa sonrisa de sabiondo que tanto detesto en la boca.

No vuelvo a permitirme mirar a Will hasta que todos estamos acomodados en el avión.

Yo me he sentado con Max y Jack y Will con sus padres. Ray y Cris son un pack aparte junto al pequeño Liam, que todavía es muy joven para ocupar un asiento él solo.

Al ser un vuelo corto de dos horas pienso que podré soportarlo, pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, su mirada refleja que piensa que es una mierda estar separados, y no puedo evitar sonreírle con afecto. ¡Me derrito!

—Te veo bien, Molly —interrumpe Jack—. Pareces feliz...

—Lo estoy —Me enderezo.

—¿Te han dicho algo más de tu casa? ¿Tienes ganas de volver?

—Sí... Muchas...

Se me queda mirando porque no he podido sonar más falsa. Pfff...

—Todavía queda tiempo —intento justificar mi poco entusiasmo.

Lo cierto es que procuro no pensar en decir adiós a Will, pero ¿cuál es la alternativa: cargarle de repente con una chica y un bebé que no ha pedido? Sería una locura. Y muy egoísta por mi parte. A veces me torturo pensando que quizá solo se vea en la obligación de cuidarme porque le presté dinero... Y más después de que John considerara el sexo como un pago más por... por hacer todo lo que está haciendo por mí. Darme un techo, proporcionarme orgasmos, etc...

—Así que vivir con Will no es tan horrible como podría parecer —formula Jackson con guasa.

—No. No es tan agónico...

—¿Ni cuando te lleva chicas a casa o monta alguna de sus fiestas?

—No ha hecho nada de eso.

Ambos se miran extrañados. Y luego se sonríen.

—A veces sale —digo deprisa—. Pero no las trae...

—Será para no molestarte. El tío siempre alardea de que las hace gritar un montón...

Me pongo roja como un tomate y Jackson aprovecha para escanearme. ¡Mierda! «¿Es un alarde cuando es una realidad?».

—¿Y tú qué, Mol? —me pregunta Max—. ¿Volviste a quedar con el bombero buenorro?

—Sí...

—¡¿Sí?! —exclama Jackson sorprendido.

—Lo vi la semana pasada. Somos amigos.

—¿Amigos? ¡Tú no tienes amigos chicos! —se mofa Max.

—Ahora sí.

—Es verdad. Will es su amigo —señala Jackson con pitorreo.

Aguanto la respiración cuando vuelve a sondear la expresión de mi cara. Maldito sea. Es como si lo supiera todo.

—¡Will no cuenta! —ríe Max. Y a mí me cuesta disimular la incomodidad de su comentario. ¿Por qué no dejan de hablar de él?

—No os preocupéis por mi vida sexual. La he aparcado un tiempo.

—Quién lo diría... —opina mi amiga—. Pensaba que si algún día estabas tanto tiempo sin hacerlo, explotarías por combustión espontánea. Nosotros llevamos una racha brutal, ¿verdad, Jack? ¡Estoy más salida que nunca!

—Pues yo al contrario. Por eso no he hecho nada con el bombero.

—Nada como vivir con un tío que te pone cero, ¿eh? —increpa Jackson.

Mi respuesta es presionar varias veces el botón de llamada de la azafata. Necesito que alguien interrumpa esta conversación *ipso facto*.

Miro a Will nerviosa y veo que él también está siendo sometido a un interrogatorio exhaustivo por parte de sus padres. Empiezo a pensar que este fin de semana ha sido una idea pésima. ¡Socorro!

Cuando el avión despegue y nos dan permiso para desabrocharnos el cinturón, Will y yo nos ponemos de pie a la vez. Queda bastante raro, como si hubiésemos quedado en hacerlo.

—Voy al baño... —anuncio. Y huyo de las todas las miradas.

Antes de desaparecer por la puerta del aseo, veo que Will se ha acercado a su hermano Ray y coge a su sobrino en brazos.

La imagen hace que mis bragas se desintegren.

Esa faceta de padrazo es la que le falta al jodido dios del sexo barra amigo que no cuenta para ser el tío perfecto... ¡Dios santo!

«¡Céntrate, Molly! ¿Qué estás diciendo?».

En el baño me mojo la cara, sobrepasada. No pensé que tendría ningún problema para superar un fin de semana en familia. ¡El plan era hacer como si nada!, pero veo que va a ser difícil, porque sí *somos algo*... Somos...

Compañeros de piso... Y de sexo. O sea, de *pixo*.

Cuando vuelvo, la madre de Will me hace aspavientos para que acuda a sentarme junto a ellos. ¡No, por favor!

Mi compi de *pixo* todavía no ha regresado a su sitio y no puedo negarme, pero me mira aterrorizado; menuda es su madre...

Me acerco a Gloria y a Richard Williams con una sonrisa cálida.

—Hola...

—Molly, querida —empieza su madre cariñosa—. ¿Cómo estás? ¡Will nos ha dicho que os va muy bien juntos!

Mis ojos se abren como platos. ¿Se lo ha contado?!

Me quedo en blanco, no sé ni qué decir.

—Habla maravillas de ti... ¡Dice que eres la compañera de piso perfecta!

—¡Ah...! ¡Sí, sí! —respiro aliviada—. Fue muy amable al ofrecirme vivir en su apartamento mientras reparan el mío por el incendio.

—Cómo me alegro. Estás en buenas manos...

Me muerdo la lengua para no señalar que no estoy en manos de nadie, solo en las mías. Y que follo con él por puro placer, no por necesidad. Pero cambio de tema hasta que Will vuelve por orden de una azafata.

Me levanto para cederle el sitio y desvío la mirada al pasar por su lado. Él no se aparta para rozar mi cuerpo todo lo posible sin que se note que quería. Es un mamón avaricioso. Y lo amo por ello. ¡Quiero decir...!, que me encanta que sea así.

Paso olímpicamente de él hasta que llegamos al rancho, aunque insiste en cargar con mis maletas y en que vaya en su mismo coche a la hora de repartirnos.

El lugar es un paraje precioso, alejado de todo, que ha querido conservar la autenticidad y el encanto rústico del antiguo oeste. Hay varias cabañas alrededor de la antigua casa principal que tiene un amplio porche.

Un auténtico vaquero nos da la bienvenida a lomos de su caballo.

—¡Bienvenidos, familia Williams! Me llamo Billy y me encargaré personalmente de que vuestra estancia aquí sea fantástica.

Se ve que el tal Billy comió muchos yogures de pequeño, porque tiene más músculos que Thor y Conan juntos. Espuelas en las botas, un sombrero calado en la cabeza y la misma sonrisa que Brad Pitt en leyendas de pasión. ¡Hola?!

Max, Cris y yo nos miramos las unas a las otras con picardía. Un tío bueno es un tío bueno, estés casada, embarazada o soltera.

—Seguidme hasta el punto de encuentro y os daré las llaves de vuestras habitaciones —dice el vaquero justo antes de darle un golpecito con los talones a su semental. A ninguna nos sorprende que el animal obedezca al momento. Uf, con el vaquero...

—¿Dónde se ha dejado a *Mjölnir*? —masculla Ray.

—¿Qué es eso? —pregunta Cris.

—El martillo asgardiano de Thor. Nena, tú no lo mires fijamente.

Todos nos reímos. Menos Will, que debe haberse pispado del repaso que le ha dado a mi jugoso canalillo.

Una vez reunidos, el vaquero reparte las llaves, clasificando a la gente por parejas.

—Y... tengo dos individuales para Will Williams y Molly Baker.

—Una para mí —Le tiende la mano Will.

Se la pasa con rapidez y me lanza una mirada sensual.

—Entonces, tú debes de ser Molly...

—Que alguien le dé una medalla —masculla Will.

—Gracias... —Recojo la llave con un inocente coqueteo y se me queda mirando como si no entendiera que una chica como yo fuera a dormir sola y tuviera que ponerle remedio. Ejem, ejem...

No es por nada, pero sienta de lujo volver a ser yo misma por un instante. Esto es mi «malo conocido», que a menudo da menos miedo que «lo bueno por conocer». Esta es mi zona de confort y lo agradezco, porque el viaje se estaba convirtiendo en lo contrario hasta que Thor ha aparecido en escena y me ha tirado los tejos.

—De acuerdo, familia —palmea las manos el vaquero. Manos grandes y viriles que prometen hacer maravillas—. Después de comer os hablaré de todas las actividades que se pueden realizar en el rancho. Espero que estéis listos para pasarlo genial...

Y al decirlo detiene la mirada en mí con una familiar intensidad.

Conozco esa mirada. Es la que suelen lanzarme los tíos que están interesados en retozar conmigo. Es tan descarado que aparto la vista.

Billy nos deja.

—Al parecer alguien va a pasarlo mejor que todos los demás... —comenta Ray con picardía. Jackson, Cris y Max se ríen entre dientes y Will se gira hacia ellos.

—Cortaos un poco. Está embarazada... —espeta serio. Me coge la llave de la mano, carga con mi maleta y emprende rumbo con intención de acercármela a mi habitación.

—¿Nos vemos aquí en veinte minutos? —dice Max al aire. Y todo el mundo asiente y se moviliza.

Cuando llego a mi cabaña, Will ya está dentro y ha dejado mi equipaje sobre una de las camas. Hay dos. Su malestar me rebota en la cara.

—¿Todo bien? —pregunto de todos modos.

—Muy bien...

—Pues no lo parece.

—Ray me saca de quicio. «Alguien va a pasarlo mejor» —lo imita.

—Suenas como un novio celoso —digo con sorna. Pero él no me sigue la broma y no se ríe. ¿Acaso lo está de verdad?

—Molly... solo quiero que sepas que..., en realidad, eres libre para hacer lo que quieras con quien quieras. Con Bradley, con Billy o con quien coño te apetezca...

Su forma de hablar me envara y achico los ojos.

—Ya lo sé, gracias por el recordatorio —contesto chulita.

—Pues eso...

—Pues nada... ya veremos qué le apetece a mi coño este fin de semana...

Nos mantenemos una mirada desafiante.

Lo último que deseo es que me dé carta blanca para hacer lo que quiera con el ataque de celos que tiene encima.

Me gustaría decirle que disimule un poco sus sentimientos, pero eso solo empeoraría las cosas, porque significaría que los tiene.

Hace ademán de irse de la habitación y lo agarro para atraerlo hacia mí y besarlo con rabia.

Su respuesta es corresponderme con brusquedad y termina aplastándome contra el colchón. Somos un desastre. ¡Ni siquiera hemos cerrado la puerta!

—Will... —digo en su boca—. Para... No tienes nada que demostrar...

Él se detiene muy consciente de que no es el momento ni el lugar para hacer nada. Tampoco la actitud. Necesito que vuelva el Will seguro de sí mismo, el que me vuelve loca, me vacila y es irresistible.

¿Por qué se achanta ante un Thor de la vida?

El problema de Will es que desconoce su poder. ¿Un químico que está a punto de hacer historia en la medicina se siente amenazado por un vaquero musculoso que vive a diez mil

kilómetros de nosotros?

—Lo siento... —Se levanta y me ayuda a ponerme de pie.

—Creo que lo mejor será tomarnos este finde de descanso... —dice entonces.

Rehuye mi mirada para no dejarme leer nada en sus ojos.

¿Un descanso? ¿Como el de Ross y Rachel en *Friends*? Es decir, ¿con libertad para acostarnos con otros, pero sin tenerla realmente por todo el historial que arrastramos? Entiendo...

—Vale —digo con dureza—. Si te quedas más tranquilo, nos tomamos un descanso.

Me mira fijamente y no tarda en marcharse. No es el momento de tener «esa conversación». De hecho, espero que no llegue nunca... Lo más sensato es cortar esto antes de que se nos vaya más de las manos.

Resoplo profundamente y me acaricio la tripa.

—Estamos bien, pequeña —mascullo en voz baja.

Por la tarde, se organiza una ruta a caballo en la que todos se muestran interesados en participar, pero, al saber que hay embarazadas, nos recomiendan no realizarla. En cambio, nos montan una merienda improvisada en dos hamacas y todo tipo de zumos y tentempiés. ¡Mola!

—Esto es mucho mejor que los caballos —opina Max encantada.

—¡Por descontado!

—Así podemos cotillear a gusto sobre el guaperas de Billy. ¡Vaya hombre!

—Ya te digo... Si mañana hace calor y se echa un cubo de agua por encima, la visión podría llegar a provocarme un orgasmo.

—¿No has dicho que no estabas nada salida?

—Me va por momentos —disimulo.

—Pues creo que al tío no le importaría provocártelo si se lo pides... —comenta mi amiga, sibilina—. Aunque seguramente Will le termine golpeando... Debes de gustarle mucho.

—Es protector conmigo —intento justificarlo—. Como vivo en su casa, piensa que soy su responsabilidad o algo así...

—Es mucho más que eso, Mol —dice Max casamentera—. Yo creo que le gustas. ¡Siempre le has gustado...!

—¡No digas tonterías! —la riño, acojonada.

—¿De verdad no lo notas? Cuando más gruñe, es que más le gusta algo. Es muy bonito...

De pronto, me doy cuenta de que una mentira está estropeando esta conversación. No somos dos mejores amigas hablando sin tapujos sin nada que ocultarnos, solo soy una jodida mentirosa.

—Hemos follado —suelto sin anestesia.

Max me mira con la boca abierta, y al instante, se echa a reír.

—¡Ya lo sabía! —exclama feliz—. ¿Crees que soy tonta o qué? ¡Se os nota mucho...!

La miro totalmente alucinada, y de repente, me echo a reír.

—¡Maldita sea, Max! ¡¿Sabes hace cuánto que quiero contártelo?!

—¡¿Y por qué no lo has hecho, zorra?!

—¡Porque es tu hermano! ¡Y pensaba que te volverías loca!

—¿Por qué? ¡Que mi mejor amiga y mi hermano se líen es el sueño de mi vida!

Abro los ojos como platos. Ya estamos... Peligro.

—Echa el freno, Max... Solo es sexo. Nada más.

—El sexo nunca es solo sexo —dice con seguridad.

—Para mí sí, ya lo sabes.

—No con mi hermano —puntualiza astuta—. Además, ¿cuántas veces lo habéis hecho? Porque si me dices que ha sido una vez, en un calentón, vale, pero viviendo juntos...

—Incontables veces —admito rotunda.

Me mira sorprendida y volvemos a reírnos con fuerza.

—¡Es que Will es tan...!

—¡NO LO DIGAS! —Me frena Max intentando ponerme una mano en la boca—. Sabía que pasaría desde el principio. ¿Por qué te crees que le llevé esas camisetas de Philip Plein? A Jackson no se las regalaron, ¡las compré yo!

—¡Eres una perra mala! —chillo—. Debí darme cuenta de que era uno de tus truquitos.

—Culpable —Hace la V de la victoria con los dedos—. Eran para hacerte babear un poco.

—¡Pues fue cruel! —me quejo lloriqueando de risa—. Y funcionó a la perfección.

—Soy buena en mi trabajo. ¡Ay! ¡Mi mejor amiga y mi hermano! —celebra haciendo un bailecito feliz.

Hora de ponerse seria.

—¿Ves? Por eso no quería contártelo. No quiero que te hagas ilusiones. Los dos tenemos muy claro lo que estamos haciendo.

—Pues Will parece no tenerlo nada claro a tenor de su reacción de celos.

—Lleva unos días mal... Desde que descubrió que había vuelto a quedar con Bradley.

—Es que... ¿Por qué lo hiciste?! No lo entiendo.

—¡Porque es el padre de mi hija y me interesa mantener el contacto con él!

—¿Pero por qué?! ¡Si nunca podrás decírselo!

—Me da igual. Es un buen tío. Y quiero tenerlo cerca por lo que pueda pasar...

—¿Qué puede pasar?

—No lo sé. No hay nada escrito, Max —digo acorralada.

—¿Ya empiezas con tus inseguridades?

—Nada es para siempre...

—Ya. ¡Ni siquiera la soltería!

—¿Sabes lo que me ha dicho tu hermano hace media hora? —digo enfadada—. Que podemos tomarnos un descanso de lo nuestro para que pueda follarme al vaquero si me apetece. Eso es lo que le importo...

—¡Joder, Mol! ¿Qué más pruebas necesitas para demostrarte que está loco por ti? ¡Te da libertad para que no le hagas daño! Típico de Will, prevención, antes de que algo malo lo alcance. No quiere sufrir. Es evidente que está enamorado de ti.

—No estamos enamorados —digo a la defensiva.

—Yo no he usado el plural...

Maldita Max. ¡Sabelotodo!

—No me ha dicho que me quiere ni nada parecido —expongo.

—A veces no hace falta decirlo, no hay más que ver cómo te trata.

—Somos amigos...

—Haced lo que queráis, pero tener cuidado, porque os quiero a los dos y no quiero tener que compartimentaros en mi vida. Si no estáis en la misma onda, no sigáis y pelillos a la mar. Porque si no, uno de los dos puede sufrir.

—Tienes mi palabra de que no vamos a montar ningún drama. Ya has visto qué rápido nos hemos soltado al mínimo atisbo de celos.

—Bueno, cuando Will vaya al pueblo mañana por la noche y ligue con la camarera, se le pasarán. Tienes razón... Quizá no sea amor, sino ego. Competitividad.

—Cállate ya y no uses tus truquitos conmigo que te conozco... ¡Todo va a ir bien!

«Y va a conocer a la camarera esa por encima de mi cadáver...», rumio.

Capítulo 19



—Controla a tu caballo, Will —me advierte Billy.

Intento disimular mi cara de odio cuando, en vez de caballo, imagino que ha dicho «mujer» y se me llevan los demonios.

¿Qué coño me pasa? Nunca me he puesto celoso por ninguna tía, pero ahora es diferente. Existe un elemento añadido en la ecuación que saca mi lado más territorial, la furia de un padre protegiendo a su cría de un pollazo en la cabeza...

¿A quién quiero engañar? ¡Ya se debe haber llevado varios míos!

Me gustaría quitarle importancia a todo esto, pero no puedo.

Sé que resulta ridículo tener miedo de perder a alguien que nunca has tenido. Y lo que más me jode es que me esté pasando delante de personas que me conocen demasiado bien. Casi mejor que yo. ¿Cómo no lo he visto venir?

Noto que mi madre está preocupada por mí.

Ray se lo está pasando bomba siendo testigo de mi angustia.

Y Jackson, que es el único que me comprende de verdad, me mira como diciendo: «No puedes estar más enamorado». Y eso es lo que más me revienta, tener que enterarme así y no poder hacer nada al respecto. ¡Qué cagada...!

El resto del día intento ignorar a Molly y cualquier interacción de Thor con ella. El tonto es salvaje cuando las encontramos a las dos cuchicheando tras el paseo.

Me preparo para la cena enfocado en disfrutar del cumpleaños de mi hermana; tengo que cambiar el chip. Pero en los ojos de todos veo mensajes ocultos de compasión que me ponen enfermo.

Al final, con el único que estoy relajado es con el pequeño Liam, y me centro en cogerle en brazos como estrategia defensiva.

—Estoy sorprendido, hermanito... —habla Ray—. ¿Ahora te está picando el gusanillo de ser padre? O lo que te pica es otra cosa...

Me muerdo el carrillo para no reaccionar con mi habitual sarcasmo.

—No lo sé, te lo diré cuando se cague encima.

—Siento decirte que sigue compensando. Aunque si no es tu hijo, quizá sea diferente...

Lo miro con odio. Si alguien puede hacerme explotar y soltar que yo soy el verdadero padre del bebé de Molly es el mamón de Ray y sus cuchillos voladores. Intento serenarme y respirar hondo.

Le doy a su hijo y me despido de él.

—Me voy a dar una vuelta —digo poniéndome el abrigo—. A ver si hago *match* con alguna de veinticinco. Así, el domingo, cuando volvamos a casa, tú disfrutarás de los beneficios de ser padre con un bebé cansado que no podrá dormir en toda la noche y yo disfrutaré de los beneficios de ser soltero con una belleza que no me dejará dormir en toda la noche...

—¡Sí, se te ve disfrutar muchísimo a día de hoy! —vocifera Ray con guasa, pero yo ya me alejo hacia la noche estrellada.

—Will —me llama la voz de mi madre—. Déjame acompañarte.

Tomo aire, acorralado. Buena me espera...

—Hijo, ¿qué te pasa?

—Nada de nada. Me apetecía un poco de aire fresco.

—A mí no me engañas. Desde que os vi llegar, noté algo raro entre Molly y tú.

—¿Raro? ¿El qué? No ocurre nada.

—Tu lenguaje corporal dice otra cosa. Nunca le das la espalda, siempre atento a todos sus movimientos por si necesita algo...

—Llevo meses cuidando de ella, ya es un acto reflejo.

—Will... Antes, cuando Molly recibía insinuaciones de un hombre, te reías como los demás. La vacilabas o le dabas la enhorabuena. Ahora te enfadas.

—No me he enfadado.

—Conozco a mi hijo.

La seguridad en su voz me apabulla. No puedo discutirlo.

—Estás tenso, cariño. Ya no eres el hombre inmaduro y despreocupado al que todo le hace gracia. Sé que ha ocurrido algo entre vosotros. ¿Estáis juntos...? —pregunta con una mirada intensa.

Mi pulso se acelera y bajo la vista. No quiero mentir a mi madre.

—No estamos saliendo, si es lo que preguntas.

—Will... —musita con pena. Y siento que las lagrimas arden en mis ojos pugnando por salir. Me estoy enfrentando a una realidad que había empujado muy al fondo de mí como una imposibilidad absoluta. Únicamente me sentía feliz y agradecido por lo que estaba viviendo con ella. Sin pretensiones. Mi única recompensa es saber que esa niña es mía, no soy digno de nada más.

—No te preocupes por mí, mamá. Está todo controlado.

—Dudo mucho que sepas dónde te estás metiendo, hijo... Estas cosas nunca acaban bien y Molly es de la familia.

—Los dos tenemos claro lo que estamos haciendo. Está controlado, en serio.

—No lo parece, William... Córtalo, antes de que empeore.

Sus palabras, vacías de esperanza, me duelen. Es como si diera por hecho que fuera a estrellarme contra una pared y quisiera impedirlo. Supongo que ese muro invisible existe. Se trata del estatus de Molly y el mío. En el fondo todo el mundo sabe que no estoy a la altura de una mujer como ella y que nunca lo estaré.

—¿No ves ninguna posibilidad de que salga bien? —pregunto con una sonrisa herida—.

Tampoco soy tan malo, mamá... No todo se reduce a los logros materiales, soy buena persona. Sé que no he conseguido nada relevante en la vida, pero ya tienes dos hijos de los que enorgullecerte. A mí tienes que quererme hasta donde puede ser.

Mi madre me mira pasmada.

—¿Qué estás diciendo, Will?!

—Estoy trabajando mucho para no decepcionarte, pero me llevará algo más de tiempo, mamá...

—¡Hijo, basta! —exclama agarrándome del brazo—. ¡Yo no podría estar más orgullosa de ti! ¡Eres el alma de esta familia! El que maneja la dinámica cómica de la que todos presumimos, por eso cuando no contribuyes en algo, se nota. Tu calidad humana es una bendición para todo el que tiene la suerte de cruzarse contigo, Will, y no cambiaría eso por nada del mundo —dice con los ojos vidriosos.

¿A que termino llorando...?

—Pero no crees que Molly pueda quererme —consigo decir.

—Si no confío en ello, ¡no es por ti!, sino por ella. La conozco desde que era una niña y siempre ha tenido problemas de confianza. Es una mujer solitaria, hecha a sí misma, que nunca ha querido crear vínculos familiares porque el suyo deja bastante que desear... Y ahora tú te vuelcas en ayudarla, cae rendida a tus pies porque eres increíble, y te enamoras y sufres, como está pasando ya. No quiero eso para mi hijo. Tú te mereces una vida con amor, Will. Te mereces a alguien que te quiera más que a sí mismo. Y esa no es Molly.

Imagino una avalancha de gente virtual echándosele encima por decir eso. Ella no lo entiende. El lema de mi generación es que hay que quererse a uno mismo por delante de todo, pero me sorprende achicando agua de mis ojos porque lo que ha dicho me parece precioso. Es el único amor que ella conoce, darse por completo a los demás. Es el que mi madre siente por mí. Por todos nosotros.

—Tranquila, mamá...

—No, tranquila, no. Mereces ser «el amor» de alguien, no solo «el sexo». Tú vales mucho más.

La verdad cae como un jarro de agua fría.

Me dan ganas de contarle toda la verdad para que entienda a todo lo que estoy renunciando si me alejo de Molly, pero sé que pensaría lo peor de mí. Porque lo que hice es injustificable... y demuestra que no soy una bendición para nadie. Que me merezco justo lo que tengo, que es nada. Medio millón, para conseguir un hallazgo clínico que no me condene por completo como ser humano y me redima un poco.

—Gracias, mamá... —digo solamente—. Voy a pensarlo.

Volvemos dentro y Billy aparece para ofrecernos un distendido encuentro frente al fuego mientras nos sirven unas copas. Es lo único decente que ha salido por su boca desde que hemos llegado.

Accedemos a la zona de la hoguera, donde hay troncos de madera y algunos sillones para acomodarnos con mantas. Es un buen plan.

Me obligo a pensar solo en mí y me siento en un sillón individual. Mi padre me imita y deja que mi madre y Molly se sienten juntas en una especie de sofá. El resto de las parejas comparten banco, mantas y besos. Los “Na” a todos... Nada que el hidromiel artesano no pueda solventar.

Billy trae dos botellas del famoso brebaje llamadas Big Lost. En una pone *Wild Man* y en la otra *Crazy Woman*. Perfectas para la ocasión.

Hablamos de temas sencillos. De lo bonitas que se ven las estrellas cuando estás alejado de la

civilización. De la calma que se respira. De lo que te ayuda a ser consciente de ti mismo como un milagro que vive suspendido en una bola diminuta en medio del espacio...

También nos acordamos de John y lamentamos que no esté.

—Intenté convencerlo de que viniera, pero me dijo que estaba en medio de una investigación muy importante que no podía dejar —dice Max.

—Sí, la que tiene con Will —expone Molly como si nada.

—¿Estáis haciendo algo juntos? —pregunta Max interesada.

Molly me mira extrañada, preguntándome si la ha cagado. Me tomo mi tiempo en contestar. Le pedí a John que no dijera nada.

—Una que estamos investigando juntos... —digo sin más.

—La semana pasada estuvo cuatro días en Australia con él —completa Molly—. ¿No les has contado nada?

—¿Cómo que te fuiste a Australia? —dice Ray—. ¿Sin decir nada?

—Fue un viaje relámpago, estuve casi más tiempo en el avión que allí.

—Parece importante —murmura Jackson.

—¿Por qué no nos has dicho nada, Will? —pregunta mi madre.

—¿Por qué tiene que dar explicaciones? —replica mi padre—. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer, ¿verdad, hijo?

—Gracias, papá.

—Pues hazlo... —Y la mirada que me echa mi padre me transmite que no está hablando de mi viaje, sino de Molly. Seguro que mi madre ya le ha puesto la cabeza como un bombo antes de ir a cenar.

—¿No le has contado a nadie que estás a punto de conseguir algo importante con tus algas? —me pregunta Molly.

—No. No suelo vender la piel del oso antes de cazarlo. Si luego no sale bien, es doble decepción.

—¿Qué algas? —pregunta Ray—. ¿Y por qué John lo sabe y yo no? Me siento apartado.

—Bienvenido a mi mundo —contesto con inquina.

Se hace un silencio.

—Bueno, este niño está dormido —dice Cris, que suele huir de los enfrentamientos de este tipo.

—Ya me lo llevo yo —Se levanta mi madre—. Quedaos y disfrutad, yo voy a leer un rato. Tráeme luego a tu padre, Ray. O terminará en el fondo del río...

—Espera, me voy contigo, cielo —La sigue mi padre—. Esta reunión me huele a chamusquina y no es por la hoguera...

Yo también debería irme, sin embargo, ahora mismo soy esa persona que se queda mirando al fuego mientras todo arde.

Nos quedamos en silencio hasta que mis padres desaparecen.

—No sabía que habías vuelto al estudio clínico... —formula Max—. Pensaba que necesitabas mucho dinero para seguir avanzando...

—He estado ahorrando —contesto con voz ronca.

—Tú no has ahorrado un centavo en tu vida —replica Ray.

—Insistí en pagarle parte del alquiler —dice de pronto Molly y lamento mi suerte. ¿No se da cuenta de que no me ayuda diciendo eso?—. Fue la única forma de convencerme para que me quedara en su casa. Era lo menos que podía hacer...

—Eso era lo menos. ¿Y lo más...? —bromea Ray lascivo.

—Eres imbécil, Ray —escupo enfadado.
—Y tú eres muy fácil de provocar, Will.
—Que te jodan.
—Chicos... —intercede Cris—. No estropeeis este momento, por favor.
—No sabes ganar, Ray. Lo tienes todo en la vida y te divierte torturar a quien no lo tiene. Eso es mezquino.
—Igual es mi forma de ayudarte, idiota.
—¿Ayudarme cómo?! ¿Hundiéndome más en la miseria?
—Dándote la razón. Tú crees que eres mediocre en todos los aspectos y yo te pico para demostrarte que en realidad no lo piensas. Solo es tu zona de confort.
—¿Ser mediocre es mi zona de confort?
—¡Sí! ¡Así no tienes que esforzarte por luchar por nada! Total, no lo vas a conseguir porque no lo mereces, ¿no?
—No tienes ni puta idea, Ray. Yo me esfuerzo mucho. Que te diga Molly cuántas horas le meto al estudio.
—Muchas. No hace otra cosa —habla Mol.
—¿Estás segura de que no hace otra cosa? —contesta burlón.
—Basta, Ray —digo sin alzar la voz, pero todos se callan al escuchar la dureza con la que he pronunciado su nombre.
—No puedo —Sonríe mi hermano—. Es demasiado divertido ver cómo intentáis esconder que estáis liados cuando salta a la vista.
—¿Y qué? ¿Tienes algo que objetar? —replico envenenado.
Se hace un silencio y Ray sonríe triunfante.
—Absolutamente nada.
—Pues cállate de una vez...
—Bueno, sí, tengo una duda.
—¡Ray! —lo riñe Max.
—Yo también tengo dudas —dice Jackson levantando la mano como si estuviera en el colegio.
—¡Jack!
—Tranquila, cariño, solo estamos hablando....
—Es que creo que no tenéis que meteros en sus vidas. ¿Había alguien tocándote las narices mientras tratábamos de decidir qué éramos?
—¡Sí! ¡Mucha gente!
—Molly y Will son dos adultos que están en todo su derecho de no compartir con nosotros lo que hacen o dejan de hacer juntos... Ni cuándo empezó ni cuándo acabará, porque creo que ni ellos lo saben...
—Ya ha acabado —digo de pronto—. Nunca hemos estado juntos.
Molly me mira acongojada.
Lamento que se entere así, pero...
De pronto, todos la miran con compasión.
—Bueno, yo... —carraspea ella—. Me voy a ir a la cama. Estoy cansada del viaje. Hasta mañana, chicos.
—Hasta mañana —murmuran todos. Menos yo, porque no voy a acostarme sin hablar con ella y pedirle perdón por esta escenita.
—Te aplaudo, Will —empieza Ray—. Cuando creo que no puedes cagarla más, vas y te

superas.

—Déjalo ya —digo bebiendo un trago directamente de la botella—. Has ganado.

—¿Que yo he ganado?! Lo que has hecho es echarla a los leones. Mejor dejar antes de que te dejen, ¿verdad, hermano?

—No había nada que dejar —jadeo.

—Seguro que en cuanto llegue a la habitación llama a recepción para pedirle a Billy que le lleve un poco de hielo a su cabaña...

—Como debe ser —digo indolente. Siento cómo el alcohol crea una película protectora en mi corazón—. Que haga lo que quiera.

—¿Y si no quiere, idiota?! —exclama Max enfadada—. ¿¡Llegáis aquí, se le insinúa un tío guapo y le das luz verde?! Ray tiene razón, ¿eres imbécil!

—¡Gracias! —la señala Ray feliz—. ¡Al fin alguien lo ve!

—Que os jodan a todos —replico en tono neutro.

—Will, estoy con ellos —se posiciona Jackson—. Eres idiota, tío...

—¿Por qué? —digo enfadado.

—Porque no la has dejado elegir. Has dado por hecho que Molly se merece más que un tío como tú y huyes de ella antes de que te rechace. ¿Y si ella quiere estar contigo?

—No quiere.

—¿Y por qué te enfadas por que te vacilemos con ello, si tú eres el primero que lo piensa?

—Porque en realidad no lo piensa —señala Ray perspicaz—, pero es un cobarde que está muy cómodo en su mediocridad.

—Yo también os quiero —contesto herido—. Dadme las gracias por existir, sin mí no podríais sentiros superiores a nadie...

—Nosotros no nos creemos superiores, eres tú el que se siente inferior —remarca Max hábil.

—¿Queréis verme destruido? —Me pongo de pie. Y el maldito hidromiel hace que el suelo se tambalee—. No os preocupéis. Voy a ello ahora mismo... Va por vosotros, chicos —levanto la botella.

Comienzo a andar hacia la cabaña de Molly.

—¡Will, ahora no es el mejor momento! —me grita Max alarmada.

—Tranquila, solo voy a demostraros que tengo razón. Y que «mi mediocridad» no es mi zona de confort, es mi puta realidad.

—¡Jackson, haz algo! —escucho que le dice.

No oigo su respuesta, pero no se mueve. Cuchichean entre todos, pero ya no les entiendo. Lo importante es demostrarles que no soy un cobarde, solo soy realista. Aunque, si no fuera por el hidromiel, quizá no me atrevería a hacer esto.

Llego a la puerta de Molly y doy unos ligeros golpecitos en la hoja.

Ella abre y no parece extrañada de verme. Es Summa Cum Laude en hombres enamorados de ella.

—¿Qué quieres, Will?

—Hablar.

—¿No has dicho que se había acabado?

—Sí, eso he dicho, pero tú no has dicho nada.

—¿Ahora quieres mi opinión? Qué considerado por tu parte...

—Lo siento, ¿vale? El privilegio es tuyo... y te lo he quitado.

—¿El privilegio de qué?

—De partirme el corazón.

Ella me mira asustada. Sé que este no es su tema favorito.

—Pensaba que podría, te lo digo en serio —comienzo—. Pensaba que estar encerrados juntos en un piso me provocaba un fervor enfermizo por ti, pero cuando me fui a Australia y me relacioné con otras personas, me di cuenta de que cuando salieras de mi vida, me costaría mucho estar sin ti. Intenté desintoxicarme tomando un poco de distancia, quedando con mis amigos y con mi hermano, pero al final tuve que reducir mi jornada de trabajo para recuperar las horas perdidas contigo. Y ahora venimos aquí, se te pone a tiro un tío formidable y no soporto pensar que puedas tirártelo. Porque eres libre de hacerlo, no tenemos ningún compromiso. Yo solo tenía dos opciones, pedirte que seas mi novia o dejarte libre. Y he elegido lo segundo sin darte la oportunidad de elegir.

—Will, yo...

—Mis hermanos dicen que no te lo he preguntado porque soy un cobarde, pero básicamente no lo he hecho porque ya sé la respuesta...

—abes que yo no tengo novios... —dice sobrepasada.

—Lo sé, créeme, pero ellos están obcecados con que lo nuestro es especial y con que el amor lo puede todo..., aunque creo que en realidad solo les gusta ver cómo me arrastro por el lodo. Así que te lo preguntaré: ¿formalizamos lo nuestro o lo terminamos aquí, antes de que rompamos nuestra amistad?

Que la respuesta no sea una risa o un No inmediato me sorprende.

Molly sondea mis ojos en busca de una opción que no sea ninguna de esas dos, pero lo siento, es hora de mojarse y elegir. Y de demostrar que tengo razón.

—No puedo, Will... No tendría sentido formalizar nada.

Sus palabras duelen como si acabaran de quitarme una tirita pegada a una herida infectada. Intento distraerme del dolor avanzando a cámara rápida.

—De acuerdo. Bien. Hecho. Finiquitado. Ya podemos pasar página. Siento haberte molestado con esto. Buenas noches.

Me alejo de ella sin dejar que diga nada más y con una sensación horrible en el estómago.

Un flash de momentos épicos con música, como cuando muere un concursante de *Los Juegos del hambre*, revolotea en mi cabeza con el sonido de un disparo y mi foto incluida. Acto seguido, vomito en un seto. No es una crisis por lo que acaba de pasar, debe ser el hidromiel.

Vuelvo junto a la hoguera, pero no tomo asiento. Todos me miran expectantes.

—Ha dicho que no —informo.

—¿Qué le has dicho exactamente? ¿Y qué te ha contestado? —pregunta Max, preocupada.

—Le he dicho que estaba loco por ella y que si quería ser mi novia, y me ha dicho que no. Que no tendría sentido formalizar lo nuestro.

Un silencio espeso recorre la hoguera y la pena me embarga.

—Espero que ya estéis contentos... —digo antes de poner rumbo a mi cabaña.

—Will, espera... ¡no te marches! —grita Max.

—Will... —escucho a Ray con algo de sufrimiento en la voz por primera vez.

—Id a buscarlo —los insta Cris angustiada.

—No. Dejadlo en paz —dictamina Jackson—. Dejadle de una vez.

Un calor extraño se apodera de mis ojos. Se acabó. En realidad, aunque sepas que va a llegar el momento del último suspiro de algo, cuando llega te destroza igualmente. La muerte de cualquier cosa es un instante horrible. Una quietud fría. Una tristeza densa y pesada que no obedece a ninguna distracción. Solo puedes sufrirla y rezar para que no te aniquile.

Al llegar a mi cuarto, me meto en la cama sin tan siquiera ponerme el pijama. No tengo

fuerzas. Mañana será otro día.

Mañana empieza el resto de mi vida... sin los labios de Molly.

capítulo 20



—No quiero hablar de él —le digo a Max en cuanto la veo al otro lado de mi puerta—. Por cierto, feliz cumpleaños.

Al llamar ya sabía que era ella. Es curioso distinguir a una persona por su forma de llamar a una puerta. Con timidez, con curiosidad. Con culpa...

—¿Y si te lo pido como regalo?

—Ni con esas —contesto terca—. ¿Sabes lo que quiero? Que nada estropee este fin de semana. Quiero pasarlo bien en tu cumpleaños, ignorar lo mío con Will, como tenía pensado hacer desde el principio, y centrarnos en lo realmente importante que eres tú. ¿Te parece?

—Me parece —contesta encantada.

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—Día completo de aventura con recorrido en barca por el río de Jackson Hole, picnic al aire libre improvisado, y al atardecer un tour por el parque nacional de Grand Teton para ver animales como osos pardos, lobos, alces, bisontes, antílopes y águilas calvas.

—Perfecto. En marcha.

Al entrar en el comedor para desayunar los ojos de Will coinciden con los míos. Siento que todo el mundo está pendiente de si nos saludamos.

—Buenos días.

—Buenos días.

Misión cumplida. Somos supermaduros.

No obstante, cuando vamos a coger los coches para desplazarnos hacia el valle de Jackson Hole, me subo en el todo terreno de Max y Jackson, esperando que Will se suba también, como hicimos desde el aeropuerto, y Ray y Cris me sorprenden subiéndose detrás conmigo.

Los miro extrañada. Lo lógico sería que ellos fueran con su hijito.

—Hola.

—Hola... —Me muevo señalando que vamos a estar un poco apretados.

—Le hemos pedido a Will que vaya con Liam en el otro coche.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Me inventaría un motivo, pero lo cierto es que no queríamos perdernos la conversación de este coche —responde Ray con sinceridad. Y al decirlo me recuerda a ese aire loco que tenía Will cuando todo le importaba un carajo.

—Le he dicho a Max que no quiero hablar del tema —resumo.

—Mientras no se hable, bien. Lo que no quiero es que se hable y perdérmelo.

Me lo quedo mirando y veo a Cris pidiéndome perdón con la mirada y sonriendo avergonzada después. No van a dejarlo correr...

Inspiro profundamente y expulso el aire.

—Que conste que no os debo ninguna explicación... —empiezo indignada. Que nadie trate de interrumpirme diciendo que no se la dé, me chiva que esto es de interés general—. Mi rechazo no es nada personal. Will es maravilloso y el mejor amante que he tenido, pero quiero estar sola. Es como mejor estoy. Y Will... —Nada. Que no se animan a interrumpirme. Siguen en silencio casi aguantando la respiración—. Will se merece estar con alguien que sepa... apreciarle. ¡Y no es que yo no le aprecie!, es que aprecio más mi soledad, ¿entendéis?

Nadie dice una palabra.

—¡No es nada personal...! —repito nerviosa—. Es que yo soy así.

—Y es respetable —dice Max saliendo en mi defensa.

—Respetable, sí... ¿Cierto?, ¡meeeeh! —opina Ray.

—No empieces... —masculla Cris.

—Es que es mentira —oigo decirle al oído en un tono de voz perfectamente audible.

—Es la verdad —lo enfrento.

—¿Ah, sí? ¿Alguna vez has probado a tener una relación seria?

—Sí, y ha sido un fracaso.

—Repetiré la pregunta, ¿alguna vez has tenido una relación seria con un tío que no sea un pibón superficial de encefalograma plano?

Me quedo callada.

—Ergo... te da miedo descubrir lo que pasaría si lo intentaras con alguien que fuera feo...

—¡Will no es feo! —gritan al unísono Cris y Max.

Veo a Jackson reírse a través del retrovisor, y como siempre, me saca de quicio. Porque tiene que significar algo muy malo.

—¿De qué te ríes, Jack? —pregunto mosqueada.

Él niega con la cabeza, como siempre hace, para parecer interesante. Lo que todavía me irrita más.

—¡Dilo!

—Es que Will debería estar en este coche...

—¿Por qué?

—Porque llevo toda la noche preocupado por él y acabo de darme cuenta de que no tengo porqué.

—Explícate.

Entonces veo cómo Max lo mira y soy yo la que se da cuenta de que está en presencia del amor verdadero. Porque de alguna manera, confía en que lo que va a decir va a hacer papilla mis principios. Y es algo que ella no puede hacer, porque es mi mejor amiga y sabe que tiene que ponerse de mi lado, aunque Will sea su hermano.

Me muerdo los labios preparándome para la ofensiva.

—Verás, tenía miedo de que hubieras roto a Will de tanto utilizarlo, pero entre que has dicho que es el mejor amante que has tenido... ¡TÚ!, y que Cris ha gritado que no era feo, sé que, el día menos pensado, seguramente cuando haga lo que tenga que hacer con esas malditas algas, recuperará su amor propio y conocerá a una chica que sabrá ver en él lo único y extraordinario que es.

Me quedo helada. ¿Will con otra? Vale, o sea que ahí es donde quería clavarme la estaca. Pero igual él tampoco encuentra a ninguna mujer como yo... que sea... ¿qué soy exactamente? Nada especial.

—Y tú, seguirás «feliz» sola —remata Ray.

—Soy muy feliz sola, gracias.

—Eso era antes de estar con Will. Después, cuando vuelvas a estar realmente sola, me lo cuentas...

—No voy a estar sola. Tengo a mi hija.

—Si estás tan bien sola, ¿por qué has querido tenerla?

—Ray... —musita Cris contrariada.

—Yo te lo diré. No confías en los hombres. Y menos en los guapos. Pero ahora que te has enamorado de uno feo, te aterra más que nunca confiar en él. Porque quizá él no te falle, y eso..., eso es salirte de tu zona de confort a lo grande. ¡Son los dos iguales!

—¡Que Will no es feo! —exclama Max desde el asiento delantero.

Jackson vuelve a reírse.

Menuda familia de locos. Resoplo y decido callarme, porque queda un día largo por delante y no quiero montarla.

Cuando salimos de los coches, el estómago me da un vuelco al ver a Will de nuevo con Liam en brazos. Se maneja tanto con bebés como con mujeres, el tío. Misma destreza y facilidad.

Llegamos a orillas del río donde los equipos nos esperan para organizar la travesía.

—¿La balsa es segura para mujeres embarazadas? —oigo que pregunta Will—. ¿No habrá zonas de rafting?

—No, no. Es un recorrido muy tranquilo. Son aguas calmadas, no hay peligro.

Reparte chalecos para todos y Will se asegura de que yo lo tenga bien atado, tirando de mis cintas, sin decirme nada y sin hacer contacto visual. Cris será la única que no monte, nos esperará en la zona de la comida con Liam.

Al subir a la balsa, Will se coloca a mi lado para ayudarme. Está muy atento a mi seguridad y se lo agradezco. Quiero decirle algo, pero no es el momento. Tampoco sé qué le diría. «Gracias», supongo. Gracias por no reaccionar mal. Por entenderme, porque creo que lo hace.

Me gustaría decirle que yo no quiero terminar nada con él, pero tampoco empezar, pero no me dejó alternativa. Entre arriesgarme a formalizar algo y que acabe fatal o terminar ahora e impedir que se rompa nuestra amistad, elijo lo segundo.

Lo único que tengo claro es que no quiero perderle del todo. Prefiero joderme y tenerlo como amigo para siempre antes que eso.

Quizá Ray tenga razón y sea miedo lo que tengo. Pero lo tengo. Es real. Y el miedo es lo que mantiene con vida a la mayoría de los animales en la naturaleza. De valientes está lleno el cementerio.

La balsa se tambalea y Will se agarra a las cuerdas del exterior cruzando una mano en mi espalda. Yo estoy bien agarrada, pero ese gesto, sin duda, me da más seguridad.

Nos miramos un instante y espero que lea la gratitud en mis ojos. Pero ocurre algo mejor, de pronto, me sonrío.

—Como mola esto —dice emocionado.

Es oírle y el ambiente se relaja ostensiblemente. Se recupera. El ánimo del grupo cambia, y me doy cuenta de la falta que nos hacía que Will estuviera bien. Del calado que tiene para todos que haya sonreído. Ray tiene razón, desconoce el alcance de su poder y estoy más segura que nunca de que no quiero perder a alguien como él en mi vida. Sé que si no seguimos adelante, podremos superarlo.

Me había planteado irme de su casa, pero creo que será más positivo que me quede y aprenda a poner distancia entre nosotros, antes de que tenga que irme de su casa porque la mía ya esté lista.

El resto del día es una gozada. Todo son risas, fotos y recuerdos bonitos. Es como si Will hubiese hecho clic en su mente y nada hubiese sucedido. Me refiero a los dos últimos meses. Su pesar ha desaparecido. Su nerviosismo. Sus miradas. Ahora son protectoras, no lascivas...

Mira tú. ¿Qué rápido se le ha pasado el disgusto, no? ¿Y si es una trampa? Ya sabes, la típica para atraer de nuevo a un animal asustado sin hacer grandes gestos dramáticos...

Lo desecho. Creo que mi trabajo en *Consigue al tío* me ha vuelto una cínica que se imagina cosas y se cree sus propias películas.

Por la tarde, hacemos una increíble excursión en un Jeep reforzado y me sobresalto cuando nos encontramos con tres osos.

—¡Madre mía!

Automáticamente cojo a Will de la mano, que me mira con media sonrisa sin dejar de observar cómo las fieras nos acechan y se relamen. Qué miedo. Recordad mi respeto a los animales... Cuando uno se pone de pie interesado en mí, escondo la cara en su brazo.

Will no me suelta hasta finalizar la ruta. Ni yo a él. De hecho, en un momento dado, me cojo a sus manos con las dos mías y me acurruco contra él porque empieza a hacer frío. Él me protege con su cuerpo, ajeno a cualquier mirada de su familia. Es una nueva comodidad a la que podría acostumbrarme.

Cuando volvemos al rancho ya es noche cerrada.

Quedamos en ducharnos y arreglarnos para la gran noche de celebración del cumple de Max, pero me doy cuenta tarde, estando ya en pelota picada, que el agua no sale caliente ni a la de tres.

—Maldita sea... —mascullo.

Tengo dos opciones: llamar a Buffalo Bill para que venga a arreglarlo, encontrándome solo con una toalla alrededor y creyendo que le he llamado para que me arregle a mí, o llamar a Will para preguntar si puedo usar su ducha...

La antigua Molly llamaría a Bill y se daría una alegría. Así de fácil. Pero la nueva Molly...

—¿Will?

—Dime.

—No me sale agua caliente. ¿Has terminado de ducharte? ¿Puedo usar tu baño?

—Sí. Justo acabo de salir. Ven, si quieres.

Dicho y hecho.

Con lo que no cuento es con encontrar la puerta de su cabaña entornada y a él con solo una toalla alrededor de la cintura, el pelo mojado y esos brazos capaces que han cargado cien veces conmigo contra una pared al descubierto. Glups...

Aprended de mí y no hagáis esto en casa. Es peligroso.

Mi boca se inunda de una baba extraña y viscosa. Mis pechos se hinchan doloridos. Algunas articulaciones se tensan y mi entrepierna se licua. Ahora sí que necesito un Billy...

—Pasa... Todo tuyo —dice Will sin apenas mirarme.

Se da la vuelta y recorro su increíble contorno con la mirada. ¿Yo he renunciado a esto...?

Las notas aromáticas de su champú siempre me hipnotizan.

—Si necesitas algo, me lo dices —musita sin llegar a apartarse de la puerta, pretendiendo que pase muy cerca de su piel. Y que pase de largo además... ¡misión imposible!

—Sí que necesito algo —ronroneo desesperada.

Me mira con esos ojazos que ya no me engañan y me dicen que seguirá deseándome ahora y siempre, aunque esté con quien sea.

—¿Qué quieres? —pregunta sabiendo perfectamente la respuesta.

—Quiero una última vez. Me hubiera gustado saber que era el final... No he podido despedirme de nosotros...

Nos miramos, semidesnudos y temblorosos por el deseo, y un segundo después, me tiene acorralada contra la pared, haciendo que la ropa que traía limpia se me resbale de la mano. Solo puedo pensar en entregarme a su invasión. Al beso más cerdo y obsceno que me ha dado nunca.

Nuestras lenguas se enzarzan en una batalla resbaladiza que aviva aún más las llamas de nuestro frenesí.

—Siempre tienes unas ideas cojonudas, ¿lo sabías? —dice mordiendo y lamiendo mi barbilla.

Sonrí y gimo encantada de sentirme de nuevo entre sus fauces.

Will deja caer su toalla y me obliga a entrar en la ducha con él.

—Desnúdate —me ordena.

La promesa sexual que escucho en su voz me eriza todo el vello del cuerpo. Obedezco y me atrae bajo el chorro de agua caliente para besarme despacio. Empieza a enjabonarme el cuerpo con suavidad, haciendo que el deseo crezca cuando palpa sus zonas favoritas. La expectación me tiene al límite, y su enorme envergadura también. Pensar que otra mujer disfrutará pronto de él, me pone enferma.

Will me sube la barbilla con un dedo y comienza a devorar mis labios de una forma tan sensual que se me olvida hasta mi nombre. Quiero morirme y resucitar en sus besos, JODER.

De pronto, me da la vuelta y me besa el cuello. Se pega a mí y siento su dureza entre mis nalgas, cosa que solo hace que lo desee más.

El agua nos purifica mientras una de sus manos busca mi pezón para torturarlo. La sensación me hace cerrar los ojos y echar el cuello hacia atrás, notando que su otra mano se hace hueco entre mis piernas y descubre lo excitada que estoy.

Will suelta un gruñido bárbaro de aprobación, y no tarda en deslizarse hasta el fondo en mi interior. Un grito sale de mi garganta al notar cómo su carne distiende la mía. El placer es excesivo. Lo noto impulsarse de adentro afuera sin miramientos, haciéndome sentir el éxtasis en cada profunda estocada con unas ganas arrolladoras. Lo único que puedo hacer es entregarme a él. Resistir el placer y memorizar cada segundo juntos para atesorarlo por siempre.

Un orgasmo increíble recorre mis entrañas haciendo que mis piernas fallen. Por suerte, Will me sostiene y termina corriéndose con la misma intensidad.

Después el silencio. Más agua y un adiós. Sin conversación.

—Gracias... —musito cuando dejo su habitación. Ya estoy vestida, pero todavía tengo que arreglarme el pelo en la mía.

—Por nada —contesta sereno.

¿Por qué no podemos funcionar así? Sin celos, sin sentimientos, sin te quiero. Solo sentirnos el uno al otro y disfrutar juntos... Seguramente sea por el mismo motivo por el que me alegro de que nadie me haya visto volver a mi habitación.

Durante la cena cruzamos varias miradas entre nosotros, con la incertidumbre de si esa habrá

sido la última vez que follemos en la vida. Entre nosotros, digo. Aunque ahora mismo no me imagino haciéndolo con ningún otro hombre. Y menos, en mi estado.

El cumpleaños es todo un éxito, los regalos un acierto y las botellas de vino se vacían rápido. Para terminar, repetimos copas en la hoguera y Will vuelve a ocupar uno de los sillones individuales; volviendo a marcar las distancias conmigo.

—¿Hidromiel? —le ofrece Ray.

—Aleja ese mejunje de mí —contesta Will asqueado—. Esa cosa te obliga a hacer cosas que nunca harías...

«¿Como pedirme si quiero ser su novia como mero formalismo?».

Cuando los padres de Will se van a la cama con Liam, nos quedamos los seis jóvenes a charlar. Miedo me da...

—¿Jugamos al «Yo nunca»? —propone Cris achispada.

—Mejor que no, porque aquí algunos «siempre»... —replica Will sarcástico. Y todos nos reímos.

—Pues podemos jugar al «yo siempre» —inquire Jackson—. Por ejemplo, yo he... hecho el amor en las oficinas de Consigue al tío. Y quien lo haya hecho, tiene que beber.

—Entonces lléname el vaso —digo pizpireta—. Y a Will también.

—¡¿Qué?! ¡No! —exclama Max ultrajada. El resto estalla en risas—. ¡¿Cuándo ha sido eso?!

—Te he dicho que algunos «siempre» —dice el mamón de Will.

Cruzamos una mirada recordando esa hazaña. Qué montón de ratas...

Todos nos partimos de risa.

—Vale, me toca a mí... —dice Max—. Nos hemos pasado el día fuera de casa, pero HOY... yo he hecho el amor.

—No necesitaba saber eso —masculla Ray.

—¡Que beba quien lo haya hecho! —exclama Max divertida.

Will me mira con la expresión traviesa que otorga el vino peleón.

—Lo siento, pero tengo que beber —explica. Y cierro los ojos con una sonrisa.

—¿CÓMO...? —pregunta Ray—. ¡¿Con quién lo has hecho?!

—¿Tú qué crees?

Ray me mira alucinado.

—¡¿En serio?!

—A mí no me mires. Yo no he hecho el amor, yo solo he follado.

De pronto, la fiesta cae en una grieta oceánica tan oscura que siento que me ahogo. Notar que soy la única que sonrío es horrible. Solo veo ojos saltones por todas partes. Menos de Will, que tiene la mirada perdida en el fuego intenso.

—Solo era una broma para librarme de beber... —aclaro deprisa.

Pero nadie dice nada. Y Will termina levantándose.

—Creo que la fiesta ha terminado —musita serio. Se acerca a su hermana—. Feliz cumpleaños, Max. Te quiero con locura... Hasta mañana a todos —se despide caminando despacio.

No sé ni dónde meterme. Solo era... una broma...

Los demás nos quedamos mirando el fuego y espero una reprimenda por parte de alguno de los presentes, pero nunca llega.

—¿A qué hora nos vamos mañana? —pregunta Cris.

—A las doce.

—Bueno, pues nosotros nos vamos a dormir ya.

—Nosotros también —murmura Max. Y no engarza mi mirada cuando la fijo en ella—. Hasta mañana...

Todos se mueven y no tengo más remedio que hacerlo yo también. Nos decimos adiós con un murmullo bajo y me siento superculpable de este abrupto desenlace de la noche, pero creo que es mejor no remover más la mierda. Solo lo empeoraría.

Una vez en la cama, pienso en lo que he dicho.

«Yo no he hecho el amor». Es lo que siempre he defendido, que lo nuestro no era amor. Y yo no catalogaría un polvo de espaldas en la ducha como hacer el amor. ¡Ha sido puro vicio! Ha sido... la última vez de una gran mentira que casi nos vuelve locos. Como un maldito libro de Stephen King.

Capítulo 21



«Yo no hago el amor, yo follo duro».

¿No dijo algo así el chiflado de Grey? No es que haya visto la película ni nada, pero no dejaban de poner esa frase en los anuncios.

Vaya frasecita...

Puede que solo fuera un juego, pero tuve que retirarme porque no quería empezar a llorar delante de todo el mundo.

Lo más triste es que Molly me hizo ver que no sé hacer el amor. El sexo conmigo siempre es morboso, o eso espero, pero tiene razón, no es amor. Por eso no nos detuvimos nunca, porque la cosa no parecía estar complicándose hasta que levantamos la vista de nuestro ombligo y ya fue demasiado tarde.

Ayer tomé una decisión. Se acabó. «No te compliques más, chaval, o morirás de un ataque de celos. Te has ido a fijar en la chica más guapa del universo».

«Te mereces ser el amor de alguien, no solo el sexo», dijo mi madre. Y luego aparece, me pide una última vez, y como soy idiota, se la doy. ¿Qué más dan mil, que mil y una?

Pero aquello fue un antes y un después.

Quizá no hicimos el amor, pero esa postura me recordaba que ocupaba una posición privilegiada en su vida. Ella se entregaba por completo y yo la sentía más en mis manos que nunca.

La vuelta a casa ha sido sombría.

Creo que no he mirado a Molly a los ojos en todo el día excepto cuando ha llegado el momento de volver a casa en mi coche desde el aeropuerto.

Nos hemos despedido de todos y sus expresiones de desazón al mirarme no me han pasado desapercibidas. No importa, en 24 horas se les habrá olvidado mi sufrimiento. Seguirán con sus vidas y yo con la mía. Y Molly con la suya. Así debe ser.

Hacemos el camino hasta casa en silencio.

No me cabe duda de que, después de este fin de semana, nos será más fácil dar un paso atrás y volver a una normalidad sin sexo. Volveremos a cenar cada uno por su cuenta y yo volveré a encerrarme en mi despacho con mis algas. Ejecutamos el plan a la perfección.

Antes de irse a dormir, Molly se asoma por la puerta de mi despacho.

—Me voy a la cama...

—Vale. Buenas noches.

—Will... —dice arrepentida—. ¿Estamos bien?

Le diría que no recuerdo haber estado peor. Que la vida ha perdido luz, la comida, sabor, pero estaría mintiendo. La verdad es que me siento casi aliviado. Todo vuelve a estar ordenado y a tener sentido. No me merecía estar disfrutando tanto a su lado, y no por lo que puedan pensar mis hermanos, sino por lo que hice el día que se inseminó. Esto es justicia divina.

—Sí, estamos bien —digo tranquilo. Y puede que algo triste. Pero es lo que hay. No se me da bien fingir sonrisas. Suelo asustar a la gente cuando lo intento.

—Vale... Buenas noches.

Pasamos un par de días horribles sumidos en las más aberrantes frases hechas educadas. Una tarde, estando los dos solos en casa, llaman al timbre.

Molly se acerca a la puerta para que yo no interrumpa mi trabajo y la oigo abrir.

—¡Cariño! —grita alguien—. ¡Al fin, hija! ¡Qué escurridiza eres!

—Mamá... ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo me habéis encontrado?

—Max nos ha dado tu dirección, como no contestabas a mis llamadas, quería saber lo que estabas haciendo y con quién...

La oigo colarse en mi casa sin llegar a ser invitada.

—¿Estás sola? Por Dios, Molly, estás hecha un asco...

Me levanto al escuchar ese ataque gratuito. Yo tampoco es que esté muy visible que digamos, llevo un pijama raído, mi favorito, pero me pongo unos vaqueros y salgo al salón.

Molly me mira, suplicando ayuda, con el corazón en un puño.

—Mi amor... —empieza a decir con voz temblorosa—. Estos son mis padres, July y Steven Baker. Han venido de visita sorpresa...

«¿Mi amor?». Levanto las cejas pasmado.

—Molly no contestaba a mis llamadas y no entendía por qué, pero ahora ya lo entiendo todo... —murmura su madre mirándome de arriba abajo.

—Yo tampoco entiendo muchas cosas de ella, pero bueno —Me encojo de hombros. Molly abre los ojos con terror.

—¡Esa soy yo! Un pequeño desastre...

—Uno grande más bien... —mascullo por lo bajo, ofreciéndole la mano a sus padres—. Me llamo Will Williams.

—¿Will Williams? Parece una broma...

—Mis padres tienen mucho sentido del humor.

—¿Este piso es tuyo en propiedad? —pregunta July curiosa.

—Sí.

—Aquí no se puede criar a un bebé —opina alertada de que las cortinas no combinen con la tapicería del sofá—. Es demasiado pequeño...

—Nos iremos a mi casa en cuanto esté arreglada —explica Molly.

—Ah, menos mal...

Molly me mira pidiendo perdón por la snob de su madre. Yo la miro transmitiéndole que mi piso no tiene nada de malo para criar algo que ocupa menos que un bolso.

—Apenas se te nota la tripa, hija, ¿seguro que estás embarazada?

La miro de hito en hito por cuestionarlo, pero me muerdo los labios cuando Molly me ruega en silencio con la mirada.

«¿De verdad, señora? ¿Eso también lo hace mal?», hubiera dicho.

—Aún es pronto —farfulla Molly—. Solo estoy de 17 semanas. Pero algo sí que se me nota... —se pone las manos en la tripa.

—Estás tan delgada que simplemente pareces una chica normal.

—Ya tendrá tiempo de engordar —digo—. ¿Quieren tomar algo?

—No, no, mejor no... —contesta ella agarrándose a su bolso de Armani—. ¿Por qué no nos vamos a comer fuera? A algún sitio del centro, dudo que en esta zona haya algo decente...

Aprieto los dientes. «No vale la pena, Will», oigo en mi cabeza.

—Así me contáis cómo os conocisteis, vuestros planes de boda y en qué clínica privada nacerá el bebé.

—No vamos a casarnos —me planto. Molly me mira atribulada. Lo siento, pero por ahí no paso.

—¿Cómo que no?

—¿Para qué? Ni siquiera sabemos si seguiremos juntos cuando nazca el bebé.

—¡¿Perdón?! —exclama su madre. En ese momento miro al padre. Es como un jodido mueble. ¿Sabe hablar?

—Ya sabe cómo somos los jóvenes de hoy. Hoy sí, mañana no...

—¡Pero mi nieto no puede nacer fuera del matrimonio!

—¿Quién lo dice? —La enfrento.

No sabe ni qué contestar.

—¡Mi nieto no será un bastardo! —exclama indignada.

—¿Habla de ese bulto de dudosa procedencia? Si se hubiera molestado en asistir a alguna de las ecografías sabría que es una niña. Y ahora, por favor, márchese de mi casa, estamos ocupados.

—¡¿Cómo se atreve a echarme?! —berrea la señora, enfadada.

—La acompaño hasta la puerta —digo presionándole el costado para que se mueva—. Y por cierto, Molly siempre está preciosa. Ya quisieran muchas estar tan «hechas un asco», cuando van de boda. Gracias por su agradable visita, señores Baker.

—¡Esto es increíble! —exclama la tipa ya fuera de casa.

—¡Ni que lo diga! ¡Me ha dado usted una muy buena impresión!

Doy un portazo tremendo y me encuentro a Molly apoyada en la isla de la cocina con las manos en la cara.

—¿Qué has hecho, Will? —jadea.

—Así se alegrará cuando le digas que ya no estamos juntos.

—Va a recordarme este día el resto de mi vida...

—Espero que recuerde lo maleducada que fue con nosotros. ¿Estás hecha un asco? ¿Que si de verdad estás embarazada? ¿Que si esto es muy pequeño? ¿Que si vamos a casarnos? ¿Que si por aquí no hay restaurantes decentes? Si fuera tu novio de verdad, ella sería un gran motivo para dejarte...

Molly abre la boca, alucinada.

—De hecho, dile que te he dejado por su culpa. Que prefería cortar a tener que volver a verla...

De pronto, Molly se echa a reír.

—Te dije que era lo peor y no me creíste.

—Madre mía... ¿Cómo la soportas? —digo con la sonrisa en la boca.

—¡No lo hago! —clama alegre.

—¿Tu padre está vivo o está disecado?

Molly empieza a reírse con más fuerza.

—¡Me parto!

—No me sorprende que no quisieras ir a vivir con ellos. Creo que ha batido el récord de insultos en dos minutos.

—Sí. Es realmente agotadora. Pero gracias por... defenderme.

Me encojo de hombros.

—No soporto el maltrato. Sea del tipo que sea.

—Eres un buen hombre, Will... —dice con afecto.

Nuestros ojos se acarician por un momento y mi vista traidora emigra hacia sus labios sin mi consentimiento.

«No sirve de nada», me digo a mí mismo. No sirve de nada que sea un buen tío, porque ella nunca confiará en nadie. La han tratado demasiado mal en su vida. Y cuando se convirtió en un pibón, siguieron alimentando la idea de que ella no era más que su belleza.

Molly está mucho más jodida que yo. Y no soy «el justo» que vaya a pagar por todos «los pecadores» de su vida, porque yo también soy uno de ellos.

Me aproveché de ella. De su situación. De su cuerpo. Supongo que me pudo la codicia... Y nada de lo que haga podrá redimir eso.

—Voy a seguir trabajando —musito apartando la vista.

—Vale...

La escucho grabar un par de vídeos para TikTok con su habitual voz animadamente falsa y trato de concentrarme en mis células. ¿No sería maravilloso que comercializara una pastilla para el mal de amores? ¿Tiene un alga sentimientos? El loco de John me diría que sí...

En realidad, es con el que más hablo de todos mis hermanos. El que mejor me conoce y más confía en mis capacidades intelectuales, es el que siempre me anima y decido llamarle porque lo necesito.

—Hola...

—Uuuy, ¿qué te pasa, *bro*?

—¿Por qué tiene que pasarme algo?

—Tú nunca llamas, Will, siempre te llamo yo a ti.

—¡Eso no es cierto...!

—Lo es. ¿Qué sucede, Will?

—Nada... Simplemente, me apetecía llamarte.

—¿Va todo bien con Molly?

—No mucho...

—Dios... ¿Va a retirarnos los fondos?

—¡No! La cosa no va por ahí.

—Menos mal, porque en diez días vamos a gastarnos otros cien mil...

Oír esa cifra me da escalofríos. Sobre todo el «otros». No quiero ni pararme a pensarlo...

—¿Estamos haciendo lo correcto, John? —expongo mis dudas sempiternas.

—¡Por supuesto! Deberías confiar más en ti mismo, hermano.

—¿Por qué? Mis ideas siempre son una cagada astronómica...

—No sé por qué lo dices concretamente, pero te puedo asegurar que no siempre es así. Si

tienes problemas con Molly, este sería el momento idóneo para venirte a Australia una temporada...

—No puedo.

—¡Iríamos mucho más rápido contigo aquí! Pide una excedencia en el trabajo y...

—No es por el trabajo. No voy a dejarla sola...

—¿Todavía no te ha quedado claro que ella quiere estar sola? —dice con aspereza.

Me quedo estupefacto. ¿Cómo sabe él que...?

Lo oigo chascar la lengua.

—Mamá me ha contado lo de este fin de semana en el rancho —confiesa.

«Por supuesto...», pienso mortificado. No falla. Mi madre es Radio Macuto...

—No sé qué te ha dicho, pero no metas el dedo en la llaga, por favor.

—Es que me jode, Will. Me jode que no quieras venir por cuidar de una mujer que no te considera suficiente para ella...

—No es que yo no sea suficiente, es que no lo es nadie... Está muy jodida. Y muy sola...

—Así lo ha requerido.

—Solo tiene miedo —discurro para que no duela tanto—. Pero me necesita. No tiene a nadie más, John...

—Nadie es imprescindible, ¿sabes? Si tú no estás, se buscará a otra persona que la ayude, y resulta que tú tienes algo importante entre manos. Más grande que tú, que ella y que vuestro jodido y complicado amor hetero...

Pongo los ojos en blanco.

—Voy a colgar.

—Piénsalo, Will... Te estaré esperando con los brazos abiertos. Yo sí te necesito. Y mucho.

—Adiós, mártir.

Sus palabras no hacen mella. No después de la horrible escena que acabo de presenciar hoy con los padres de Molly. No miento cuando digo que no tiene a dónde ir con mi pequeña, y no quiero que esté sola. No pienso abandonarla cuando siento que me necesita, por mucho que me duela tenerla tan cerca y a la vez tan lejos.

Pasamos una semana sumidos en una correcta convivencia árida, improductiva e inhumana. Creo que se me está secando poco a poco el corazón, sobre todo cuando oigo que pone Adele. Es nuestra canción... la que bailamos juntos en la boda. Y su letra me deja hecho polvo...

There ain't no room for things to change

(No hay espacio para que las cosas cambien)

When we are both so deeply stuck in our ways

(Cuando ambos estamos tan profundamente metidos en nuestros caminos)

You can't deny how hard I've tried

(No puedes negar lo mucho que lo he intentado)

I changed who I was to put you both first

(Cambié quién era y nos puse a ambos primero)

But now I give up

(Pero ahora me rindo)

La situación es tan tensa que pienso en volver a ampliar la jornada de trabajo para no coincidir tantas horas en casa juntos. Horas que antes usábamos para amarnos y frotarnos de forma

incansable y que ahora pesan en silencio desembocando en una nula capacidad de concentración.

—Dile que se marche —me aconseja Shawn en el trabajo.

—No pienso decirle eso.

—No es tu responsabilidad, Will.

—En realidad, sí. Hicimos un trato. Ella me ayudaba a conseguir mi sueño y yo el suyo. Hay mucho dinero de por medio.

—Lo que hay son muchos orgasmos de por medio...

—También —asumo bajando la cabeza—. Pero no pienso darle la patada. Quiero cuidarla. Que esté bien...

—¿Crees que lo está, viviendo contigo?

—A ella le da igual todo. Como mucho, echará de menos mi polla.

—Es que tu polla es legendaria, amigo —bromea.

—Está visto que no lo suficiente...

—¿Qué me vas a contar? Una vez una me dijo que solo quería estar con alguien que la hiciera reír y la protegiese, y yo le pregunté que si tenía cara de payaso ninja...

Me río por no llorar.

—Pueden decir misa, pero al final lo que más les importa es el dinero y la estabilidad...

—A Molly, no. Ella tiene dinero.

—Por eso no necesita a ningún tío. La mayoría de la gente está en pareja para compartir gastos básicamente.

Sus palabras me hacen pensar. Es curioso como nuestro cerebro busca soluciones y respuestas a preguntas tan impredecibles y complicadas como «¿por qué no me quiere esta persona?».

Luego pienso en Jackson y en Max y veo que lo suyo no es una cuestión de dinero. Ambos van servidos, pero quieren estar juntos. Ahí hay algo más... Quizá la clave sea una cuestión de equilibrio. Y si es así, todavía me queda mucho para merecer a Molly. Es más, le debo dinero, joder. No hay peor situación que deberle dinero a una persona a la que tratas de impresionar. «Vas de puta madre, Will...».

Los días pasan y me siento perdido. No respondo a las incesantes llamadas de John. Tampoco a las de Max. Sin embargo, Ray me escribe para jugar al pádel y accedo. Me vendrá bien atizarle a la pelota.

Cuando nos encontramos en el club deportivo, su mirada es cauta y su rictus serio, no trae su clásica sonrisa vacilona.

—Hola. ¿Cómo estás, hermano?

—¿Por qué me miras como si tuviera cáncer? —respondo borde.

—No... Yo... no...

—¿Esto es una especie de INTERVENCIÓN? Porque yo he venido a jugar y a que mi hermano me toque los huevos metiéndose conmigo.

Mira hacia los lados, recalculando su estrategia.

—Lo siento, pero solo te falta una medallita en el cuello con la foto de un perro muerto para ser la persona más triste del planeta.

Sonríó automáticamente. Mi medicina. Por fin.

—¿Y tú qué? ¿Necesitas pelotear? ¿Te agobia la crianza de Liam? ¿Hace meses que no tocas a tu mujer? Cuéntame tus mierdas, anda, eso hará que me sienta mejor.

—Sí a todo —responde Ray con rapidez—. Mi vida se ha complicado de cojones, pero tengo mis momentos de felicidad. Dicen que cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

—Pues a mí que no se me abra ninguna, que igual me tiro...

Nos reímos juntos. El humor negro es nuestro lado fuerte. Necesitaba esto. Reírse de uno mismo es la mejor terapia. A mí me dan unos ataques de risa que no veas...

Vamos hacia la pista que nos han asignado y empezamos a jugar con una pareja con la que a veces quedamos.

Tras diez minutos castigando la pelota con dureza, Ray me habla.

—Estoy preocupado por ti, Will —Su leve jadeo armoniza la frase.

—No empieces...

—No hablo de Molly.

Al oírlo, me despisto y le miro. Punto para ellos.

—¿De qué hablas entonces?

—John me llamó... —confiesa renqueante.

—¿Qué le pica ahora al traidor? —digo indolente.

—Dice que... estás dejando pasar una oportunidad única en vuestra investigación. Que no quieres asumir tu responsabilidad del proyecto...

—Eso es justo lo que estoy haciendo —lo corto con dureza tras golpear la bola—. Asumir mi responsabilidad con Molly. No voy a dejarla tirada ahora. Aunque no quiera una relación conmigo...

—¿Y qué hay de asumir tu responsabilidad contigo mismo?

Aparto la vista, dolido. Y fallo el punto.

—Primero tengo que apechugar con las consecuencias de mis actos... después tendré el derecho y la libertad de pensar en mí mismo.

—¿Qué actos? ¿De qué hablas, Will?

No contesto.

—¿Esto es porque te la has follado y ahora crees que...?

—No —zanjo molesto. No puedo decirle la verdad. Ni a él ni a nadie JAMÁS. Ya fue una mala decisión contárselo a Jackson—. Le dije a John de posponer el estudio unos meses, hasta que nazca el bebé. No es ningún drama. Puede esperar.

—Según él, no. Esto podría cambiar tu vida, Will...

—¿Y si no quiero que cambie?

—Te dije que estabas cómodo en tu mediocridad —replica cabrón.

Lo miro estupefacto. Otro punto fallado.

—¡Eh, ¿jugáis o no?! ¡Dejad de rajar! —gritan los contrincantes.

—¡Juguemos! —respondo—, antes de que te rompa la cara... —barrunto iniciando el saque.

Volvemos a jugar con furia. Estoy cabreado. Punto para nosotros.

Nos batimos en duelo. Estoy muy cabreado. Otro punto más.

—Y ella también está muy cómoda en su soledad... —masculla Ray con alevosía.

Golpeo la bola, pero hacia su cuerpo en vez al campo contrario.

—¡Ah! ¡¿Estás loco?!

—Pues deja de hablar —lo amonesto.

—¿Sabes? Siempre he pensado que eras el más inteligente de los tres... Por eso sé que sabes que la estás cagando a todos los niveles. No volveré a decirte nada, me apartaré y esperaré a que tomes la decisión correcta, pero deja de hacer el ganso y endereza tu vida de una vez, Will.

—Mi vida va de puta madre —me enfrento a él cabreado. Tanto que los otros no interrumpen—. No todos tenemos que celebrar una gran boda, tener hijos y una pareja que nos quiera. ¡Se puede ser feliz de muchas otras formas!

—Y te lo compraría si fueses uno de esos tíos que está totalmente centrado en su rollo de las

algas, que disfrutara de su vida de soltero, de su libertad, de viajar cuando quiera sin que nada le ate, que se acuesta con quien sea cuando sea, pero no es tu caso, Will. Tú le has dado la espalda a tu rollo, estás enamorado de una tía por la que ni se te pasa por la cabeza luchar y estás atrapado en una vida que no te hace feliz.

—Jugar me hace feliz. ¿Qué tal si seguimos y dejas de sermonearme?

—Bien. Ya he terminado contigo.

Estamos casi media hora jugando en silencio. Y pensando. Y aguantándome las ganas de llorar y de salir corriendo hacia un bar para beber y olvidar la grotesca disección de mi vida que acaba de hacer.

Cuando llego a casa, solo pienso en cenar y meterme en la cama. Hoy no estoy para algas ni para nada. La imagen de Molly en mi sofá me araña el corazón una vez más y desvío el rumbo hacia la nevera para beber algo.

—Will... —me llama contrita.

Me acerco a ella con el zumo en la mano y bebo, adivinando que sus ojos traen malas noticias. Están hinchados. Tiene pinta de haber estado llorando.

—¿Qué pasa?

—Lo he estado pensando mucho y... creo que lo mejor es que me vaya de tu casa.

Un disparo al corazón me habría dolido menos.

capítulo 22



—¿Quieres irte? —pregunta dolido.

Lo duda porque supongo que ha notado lo mucho que me ha costado pronunciar esas palabras. Porque no es que «quiera», es que...

—Creo que es lo mejor —digo con sinceridad.

—¿Lo mejor para quién?

—Para ti, Will.

—Por mí no te preocupes...

—Alguien tiene que hacerlo.

Nos mantenemos la mirada con intensidad y la mía brilla como lleva haciendo toda la tarde, porque ya no me quedan lágrimas.

Yo antes nunca lloraba, era fuerte y dura, ahora estoy todo el día al borde del sollozo. La magia del embarazo.

—Molly...

—Will... —lo corto—. Ya lo he decidido.

Las palabras rasgan el aire a la par que su corazón. El mío está encharcado de pena, pero esto es lo correcto. Dicen que hay que tocar fondo para impulsarse y volver a subir. Y parece que este es el nuestro...

—¿A dónde vas a ir?

Durante estas dos semanas no he hecho otra cosa que pensar en esa pregunta. ¿A dónde? En un hotel no estaría cómoda; muy pocos metros cuadrados. Me estaba planteando seriamente irme con Max, pero nuestra dinámica desde el fin de semana del rancho ha cambiado. Mi peor pesadilla se ha hecho realidad. Nos hemos distanciados. ¿Cómo no vi lo intocables que eran sus hermanos para ella?

Y no me refiero a la grima que pueda darle que me lo monte con alguno. Si hubiera sido una aventura de una noche entre el *gigolò* de su hermano y la viciosa de su mejor amiga, lo habría pasado por alto, pero ver sufrir a Will fue muy distinto. Algún día, cuando él conozca a una

buena chica y tenga su gran historia de amor, recuperaré el afecto y el respeto de Max, pero ahora no es el mejor momento para pedirle favores.

Los días pasaban y me sentía cada vez peor. La actitud indolente de Will me consumía, mientras yo sentía un dolor casi físico por no poder besarle y no poder tocarle como quería.

El mono. Una sensación que no le deseo a nadie.

He pensando tantas veces en abordarle en el sofá o en entrar en su despacho y sentarme encima de él o de su mesa, que pensaba que iba a volverme loca.

Y no era una necesidad sexual. Lo juro. Solo lo necesitaba a él.

Pasar de tenerlo todo a no tener nada me había matado. Pero no podía darle lo que quería. Me destruiría si lo hiciera y saliese mal. ¿Qué cobarde, no? Quizá lo sea. Pero soy una persona práctica. Siempre he tenido la sartén por el mango y no puedo cedérselo a nadie, porque dejaría de ser yo. Mi seguridad desaparecería y me convertiría en alguien sin principios por miedo a que él soltara la sartén y me quemara.

Hay quemaduras de las que una nunca se recupera. La marca queda para siempre. La de Preston sigue ahí, recordándome que de lo único que puedo estar segura es de mí misma.

Tenía que resistir. Por él. Por mí. Por mi hija.

Y esta tarde, cuando se ha ido a jugar a pádel han llamado al timbre.

El miedo ha recorrido mi espina dorsal y he experimentado una sensación que no había tenido en la vida. Quizá sea porque mi centro de gravedad ha cambiado, y con él, muchísimas cosas más.

Cuando he abierto la puerta y he visto que era la madre de Will me he derrumbado. Aparte de en el avión, apenas hablamos el fin de semana del rancho, pero notaba que me miraba mucho.

Al despedirnos, me dio un abrazo sentido y me dijo que me cuidara mucho. Y en estos quince días tampoco he recibido su llamada semanal preguntándome cómo estaba, como justo castigo.

Venía sola. Cosa extraña. Y que su mirada me chivara que venía por mí y no por su hijo, ha hecho que empiece a llorar sin tan siquiera decirle «hola».

—Ven aquí, cariño... —Me ha abrazado.

Sentir su calor ha significado tanto para mí que ya no he podido cerrar el grifo.

—Shhh... Tranquila... —ha murmurado contra mi pelo.

Hemos conseguido llegar hasta el sofá y he tardado en serenarme.

—No voy a preguntarte cómo estás, porque ya lo veo.

—Me siento fatal... —he sollozado.

—Lo sé.

—Yo nunca quise que pasara esto...

—También lo sé.

—Me estoy muriendo, Gloria... Me mata verle sufrir y no poder hacer nada al respecto. ¡Yo no valgo para eso! No quiero destrozarle la vida. Ni cambiar la mía. Ni perderos a vosotros. Yo... no sé qué hacer.

—Cálmate, pequeña, y olvídate de Will. Es momento de pensar en ti —Me toca la tripa—. Quería saber cómo estabas llevando todo esto. Y mi intuición no fallaba. No podéis seguir así ninguno de los dos.

—No... —Me he sonado la nariz.

—Will no te dirá que te marches. Se dejaría morir antes que echarte de aquí. Tienes que irte tú, Molly.

He sentido un mareo al descubrir que había venido a eso. A pedirme amablemente que dejara en paz a su hijo de una buena vez. Me estaba invitando a irme desde el cariño, pero quería que

me fuera.

—Iba a hacerlo, Gloria..., de verdad. Estaba pensando a dónde ir.

—A mi casa —ha dicho contundente.

—¿Qué...?

—Quiero que vengas a mi casa. Allí estarás bien. Es grande y podrás entrar y salir a tu aire — Levanta un dedo ante mi queja inminente—. Y no, no nos molestas. Al contrario. Nosotros deseamos de tener a una de nuestras *hijas* en casa...

Oír eso ha hecho que me tape la cara con las manos y me lance contra el sofá para empezar a llorar de nuevo.

Gloria me ha abrazado y ha intentado consolarme. La familia Williams es una bendición. Cuando no son unos, son otros. Forman un equipo formidable.

Para terminar de convencerme, me ha contado que esto era una operación global promovida por John, para conseguir que Will viajase a Australia para perseguir un sueño en el que llevaban muchos años trabajando. Ray había invitado a Will a jugar al pádel para que ella pudiera venir a hablar conmigo a solas.

Gracias a esa información, siento que me voy por su bien, no por el mío. Y eso me ayuda a sobrellevarlo. Me están quitando de en medio para que él coja las riendas de su vida.

—Me iré a casa de tu madre —informo a Will—. Se lo he pedido y me ha dicho que sí. Solo serán un par de meses. Hasta que me devuelvan mi casa...

Tarda un poco en reaccionar. Casi puedo escuchar a su mente, pensando a toda velocidad qué debería hacer o decir.

—Como prefieras... —musita al final. Y desaparece de mi vista sin decir nada más.

Creo que tiene que asimilar que ha llegado el momento de separarnos. Yo le llevo horas de adelanto. Es momento de sanar, aunque yo nunca lo haga.

Ray tenía razón, él seguirá con su vida, conocerá a alguien que le merezca y yo intentaré vivir al margen, poniendo buena cara y fingiendo que no me duele haber perdido algo que sabía que me desestabilizaba emocionalmente. Más a menudo de lo que nos gustaría, deseamos cosas que no nos convienen, y hay que aprender a decirles adiós.

A la mañana siguiente, Will parece más entero y se acerca a mí mientras desayuno en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana... Hoy voy a recoger todo lo que he ido comprando en cajas.

—Quiero ayudarte a trasladarte.

—Tranquilo, contrataré a un equipo de mudanzas.

—Déjame hacerlo a mí —dice mirándome fijamente como si le fuera la vida en ello—. Por favor... —Y siento que si no aparto pronto la mirada haré una estupidez, como decirle que le quiero.

¿Cómo no voy a quererle? Pero a veces el amor no basta.

El desgarró que siento por él no lo he sentido por nadie en mi vida. Solo he vivido dos engaños y con Preston ayudaba que le odiase, pero con Will no puedo.

—No quiero causarte más molestias —musito a duras penas.

Él se preocupa al ver mi mirada acuosa y acuna mi cara con suavidad.

—Tú no eres ninguna molestia —dice como si quisiera grabármelo a fuego—. Tenerte aquí ha sido lo mejor que me ha pasado nunca...

Niego con la cabeza, destrozada.

—Te esperan cosas mejores, te lo aseguro. Mucho mejores que yo.

«Por eso me voy. Para que las consigas. Porque yo no te dejo».

—Yo no importo, Molly. Lo importante es que tú y Ashlyn estéis bien.

Asiento con las lágrimas cayendo por mi cara.

—Todo saldrá bien —Me las limpia con ternura—. Vas a ser la mejor madre del mundo, ya verás.

Me rompo y lo abrazo con fuerza. Como si no pudiera seguir respirando si no lo hago.

Él me abraza a su vez y noto que aspira profundamente mi aroma. El achuchón es tan reconstituyente que no quiero separarme de él. Llevaba demasiado tiempo sin tocarle, sin olerle y se me va la pinza. Busco su boca, pero en el último momento, él se aparta.

JAMÁS. EN MI VIDA. Me habían hecho una cobra.

JAMÁS. EN MI VIDA... Me había sentido tan vacía y perdida.

«Le he perdido».

La frase resuena en mi mente como un trueno en mitad de una tormenta.

Will se aleja de mí, pero se queda cerca para normalizar las cosas.

—Mañana por la mañana te llevaré a casa de mis padres, ¿de acuerdo?

—Vale...

Él desaparece todo el día y vuelve a última hora de la tarde, cuando ya lo tengo casi todo recogido. Supongo que no quería escuchar cómo empaquetaba mi vida y me alejaba de él. A medida que pasan las horas y el tiempo a su lado se agota, siento que cada minuto me asfixia.

Nos sorprende la madrugada sin desearnos las buenas noches. A este paso, no vamos a dormir nada, solo por no decirnos adiós otra vez. No creo que pudiera soportar su mirada de abandono.

Al final, me voy a la cama a leer y rezo para quedarme dormida con la luz encendida. En un momento dado, dejo el libro sobre la mesilla y me hago bola. Tengo los ojos cerrados. Me escuecen los lagrimales, pero consigo no llorar.

No sé cuánto tiempo pasa, hasta que noto algo en mi espalda.

Abro los ojos y me sorprende estar a oscuras. He debido de quedarme dormida.

El cuerpo caliente de Will presiona contra el mío y me abraza desde atrás. No puedo creer que mis oraciones hayan obtenido respuesta.

Trato de girar la cabeza para encontrarme con sus labios, pero los esquivo.

—Solo quiero abrazarte... Por favor..., déjame hacerlo.

Me relajo contra su cuerpo con una tristeza infinita. Supongo que, en lo más hondo de mi ser, había deseado que no me dejara marchar. Que decidiera reconquistarme y sumergirnos de nuevo en un hábitat sexual donde solo importasen nuestras bocas y nuestros cuerpos sin proposiciones radicales ni preguntas sobre el futuro. Solo nosotros.

Pero él ya se ha rendido conmigo. Sabe que mi corazón no funciona. Se lo advertí.

Una lágrima surca el lateral de mi cara, mientras le permito sentirme cerca una última vez. Estamos vestidos. Yo llevo un pijama fino sin ropa interior. Sabe que odio que se me clave en la piel mientras duermo.

Su mano traspasa mi camiseta para acariciar mi abultada tripa. La caricia de sus yemas sobre mi piel dura hace que me estremezca de placer. No puedo evitar que todo mi cuerpo se active.

«Solo quiere despedirse de Ash», intento tranquilizarme, pero su abrazo se hace más estrecho como si no pudiera retener sus ansias por acariciarme más.

Jadeo contra mi voluntad cuando su mano del lado del colchón rodea mi cuello y se queda apoyada sobre mi hombro libre. La otra permanece en mi tripa. Me siento atrapada y excitada a partes iguales.

Lo siento apoyar su frente entre mi hombro y mi cuello y resoplar. Como si estuviera

resistiéndose con todas sus fuerzas a hacer nada más.

—Quería dormir contigo una última vez... Solo eso... Pasado mañana me voy a Australia y no sé cuándo volveré —me informa.

Me alegro de que el plan de su familia haya resultado bien. Lo siento por mí, porque mi persona favorita no puede irse más lejos.

—Pero acabo de darme cuenta de que no puedo... Lo siento.

—¡No te vayas! —exclamo cuando siento que me suelta con intención de irse—. Abrazame, por favor...

—No puedo... —musita agonizante, pero sus manos vuelven a mí desobedientes para acariciar mi cuerpo con fervor—. Te deseo demasiado... Y no quiero que pase nada más.

—No pasará nada —jadeo con la respiración entrecortada—. Solo tócame... como si fuera cualquier otra chica. No me beses. No me hagas el amor. Pero no dejes que tocarme, por favor... —suplico.

Will gruñe conmovido y sus manos no dejan de aprenderse cada centímetro de mi piel esquivando los puntos más erógenos. Pero no importa, hoy por hoy, toda yo soy un punto erógeno. El más mínimo roce de su cuerpo contra el mío me excita, desde sus rodillas encajando en mis corvas, hasta sus dedos entrelazándose con los míos. Por no hablar de la barra de acero que me está clavando en la rabadilla.

—Will, te necesito... —gimo bajito, sintiéndome bajo su dominio.

Sus labios entreabiertos caen sobre mi trapecio a la vez que sus dedos se internan entre mis piernas. Mi grito sordo no se hace esperar. Siento que sus dedos aprisionan uno de mis pezones y noto el espasmo en todas partes. ¿Cómo puede ser tan bueno en esto?

Apenas me ha tocado y ya estoy a punto de correrme.

Abandono mi cuerpo a su merced y lo trabaja con una pericia envidiable, morbosa y tierna a la vez, como solo él sabe hacerlo.

No puedo más y giro la cara para que atrape mi boca, pero coloca una mano sobre ella, para impedirle a sí mismo caer en la tentación, y me lanza hacia el orgasmo al crear el efecto de ser forzada.

El estallido es bestial y podría jurar que él también se ha corrido, pero no nos movemos. Nos perdemos en una nube de quietud y bienestar de la que no queremos bajarnos nunca. Y nos dormimos.

Me despierto cuando un vacío frío sustituye el calor de su cuerpo. La claridad me ciega. No tengo muy claro si lo de anoche fue un sueño o realidad, pero no quiero saberlo porque, lamentablemente, eso no cambia nada.

Nada, es lo que nos decimos aparte de buenos días cuando lo veo salir de la ducha. No hay nada que hablar. Solo vestarnos y proceder con nuestra mitosis celular particular.

Will carga su Tesla negro con las cajas, bajo amenaza de muerte si yo cargo con algo más que no sea mi bolso.

En el trayecto de veinte minutos hasta casa de sus padres, pienso en qué decir.

—Espero que tu estancia en Australia sea fructífera para el estudio.

—Me voy para distraerme... Si me quedara en ese piso sin ti, me volvería loco...

Lo miro con el estómago encogido.

—Me vendrá bien cambiar de aires... —intenta suavizarlo.

—Céntrate en tu estudio. Sé que estás cerca de algo grande.

—Llevamos cerca tres años —farfulla—. Y tengo una vena pesimista inconmensurable.

—Lo sé, pero es muy graciosa.

Me mira por un momento, pero sus ojos vuelven a la carretera. No puedo evitar fijarme en que sus manos al volante son las mismas que anoche me llevaron al cielo.

—Yo confío en ti, Will... Sé que vas a lograrlo.

—Sea como sea, te devolveré el dinero —dice afligido.

—No te preocupes por eso. Y si necesitas más...

—Ni siquiera lo digas —me corta drástico—. Suficiente me arrepiento ya de haberlo aceptado...

—¿Te arrepientes?

—Sí —contesta certero.

—¿Por qué?

Él se piensa qué decir para no herirme.

—Es como ganar con trampas. No sé explicarlo muy bien...

—¿Sabes cuánta gente se hipoteca para apostar por un proyecto?

—Con un banco, no con un familiar. Y menos con... contigo.

—Yo soy mejor que un banco. No te pido intereses ni nada a cambio. Como si no me lo devuelves. Has hecho mucho por mí.

—Pues te he salido caro... —masculla.

De pronto, me doy cuenta de cómo ha sonado. Dios... ¿es como si le hubiera dicho que le he pagado por sus servicios! Pero se equivoca. Con esa cantidad me habría quedado muy corta.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Quiero que me devuelvas hasta el último dólar. Y rápido. Así que ya puedes ir poniéndote las pilas...

Me mira alucinado y disimulo mi diversión. Soy buena actriz. Demasiado buena, me temo.

Llegamos a la casa de los señores Williams, y con la ayuda de su padre, empieza a descargar el coche de bultos. De nuevo, no me dejan hacer nada. Gloria me enseña la habitación que me han reservado y veo que me han comprado una gran estantería para que coloque todas mis cosas. El mueble incluye una mesa de trabajo y una silla.

—¡Es perfecto! —exclamo agradecida.

Will me ayuda a instalarme y a ordenar la mayoría de las cosas. Al final, se queda a comer, y hablamos con sus padres de mi embarazo y del inminente viaje de Will.

—¿Cuándo volverás, hijo? —pregunta Richard.

—No lo sé, papá... Depende de cómo nos vaya.

—Pero volverás para el nacimiento de los bebés, ¿no? —pregunta su madre.

Se cruzan varias miradas por el aire y el ambiente se tensa. Ha sonado como si tuviera algún tipo de responsabilidad conmigo. Pobre Will. Aunque me imagino estando de parto sin él y me da un mareo. Pfff... ¡La que iba a hacerlo todo sola!

Inspiro profundamente.

—Claro —responde él—. No me perdería la incorporación las nuevas integrantes de la familia por nada del mundo...

Sonrío. Pero luego recuerdo que para eso todavía quedan cinco largos meses y se me borra la expresión. ¡Solo estoy de 19 semanas!

Durante el postre intento no pensar en que solo me queda media hora a su lado. Nada más. Y se me atragantan las pastas. Hacía semanas que no sentía náuseas.

Cuando llega el momento de despedirnos, me bloqueo.

—Te acompaño hasta el coche —farfullo evitando que sus padres supervisen nuestra triste despedida.

Will abraza a sus padres por última vez y salimos.

Camino mirando al suelo hasta su coche. No sé por qué me siento tan mal, es como si Ashlyn se estuviera revolviendo en mis entrañas. Como si supiera que se marcha.

—Bueno... —dice Will abriendo la puerta del Tesla—. No alarguemos más esto. Dame un abrazo y me voy... —Abre sus brazos y me escondo en ellos—. Prométeme que te cuidarás mucho.

—Lo prometo. Y tú también...

—Lo haré.

—No me olvides del todo, ¿vale? —farfullo atribulada.

—Eso es imposible, pequeña. Además, te seguiré la pista por TikTok, para ver cómo vas.

—También puedes llamarme...

Will se separa de mí y me mira con pesar, dando a entender que eso no va a pasar. Esto es un adiós. Un «necesito superarte». Un «hasta nunca, Will&Molly». Aparecerá en el hospital con un oso de peluche enorme cuando la odisea haya pasado y poco más...

—Que vaya muy bien —musita soltándome y agarrando la puerta.

—Igualmente —respondo llorosa.

Will deja de mirarme y se sube al coche con un movimiento elegante. Baja la ventanilla, mientras se abrocha el cinturón, y luego me mira.

—Adiós...

—Adiós...

Cuando arranca el coche siento que se me rompe el corazón.

Jamás he sentido este abandono. ¿Por qué coño he salido?

De pronto, el Tesla se detiene abruptamente a cinco metros.

Se baja y recorre la distancia que nos separa en tres zancadas.

No pide permiso. No dice nada. Solo me besa como alguien debería besarte al menos una vez en la vida. Es el beso del adiós. Cierra un par de veces sus labios sobre los míos y siento que voy a desmayarme. Después apoya su frente en la mía para decir:

—Cuida de Ashlyn... Forma parte de nuestros sueños. Algo que siempre tendremos en común. Yo me voy a conseguir el mío...

Se va de mi vista antes de que se le salten las lágrimas.

Quiero gritarle que espere, que no se vaya, que siga besándome, que retrase el viaje unos días más, pero tengo que ser fuerte y no interponerme entre él y su destino.

Me acaricio la tripa con lágrimas en las mejillas y pienso: «Hasta pronto, Will». Porque para mí esto no es un adiós. No puede serlo.

Capítulo 23



Tres semanas después

—Cruza los dedos, joder —me insta John.

—¿En serio crees en esas cosas?

—¡Los he cruzado cada vez y ha funcionado! ¡Crúzalos!

—Mira que llegas a hacer gilipolleces... Como lo de besarte las muñecas cada vez que coincide la hora con los minutos. Eres científico, John... deberías apoyarte en bases científicas.

—Cállate y hazlo.

Lo hago solo para que deje de hablar.

De pronto, suena una alarma, anunciando que ha llegado la hora de comprobar los resultados de las pruebas que llevamos semanas realizando.

—No puedo creerlo... —sisea—. ¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Sí, lo estoy viendo. Tiene buena pinta...

—¿Buena pinta? ¡Esto es la leche! ¡Te lo dije, Will! ¡Te lo dije!

—No cantes victoria... ahora tienen que comprárnoslo.

—¿Me estás vacilando?! Los laboratorios Novartis compraron el año pasado la patente de Locius por trescientos millones de dólares, ¡y esto es mucho mejor! ¡Esto es una bomba...!

—Mantén la calma —le pido agarrándolo con fuerza. Porque si no, al que le va a dar un infarto es a mí, y estoy muy lejos de casa.

Llevo tres semanas subiéndome por las paredes de este continente. Con un mono incurable de Molly después de que la enzima de su saliva volviera a contaminar mi organismo al despedirnos. Había sido un cambio de escenario drástico en muy poco tiempo y seguía desubicado.

Cuando me dijo que se marchaba de mi casa, una parte de mí se apagó. El sueño terminaba, aunque las últimas dos semanas mi vida se había convertido en una pesadilla.

Molly decidió que teníamos que despertar y lo hice atolondrado y confuso, como lo haces de un mal viaje.

Que se fuera a casa de mi madre me tranquilizó un poco. Nadie iba a cuidarla mejor que ella. Pero cuando me imaginé solo, pensé en huir lejos, y una oportuna llamada de John aquella misma noche terminó de clarificar mi camino. Pensaba que me vendría bien cambiar de aires, como dije, pero una vez aquí no dejaba de pensar en ella. En cómo estaría. En su mirada afectada cuando me marché... Que me muera ahora mismo si esa chica no me quería. Nadie llora de esa forma en una despedida si no es por amor. Pero tengo que aceptar que tiene otras prioridades en su vida.

Me dijo que podía llamarla, pero eso me impediría avanzar con la mía. Claro que tampoco ayudaba meterme cada cinco minutos en TikTok para verla... Era enfermizo.

—¡Hola, amigas! Hoy me han hecho la ecografía de la semana 20, ¡esa es una de las importantes! Y me han dicho que Ashlyn está perfectamente. ¿Os había contado que ese va a ser su nombre? Significa *Sueño* y no podría ser más acertado. Si me estás viendo, Will, gracias por tu aportación ya no puedo pensar en ella de otra forma —Sonrió, lo que provocó que yo también sonriera como un bobo. Podía apreciarse lo maravillosa que era solo viéndola en pantalla, con sus gestos, su mirada y su increíble sonrisa. Me alegraba de que estuviera bien sin mí. De que no estuviera sufriendo.

Se lo escribí en su cuenta de TikTok. El WhatsApp era demasiado peligroso.

«Me alegro de que la eco haya ido bien», tecleé.

«Gracias. ¿Tú cómo estás?».

«Bien...».

No quise extenderme más y ella tampoco preguntó. Supongo que esos puntos suspensivos al final de la palabra la frenaron. Era muy lista.

Molly ya estaba de cinco meses y la culpabilidad por no seguir acompañándola en el proceso me carcomía, pero ese no era el plan. No era asunto mío. Nunca lo fue. En poco más de un mes le devolverían su casa y habría salido de mi vida. Al menos a diario.

La realidad es que no ha habido un solo día desde que empezó a vivir conmigo que no me arrepintiera de haber dado ese maldito cambiazco... No solo por el engaño que supone, sino porque no me imaginaba lo mucho que iba a sufrir no pudiendo estar en su vida todo lo que me gustaría. Marrón aparte lo de haberme enamorado de su madre...

Por eso tenía que alejarme de ellas. Para acostumbrarme a estar yo solo. Porque mi vida continuaba. Y yo pintaría poco en la de ellas.

—Te vas a olvidar de las penas en cuanto veas todos los avances que hemos hecho con tus indicaciones —me dijo John nada más llegar. Y lo cierto es que eran importantes.

Intenté centrarme en el estudio clínico, pero sentía que todavía había muchas cosas en el aire, muchas decisiones que tomar, aquello era una auténtica lotería muy cara. Por poner un ejemplo, de cada diez mil pruebas que se hacen, solo una sale bien. Y es mucha suerte que elijas quinientas al azar, que por cierto, valen un dineral analizar, y que dé la casualidad de que la ganadora esté entre ellas. Pero en eso habíamos basado nuestra investigación *low cost*, en elegir muy bien esas quinientas opciones basándonos en miles de datos y estudios previos, y también en corazonadas, para abaratar los dos mil millones de costes que suele valer ensayar con la molécula adecuada y reducir el costo a unos pocos cientos de miles...

Pero lo habíamos conseguido. El primer paso estaba hecho y en tiempo récord. Siete años... Ahora solo quedaba que unos grandes laboratorios farmacéuticos valoraran su potencial y nos pagaran una buena cifra por quedarse con la patente y desarrollarlo hasta convertirlo en un medicamento real. Ahí sí que iba a hacer falta cruzar los dedos...

La estrategia era mandárselo primero a los suizos. Tienen dinero y les gusta robar ideas a los

americanos. Si nos hacen una oferta, alardearemos delante de las empresas más punteras del país para que nos hagan una contraoferta y el fármaco se quede en Estados Unidos.

Llevo toda la semana pendiente del teléfono, mirándolo cada diez minutos, esperando una llamada o un email de contestación. Necesito respuestas aunque sean de rechazo. No hay nada peor que esperar.

No puedo seguir trabajando en ello hasta saber algo más. Porque ahora que sabemos que estamos en el buen camino, la incertidumbre me come.

Mi móvil suena y pego un brinco. Maldigo al ver que es Max.

—Hola, ahora no puedo hablar —contesto con rigidez.

Desde que estoy aquí me ha llamado varias veces y he fingido estar mejor de lo que estoy para que no le guardara rencor a Molly. No podía permitir que su relación se enfriara por culpa de mi mano inquieta para dar cambiazos... y de mi polla inquieta por meterse en chicas preciosas.

Cada vez que me llamaba hacía un esfuerzo por sonar feliz y despreocupado y redirigía el tema de conversación hacia su embarazado.

—Will... Es Molly... ha pasado algo...

Mi corazón se queda paralizado. Siento todo el peso del océano en mi estómago.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un sangrado, está en el hospital. Me ha dicho que no te dijera nada, pero...

—Dios mío... —Se me corta la respiración—. ¿Lo ha perdido?

El silencio en la línea me mata lentamente.

—No sabemos nada todavía, hay que esperar... Pero ha sangrado mucho.

Una idea maligna se abre paso en mi mente señalándome como el culpable. Por irme. Por dejarla sola. Por conseguir grandes avances con mi sueño y el universo haya tenido que nivelar el karma.

—¿Se sabe la causa? —pregunto acongojado.

—No, pero creo que justo antes ha tenido una fuerte discusión con sus padres...

—¿Qué discusión?! ¿Cuándo?!

—No lo sé. Les ha contado que ya no estaba saliendo con el padre de su hijo y han montado en cólera...

Siento que me ahogo. El dolor y la culpa atraviesan mi gaznate y lamento no haber estado allí para protegerla de sus denigrantes insultos.

—Will... tanto si esto acaba en un susto como si no, creo que deberías volver. Molly te necesita...

—¿A mí? —farfullo—. No me quiere a su lado...

«¡Me echó de su vida, Max!», quiero gritar. Pero no puedo. Solo puedo hacerme el tonto y fingir que no me duele su rechazo.

—Will, escucha... Sé que ahora mismo estás muy centrado en tu investigación y me alegro por ello. John me dijo la semana pasada que eras un genio y que estaba seguro de que os iba a salir bien esta vez, pero creo que es importante que sepas una cosa... Molly ha estado fatal estas semanas. Aunque no lo parezca en los vídeos de TikTok, llora a diario. Y es por ti.

—¿Qué dices...? —Algo me estrangula la garganta.

—Hace poco me enteré de que John, Ray y mamá confabularon para apartar a Molly de tu vida. Fue mamá la que le rogó que se machara de tu piso y se fuera a vivir con ella. Fue a verla el día que estabas jugando al pádel con Ray y esa misma noche John te insistió con viajar a Australia. Ella no quiso irse. Lo hizo por ti.

—¿Qué coño estás diciendo, Max...?!

—La semana pasada me gritó por una tontería. Discutimos y me acabó soltando que estaba enamorada de ti, Will. Muy enamorada. Lo bueno es que a partir de ese momento la abracé con toda mi alma y ahora estamos mejor que nunca, pero me rogó que no te dijera nada y que te dejara seguir trabajando en lo tuyo...

—Joder, Max... ¡Tendrías que haberme llamado enseguida!

—Lo sé... Y después de lo que ha pasado, creo que deberías venir.

—Cogeré el primer vuelo que haya —contesto pasmado.

—¡Genial! Y Will... no te cargues a John ni a Ray. Todo lo que han hecho ha sido para ayudarte. Porque te quieren...

Gruño en respuesta. Ella sabe lo que significa.

—Mándame un wasap con los datos del vuelo en cuanto los tengas.

—De acuerdo. Adiós.

—Hasta pronto, hermano.

Cuelgo y observo las probetas y los tubos de ensayo. Si no valieran lo que valen, las rompería todas. Es más, me doy el gustazo de hacer estallar varios matraces de vidrio vacíos contra la pared.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!! —aparece John enfadado.

Me apoyo contra la mesa con las dos manos y trato de tomar aire.

—Molly está en el hospital —mascullo.

—¡Dios! ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—No lo saben. Pero está sangrando mucho...

Se acerca a mí y me pone una reconfortante mano en el hombro.

—Lo mucho siento, Will...

—Me voy esta noche. Cogeré el primer vuelo.

—¿Qué? Pero...

La furiosa mirada que le echo consigue callarlo.

—Entiendo que estés preocupado por ella, pero no puedes hacer nada...

—Es mi hija, John... Ese bebé es mío.

Abre mucho los ojos y se lleva una mano al pecho.

—¿Cómo es posible?

—Di el cambiaso en el laboratorio... Es mi esperma.

—¡¿Qué has hecho, Will?! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Ahora ya no importa, ¿verdad? —gimo con los ojos encharcados mirando hacia abajo. Mi lágrimas caen sobre la mesa y mi hermano me acaricia la espalda—. Lo de enamorarme de ella vino después... No preví que todo me estallaría en la cara. Solo quería... tener algo valioso en mi vida. Iba a querer a ese bebé igual... ¿Y si era mío?

—Eso es una locura. ¿Cómo pudiste pensar que soportarías saber que es tuyo y no poder criarlo con ella?

—Porque en ese momento no imaginaba cuánto podría llegar a quererlo incluso antes de nacer... Ni a su madre... Y ahora... lo he perdido todo.

Me cubro la nariz y la boca con las manos y el alcance de la noticia me desgarras, tanto como la distancia que nos separa.

—Tengo que irme, John... Tengo que ir con ella.

—Vete, joder... ¡Corre! —exclama mirándome abrumado.

Nos abrazamos fuerte y me da varias indicaciones.

Consulto los vuelos y consigo comprar uno directo para esta misma noche. En trece horas y

media estaré con ella. Con ellas... Espero.

capítulo 24



Miro por la ventana. No se ve nada. Está oscuro y las vistas de mi habitación dan a un patio interior del edificio del hospital.

—¿Cómo es posible que no puedan decirnos nada? —oigo protestar a Max—. ¡Llevamos aquí desde las cinco de la tarde!

—Seguimos haciendo cultivos, señora. Los análisis de sangre no revelan gran cosa.

—¿Y qué revelan? ¡Díganos algo, por favor! Para saber a qué atenernos.

—Mañana por la mañana vendrá la ginecóloga y les dará el informe médico. Yo no puedo decirles nada más.

—Pero...

—Max... —susurro cansada con la mano en mi tripa—. Déjalo ya.

—¡Es que me parece increíble que no nos den información!

—No te alteres. Esto me ha pasado por alterarme.

—¿Seguro que no quieres que avise a tus padres? Se merecen dormir con la culpabilidad encima esta noche.

—No. Se plantarían aquí para intentar culpar a otra persona y no quiero verles. Solo quiero irme a casa...

Y cuando digo «casa», me refiero a la de Will. Con él.

Sus padres me han tratado genial, pero estas últimas semanas en la residencia Williams han sido un jodido infierno.

Para empezar, su padre es clavadito a él. O él a su padre. Me da lo mismo. Pero he vivido con un constante recordatorio de que cuando Will envejezca, será un amor de hombre. Después, todas las fotos que hay suyas por la casa con una cara de diablillo que me dan ganas de morirme.

¿Cómo podía ser tan él ya desde pequeño? ¿Y cómo no pude darme cuenta antes de lo genial que era? Eso me ha hecho echarle más de menos todavía. Y también el saber que estaba tan lejos de mí.

A doce mil kilómetros, nada menos...

Nunca había sentido tanta inseguridad ni ansiedad por algo que no puedo controlar. Es desquiciante. Y me deprime, porque cada vez que veo a una chica joven y guapa la imagino intentando ligar con Will sin esperarse para nada que sea un maldito dios del sexo y un hombre con un corazón de oro que hará cualquier cosa por ella, incluso si le escupe a la cara que no le quiere...

Jackson estaba en lo cierto. Es una pieza única de coleccionismo que no durará nada en el mercado...

No me he tomado la tensión últimamente, pero no me hace falta para saber que la tengo por las nubes con todos estos pensamientos revoloteando por mi mente.

Estaba tan mal, que incluso llamé a Bradley para quedar.

Dicen que un clavo saca otro clavo, pero el pobre terminó siendo mi paño de lágrimas. Y él me contó que llevaba dos citas desastrosas con una chica. Agradecía tener un amigo.

—Pues cuando vuelva, le dices que le quieres.

—¿Y si vuelve con una espléndida australiana colgada del brazo? ¡A Rachel, la de *Friends*, le pasó! Ross volvió de su viaje con una china en el brazo...

—Pues no esperes más y díselo ya. Coge el teléfono y escríbeselo. O publícalo en las redes a los cuatro vientos. Lo que te parezca más romántico.

—Punto uno, estoy haciendo un blog sobre el empoderamiento femenino sobre ser madre soltera...

—¿Qué tiene eso que ver con el amor? No estás buscando a un padre. Solo vas a tener novio. Él no tiene responsabilidades con el bebé, solo con tu vagina.

—Me gusta cómo piensas —Lo señalé divertida—. Peeero, si le digo a Will que le quiero, quedaré como una egoísta a los ojos de su familia porque ahora mismo está inmerso en un proyecto de trabajo muy importante en el que no quería centrarse por mi culpa y... ¿voy a interrumpirle de nuevo?

—Lo tienes jodido.

—Muy jodido...

—Pero tampoco puedes seguir así. Necesitas salir de esa casa y estar en un ambiente donde nada te lo recuerde...

En ese momento tuve claro que nunca iba a olvidarme de Will. La falta de información sobre él durante esas tres semanas no habían minado lo más mínimo mis sentimientos. Al contrario. Los había avivado. Y tenían pinta de ir a peor.

Me sorprendía pensar lo que daría por sentirle abrazado a mí solo una vez más. Sin besos ni tocamientos. Solo su roce, su presencia, su olor. El asunto empezaba a ser muy preocupante.

A veces buscaba su contacto y me quedaba acariciando la pantalla como una loca sin decidirme a llamarlo. No quería perturbarlo... Y ese punto y final detrás del «BIEN» me había dejado claro que no quería ser perturbado. Suficientemente lo había hecho ya. Sus padres me contaron que John y él estaban llegando al fondo del asunto con las algas y eso hacía que me contuviese.

Un buen día, o malo, recibí un mensaje de mi madre:

Sabía que tenía que darles una explicación y hoy he quedado con ellos en el Lobby del Hotel Palace. El edificio histórico que lo conforma siempre me ha entusiasmado y en la planta baja hay un salón con unos sofás especialmente cómodos para tomar café.

Me avergüenza admitir que me he puesto un vestido ajustado para ver si esta vez mi madre veía bien mi tripa de veintidós semanas.

Debería haber llevado carabina. O testigos.

Cuando han aparecido no lo han hecho con una sonrisa, sino con negaciones de cabeza recriminatorias, como si estuvieran hartos de mí. ¿Por qué iba a tener algún tipo de contacto con alguien así?

—¿Dónde estabas metida?

—Hola... —He saludado tranquila señalando su mala educación—. Estoy viviendo con Max hasta que me devuelvan mi casa.

—Max. Otra que ya no me contesta a los mensajes. ¡Podría habérmelo dicho cuando le escribí preguntando por ti! Nos hubiéramos ahorrado todo esto...

—¿Por qué te importa dónde esté, mamá? —pregunto con verdadera confusión.

—¡Porque eres mi hija!

—¿Y qué significa eso? —Sinceramente.

«Significa que quiere tenerme controlada para que no la avergüence», me recuerda una voz en mi cabeza.

Lo que no entiende es que a mí, su sufrimiento por ese tipo de sandeces, me la trae al paio.

—¿Por qué estás viviendo con Max? ¿Dónde está Will?

—Will y yo hemos roto —He soltado sin anestesia. Y juro que he disfrutado de la sensación de sentir que una vez tuvimos algo. Algo real.

—¿Cómo que habéis roto? ¡No podéis! ¡Vais a tener un hijo!

—Claro que podemos. Es lo correcto cuando no llegas a un entendimiento. Yo no pienso obligar a mi hija a presenciar vejaciones, gritos e insultos y predisponerla a no creer en el amor en el futuro. Ya lo viví con vosotros y no fue nada agradable. Deberíais haberos separado hace veinte años...

—¿Querías ser la hija de unos padres divorciados?

—Mejor que la de unos mal avenidos, sí.

—Pues a mí me avergüenza tener una hija que no puede mantener a un hombre a su lado. ¡Ni siquiera a un paria como el último!

—Will no es un paria, es el mejor hombre que he conocido —he zanjado adusta.

—Pues no te ha querido —ha señalado desdeñosa—. Los hombres te utilizan y luego te tiran como a una colilla...

—No te equivoques, madre, es al revés. Yo los utilizo a ellos.

—Ya, pero la que está sola, embarazada y sin techo, eres tú.

La frase me ha dejado planchada. En otro tiempo me habría reído en su cara, pero estoy muy floja y en una mala racha.

—Encima has dejado que te preñe un hippie sin apellido, en vez de un ejecutivo de renombre. Es el colmo del mal gusto, hija...

La ansiedad me ha golpeado con fuerza y he notado un dolor extraño en la tripa. ¿Dejar que me preñe? ¿Qué soy, un caballo? He deseado darle un puñetazo en toda la boca.

—¿Te encuentras bien, hija? —ha preguntado mi padre serio.

No lo oía hablar desde que me dijo Felicidades en mi cumpleaños.

—Que lo perdiera sería lo mejor que podría pasarle... —ha cuchicheado mi madre.

—¡FUERA DE AQUÍ! —he exclamado furiosa—. ¡Marchaos ya!

—No grites en el Palace, pareces una chabacana —ha dicho desabrida.

—Eres un monstruo, mamá...

—¡Y tú un desastre, Molly! ¡No podemos irnos porque está claro que no sabes cuidar de ti misma! Steven, llama a un taxi.

—No os necesito para nada.

—Por mucho dinero que tengas, lo que importa es tu reputación. ¡Y deja bastante que desear! Empezando por la naturaleza de tu negocio millonario que no sabemos ni cómo explicarles a nuestros amigos y terminando por tu larga lista de amantes exhibidos en las páginas de sociedad.

—Si tanto te avergüenzas de mí, olvídate para siempre —he dicho con dureza—. ¡Vosotros sí que sois una vergüenza de familia!

He empezado a sentir una presión horrible en el vientre y he intentado aliviarlo haciendo respiraciones profundas.

—¡Vámonos ya, Steven! Antes de que nos relacionen con esta escandalosa.

—¿Cómo vamos a dejarla así? Te vamos a pedir un taxi, Molly.

—No. Se me pasará enseguida. Iros ya, por favor...

—El cuerpo es sabio y sabe que ese niño no debe nacer.

—¡ES UNA MALDITA NIÑA! —he gritado con todas mis fuerzas para que se largaran de una vez.

—Pues suerte, porque si es otra loca como tú, la vas a necesitar.

He soportado el dolor físico y mental como he podido.

—Vámonos ya, July...

Me he quedado allí sentada hasta que me he encontrado mejor para andar, pero el dolor no se me pasaba. He ido al baño, por si era algo digestivo, y cuando he visto que había sangre me he asustado muchísimo.

Jamás había tenido tanto miedo. Ni siquiera en el incendio.

He llamado a Max, pero no me ha cogido el teléfono. Debía de estar en su sesión semanal de masaje. Entonces he llamado a Jackson con el corazón en un puño y cuando ha contestado, le he contado lo que había pasado.

—¿Dónde estás? —ha preguntado con aprensión.

—En el baño del lobby del Palace.

—¡No te muevas de ahí! Podrías desmayarte y golpear al bebé. Enseguida llego, Molly, tranquila...

—Vale... Gracias... —He sollozado.

Cuando he colgado he tenido la imperiosa necesidad de llamar a Will. Es lo que me pedía el miedo. Necesitaba que lo supiera. Pero entonces he recordado lo que me dijo. Lo único que me pidió... «Cuida de Ashlyn». Y no había sido capaz de hacerlo. ¿Y si la perdía?

Este tipo de situaciones son las que te hacen madurar de golpe en la vida. Cambian tu forma de entenderla. Te hacen verlo todo desde una perspectiva distinta y por fin diferencias lo realmente importante de lo que no lo es. La marca de tu móvil, un bolso caro, la ropa que lleves... todo eso no te salvará del miedo.

He encendido el móvil para immortalizar el momento y no olvidar lo que he sentido. Necesitaba intentar transmitir mi epifanía a futuras madres o a cualquier persona en general.

—«Hola. Me llamo Molly Baker y creo que estoy perdiendo a mi bebé... Estoy de 22 semanas y he empezado a sangrar después de tener una terrible discusión y sufrir un fuerte dolor en la tripa. No puedo explicar lo asustada que estoy. Estoy esperando a un amigo para que me lleve a urgencias. Solo quería compartir lo que estoy sintiendo: se puede ser madre soltera, pero cuando llegan los problemas, es mejor tener ayuda —he dicho con voz temblorosa—. Hacerte la fuerte en estos casos puede ser peligroso. Puedes desmayarte y que el bebé sufra algún golpe que haga que termines de perderlo... Yo... Ahora mismo solo quiero que mi niña esté bien... —Los ojos se me llenan de lágrimas—. Grabo esto, aparte de para distraerme porque estoy muy nerviosa —Me limpió las lágrimas—, para que nunca olvidéis que la vida te puede cambiar de un momento

a otro... Nunca deis por hecho todas las cosas buenas que tenéis, valoradlas, porque un instante después pueden desaparecer. Y duele. Duele mucho —Pienso en Will y en mi pequeña—. Por favor, poned en valor a las primeras personas a las que penséis en avisar cuando algo va mal. Esas son las que quieres realmente tener cerca, no en la diversión, sino en el sufrimiento, porque compartir la pena es lo más íntimo y bonito que hay...

—¡Molly! —he escuchado gritar a Jack.

—¡Estoy aquí, Jack...!

He cortado el vídeo y lo he recibido con lágrimas en los ojos.

—¡Por Dios, Molly...! ¡¿Estás bien?!

Su preocupación por mí me ha hecho llorar todavía más, pero de alegría, por saber que no estoy completamente sola.

—Me sigue doliendo. Algo no va bien, Jack...

—¡VÁMONOS!

Me ha sujetado y me ha metido en un taxi rumbo a urgencias.

Me han atendido muy rápido, me han hecho análisis y una ecografía. Y cuando por fin me han dicho que había latido fetal ha sido uno de los mejores momentos de mi vida. ¿Cuántas mujeres han recibido el silencio por respuesta? Una de cada cuatro...

—Pero tiene que quedarse en observación hasta que deje de sangrar —ha dicho la médico de guardia—. Tenemos que averiguar de dónde proviene el sangrado y que ahora haya latido no significa que vaya a haberlo dentro de dos horas... —Mi cara se ha resquebrajado—. No quiero asustarla, pero hay que esperar y ver cómo se desarrolla todo esto... Si hay un problema con la placenta, podríamos sacarlo e intentar que sobreviva, pero está en el límite de tiempo gestacional y peso... Es como una lotería.

Aterrada es poco.

Cuando Max ha llegado y se lo hemos contado, se ha puesto histérica. Demasiado. No quería preocuparla, pero lo cierto es que llevamos ya muchas horas de miedo e incertidumbre por no saber cuál es el estado de salud de Ashlyn. Acaban de decirnos que probablemente no tengamos un informe médico hasta mañana por la mañana, de ahí su indignación.

Yo, desde que una enfermera ha insinuado que los episodios de estrés pueden desembocar en un aborto, estoy en plan *OHM*, juntando el índice con el pulgar, y convenciéndome a mí misma de que «lo que tenga que ser, será». No quiero alterarme más. Suficiente me han alterado ya mis padres.

—Vete a casa, Max. Yo estaré bien.

—¿Tú te drogas? No voy a irme a ninguna parte... —sentencia.

—No puedes pasar la noche aquí. Tienes que descansar.

—Hasta que alguien no me diga que mi sobrina está bien, no pienso irme.

Hay un cruce de miradas significativo.

—Eres de la familia, Molly... —explica Jackson—. Nos quedamos contigo. Y prepárate, porque mañana por la mañana tendrás aquí al resto de los Williams, ya verás...

—No quiero que venga nadie —murmullo—. ¿Y si la he perdido?

—Entonces te mimaremos todavía más.

Por suerte, la habitación es grande y Max puede dormir en la otra cama y Jackson en un sillón adicional.

Durante la noche me dicen que el sangrado ha remitido y que solo queda esperar. Entre eso y que vuelven a sacarme sangre sobre las seis de la mañana, apenas duermo, pero la calma y la quietud que se respira en este lugar me ayudan a relajarme un poco.

Desde muy temprano la clínica comienza con su ritmo frenético y los Williams van llegando poco a poco. Primero mis anfitriones, que ya querían venir anoche y Max se lo impidió. Y por último, ha aparecido Ray, de sorpresa.

—Hola, ¿cómo está Molly? Me he enterado de lo que ha pasado por el grupo de WhatsApp de la familia...

Jackson sonríe y murmura «No falla».

—Todavía no ha pasado el médico —les informo—. Pero gracias a todos por venir. No teníais por qué...

—Perdona, pero si tú vienes a los cumpleaños, yo puedo estar aquí —responde Ray con guasa, haciéndome sonreír.

—Así me gusta. Te quiero ver animada, Molly. Nadie en su sano juicio querría irse de tu cuerpo...

—¡Ray! —lo riñe Max.

Pero yo me río, porque me ha recordado mucho a Will. Es como si estuviera aquí, en la esencia de su familia.

—¡WILL! —grita de pronto su madre. Todos se giran hacia la puerta alucinados y a mí se me para el corazón.

Oigo pasos, y de pronto, lo localizo entre los demás Williams.

Su imagen me golpea como un tsunami.

Está más guapo que nunca con una chaqueta en la mano y una pequeña bolsa de viaje.

Sus ojos me atrapan y casi puedo notar cómo se le rompe el corazón al verme postrada en una cama de hospital.

Le encasqueta sus cosas a Ray y viene directo hacia mí con una expresión desencajada para aprisionar mis manos con las suyas.

—¿Cómo estás?

Al comprobar que está aquí y que ha venido por mí, se me llenan los ojos de lágrimas al momento. ¡Puto embarazo!

—Bien... Yo... —Me acaricia la cara y me besa la frente con alivio, como si sus labios no pudieran soportar más tiempo no tocarme. Y lo sé porque a mí me pasa lo mismo. Pero yo solo puedo apretar más sus manos con las mías—. Aún no sabemos lo que ha pasado ni si el bebé está bien...

—¿Cómo que no lo sabéis?

—Ayer había latido, pero he estado sangrando casi toda la noche.

Will se gira sin soltarme.

—¿Dónde coño están los médicos? —pregunta a Jackson, culpándole de que todavía no haya hecho nada al respecto.

—Están a punto de llegar. Ya están haciendo la ronda.

—Joder... —Pone una mano sobre mi tripa con cuidado y de repente noto algo. Como un burbujeo extraño.

—Dios mío... —musito centrándome en el fenómeno.

—¿QUÉ?

Entonces vuelvo a sentirlo con más fuerza.

—Hay movimiento.

—¡Yo empecé a sentirlo hace quince días! —exclama Max.

Will se centra más en mi tripa para intentar sentirlo también.

—Pequeña... dime que estás bien, vamos... —musita.

Los dos notamos la respuesta y soltamos una exclamación.

—¡Está reaccionando a tu voz!

—Oh, Richard... —Se escucha a Gloria emocionada.

—Estoy aquí, pequeña... —murmura Will, y me mira como si también me lo dijera a mí. Solo entonces soy capaz de apreciar sus signos de cansancio.

—Pareces cansado...

—No he dormido nada en el avión... Todavía estoy asimilando que me enteré de esto «hoy» dentro de dos horas, en Australia...

—¿Qué? —pregunta su padre divertido.

—Ayer Max me llamó a las cuatro de la tarde de aquí... pero para mí eran las once de la mañana de hoy. Cogí un avión a las tres de la tarde y he llegado aquí dos horas antes del mismo día que me enteré, gracias a la diferencia horaria.

—¡Qué movida! —exclama Ray—. Podría servirte de coartada si hubieras matado a alguien allí.

Todos miramos a Ray y nos reímos. Así son los Williams. Risas en medio del caos. Y Will y yo seguimos sin soltarnos delante de toda su familia... De pronto, me observa fijamente sin poder apartar la vista de mí. Ni yo de él. Me importa tres narices que esto esté lleno de gente.

—No puedo creer que hayas venido... —musito.

—¿Cómo no iba a venir...?

—Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti...

Un silencio concurrido nos rodea, pero no nos detiene. Él me coloca el pelo detrás de la oreja con veneración y yo no puedo dejar de mirarle los labios y de tocarle más allá de las manos, por los antebrazos.

—Todo va a ir bien, pequeña, ya verás...

—Ahora que tú estás aquí seguro que sí...

—Me moría por verte...

—Y yo...

—¡¿Queréis besaros de una maldita vez?! —grita Ray agónico.

Lo único que se escucha es a la gente aguantándose la risa. Algunos se tapan la boca y otros se muerden los labios. Will baja la cabeza momentáneamente y después me mira abochornado, pero lo que descubre en mis ojos le impulsa a besarme sin pensárselo dos veces y yo respondo a él, amorosa, agarrándole la cara con las manos.

Todo los presentes aplauden y vitorean al vernos. Cuando oigo un silbido nos entra la risa y nos quedamos apoyados el uno en el otro. Es un momento precioso.

—¿Qué es este alboroto? —pregunta una mujer de bata blanca—. Hay demasiada gente aquí, vayan saliendo, por favor.

La familia de Will abandona la habitación y él se pone de pie, pero sin dejar de cogerme la mano.

—Díganos algo, doctora, por favor... —La ansiedad es palpable en la voz de Will.

—Los análisis están bien. Ahora le haremos una ecografía, pero todo indica que solo tiene que tomarse las cosas con más calma...

—Lo haré. De verdad —digo más tranquila.

Nos acompañan hasta una sala y reparten el famoso gel por mi tripa para explorar mi útero. Ambos mantenemos la respiración en silencio.

De pronto, se escucha el alegre bombeo de la pequeña Ashlyn.

—¡Oh...! —exclamo emocionada.

—Gracias a Dios... —murmura Will con la cabeza gacha y luego me abraza. Yo río y lloro a la vez. ¡Lo que he notado antes era ella!

—Ha sido un pequeño susto. Pero cuídese, señorita...

—Sí. Sí... Lo haré.

Will me besa la cabeza, la cara y los labios y cierro los ojos sintiéndome mejor que nunca. Él ha vuelto y mi pequeña está bien. No necesito nada más para ser completamente feliz. Ni una casa. Ni un cuerpo perfecto. Ni que haga puto sol. ¡Solo me hacen falta ellos!

La doctora nos insta a pedir una cita con mi ginecóloga en una semana para una revisión completa y nos advierte que hasta entonces, nada de sexo.

La cara de haba que se nos queda es demencial. ¡Ha sido como decirle al monstruo de las galletas que nada de galletas!

Los Williams se despiden de nosotros, diciéndonos que se alegran mucho por todo sin especificar más. Tras darme el alta, solo me queda ducharme, vestirme e irnos, según ha dicho Will, a su casa.

¡¡YUHU!!

—Will... —suspiro en sus labios cuando nos quedamos solos. Necesito saber qué significa todo esto. Si me quiere y hasta cuándo se va a quedar.

—Dúchate y vámonos de aquí. Tenemos todo el día para hablar... y solo hablar —dice torturado.

Me río y volvemos a besarnos despacio. Estoy flipando. ¡Hasta el sexo me da igual! Me basta con sus labios y con abrazarle.

Cuando salgo del baño, ya arreglada, su mirada se oscurece.

—Estás preciosa...

Se pone de pie y vuelve a unir su boca con la mía como si fuera algo inevitable. Es un poco heavy lo que voy a decir, pero sentir su mano en la curva de mi culo me devuelve las putas ganas de vivir. Tal cual. La chispa que ha generado prende de nuevo una parte fundamental de mí que había perdido. Mi empuje. Mi pasión. Retiro lo de que el sexo me da igual...

—Así que habéis vuelto —escucho una voz siniestra detrás de mí.

Una voz que hace que me vuelva la flojera instantáneamente.

La de mi madre.

Capítulo 25



Molly deja de besarme y se gira temblorosa.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunta.

—Nos ha llamado la madre de Max. ¿El bebé vive?

Me envaró al escuchar esa puñetera frase. ¿Por qué son así?

Me coloco entre Molly y ellos, protegiéndola con mi cuerpo.

—Su hija necesita tranquilidad, así que haga el favor de comportarse, señora Baker.

—¿Que yo me comporte? ¡Habló!, el rey de los maleducados.

—Usted ha provocado todo esto —espeto—. Y si le llega a pasar algo a Molly o al bebé, le juro que la hubiera perseguido hasta el fin de sus días.

—¿Y dónde estabas tú cuando pasó?! ¡La habías abandonado!

Que ataque justo mi peor pesadilla me demuestra que es un ser vil y rastrero.

—Vendiendo la patente de un medicamento por más de quinientos millones de dólares —Suelto a bocajarro.

La padres de Molly se quedan con la boca abierta y la propia Molly también.

—¡Will...! —exclama alucinada y feliz—. ¡¿Va en serio?!—

—He visto el email con la oferta nada más aterrizar —explico—. Pero me importaba una mierda, Molly... Solo rezaba para que tú y el bebé estuvierais bien.

Para mí eso ha sido la prueba definitiva.

Nos miramos con intensidad y nos abrazamos con fuerza pasando de ellos. Es nuestro momento. La vida me sonrío por fin.

—¡NO PUEDO CREERLO! —exclama Molly feliz dando saltitos.

—Supongo que ahora reconocerás al bebé y os casaréis, ¿no? —oigo que dice su madre—. Porque ese dinero debería ser para ella...

—Mira, mamá —Se le encara mi chica—. Te lo voy a explicar muy clarito. Dile a todo el mundo que me he muerto. Es decir, considera que ya no tienes hija. Porque no quiero volver a verte en mi vida... ¿Lo has entendido?

La abrazo desde atrás por la cintura y suelto un «shhh» en su oído. Lo último que quiero es que le vuelva a afectar. Ni hablar de eso.

—Cállese ahora mismo —le increpo a su madre cuando veo que pretende contestar—. Casi le provoca un aborto y no pienso dejar que le provoque otro. ¡Nos vamos!

Saco a Molly de la habitación y cogemos un taxi.

Una vez dentro la rodeo con el brazo y ella se acurruca contra mi pecho. Habría jurado que es la mejor sensación del mundo. ¿Esto es el amor? ¿Solo sentirte en casa estando en sus brazos?

—A Harrison Street 77 —pronuncio más sereno.

Nos miramos y respiro aliviado. No soy consciente del trayecto porque lo hago con los ojos cerrados, con sus labios bailando sobre los míos. Es el mejor día de mi jodida existencia.

O lo sería... si hubiera reunido valor para decirle que en verdad yo soy el padre. Quizá era el momento oportuno, pero no quería alterarla más y no sabía cómo reaccionaría.

Se lo revelé a John en un momento de enajenación transitoria y sé que solo es cuestión de tiempo que se entere más gente.

Algún día se lo diré. Pero ese día no es hoy... Hoy me merezco disfrutar de que, por una vez, todo me esté saliendo bien.

Todo, menos la prohibición de sexo. Eso ha sido un latigazo en un ojo, porque las ganas que le tengo no son ni éticas.

Entramos en mi casa y huele a cerrado, aunque la dejé bien limpia y con las sábanas recién cambiadas. Otro mini consejo del hogar de Shawn. Impedir que proliferen los gérmenes en las sábanas usadas.

Más pronto que tarde nos descubrimos en el sofá besándonos apasionadamente. Ataco su delantera y siento que ella juega con el botón de mi pantalón.

—Mol... —la freno jadeante.

—¿Qué? —Me mira adormilada.

—Nos lo han prohibido... Acabas de tener una amenaza de aborto.

—Lo sé... Joder, ¡podían haber especificado un poco más! ¿Qué es lo que no se puede hacer exactamente y por qué?

—Creo que nada de nada. Tener un orgasmo hace que los músculos del útero se contraigan y no te conviene ahora mismo.

—Gracias, jodido doctor.

Sonrío. Esto es una gran putada para los dos. Y más, ahora.

—Tenemos que esperar una semana —señalo.

—De todas formas quiero vértela. La he echado demasiado de menos...

Eso me hace sonreír.

—Además, tú sí puedes correrte... —dice sensual.

—Eso sería muy cruel —opino—. Puedo esperar una semana más. Total, ya llevo tres...

—¿No has estado con nadie este tiempo? —pregunta halagada.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Por qué será? —Sonrío volviendo a besarla. Max me dijo que le confesó que estaba enamorada de mí, pero quiero oírlo de sus labios.

—En realidad, lo intenté, quedé con Bradley.

Un cuchillo en mitad de las costillas. Eso he sentido. Y mi cara lo atestigua.

—¡No para eso! —se ríe ella—. En realidad estuvimos todo el tiempo hablando de ti. Me animó a que te llamara y te dijera que te quería. Él ha estado saliendo con una chica, pero no le

convence. Somos amigos. De verdad...

—Odio que me caiga bien —mascullo en broma. Y ella se parte de risa. Es el mejor sonido del mundo.

—¿Por qué no le hiciste caso y me llamaste para decirme... qué has dicho, que me querías?

Molly sonríe vergonzosa.

—¿Eso he dicho?

—Sí... —musito en su boca queriendo llegar al fondo del meollo.

Nuestros labios confirman el secreto, demostrando la familiaridad y afinidad con la que se tocan nuestras lenguas.

—¿Estás segura? —pregunto solemne.

—Nunca había querido a nadie. Bueno, a ningún hombre. No, de esta forma. Así que sí, estoy segura.

—¿A nadie? ¿Nunca?

—Como a ti, no. Ni siquiera me molestan tus defectos...

Nos reímos.

—A mí tampoco. Porque no tienes...

Nuestros besos se vuelven más calientes. Necesito poseerla, pero no puedo. Y nos separamos, fastidiados. No quiero seguir tocándola.

—Que sepas que ahora mismo la penetración me da algo más de reparo sabiendo que Ashlyn capta mi presencia y reconoce mi voz —digo divertido—. Ya sabes, no quiero que me guarde rencor...

—Ha sido oírte y moverse por primera vez... —dice embelesada.

—Esa niña tiene buen gusto —Sonríe canalla—. Como su madre.

La beso de nuevo y volvemos a calentarnos enseguida. La deseo tanto que me duele. Y no quiero otra puta paja en su nombre, quiero correrme dentro de ella. ¡Qué putada más grande...!

—Yo no voy a decirte que te quiero —jadeo en su boca—. Todavía no. Lo haré cuando podamos hacerlo bien.

—¡Acabas de decirlo! —Se mofa.

—Pues lo retiro. No te quiero nada.

Se troncha de risa y nos abrazamos disfrutando de cada roce como dos enfermos. Va a ser una semana muy larga... y muy dura.

Procuramos rodearnos de gente y no tocarnos demasiado, pero nos resulta imposible. Si no descargara a diario en la ducha, ya la tendría morada.

En realidad, estamos bastante atareados entre realizar la mudanza inversa desde casa de mis padres a la mía y organizar una cena especial para decirle a toda la familia que John y yo hemos vendido la patente. Y se nos pasa pronto la semana.

Esa misma noche llamé a John y le conté lo del email.

—¡Voy a desmayarme, joder! ¡¿Quinientos millones?! ¡¿Me lo juras?!

—Sí —contesto con orgullo—. Y creo que podemos sacar más... Le he enviado la oferta a Pfizer.

—Me estoy muriendo —le escucho farfullar.

—Quiero cerrar el trato antes del final de la semana. Y que tú vengas a San Francisco para decírselo juntos a la familia.

—Todavía no me lo creo, Will...

—Ni yo. Pero hay que seguir trabajando en ello. Está claro que tenemos buen olfato para estas cosas. Podríamos salvar millones de vidas, John...

—Es increíble, joder... ¡Es increíble!

—Compra el vuelo. La fiesta será el sábado.

—Vale... Sigo flipando. ¿Qué vamos a hacer con tanto dinero?

—No lo sé. Elabora la lista oficial con todo el equipo que ha participado. Quiero dejar claras las regalías que se va a llevar cada uno. Y no les digas nada hasta que no firmemos. La venta es cosa nuestra.

—Confío en ti al 200%. Ya lo sabes.

—Lo conseguimos, John... Lo conseguimos.

—¡Dios, hermano! Quiero comprarme una casa en Australia. Al lado de la playa.

—Y yo quiero un laboratorio subterráneo como el de Iron Man.

Nos descojonamos.

—Por cierto, felicidades por lo de Molly... —comentó.

Ya le había puesto al día por mensaje esa misma mañana. Le dije que ambos estaban bien y que Molly y yo estábamos juntos. O eso creía. Porque todavía no habíamos formalizado nada y no sabía si lo haríamos. Tampoco me importaba. No necesitaba una puñetera etiqueta. Ya no.

—¿Le has dicho algo de... eso?

—No. Ya encontraré el momento más adelante...

—¿Cuándo? ¿Cuando con tres años se parecía sospechosamente a ti?

—No. Ya veré... Por favor, guárdame el secreto, de momento. Y por lo que más quieras, no se lo digas a mamá, se le notaría mucho. Déjame hacerlo a mi manera.

—Está bien... ¿Lo sabe alguien más?

—No —respondí deprisa. Mejor limitar los riesgos—. Compra un billete, nos vemos el viernes. Será una sorpresa para todos verte.

—Allí estaré.

Y ya estamos a viernes.

Les hemos dicho a la familia que les invitamos a una cena de gala en un famoso Estrella Michelin de la ciudad. Todos piensan que vamos a anunciar nuestro compromiso y Molly y yo nos mofamos del tema porque ninguno de los dos quiere casarse. No va con nosotros.

Veo aparecer a Molly con un vestido atado al cuello de estampado de mármol, azul y beis con surcos dorados. Lleva un semirecogido en el pelo que le queda natural a la par que elaborado. Está tan preciosa que me cuesta respirar.

—Qué guapo... —musita ella al verme con un smoking clásico—. Cada vez que te he visto de traje en los últimos quince años, he babeado...

—¿Cuándo? —pregunto divertido recibéndola delicadamente en mis brazos.

—En tu graduación, por ejemplo. Estando tan guapo, ¡tenías que mojar sí o sí! ¡Era como un mandato divino! —Me parto de risa—. En la boda de Max, lo mismo... Quería que una afortunada te quitara el traje con los dientes...

—Y no quisiste ser tú —la provoco.

—Ese día todo cambió. Empecé a verte de otra manera... Fue como si te descubriera de cero.

—Si lo llego a saber, te ataco antes...

—Nos hemos juntado en el momento oportuno —Me besa.

—Has tenido suerte de que te hayas enamorado de mí antes de ser rico, porque si no, no me lo hubiera creído.

—Yo también podía pensar que estabas conmigo por mi fortuna...

—¿Te has visto bien? —jadeo en su boca—. Pagaría todo lo que tengo por follarte ahora mismo.

Mis labios aterrizan en su cuello y ella gime.

—Solo quedan dos días...

—Hay que pensar en algo especial para esa ocasión...

—Creo que lo tengo —dice enigmática—. Déjame sorprenderte.

Cuando llegamos al restaurante todos están espectaculares y no pasan desapercibidas sus miradas hacia el dedo anular de Molly. Esto va a ser divertido...

Una vez nos sentamos, se dan cuenta de que sobra un sitio.

—¿Falta alguien?

—Sí —murmuro perspicaz—. El invitado especial. Un cura...

Todo el mundo se parte de risa.

—¡Decidnos ya la noticia! —grita mi madre, ansiosa.

Max mira a Molly con amenazas en los ojos, prometiendo que como sea eso, la matará por no contárselo nada más pedirselo, pero ella le ha jurado y perjurado que no se trata de eso. Nadie se lo espera.

—En cuanto llegue la persona que falta, os lo contamos.

Cinco minutos después, John hace su aparición estelar y todos gritan de alegría.

—¿No me digas que te has ordenado sacerdote, John? —dice Ray.

—Que yo sepa, no. Pero todo es posible... Hay noches de las que no me acuerdo muy bien.

John y yo nos abrazamos los últimos y se queda a mi lado.

—Bueno, familia —empiezo emocionado—. Gracias por venir a esta cena tan especial para John y para mí.

Todos arrugan el ceño.

—¿Vais a casaros? —dice Ray guasón—. Porque sería la monda...

—No. De momento, no. Hemos montado este tinglado a la altura de la noticia que queríamos daros y es que... hemos vendido la patente del compuesto en el que llevamos siete años trabajando a un gran laboratorio farmacéutico estadounidense...

Las caras de todos se ponen serias, menos la de Molly, que nos sigue mirando sonriente. La amo tanto que vivo en un eterno día de Navidad.

—¿A cuál? ¿Por cuánto? —se escuchan varias preguntas.

—A Pfizer, por 660 millones de dólares.

Todo el mundo grita. Y me alegro de haber cogido un reservado.

—¡¿QUÉ DICES?! ¡¿ESTÁS DE COÑA?! ¡DIOS MÍO!

Todo es celebración y júbilo. Y lágrimas. De mi madre y de todos al final, y no es para menos. Porque tenemos pensado repartir un poco.

Pedimos champán francés y no dejamos de brindar y de hablar respondiendo a todas sus preguntas. La euforia devora a los Williams.

—¿Será la mitad para cada uno? —pregunta mi padre.

—No. Somos un equipo más grande. Tenemos colaboradores en las distintas ramas de la investigación, aunque a muchos les hemos ido pagando por horas. Pero hemos hecho un cálculo aproximado y nos tocarán a John y a mí, a partes iguales unos... 275 a cada uno.

Nadie da crédito. Ni siquiera yo. Mi padre se tapa la boca consternado.

—Estoy tan orgullosa de vosotros... —dice mi madre llorosa.

—Bueno, vale... Yo tengo una duda —empieza Ray—. Entonces, ¿os casáis o no? —Todos se ríen, pero dejamos de hacerlo cuando aclara que se refiere a Molly y a mí.

—No —contesto llanamente.

—¡Buuuh! —Nos abuchean todos. Y ambos nos reímos. Me coloco detrás de ella y le beso un

hombro.

—Ahora mismo soy un soltero de oro, sería un error casarme...

Siguen riéndose, incluida Molly.

—Vaya, tenía la esperanza de que hubiera una pequeña Williams en la familia —salta mi padre de pronto—. Porque Max va a tener a una Green y...

El silencio recorre la estancia y Jackson y John me clavan la mirada reteniendo el secreto a duras penas. ¡Quietos, chicos!

—Pues lo siento, Ashlyn será una Baker —responde Molly jovial.

Reacciono con rapidez y sonrío.

—Sí, queda muchísimo mejor Ashlyn Baker que Williams, papá.

Llevo tanto tiempo esperando este momento que no voy a dejar que nada lo arruine. Me importa un huevo como se apellide la niña, mientras esté en mi vida, junto con Molly. Incluso he fantaseado con la idea de tener más hijos con ella, de manera tradicional.

La celebración continúa hasta tarde. Esa noche, cuando llegamos a la cama, Molly insiste en hacerme un regalo... oral. Es la coronación perfecta para un día perfecto.

Ese domingo hicimos un maratón de películas para mantenernos ocupados, pero ninguno de los dos podía dejar de pensar en el lunes y en la cita con la ginecóloga.

Cuando llegó el momento, a mí casi me faltaba el aire.

—Buenos días, doctora. —Yo de majo. Que no se diga...

Molly le cuenta lo ocurrido y el terrible castigo que nos impusieron y proceden con la revisión para ver si nos lo levantan.

—De acuerdo, hay que descartar que el sangrado fuese por alguna complicación del embarazo, si no es así, podréis volver a practicar sexo sin problema.

—¿Qué complicaciones?

—Placenta previa, desprendimiento de placenta, cosas así, enseguida sabremos si debes seguir guardando reposo o no.

Me muerdo los labios. Renunciaría hasta a besarla hasta que Ashlyn nazca si con ello me garantizan que va a nacer sana. El corazón me palpita frenético y sé que Molly, a pesar de lo mucho que deseamos estar juntos, piensa igual que yo. Pero es curioso, anhelamos tanto una conexión física que resultaría extraño que algún día se nos pasara. Quizá lo nuestro sea para siempre.

Después de un montón de pruebas y otra ecografía...

—Parece que todo está bien —dictamina la doctora sonriente.

—Entonces... ya podemos... —me adelanto.

—Sí, pero con cuidado. No os pongáis ahora a practicar todo el Kamasutra.

—Oh, qué pena... —lamenta Molly en broma.

—Gracias, doctora —Le doy la mano, feliz.

Cuando salimos de la clínica bromeo con irnos al baño de un bar.

—Tengo algo mucho mejor preparado... —dice Molly enigmática.

—Pues vamos... No puedo esperar.

La sorpresa es que ha reservado una *suite* en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Está en el ático y, además de varias camas King Size, tiene una terraza al aire libre con un *jacuzzi* incorporado.

—Me vale... —susurro en su boca justo antes de besarla.

La felicidad existe y está en el ático del Four Seasons.

Tardo diez segundos en desnudarla mientras mi boca saliva al descubrir que está totalmente

depilada. Caemos en la lujosa cama y rodamos por ella, siempre con cuidado de no aplastar a Ashlyn, pero mis consideraciones terminan al sentir toda su piel sobre mí y su lengua enrollada en la mía.

—Voy a explotar, pequeña... —jadeo desesperado.

—Anda que yo... creo que me voy a correr en cuanto me la metas.

Lamo sus pechos y ella tira de mi pelo arqueándose. Qué digo, podría correrme sin metérsela.

—Hablo en serio Will, déjate de preliminares. ¡Fóllame ya o me muero!

Sus piernas se abren para recibirme y me introduzco en ella con un alarido gutural.

—¡Joder...! —grita alucinada. La fricción contra sus estrechas paredes es tan placentera que nos enajena.

Mes y medio sin estar dentro de ella. Minuto y medio hasta llegar al orgasmo.

Ahora bien, han sido los mejores noventa segundos de mi vida. Ella se ha corrido en el cuarenta y cinco. Ha sido... ha sido... algo que si encuentras no puedes dejarlo escapar nunca más.

Me aparto y nos miramos jadeantes con el cuerpo en llamas.

—Ha sido increíble —opina Molly—. Pero con esto no tengo ni para empezar. Quiero hacerlo durante horas...

—Yo también —confieso encantado.

—Tenemos 24 horas para amortizar la habitación a tope.

—Genial, pero antes... —digo granuja—. Quiero que abras un regalo que te he traído. —Alcanzo mi chaqueta y meto la mano en el bolsillo para sacar una cajita pequeña.

Al verla, Molly abre mucho los ojos.

—Will... ¿qué vas a hacer?

—Verás... Llegas un momento en la vida de todo hombre que encuentra a una mujer con la que le nace hacerle un regalo así...

—¡Will...!

—Te conozco mejor que nadie, Molly. Y tú a mí. Estamos hecho el uno para el otro. Somos muy parecidos. Y quiero saber si estás dispuesta a vivir esta aventura conmigo...

Ella se tapa la cara y me insulta. Y a mi madre también. Pobrecilla... Apenas puedo ocultar que me estoy descojonando.

—Confía en mí, Mol, sé que cuando lo veas, todos tus prejuicios caerán.

—No quiero verlo —masculla detrás de sus manos.

—Ábrela, anda.

—No.

—Ábrelaaaa —Sonrío. Y mi tono le manda señales contradictorias—. Confía en mí, pequeña...

La abre a regañadientes y cuando ve lo que hay dentro se echa a reír.

—¿A que te gusta?

—Sí... —dice melosa. Coge la pastilla azul más famosa del mundo y hago que me la ponga en la boca. La trago gracias a una botella de agua a estrenar que hay en la mesilla y me acomodo sobre ella de nuevo.

—¿Alguna queja?

—Ninguna —Se muerde los labios, expectante—. Eres el mejor. Necesitamos un buen maratón y que no se acabe la fiesta...

—Por eso la he traído —susurra en mis labios—. Pero no voy a ser tan bruto como me gustaría. Primero porque tu estado es delicado y no quiero que pase nada; y segundo, porque

aparte de follarte como un loco durante horas, también quiero hacerte el amor...

La beso ensimismado y nuestros cuerpos se activan de nuevo, y no por la pastilla.

Nuestros sexos acaban conectando suavemente sin dejar de besarnos, con estocadas lentas que nos entrecortan la respiración.

Ruedo con ella y me la siento encima, pero me incorporo con ella a la vez que le sostengo la espalda. No dejamos de besarnos en ningún momento, y ella bota sosegadamente sobre mí.

Respiro en sus labios entreabiertos y dejo nuestras frentes juntas.

—Te quiero, Molly, Te quiero más que a mi vida, joder. Te prefiero antes que a todo el universo...

Me mira los ojos y veo que los suyos se empañan.

—Una vez te dije que el hombre de mi vida no existía... —musita ella—, pero me equivocaba. Eres tú... Eres la excepción a todo lo que dije que nunca haría. Has conseguido robarme el corazón porque eres perfecto para mí, y esa cajita lo demuestra...

Nos sonreímos en los labios.

—Para mí siempre has sido perfecta. Y siempre lo serás. Pase lo que pase. Decidas lo que decidas. Tienes razón siempre, joder...

Seguimos rozándonos con movimientos suaves y sentidos y llegamos al orgasmo con una sincronización de libro.

He tenido muchas amantes en mi vida, y sé que simultanearlo no es fácil, pero iba en serio cuando he dicho que somos el uno para el otro. Lo pienso de verdad. Es la primera vez desde que se quedó embarazada que no me arrepiento de haber dado el cambiazo. Hice lo que tenía que hacer. Porque somos destino.

capítulo 26



Dos semanas después
Semana 25

Llego al Angelico's Bistro y pregunto por nuestra reserva.

Este italiano se ha convertido en mi restaurante favorito y me da igual lo que digan los ocho kilos que ya llevo de más encima. Acabo de entrar en el séptimo mes de embarazo y Ashlyn no podría estar más activa.

Will y yo hemos quedado a comer con Max y Jackson porque esta mañana he recibido una buenísima noticia. ¡Dentro de unos días me devuelven mi casa! Y nos quedan pocos meses para remodelarla antes de la llegada de Ash.

—¡Mol! —me saluda Max desde la puerta. Tengo que decírselo... Desde que está embarazada saluda como una princesa Disney recién salida de alta mar. No me sorprendería que en cualquier momento empezara a peinarse con un tenedor. Está rarísima. Y su tripa es mucho más grande que la mía.

—¿Estás segura de que no traes gemelos ahí dentro? ¿O trillizos?

—Segura. Es que es cabezona. Como su padre.

Nos partimos de risa.

—Bueno, ¿tú qué tal con mi hermano?

—Fantástico. Follamos mucho. Gracias por tu interés.

—¡Ay! ¡¿Por qué siempre tienes que hacer eso?! —protesta Max.

—¡Pues no me preguntes! —Me carcajeo—. Seguimos de luna de miel... ¡y que dure!

—¿Habéis hablado de lo que vais a hacer cuando te den el piso?

—Sí y no. Dice que él quiere comprarse una propiedad ahora que ha cobrado, y que podríamos vivir juntos en ella...

—¿Y tú qué piensas de eso?

Me encojo de hombros.

—Que me sentiría más cómoda si la casa fuera de los dos.

—¿Comprarla a medias, dices?

—Puede... —digo con una sonrisilla.

—¡Uy, eso es un compromiso muy serio para ti! —se pitorrea.

—Cállate... Sería lo más justo. Lo ideal.

—¿Y la niña de quién va a ser? ¿Un 70% tuya y un 30% suya?

Se echa a reír como si hubiese tenido muchísima gracia.

Intento sonreír, pero es un tema que me preocupa bastante y sobre el que quiero, próximamente, dejar las cosas claras.

Los hombres de nuestras vidas aparecen a la vez en el horizonte. Los vemos saludarse en la entrada y meterse un par de pullas para empezar. Lo sé por cómo sonríe Jackson.

—¿Cómo están mis chicas? —dice Will cuando se sienta a mi lado. Me da un beso y me acaricia la tripa.

—Bien —contesta Max, como si fuera por ella.

A ver... Me encanta que a Will no le importe que esté embarazada y que quiera a la niña como si fuera de la familia, pero temo que llegue un momento en el que no estemos de acuerdo en algo referente a ella y tenga que recordarle que es «mía».

Mi plan nunca ha sido tener una custodia compartida con alguien, y si bien estaré encantada de que se críe con él, necesito que comprenda que, en las decisiones importantes, yo tengo la última palabra.

—¿Qué tal, Mol? —Me saluda Jack.

—Muy bien.

—Me han dicho que van a darte tu piso pronto.

—¡Sí! ¡Me muero de ganas de ver cómo ha quedado!

—¿Echas de menos vivir allí?

—Sí...

—Ah, ¿sí? —pregunta Will fingiendo haberse molestado.

—Cuando la veas, lo entenderás. Sé que te va a encantar. Y contigo dentro, por fin será perfecta.

Lo beso para que no replique. Y funciona. Pero Jackson no puede quedarse callado.

—¿Vas a mudarte, Will? —A veces lo estrangularía.

—Sí, eso seguro. Pero tenía pensando mudarme a una casa nueva. Una que fuera de los dos.

—Eso hicimos nosotros. Max vendió el ático y nos compramos otra cosa.

—Me encantaba ese ático —digo mordisqueando el pan.

—Ya, pero me recordaba demasiado al señor psicópata...

—Cierto. Nil. ¿Sabéis algo de él? ¿Sigue molestandoos?

—Hace tiempo que no. Estará amargándole la vida a otra persona.

—A ti tu casa puede recordarte al incendio... —sugiere Will.

—Mi casa es maravillosa —rezongo—. La vas a amar.

—Le falta una buena terraza —señala él—. ¿No te gustaría tener una con jacuzzi? —Levanta las cejas, bribón, y un recuerdo viene a mi mente. El día del Four Seasons dimos buena cuenta de él, sí...

Al día siguiente tuvimos muchas agujetas, pero mereció la pena.

—No estaría mal tener una terraza —admito enigmática.

Recordarnos a los dos en albornoz, sobre el sofá exterior, después de una sesión muy caliente

entre burbujas, es muy agradable.

—He visto una casa que podría encajarnos —dice de pronto Will.

—¿Dónde? —pregunta Max.

—En la calle Broadway.

—Eso está solo a seis manzanas de mi calle —digo pensativa.

—Sí, pero está más cerca del mar, con vistas al Goldie y a Alcatraz. La zona es Pacific Heights.

—Fiu... —Silba Jackson—. Eso suena caro.

—Lo es. Pero resulta que ahora tengo dinero.

—¿Cuánto cuesta? Si puede saberse... —cotillea Max.

—Veintinueve millones.

—¡¿QUÉ?!

La exclamación de todos se hace notar.

—Yo no tengo tanto dinero —apunto deprisa—. Y si queremos comprarla a medias...

—¿Vosotros la comprasteis a medias? —pregunta Will a su hermana, a sabiendas de que Jack no tenía tanto dinero como ella.

—No, pero nosotros estamos casados en gananciales.

Y con ese golpe de efecto nos deja mudos, porque esa no es una solución para nosotros.

—¿Qué más da dónde vivamos y de quién sea? —comenta Will—. ¿Por qué te parece bien que yo me traslade a vivir a tu casa y tú no puedes trasladarte a vivir a la mía, manteniendo la tuya?

Jackson y Max me miran otorgándole la razón. Y sé que la tiene, pero existen matices...

—Voy a tener un bebé, Will, y necesito un entorno seguro donde crear un nido para cuidarlo. Algo permanente, ¿entiendes?

—¿Insinúas que yo no soy entorno seguro?

—Tú no. Solo digo que adaptar una casa que no es mía a las especificaciones particulares de un niño es...

—Hay cuatro plantas y siete habitaciones, Molly, puedes coger la que quieras y ponerla a tu gusto para «tu bebé» —remarca dolido.

El ambiente se tensa. Will se queda mirando fijamente la mesa.

Me gustaría haber tenido esta conversación en privado, pero ya es tarde.

—Me sentiría más cómoda en mi casa, solo digo eso. Y yo no puedo comprar una casa tan grande...

—¿Por qué necesitas tantos dormitorios, Will? —pregunta Max.

—Es una mansión. No puedo elegir cuántos dormitorios tiene...

—No tengas prisa por gastarte la pasta —le aconseja Jackson—. Se te fundirá rápido si no tienes cuidado, sobre todo si no va entrando más cada mes.

—¿Quién dice que no va a entrar más? —replica Will a la defensiva—. ¿Ahora he tenido un golpe de suerte o qué?

—No quería decir eso...

—La casa se paga con la diferencia de la contraoferta que no daba un duro por conseguir, pero que al final salió bien. ¿Por qué no puedo comprármela?

—No tienes que comprar algo solo porque puedas —apunto—. Mi casa cuesta la friolera de tres millones y te aseguro que es más que suficiente. Me gustaría que la vieras antes de comprar nada, igual te gusta...

—Mi ático costó once millones, Will... —apunta Max cuando se hace el silencio—.

Veintinueve me parecen demasiados...

—La vida es corta, hermana, y yo no necesito grandes lujos, ya lo sabes. Si en algo voy a gastarme la pasta es en un hogar. Y además, no es despilfarrar, lo considero una inversión.

—En eso tiene razón, nena —dice Jackson—. No sería dinero perdido. Sería como comprar joyas.

—Gracias, Jack.

—Aún así... —insisto—. Sigue siendo mucho dinero para algo que no necesitamos. ¿Cuatro plantas? ¿Siete habitaciones? ¿Sabes la de tiempo que perderíamos solo limpiándola? Donde esté la comodidad de un piso, que se quite el resto...

—Entonces, ¿me quedo sin mansión porque mi novia no quiere? —dice Will molesto—. Luego se preguntan qué tiene de malo el amor y el compromiso, ¡precisamente que te compromete! Te limita, te coarta y te obliga a ajustarte a una persona, cuando tú elegirías otra cosa. El amor no debería ser un sacrificio...

—Alto ahí —sentencia Max—. Este es mi terreno, hermano, y llevo años queriendo aclararte una cosita. El amor no es solo química, sexo y atracción, también es esfuerzo mutuo. Eso que tú llamas «lo malo» es solo «lo complicado».

—Pensaba que el amor tenía que ser fácil. Que cuando encuentras a la persona correcta, te imaginas una vida a su lado sin cuestionar nada...

—Esa teoría es preciosa, pero es un arma de doble filo. ¿Por qué hay tanta gente que huye despavorida de tener pareja por miedo a que le limite y le coarte su libertad? Porque no se han molestado en buscar a alguien que sea lo suficientemente maduro como para manejar la responsabilidad que conlleva amar a otra persona.

—¿Soy inmaduro por tener ideas propias?

—No. Está bien tener tus propias expectativas e intereses, pero cuando hay amor de verdad, has de ser capaz de unir fuerzas y crecer juntos.

—¡Eso intento! Pero no se puede si te consideran «entorno no seguro».

—¡Yo no he dicho eso, Will! —Me defiendo—. Es solo que no me siento cómoda si no estoy en mi casa...

—¿Sabes por qué? Porque si discutimos, como pasa a menudo en las parejas, no tendrás la posibilidad de echarme. Es decir, no tendrás el control. Pero creo que yo ya demostré una vez que nunca te echaré. Pase lo que pase...

Nos mantenemos la mirada por un segundo.

—Yo me arriesgaría —le aseguro—. Te seguiría al fin del mundo si dependiera solo de mí, pero no puedo comprometer el bienestar de Ashlyn. Me debo a ella. Y si tú y yo discutimos, no quiero que le afecten las consecuencias de tener que mudarse de un sitio que considerará su hogar.

—Pondré la maldita casa a tu nombre, si así se acaba el problema.

—¡Yo no la quiero!

—Chicos... —interviene Max—. ¿Por qué pensáis que os vais a pelear? Seréis muy felices estéis donde estéis, así que dejaos de tonterías...

—No son tonterías, Max. Es mi vida —masculla Will irritado.

Y al mirarle lo único que siento es que quiero hacerle feliz. Que se lo merece tras lo mucho que ha trabajado y llego a la conclusión de que él solo trata de compartir sus logros y su felicidad conmigo, pero tengo miedo. Miedo de comprometerme y arrepentirme después.

Cambio de actitud. Como ha dicho Max quiero sumarle, no restar.

—Will, esta semana vemos las dos casas y lo decidimos, ¿te parece? Si comprar ese casoplón

te hace feliz, yo no quiero impedírtelo —Le cojo la mano mendigando su perdón.

Él suspira y me la acaricia también.

—Yo solo quiero estar contigo, Molly. Pero quiero estar lo mejor posible ahora que por fin tengo los medios para ofrecértelo. Quiero dártelo todo. Disfrutar de todo contigo...

—Yo también. Veremos las dos opciones y decidiremos. ¿De acuerdo?

—Vale... —Me besa despacio y se queda apoyado en mi boca.

—Qué poquito os duran los enfados... —se burla Jackson mirando la carta—. Bueno, ¿qué pedimos? Tengo hambre.

—¿Sabes de lo que tenemos que hablar muy seriamente? —Me agarra Max—. ¡De nuestra fiesta de *Baby Shower* conjunta!

—¡Sííí! ¿Cuándo se hace eso? ¿En la semana veintiocho?

—¡Exacto! Podemos hacerla cuando tú llegues.

—¡Pues solo nos quedan tres semanas para organizarlo todo!

Los chicos se miran asustados, porque saben que el resto de la comida no vamos a hablar de otra cosa que no sea eso.

El día que me dan las llaves de mi piso estoy nerviosa. Apenas quise echarle un vistazo al albarán donde enumeraban las pocas cosas que habían podido salvar, solo pedí que volvieran a recolocarlos todo más o menos en su sitio.

Entrar en el edificio de nuevo, me produce escalofríos. Me da la sensación de que vivía aquí en otra vida, y eso que ya llevaba dos años viviendo allí antes de que se quemara.

Subimos hasta mi planta y avanzamos despacio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa? —pregunta Will amable.

—Sí. Es que... la última vez que estuve aquí, te llamé para decirte que estaba encerrada en la terraza y... todo ha cambiado tanto...

—Lo sé —me acaricia—. Ahora soy tu novio. Ve acostumbrándote al nombre...

—Eres mi amante con derechos...

—Sí. Con derecho a decir que soy tu novio.

—Voy a abrir ya... —resoplo metiendo la llave.

La hoja vence y el espacio que me recibe es perceptiblemente distinto al anterior. No es como lo recordaba. O puede que sea yo la que ha cambiado.

—Guau... —murmura Will sorprendido.

—¿Te gusta?

—Es una maravilla. Nada que ver con mi casa.

—Entonces, ¿no te importará que la estrene contigo? —digo agarrándolo de la camiseta y acercándolo a mí.

Nos besamos con dulzura y empiezo a sentirlo todo más correcto. Le enseño cada rincón, incluso desde dónde hablé con él el día del incendio y parece olvidar un poco la idea de la mansión al darse cuenta de que estaríamos realmente bien aquí.

Le enseño mis planes para transformar la habitación sobrante en la de Ashlyn y termina de flipar con la cama de princesa renacentista que me compré hace un año en un desvarío.

—Tenías razón, me encanta —dice acorralándome en el mullido colchón, iluminado por un gran ventanal que ofrece luz natural.

—¿Te ves viviendo aquí?

—Me veo dentro de ti... —murmura sensual empezando a besar mis pechos. Sonrío encantada y él disfruta de la sensación de mis dedos acariciando su nuca con ternura.

Su estreno no podría haber sido más memorable.

Por la noche, Will sigue maravillado y sé que ha olvidado un poco la idea impulsiva de comprar una casa tan cara. Es difícil gestionar una nueva fortuna y diferenciar lo que realmente necesitas de lo que puedes permitirte.

Esta siendo una semana muy dulce para él, porque varias revistas de ciencia se han hecho eco de la venta de su patente y eso ha incidido en la idea de que no tiene nada que demostrar comprando nada.

El dato sorprendente de la jornada ha sido que mis padres volvieran a escribirme pidiéndome disculpas por todo. Al parecer habían estado hablando con Gloria y habían descubierto que Will era hermano de Max. Entendieron que nos conocíamos desde niños, que venía de buena familia y que ha sido bautizado como un químico de prestigio. También le chivó que ya estábamos viviendo en mi casa.

«Si quieres quedar con nosotros a tomar algo o a comer en algún sitio para enseñarnos dónde os habéis instalado, estaremos encantados».

Sé que les dije que estaba muerta para ellos, pero al fin y al cabo, son mis padres. Sin embargo...

—No me apetece —le dije a Will cuando me preguntó.

—A mí me da pánico que esa mujer te saque de quicio otra vez.

—Ahora sí quieren que les vean con nosotros, ¿no? Son unos interesados. Y unos estirados... Paso de verles, seguro que volverán a insistir en la idea de que nos casemos.

Pero siguieron escribiéndome e interesándose por la evolución del embarazo. Y yo seguí ignorándoles. Les había dado demasiadas oportunidades y ya había perdido la fe.

—Will, nos tenemos que poner las pilas con la habitación del bebé, más que nada, porque no paran de enviarme un montón de productos de puericultura y ya no sé donde meterlos.

—Vale, pero antes de ponernos manos a la obra... —empezó renqueante—. ¿Querías ir a ver la mansión que te dije? Solo a verla, me lo prometiste...

—Vale, podemos verla.

—¿Mañana a las cuatro?

—¿Ya has reservado la cita? —Sonreí.

—Sí —contestó travieso—. Me lo prometiste...

—Vale. Mañana a las cuatro. Pero voy a pedirte algo a cambio.

—¿Es sexual? —Subió las cejas interesado.

—No. Es... digital.

Alcé el móvil y empecé a grabarme a mí misma en selfi:

—Tengo algo que contaros, gente, y es que... tengo NOVIO. ¡Uh!, ¡Ah! Como lo oís... N-O-V-I-O. Es muy fuerte, lo sé. Ya sabéis que siempre he promulgado que se está mejor solo, pero es que nunca hubo nadie que pasara el filtro para ser algo más. Hasta que llegó él...

Me puse a su lado y Will apareció en pantalla.

—Por el amor de Dios... —barruntó abochornado. Intentó taparse, pero al final se rindió a mi forcejeo con risitas.

—Se llama Will y... ¿quién ha dicho que una mujer fuerte y empoderada no pueda enamorarse? Y más de un hombre como él... Es científico y además está bueno, todo en uno.

Will se rio. Entonces se dirigió a la cámara para desplegar todo su ingenio y dejarlas a todas mareadas de amor.

—Tengo que ser un genio para engañar a una mujer tan formidable como ella para que me quiera.

—¿Qué os he dicho? —Sonreí feliz—. Que sirva de precedente, él sabía que yo estaba

embarazada cuando empezamos a salir, pero no le importó, ¿verdad, Will?

—Cierto. De hecho, quiero más al bebé que a ella.

Me reí ante su mueca traviesa y creo que todo el mundo pudo ver lo loca que me volvía con su humor, porque los comentarios sobre nuestra palpable química eran fabulosos.

—Ya lo véis, chicas, no hay nada que una mujer decidida no pueda conseguir. Tener un hijo por su cuenta, mantener una relación amorosa, y todo ello sin dejar de trabajar y pagar sus facturas. Chicas al poder. —Hice el símbolo de la victoria.

Cuando corté el vídeo, Will me miró ufano.

—¿Chicas al poder?

—Es un buen eslogan.

—Mi madre siempre dice que el poder de una mujer no es hacer las cosas, sino conseguir que otros las hagan por ella.

Solté una carcajada.

—Tu madre es muy lista. Las demás tenemos que currárnoslo...

—Su única arma es el amor. Nunca la fuerza.

—¿Y cómo explica eso un científico? —Me acomodé contra él. Me encantaban nuestras conversaciones filosóficas. Jamás había hablado tanto con un hombre como con Will. Todo lo que decía me parecía interesante.

—No todo lo puede explicar la ciencia, pequeña. Seguro que has oído decir a Max que el amor tiene parte de magia.

—Sí, solo que yo lo llamo locura. Y los cuerdos no tenemos acceso a ella.

Will se rio y maniobró para atacarme.

—¿Y cómo llamas a lo que has hecho conmigo? —rondó mis labios.

—Se llama infección... Estamos infectados, Will.

—Pues espero no curarme nunca.

Después de hacer el amor —porque eso era amor—, y comer, quedamos con un agente inmobiliario para ir a visitar la propiedad.

Desde el minuto que pisamos la propiedad tuve la boca abierta.

Habían colocado una alfombra roja para acceder, como si no quisieran que dejaras tu sucia impronta en el lugar.

Nunca había visto un casa como esa. Era muy especial. Cada estancia estaba perfectamente diseñada al milímetro con los mejores materiales. Jackson tenía razón, era una joya. Y quizá una buena inversión. Pero no estaba segura de imaginarme viviendo allí.

El primer piso y el segundo eran bastante funcionales, y la terraza superior, era el cielo en la tierra. Tenía unas vistas espectaculares al Golden Gate, un sofá enorme, una mesa y un jacuzzi cuatro veces más grande que el del Four Seasons. Después de la visita nos dejaron unos minutos a solas en ella para pensarlo.

—¿Qué te parece? —dijo Will con un brillo único en la mirada.

—Es realmente impresionante... Pero me sentiría hasta culpable de pagar una cantidad así.

—Yo no. El dinero nunca me ha importado mucho. Haga lo que haga y por mucho que tenga, la gente que me importa me verá siempre como a «Will, el irresponsable», así que, por lo menos, que lo digan con motivo —Sonrió canalla.

—¿Te ves viviendo aquí para siempre?

—Qué miedo le tienes a los *para siempre*... —rezongó—. Nada es para siempre, pequeña, solo la magia —Me abrazó—. Si no lo vemos claro, podemos cambiar de opinión y hacer lo que queramos, esto siempre nos quedará como una inversión. Seguro que podremos revendérselo a

otro loco inconsciente.

—Se me ha ocurrido una forma de comprarlo los dos —empecé.

Su cara se llenó de sorpresa.

—¿En serio? ¿Cuándo te ha dado tiempo a pensar en ello?

—En cuanto hemos atravesado el jardín. Ha sido un flechazo...

—Te escucho... —se cruzó de brazos, cómico.

—Sería pagarla a medias.

—¿Y cómo conseguirás tu parte?

—Hipotecando mi parte de *ConsigueAlTío*...

—¿Harías eso?

—Sí. Lo que no quiero es que la compres tú solo y vivir aquí de gorra. Quiero que también sea mía. De los dos.

—Joder... ¿Qué diablos he hecho para merecerte?

capítulo 27



Tres semanas después
Semana 28

Todo está listo para disfrutar de la mejor *Baby Shower* que se haya visto en años; Max no ha reparado en gastos, pero ha invitado a más gente de la que me gustaría... Y con eso me refiero a mis padres.

—¿Qué leches hacen aquí? —mascullo en su oído.

Ella me sonríe débilmente.

—He pensado que podría suavizar las cosas con ellos...

—¿Suavizar el qué, que casi me provocan un aborto?

—Mol... Mi madre ha estado hablando con ellos y creo que han aprendido la lección. Además, estamos todos aquí. Si dicen algo inapropiado, yo misma los echaré.

—Pues ve preparando tu tono de sargento.

Al que sí he invitado es a Bradley. Me parecía justicia poética y últimamente nos vemos más. Me giro y justo lo veo llegar con un gran ramo de lirios blancos que derrochan dulzura y suavidad.

—¡Brad!

—¡Hola! ¿Cómo está la chica de la fiesta?

—Bien. ¡Oh, muchas gracias por las flores!

—No se merecen.

—¡Will, está aquí Brad!

Mi chico se acerca y lo saluda sin relajarse por completo. Es como si pensase que fuera a quitarle el sitio. Creo que sigue teniendo miedo de que se entere de que es el verdadero padre de Ashlyn, ¡pero nunca lo sabrá! Al menos, no por mí.

—Cariño, ¿por qué no le presentas a Lily? Creo que podrían encajar...

—Claro. Ven conmigo. Estás de suerte, amigo...

—¡Will...!

Es increíble lo poco celosa que estoy. Además, un día me confesó que cuando estuvo con ella no había dejado de pensar en mí y en posibles continuaciones de lo que ocurrió en esa terraza.

Estamos mejor que nunca desde que nos dieron la mansión y empezamos a remodelar la habitación de Ashlyn, la más cercana a la nuestra. Nos ha dado tiempo a empapelarla con un estampado infantil precioso y nos han traído algunos muebles para ir colocando todas sus cosas. Nos pasamos el día de compras para ella. Le dije a Will que echara el freno cuando le compró un mini piano de cola Kawai blanco. Por otro lado, yo tengo un problema con la ropita rosa.

—¿Eres consciente de que no le va a dar tiempo a usar todas las prendas de talla cero que le estás comprando? —me señaló—. Al día treinta, ya tendrá un mes.

—Los bebés se manchan mucho, cuento con cambiarle de ropa tres o cuatro veces al día.

—¿Por qué no siete, mejor? Ni que no fuera a llevar pañal...

Pero siempre acabamos riéndonos y me encanta que esté tan participativo con el tema. A veces me pregunto si le importará que lo llame «papá».

La fiesta empieza y procuro no separarme de Will hasta que llegue el momento de saludar a mis padres. Quiero quitarme el marrón de encima cuanto antes y no volver a hablar con ellos más.

Cuando llega el momento, noto un nudo en el estómago y cojo de la mano a Will. No es dependencia. Es unión. Esa que hace la fuerza.

—Hola, Molly —balbucea mi madre como si fuera un animal indefenso. A partir de ahora la llamaré zarigüeya.

—Hola...

—Estás preciosa. Ahora sí que pareces una embarazada de verdad.

—Gracias... —«Creo». Presiono la mano de Will mientras mi madre repasa mi vestuario.

Max insistió en comprarnos un vestido premamá a juego con el que parece que esperamos quintillizos por lo menos... Se ajusta bajo el pecho con un lazo enorme y cuelga una tela plisada hasta los pies. Toda la fiesta está confeccionada bajo la combinación cromática del rosa y rojo. Yo voy de rosa y Max de rojo.

—Queríamos pedirte perdón por lo sucedido... Estábamos preocupados por tu futuro.

—Pues no os preocupéis más, por favor. Me va bien.

—Ya lo vemos. Y nos alegramos mucho. Vais a ser una familia magnífica... —dice admirando a Will.

—Gracias, señora Baker.

—Felicidades por tu estudio clínico —dice mi padre.

—Gracias...

—Gloria nos ha dicho que al final compraste la mansión Bay View.

—La compramos los dos —corrijo—. Esperamos dar una fiesta de inauguración antes de que nazca Ashlyn —Me toco el vientre.

—¿Ese va a ser su nombre? —pregunta mi madre con extrañeza.

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no... Ninguno...

—¿Y qué apellido llevará? —pregunta mi padre.

—Creo que es mejor que no hablemos de eso —lo interrumpo—. Pasadlo bien en la fiesta. Adiós...

Tiro de Will hacia la otra punta y me sigue.

—¿Por qué no les has dicho que Baker?

—Porque no quería provocar una pelea. A mis padres todo les parece mal. Que no nos casemos, que lleve mi apellido... Si se enteran de que me he inseminado, se morirían en el acto.

—No entiendo cómo no lo han visto ya en TikTok.

—¿Estás de broma? ¡Mi padres piensan que TikTok es una ciudad de China! Apenas saben usar sus teléfonos para llamar. Son de la vieja escuela.

—Podrían encontrarlo fácilmente tecleando tu nombre en un buscador.

—Ese es el nulo interés que tienen por mí y mi trabajo. ¿Podemos divertirnos y olvidarnos de ellos de una vez?

—Por supuesto.

La fiesta es un éxito. La comida está exquisita, la apertura de regalos es entretenida, y todos parecen pasarlo bien.

Busco entre los invitados a Bradley para descubrir si ya ha desaparecido con Lily para hacer cochinas en algún escondite, y de pronto, lo veo hablando con mis padres.

Sufro un cortocircuito mortal.

No puede salir nada bueno de esa conversación.

Voy hacia ellos y alguien del catering me aborda.

—Disculpe, señorita Baker, ¿quiere que sirvamos ya los refrigerios finales?

—Sí, sí. Sacadlos.

—¿Y cree que podríamos ir sacando las basuras para que no se amontonen después...?

—Sí, hagan lo que quieran. ¡Perdone!

Lo esquivo y veo a Bradley enseñándole algo en el móvil a mis padres con el ceño fruncido. ¡NO!

El de mis progenitores está todavía más fruncido, y yo estoy a punto de desmayarme.

Todo empeora cuando llego a su lado y veo que Brad tiene abierto mi TikTok en su pantalla. Los tres me miran estupefactos; apenas puedo respirar.

—¿Te has... te has inseminado de un extraño? —pregunta mi madre sin dar crédito.

—¡No! —Bueno... A ver...

—¿Estás mintiendo en las redes sociales? —pregunta Brad—. ¿El bebé es de Will?

Mi vista va de uno a otros sin saber dónde detenerme y no tengo más remedio que decir la verdad.

—Mamá, papá... Es cierto, me he inseminado. Os mentí porque sabía que no lo aprobaríais. Cuando os lo dije ni siquiera estaba saliendo con Will, pero no quería volver a vuestra casa a raíz del incendio.

—¿Will lo sabe o él piensa que es el padre? —pregunta mi madre horrorizada.

—¡Claro que lo sabe!

—¿Y aún así quiere estar contigo?

Su incredulidad me ofende.

—¡Pues sí! ¡Will me quiere y respeta mis circunstancias! ¡No es nada malo recurrir a la ciencia para tener un hijo!

—¡¡Es antinatural!! —clama mi madre alucinada—. ¡Una cosa es que un hombre te deje embarazada y luego te abandone, pero buscar esa desgracia tú misma me parece el colmo de los colmos...!

—¡¡No es ninguna desgracia!! —grito fuera de mí.

—¡¡¿Qué está pasando aquí?!! —aparece Will preocupado—. Molly, cálmate, por favor... Respira. Piensa en Ashlyn. No puedes alterarte así...

—¡¿Qué ha pasado?!! —aparece Max como una leona—. ¡¿No me digan que no han podido

tener la boca cerrada ni una hora?! ¡Confíé en ustedes! ¡Les di una oportunidad de buena fe!

—¡Tengo mis motivos! —espeta mi madre—. ¡Pensaba que mi nieta era hija de Will, una futura eminencia en la medicina, y ahora me entero de que es de un completo desconocido! ¡Podría ser de un mendigo que ha donado solo para ganar un poco de dinero! ¡¿Por qué lo haces todo mal, Molly?! ¡¿Quieres acabar conmigo?! ¡

—¡¡Sé perfectamente quién es el padre!! —grito desquiciada—. ¡Y es un hombre muy decente!

—No, Molly... —musita Will.

Todo el mundo está pendiente de la pelea ya. Los padres de Will se abren paso entre la gente hasta quedar delante del todo, también su hermano Ray y Jackson.

—¡¡Esta niña es sangre de mi sangre y la has juntado con vete a saber quién!! —agoniza mi madre—. ¡Es una niña probeta!!

—¡¡No!! —chillo con fuerza. Y mi tripa se resiente.

—¡¡BASTA YA!!! ¡YO SOY EL PADRE!! —grita Will al ver que me presiono el vientre dolorida.

Lo primero que pienso es que lo dice porque él va a serlo a todos los efectos. Con toda su alma y su corazón. Pero a mis padres esos sentimientos les resbalan. No los tienen ni siendo consanguíneos...

—¡Asumirás el papel, claro! ¡Pero el semen es de un desconocido! —insiste mi madre—. ¡Qué asco! ¡Esa niña va a ser mitad de nadie!

—¡Esa niña es mía! —sentencia Will—. ¡La fecundaron con mi propio esperma! Trabajo en los laboratorios donde se llevó a cabo el tratamiento y lo arreglé todo...

Escuchar esa información me rompe algo por dentro.

Se oye una exclamación generalizada, seguido de un pequeño alboroto cuando la madre de Will se desmaya y Ray y Jackson impiden que caiga al suelo.

...

¿Y quién coño va a recogerme a mí?

—¡Váyanse y no vuelvan a molestar a Molly jamás! —ordena Will.

Ni siquiera veo cómo se van mis padres. Mi vista ya no enfoca. Solo puedo pensar en lo que acabo de escuchar. Es como si muchas cosas tuvieran sentido de golpe. Sus cuidados, su apoyo, su amor...

Dios...

Cuando Will me mira quiero hacerle muchas preguntas. La primera, si es cierto lo que ha dicho o solo intentaba que dejaran de llamar a mi hija «probeta», pero en sus ojos leo una expresión arrepentida y de culpabilidad aplastante que me perturba por completo. Un profundo escalofrío se filtra en mis entrañas como solo puede hacerlo la verdad.

—Mol... —musita vulnerable.

Y no hace falta que diga más para imaginar el alcance de su mentira. Porque tuvo que planearlo todo antes de que me inseminara. Antes del incendio. Antes incluso de llamarme irresponsable en casa de Max cuando les conté preocupada que había dado el cambiazito por Mister Universo. Estaba tan nervioso... ¿Cómo no me di cuenta de su reacción desmedida? ¡Estaba así porque él había dado otro cambiazito! Por eso la clínica no detuvo el maldito procedimiento, ¡porque todo era correcto!, de ahí su insistencia en que no le dijera nada a Brad. Porque Brad no era el verdadero padre...

—Dios mío... —farfullo sujetándome la tripa.

—¿Estás bien? —Se preocupa Will al momento. Pero me separo de él tan rápido como si

quemara.

—¿Cómo has podido engañarme así? —escupo herida.

—No era mi intención... Lo hice sin pensar... Yo...

—¿Sin pensar?!

—Sin saber que después nos enamorábamos. Simplemente asumiendo que tu hija sería alguien a la que vería siempre y... pensé que no estaría mal saber que era mía en vez de un desconocido...

—¡Joder..., eres como mis padres! —digo apartando la mirada asqueada.

—¿Por qué?!

—¿Ibas a quererla más si era hija tuya en vez de una niña probeta?!

—¡No! ¡Yo también era donante de la clínica!, podías haberme elegido a mí, y pensé que, ya que ibas a tenerla...

—Aprovecharías la ocasión y te subirías al carro, ¿no?

—Nunca pensé que ese embrión se convertiría en algo tan importante para mí. Lo quería incluso antes de liarnos, Molly...

—Joder, hermano... —alucina Ray—. Esto supera en mucho todas las cagadas que has hecho y que haremos todos para siempre. Te doy las gracias por ello...

—Pues a mí me parece maravilloso —opina el padre de Will—. ¡Ya estáis juntos y vais a tener una hija!, ahora solo os falta casaros y será todo perfecto.

Me da un vuelco el corazón. Claro... El puto final PERFECTO... El del cuento chino que siempre trato de abolir, predicando que hay otra alternativa que no implique cumplir la norma establecida por la sociedad.

Me siento engañada...

¡Y además soy un puñetero fraude!

¡HAN HECHO QUE ME ENAMORE DEL PADRE DE MI HIJA!

—Molly, por favor... Déjame explicártelo... —gime Will.

—Necesito tiempo para procesar todo esto. Acabas de romper el orden que quería para mi vida, Will. Acabas de darle un revés a mis principios y me siento... manipulada, engañada, vapuleada...

—Yo no te he manipulado. ¡No programé enamorarme de ti...!

—¿En serio? Porque estoy pensando que quizá fuiste tú el que le prendió fuego a mi edificio.

—¿Cómo...?

—Ahora mismo no sé ni qué pensar. Solo sé que me voy de aquí.

—¡Molly, espera...!

—Detente, Will —lo intercepta Jackson—. Deja que se vaya.

Max viene conmigo y me sujeta del brazo en dirección a la salida. Como es lista, sabe que no tiene que decir ni una palabra en este momento. Cris y más chicas nos escoltan también.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta apenas sin mirarme.

—A mi casa. A mi piso —aclaro. Porque la mansión de Bay View también es mía. Recordar esa decisión me rompe el corazón. Sabía que no podía confiar en él... Lo sabía. Ni en él ni en nadie.

—¿Puedo acompañarte y estar contigo? —pregunta mi amiga con expresión triste—. Por favor... Te prometo que no haré de abogada del diablo. Odiaremos juntas a Will. Solo quiero... que te desahogues conmigo o que no digas nada en absoluto, pero estar juntas...

Se me encharcan los ojos ante su lealtad.

—Vale, ven...

—Bien. ¡Nos vamos, chicas! Recogedlo todo, Cris, por favor...

Su cuñada asiente y salimos de la sala de fiestas en busca de un taxi.

En el trayecto, Max no me suelta la mano ni para teclear un mensaje con la otra. Supongo que está avisando a Jackson de que se ha venido conmigo.

Ellos sí son una auténtica pareja. Se lo cuentan todo. No tratan de ocultarse nada...

Al llegar, nos ponemos cómodas. Le dejo un pijama a Max para que se quite el vestido, aunque los más bonitos los tengo en Bay View, y nos sentamos en el sofá a recapitular. No obstante, el silencio hace eco.

—Di algo —le ordeno.

Max siempre sabe qué decir en casos así. Por algo es psicóloga y yo publicista.

—Es que no sé ni qué decir...

—Si lo sabes, pero no quieres que me enfade —señalo astuta.

—Está bien... Pero prométeme que no me echarás de tu casa.

—No lo haré.

—Creo que no deberías enfadarte con Will por esto.

Abro la boca para protestar.

—¡Ah, ah, ah! Espera —Me frena levantando la mano—. He dicho «creo». Pero entiendo perfectamente que lo hagas.

—Ya empezamos con tus tecnicismos...

—¡Lo son todo! —exclama abriendo los brazos.

—¿Por qué lo son todo? Explícate.

—Porque entiendo que te enfades, pero pienso que al hacerlo, no eres mejor que tus padres.

Entonces sí que abro los ojos como platos. Y Max me recuerda que no ha terminado su alegato.

—Creo que da absolutamente igual de quién sea la otra mitad de esa niña. ¡Para mí es tuya!, y no la querré ni una gota más porque sea también de mi hermano. La querré exactamente igual, ergo... No cambia nada que sea de Will.

—¡CAMBIA QUE ME HA ENGAÑADO! —exclamo furiosa.

Max cierra los ojos ante mi grito y se limpia la saliva que le ha salpicado.

—Vale. Pero no con fines especulativos, sino para no llevarse bronca o escupitajos tuyos. Él no gana nada con esto.

—¿¿Cómo que no?! ¡Gana una hija! ¡¿Te parece poco?!

—No, Molly. Él no gana una hija, es al revés, la pierde. Cuando empezó a querer a ese cigoto se dio cuenta de que había cometido un error y que sufriría más de lo que le aportaría el saber que era hija suya.

—¿Solución? ¡Vamos a enamorar a Molly y así estoy más cerca de la niña! ¡No me quiere a mí! ¡Nunca me ha querido, Max! Ashlyn es la que lo ataba a mí —Me tapo la cara y empiezo a llorar desahogada. Porque descubrir eso duele. Por supuesto que nadie puede quererme a mí...—. ¡Para Will solo soy un recipiente en el que incubar a su hijita y echar unos cuantos polvos de paso! —exclamo hundida.

Sigo llorando unos segundos, y al ver que Max no hace nada, la miro.

Sus ojos llenos de lágrimas me parecen más grandes que nunca.

Baja la cabeza, negando, cuando le pregunto qué le pasa.

—No tenía ni idea de que tenías un concepto tan bajo de ti misma. ¡Tú siempre has sido la fuerte! Te veía tan segura... Pero acabo de darme cuenta de que no eres capaz de discernir cuando alguien te quiere de verdad.

—Será porque nadie me quiere. No, realmente... Nunca. Nadie.

Max vuelve a negar, desolada. Pero al final, el enfado la domina:

—Todo esto es culpa de tus padres... —dice con ira—. ¡Y del puto Preston Walker! Esto te viene de muy lejos, Mol, pero pensaba que lo tenías superado.

—Will me ha engañado, Max. No me estoy inventando nada.

—Will es idiota. Pero te ama con locura. Y a tu hija también. ¿No te alegras ni un poco de que sea suya? ¿En serio?

—¿Alegrarme? ¡ME ATERRA! ¡Lo que más quiero en este mundo ya no es solo mío! ¡Ahora pueden quitármelo...!

—También pueden quitártelo los servicios sociales si diagnostico que estás loca. Y estoy a esto —Pone los dedos a muy poca distancia.

No tengo fuerzas ni para reírme. Estoy muy mal.

—Uno de los pros de la inseminación era la tranquilidad de que el padre jamás podría exigirme estar el 50% del tiempo con ella si se terminaba la relación. ¡Y Will me ha quitado eso!

—Estoy segura de que Will te dará todo lo que le pidas. ¡Quería regalarte una casa de 29 millones, por el amor de Dios!

—¿Crees que renunciará a ver a su hija?

—¿Tú quieres que renuncie?

Me quedo callada.

—Molly, te hiciste amiga de Bradley para que su padre estuviera cerca de ella. Puede que quieras terminar tu relación con Will, pero como padre de la niña nunca te fallará. Creo que hizo lo que hizo porque cuando nació Liam su reloj biológico se resintió al ver a Ray en ese papel. ¡Pero él no tenía intención de formar una familia!, solo quería volcar su amor en esa niña como hubiera hecho igualmente si no fuera suya. Sin mayores derechos.

—Sé que tengo un problema de confianza, Max... Lo sé muy bien. ¡Pero podía habérmelo dicho en muchas ocasiones! Hace cinco semanas cuando volvió de Australia, o cuando se fue y lo daba todo por perdido conmigo, o justo después de hacer el amor ayer...

—Supongo que no quería trastocarte. Él quería que vivieras tu sueño de ser madre soltera. Demostrar que se puede. Y luego la vida le explotó en la cara, como a todos... ¡Es Will! Su trabajo es hacer explotar cosas hasta que una no lo haga...

—Pues yo espero no explotar todavía —digo sintiéndome mal—. Ahora mismo me duele un poco la tripa.

—Si en un rato te sigue doliendo, nos vamos a urgencias.

—No, tranquila... De momento, aguanto. Solo quiero quedarme aquí, en la seguridad de mi piso...

—No te vas a sentir siempre así —dice cogiéndome la mano—. Estar embarazada te pone más sensible de lo normal. Todo lo que sientes está magnificado, como si fueras una Cullen...

—Me apetece vampiros —decido—. ¿Vemos una peli o alguna serie? Quiero dejar de pensar en esto.

—Claro.

A mitad de *Eclipse*, veo que Max escribe en su teléfono.

—¿Qué te pone Jackson? ¿Dónde está Will?

—Están los cinco magníficos en un bar.

—¿Qué cinco?

—Will, Jack, Ray, Shawn y Bradley.

—¿Bradley?

—Eso parece. Al parecer, Will ya está como una cuba.
—¡Qué injusto! Y yo no puedo beber porque tengo que llevar a su bebé...
—Han tenido que impedirle que viniera hasta aquí.
—Tampoco pensaba abrirle.
—Tarde o temprano tendréis que hablar, Molly...
—Pues será tarde, porque estoy muy cabreada. Mis seguidoras conocen a Will, verás cuando se enteren de que es el verdadero padre de mi hija. Me van a dejar de seguir por fraude...
—¡Tú no lo sabías! Te han engañado.
—Da igual. Me van a odiar.
—Y a envidiar... ¿Quién prefiere criar a su hijo sola cuando ama al padre de la criatura?
—¿Alguien que pretende demostrar que se puede, por ejemplo?
—«Que puedas no significa que deba hacerse», palabras tuyas. ¡Sois los dos igual de cabezones, joder...!
—Me encanta cuando sueltas tacos. Vas a ser una mami genial.
—¿Cuándo vas a hablar con Will?
—No lo sé. De momento, no quiero verle.
—Eres una miedica.
—Paso de dar a luz en la cárcel, gracias. Y si lo pillo, lo mato.
—A besos, lo vas a matar...
—De momento, está castigado por alta traición.
—Lo remito —anota en su teléfono.

Capítulo 28



—¿Cómo que castigado?

—Eso pone.

—Me cago en todo, Jack. ¡De verdad! ¡¿Por qué lo habré dicho?! —Me pego a mí mismo una bofetada y me hago daño.

—Tenía que saberlo. Esperar a que la niña fuese clavada a ti hubiera sido un error.

—Eres un psicópata, Will —opina Shawn, divertido—. Porque ya no trabajas en *Pure Life*, si no, te denuncio yo mismo para que te echen. No vaya a ser que te empiece a parecer buena idea dar más cambiazos con tu esperma...

—¿Eres imbécil? ¡Lo hice porque era de mi familia!

—Eso no suena mejor —opina Brad.

—Que os den a todos. Lo hice porque pensé que estaría guay que fuese mío en vez de un desconocido, y como prueba de que podía salir algo bueno de mí por una vez, pero no tenía previsto desarrollar sentimientos por nadie. Ni por una ni por otra...

—Eso demuestra lo inmaduro que eres, Will —señala Jack.

—Que ERA —corrijo—. Porque todo esto me ha cambiado de forma radical. ¡Ya no soy el mismo! El amor me ha golpeado con toda su bola de demolición, joder... Ahora soy otro.

—Eres un tío que se ha gastado 29 millones en una mansión que no necesita, solo por salirse con la suya.

—Quería hacerlo, sí. Tengo mis taras, como todos. Que levante la mano don perfecto, por favor... Gracias. Pero no solo estaba intentando limar mi complejo de inferioridad, esa propiedad era una maldita joya, como dijiste. Un edificio histórico, plagado de detalles exquisitos, que el día de mañana podría convertir en un puto *château* para celebrar bodas y fiestas privadas.

Estoy borracho, pero Ray y Jackson cruzan una mirada que denota que piensan que no es mala idea. No soy ningún pelele, pero como lo he parecido durante años, ahora todo lo que hago es una tontería.

—Esa es una idea brillante, Will —otorga Jackson.

—Hay que seguir generando, ¿no? Y también lo hice pensando en Molly. Después de vivir con ella, me he dado cuenta de que no es feliz en su trabajo. Está cansada de *Consigue al tío*, Jack, ella vale para mucho más.

—Yo también he notado que no quiere seguir. Lo hace por Max.

—Es una excelente publicista y una mujer extremadamente lista. Tiene contactos, y cualquier cosa que toque, la convertirá en algo de valor. Conmigo lo ha hecho, joder...

—Oye, ¿nadie está grabando esto? —dice Ray—. ¡Si ella lo escucha, la tendrás en el bote!

—Nunca más confiará en mí... —agonizo.

—Tienes que darle tiempo —opina Jackson.

—¡No lo tengo! Sin ella, me muero, joder...

—¡No malgastes esas frases con nosotros! —exclama Ray.

Lo miro extrañado.

—¿Pero tú cómo coño enamoraste a Cris?

—¡No lo hice! Tuve la suerte de que se fijó en mí..

—Molly pensará que la he enamorado solo para estar cerca de la niña... —discurro—. Me va a costar mucho convencerla de lo contrario. No puedo creer que haya pasado esto... —Me hundo escondiendo la cabeza entre mis brazos.

—Bebe más —me aconseja Ray. Y lo hago. Hasta desmayarme y olvidar que este día ha ocurrido.

Me desperté en mi antiguo piso. Ray sabía que guardaba una llave debajo del felpudo. Estaba igual que antes. Apenas habíamos hecho mudanza porque nos entregaron la casa en Bay View totalmente equipada y no habíamos tenido tiempo de nada.

La vida pasa muy deprisa cuando eres feliz. No como cuando me desperté solo y me invadió una tristeza casi sólida que no me dejó ni moverme.

La frase de «Era tan pobre que no tenía más que dinero» rebotó en mi mente. Debía hacer algo para recuperarlas. Pero ¿qué? No quería presentarme en su casa como un simple acosador ni aparecer por su trabajo. Debía provocar un encuentro casual más profesional.

Intenté ser normal y llamarla, pero se cortaba al primer tono y tampoco la encontré en mis contactos para mandarle un mensaje. Es decir, me había bloqueado. Mujer cruel...

Recordé que los miércoles tenía clase de parto. La semana pasada comenzamos el curso juntos y debía continuarlo. Lo malo era que quedaban todavía setenta y dos horas para que se produjera el encuentro y corría el riesgo de volverme loco antes. Más loco, digo.

Me pasé los tres días en mi viejo sofá. Amontonando envases de comida a domicilio y hablando por teléfono con la tele de fondo. Hablé con absolutamente todo el mundo. Hasta con John.

—Te perdonaré.

—¿Y si no lo hace?

—Tardará más o menos, pero lo hará. Cuando se ponga de parto seguro que te quiere cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las películas. ¿No has visto ninguna película de maternidad?

—No. A veces se te olvida que yo no soy gay...

—Pues en todas, la mujer quiere matar al marido el 90% del tiempo, pero hay un 10% en el que están receptivas. Esa será tu oportunidad.

—El consejo del año. Muchas gracias... Todavía quedan semanas para el parto. No puedo esperar tanto.

—¿Y cuál es tu plan maestro?

—Abordarla el miércoles.

—Mucha suerte...

Y aquí estoy. En la puerta del centro donde se realiza la actividad.

Cuando la veo aparecer con ropa deportiva, una coleta alta y una bolsa de deporte, se me desboca el corazón.

Ella me ve y frena en seco.

—Mol... ¿Podemos hablar?

—¿Que te haya bloqueado no te contesta a esa pregunta? —dice pasando de largo por mi lado. Igual son imaginaciones mías, pero en tres días le ha crecido la tripa.

—Tenemos que hablar...

—Y hablaremos. Cuando se me pase el cabreo...

—¿Cómo estás?

—Bien. Y tu hija secreta también.

—Molly... Sé lo que piensas y no es cierto. Tú no eras un medio para un fin. Y mucho menos nuestro amor.

—Si tú lo dices...

—¡Te lo juro!

—¿Así que no tuviste envidia de que tu hermano había tenido un bebé y sin tener ningún tipo de sentimientos por mí, aprovechaste la coyuntura para demostrar con tu complejo de Dios que tú también podías hacerlo?

—¡Dios, Molly...!

—Me has engañado mucho tiempo, Will, pero ya no vas a hacerlo más.

—¡Molly, por favor...! ¡Nada ha sido mentira!

—Eso no puedo saberlo.

—Hay una forma —La freno. Y me mira con dureza donde la he agarrado. Pero enseguida la suelto y ella aparta la vista porque mirarme le duele, y a mí me destroza provocarle ese sentimiento—. Renunciaré a la patria potestad de Ashlyn —digo de pronto.

Su expresión se quiebra por un momento. La he sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

—Si es lo que quieres, lo haré —digo con sinceridad—. Si es lo que hace falta para que me creas cuando te digo que te quiero a ti, sí.

La veo coger aire profundamente, como si le faltara.

—He pasado tres días en el infierno, Molly... Por favor, no me obligues a vivir sin ti. Es horrible. ¿Tú no me echas de menos?

—No he tenido tiempo de eso —dice con inquina—. Me quedan pocas semanas para dar a luz y todavía no tengo habitación para el bebé como siempre me temí. Por suerte, Bradley me está ayudando a montarla...

—No, por favor... Déjame hacerlo a mí. Solo te pido eso.

—Lo siento, pero perdiste tu oportunidad —dice comenzando a andar.

Cuando llegamos a la puerta, me corta el paso.

—Vete, Will. No quiero que estés aquí.

—¿Esto va en serio? —digo dolido—. ¿Lo nuestro se ha acabado?

En ese momento, la veo flaquear. Que no se atreva a zanjarlo del todo me da alguna esperanza.

—Molly, no puedo volver atrás y deshacer lo que hice... Solo puedo pedirte perdón.

—¿De qué sirve eso? Ya está hecho. Y no es lo que había elegido.

—¿Preferirías que Bradley fuera el padre? —pregunto sin aliento—. ¿Preferirías que tuviera

sus genes en vez de los míos?

Los ojos se me encharcan esperando su respuesta. El silencio puede conmigo y me largo para no desmoronarme delante de ella. ¿Por qué nos estamos haciendo tanto daño?

Camino sin rumbo por la ciudad, y sin saber cómo, termino en casa de Max y Jackson.

Les mando un mensaje para que bajen al bar de la esquina y aparecen minutos después con caras largas.

—Hola, idiota —saluda mi hermana.

—Hola...

—¿Cómo estás? —investiga, sin embargo.

—Muriéndome. Vengo a pedir os ayuda...

—Qué raro... —comenta Jackson encargando una cerveza. Su cara de suficiencia me da una idea.

—Él lo sabía todo —Me chivo a Max—. Se lo conté incluso antes de que Molly y yo nos liáramos.

Mi hermana me mira impasible y levanta las cejas.

—Ya lo sabía. Jack me lo contó esa misma noche, nada más subir a casa.

Se me cae la mandíbula al suelo mientras Jackson sonríe chulito.

—Yo hace tiempo que aprendí la lección, chaval —murmura él—. Tengo muy claras mis prioridades...

—¿¡TÚ LO SABÍAS?! —acuso a mi hermana atónito—. ¡No me creo que hayas guardado el secreto! ¡Es tu sobrina! ¡Molly va a tener a tu sobrina!

—Lo sé. Pero no soy tonta. Sabía lo que esto provocaría en Molly.

—¿Hay solución? ¡Por favor, Max, te necesito! —Apoyo la frente en mis manos y cierro los ojos—. Necesito *Conseguir a la chica*...

—Y al bebé —apunta Jackson.

—¿Qué coño voy a hacer? Por favor, chicos...

—Lo primero, entender por qué Jackson me lo contó sin dudar. Una pareja es un equipo, Will, no es tu adversario. ¡Se supone que es la persona más importante de tu vida! La de máxima confianza. Si no tienes eso, estarás viviendo una mentira. Por eso Molly lo piensa.

—Y por eso deberías haber sabido que se lo contaría a tu hermana —añade Jackson—. Yo no puedo vivir en una mentira como has hecho tú con Molly. Eso me consumiría vivo.

—¿¡Creéis que ha sido fácil para mí?! —Entonces, ¿te arrepientes? —quiere saber Max—. ¿No darías lo que fuera por volver atrás y que no se enterara?

Mantengo silencio y me sincero del todo.

—Por un lado, es muy tentador. Pero en realidad, siento alivio.

—Entonces tu alma todavía puede salvarse —anuncia Jackson.

—¿Qué voy a hacer? ¡Piensa, Jackson! ¡Igual que la otra vez!

—Yo no tengo las respuestas, Will. Simplemente están ahí... Yo solo te dije que hicieras lo que estabas deseando hacer y no te atrevías. Fueron los celos los que te trajeron hasta mí. Y ahora...

—¿Ahora qué? ¡No quiere verme ni hablarme! Acabo de abordarla en clases de parto y me ha dicho que no quería estar conmigo.

—¿Y por qué crees que no quiere estar cerca de ti ni tener contacto?

—Porque me odia.

—Error. Por lo contrario.

—¿Me ama?

—Sí. Y no lo soporta. Sabe que si pasa tiempo contigo te perdonará enseguida, por eso huye. Porque no se fía de ti, ni de sí misma.

—Max, por favor, dime lo que tengo que hacer... —agonizo.

—Demostrarle que estáis predestinados.

—Ah, ¡qué fácil! —digo irónico.

—Encontrarás la manera.

—¿Y cómo le demuestro eso?

—Pensando, Will. Eres un tío inteligente.

—Volveremos a vernos cuando tú des a luz —acierto a decir—. Ya estás de 35 semanas, Max. Puedes ponerte de parto en cualquier momento...

—¿Qué dices? ¡Todavía falta muchísimo para que dé a luz!

—Te sorprendería saber a cuánta gente se le adelanta un mes o dos... Tienes que estar preparada.

—No le hagas caso...

—Caminar mucho y tener relaciones sexuales intensas puede ayudar. A no ser, que no te veas capaz de proporcionárselas —le pico.

—No voy a provocarle el parto a Max solo para que tú hables con Molly.

—Pues entonces solo me queda una opción... —Me agacho hasta su tripa y hablo—. Lisa, si me oyes, sal ya, por favor. Hazlo por tu tío Will, te compensaré comprándote un deportivo a los dieciséis...

—¡No le digas eso! —Me empuja Jackson—. ¡Todavía está a medio hacer!

Max empieza a reírse con fuerza y al final lo hacemos todos. Un poco de risas en medio del caos, siempre ayudan.

—Pues si te digo la verdad, había pensado ahorrarme las últimas dos semanas, cariño... —comienza mi hermana—. Dicen que son las peores, y tenía pensado hacer todo eso para adelantar el parto, también comer picante, tener mucho sexo, andar largas distancias...

—¡Viva! —exclamo feliz.

—¿Y por qué no le escribes un poema a Molly como hace todo el mundo y no nos metes por el medio? —barrunta Jack.

—¡QUÉ BUENA IDEA! —exclamo abriendo mucho los ojos—. Un poema moderno. Un vídeo. Podría colgarlo en las redes sociales, etiquetándola...

—Ni se te ocurra —opina Max—. Te mata.

—Me gusta —la contradice Jackson—. Y a ella también le gustará. Molly está de vuelta de todo y valora que la sorprendan.

—Te odiará —insiste Max.

—Pero con cariño —Sonrío.

Me despido de ellos y me voy a mi antigua casa. No quiero ir a la mansión sin ella, también es su casa, aunque... ¡quizá vaya a por algo que necesite!

Cambio de planes y me dirijo a Bay View.

En cuanto meto la llave, sé que está dentro, porque la alarma está desactivada.

«Gracias, Dios mío...».

Ya no se me escapa.

capítulo 29



Oigo un ruido y me pongo nerviosa. ¿¡Qué hace aquí!?

Por un momento casi prefiero que sea un ladrón que Will, porque verlo antes me ha trastocado demasiado.

Soy vulnerable. Lo he sido cuando su colonia ha entrado en mis fosas nasales y he querido perdonárselo todo de golpe, pero no puedo. Me siento estúpida al pensarlo. Lo que ha hecho no tiene nombre...

«¿Tú no me echas de menos?», ha tenido la osadía de preguntar. Me he callado porque la respuesta dejaba mi dignidad por los suelos.

Aparece en mi campo de visión y me mira apocado.

—Hola...

No. NO. ¡Y NO! Esa cara de no haber roto un plato no cuela.

—Ya me iba... Solo he venido a por unas cosas que necesito.

—Molly...

—No digas mi nombre. Te lo prohíbo, joder.

Porque en su boca suena a «te quiero». Suena a «Perdóname» y a «vamos a ser felices», y estoy demasiado cabreada conmigo misma por desearlo también. Ningún crimen debería quedar sin castigo. Lo que ha hecho está mal, se mire por donde se mire.

—¿Por qué no puedo decir tu nombre?

—¡Porque no! —contesto nerviosa.

Su mirada cambia y sé que la he cagado porque de pronto deja de ser Will para convertirse en un depredador que capta mi nerviosismo de presa fácil y obedece a la naturaleza excitante y peligrosa de la caza. No puedo dejar que me atrape.

Me escabullo cuando viene hacia mí.

—No te acerques —le advierto.

—¿Por qué? —Y lo pregunta sin ningún tipo de duda, sino sabiendo muy bien que es por un motivo de atracción fatal.

—Tengo que irme.

—Adelante. No voy a detenerte...

Prácticamente corro hacia la puerta, pero él es más rápido y me intercepta amortiguando el encuentro de mi cuerpo contra el suyo.

Mis terminaciones nerviosas me traicionan dilatándose al máximo.

—Espera... —Su voz me acaricia la cara y me tiemblan las piernas—. Me gustaría saber una cosa antes de que te vayas...

El olor de su cercanía me noquea. Mi fuerza de voluntad se desmaya. Y procuro no mirarle para que no lea cómo me siento.

—Mírame... —ordena levantándose la barbilla.

Mis ojos titilan al encontrarse con los suyos. Will escruta mi mirada en busca de deseo y no tengo más remedio que tragar saliva antes de que la baba empiece a asomar por la comisura.

—¿Qué quieres saber?

Que me tiemble la voz no ayuda en nada. Le da pistas de mi estado de ansiedad y me toca la cara para que me relaje.

—Nada... Ya me has contestado.

Su boca atrapa la mía con un gesto elegante y yo respondo a él con una desesperación inevitable.

Me someto con un movimiento exquisito y me aprisiona contra la pared con cuidado. Notar su sabor en la boca me deja sin fuerzas, como si fuera un maldito veneno.

Por un momento ni siquiera recuerdo por qué estoy enfadada con él. Mi cuerpo olvida hasta que estoy embarazada y solo busca ser poseído. Sus gruñidos animales me excitan como nunca al denotar una mezcla de angustia y deseo fulgurante.

Lo beso con frenesí para suplir lo mal que lo he pasado estos tres últimos días. Es como si lo necesitase para seguir respirando.

—No puedo vivir sin ti —jadea en mis labios.

—Sí que puedes.

—Ya, pero no quiero...

Sigue devorando mi boca y acariciándome el culo de una forma tan lasciva que me obliga a arquearme contra él. Su toque es algo superior a mis fuerzas. No consigo recordar por qué estaba tan enfadada. ¡Mi cerebro lo ha borrado!, como se borran las malas experiencias para que repitas.

Mis pechos se hinchan en protesta, anhelando sus caricias y mi entrepierna empieza a generar tanta electricidad que me remuevo inquieta. Su mano no tarda en traspasar mis mallas para encontrar la verdad en forma de humedad.

—¡Joder...! Cómo estás, pequeña —gruñe sorprendido.

Su respiración acelerada se convierte en un sonido demasiado erótico como para frenarlo. Su arrebató me desarma. Me puede. Y me dejo.

—No sigas, por favor... —consigo decir. Pero el deseo se filtra en mis palabras y mi jadeo no miente.

—Déjame hacerlo, por favor... Yo necesito sentirte y tú necesitas relajarte.

Vuelve a seducirme con sus insaciables besos y cedo al placer de su mano moviéndose con maestría en el punto perfecto.

—Dios... —gimo conmovida. Sus dedos causan estragos en mi sistema límbico y siento que todavía no es suficiente.

Vuelvo a gemir desesperada y él recibe el mensaje alto y claro.

Tira de mis mallas en direcciones opuestas para que se rasguen en sus manos emitiendo un

sonido que me lleva directa a la perdición.

Apenas veo cómo él desenfunda «su arma». Solo noto que se arrima a mi cuerpo y se pega a mi piel, para que lo desee dentro ya.

Sigo cabreada, pero mis principios éticos están de vacaciones y la necesidad me quema por dentro.

—Me debes una despedida —dice él entonces—. Una última vez. Tú me la pediste a mí y ahora yo te la pido a ti.

Lo agarro del pelo para demostrarle quien manda aquí.

—Fóllame ya. Por última vez...

Will se vuelve loco y maniobra para conseguir lo que quiere con un movimiento morboso sin llegar a ser brusco.

Nuestros sexos se acoplan con una facilidad sorprendente y todos mis sentidos chillan a la vez. Esto es demasiado. Una conexión tan brutal no puede ser cierta.

Por eso no quería verle. Porque amarle tanto es humillante para mí.

—Joder, pequeña... Follar contigo es algo de otro mundo. No es normal...

Nos miramos sin dejar de movernos. De sentirnos. De comprendernos. Porque es así. Es como si hubiéramos sido diseñados para estar juntos.

—Nunca fue mi intención engañarte, Molly. Algo me empujó a ello. Algo que no puedo explicar. Pero ahora sé lo que fue... Fue magia. Destino. Fuimos tú y yo y esta jodida conexión. Somos un puto acelerador de partículas juntos, joder... Nuestros campos electromagnéticos están diseñados para colisionar, una y otra vez, justo así...

Bombea sus caderas, hundiéndose duro y exigente dentro de mí y hace que todo mi ser se abandone al Nirvana.

La tensión que soporto estalla creando un agujero negro que me aspirará por completo. Y me asusto. Si me entrego a este vacío la Molly de siempre, la que suele tener la sartén por el mango, va a desaparecer.

—Me corro... —Me despido.

Después me deshago en sus manos, sintiéndome más suya que nunca, y no puedo permitirlo.

Cuando todo termina Will sigue encajado en mi cuerpo con la boca muy cerca de mi oído.

—No te vayas... —musita—. Te quiero, Molly. Sois lo que más quiero en mi vida. Quédate conmigo, por favor...

—No puedo —digo apartándolo de mí. Soportando su mirada afligida y que la gravedad se ría de nosotros, dejando que nuestro último error se deslice por mis muslos.

Voy derecha a coger otro pantalón del armario y me meto en el baño más cercano. ¿Qué he hecho?

«Cállate. No te hablo», me digo a mí misma.

Estoy decepcionada por haber cedido a él. Antes era más dura, fría e impenetrable, pero acaba de demostrar que sigo siendo bastante penetrable... ¡Maldita sea!

Quiero cambiar. Pero él es mi maldita Kriptonita sexual.

Cuando salgo del baño me está esperando apoyado con desidia en un mueble. ¿Cómo puede atraerme tanto sin decir nada? Su magnetismo sexual es demasiado poderoso. Todavía exuda sexo por los cuatro costados y sus labios siguen hinchados por nuestros ardorosos besos.

Me veo tentada a pasar de largo sin decir nada, pero me detengo.

—Mandaré a alguien a por mis cosas.

—¿De verdad no puedes perdonarme? —dice solamente.

—Pues no. Lo que has hecho es muy grave.

—¿Por qué? —pregunta vehemente. Como si no lo entendiera—. En realidad, no importa quién sea el padre. Es jodidamente irrelevante. Esa niña no va a tener padre...

—Exacto. Pero ahora lo tiene. Gracias a ti. Y odio sentirme en la obligación de estar contigo solo porque lo seas.

—Que lo sea no cambia nada.

—Sí que cambia —digo iracunda—. Porque ya no soy la chica que decidió ser madre sola y a la vez decidió tener una relación. Ahora soy la chica a la que han engañado para terminar siendo un estereotipo más del patriarcado. Nuestro amor aquí es lo de menos, Will. Ni siquiera Ashlyn ha sido concebida por él. No lo soporto...

»No me quiero casar porque no quiero sentirme atada a nadie. Y no quería tener un hijo con alguien por el mismo motivo. Para tener la libertad de amar hasta dónde quiera y no verme encorsetada por lo que es «lo normal» en la sociedad.

—No me jodas, Mol. Seremos muchas cosas, pero normales no. ¡Lo hemos hecho todo al revés! Pero el orden de los factores no altera el producto. Es una norma básica de la matemática.

—Me voy.

—Joder... ¿Por qué no puedes perdonarme y seguir donde lo dejamos?!

—¡Porque eres un mentiroso y no puedo confiar en ti! Acabas de decirme que te debía una última vez. ¡Y eso es lo que ha sido!

—¡Me debes una vida feliz a tu lado! —grita dolido—. ¡Me debes tener más hijos juntos! ¡Y te debes a ti misma no renunciar a ello por puto orgullo!

—No voy a sacrificar mis principios por amor, Will.

—¡Pues cambia de principios, joder! —exclama enfadado—. ¡Jackson y Max lo sabían todo desde el principio! —dice dañino—. Y tampoco te lo dijeron. ¿También vas a desconfiar de ellos para siempre? Tú también ocultas cosas, Molly. Mentiste a tus padres, a Brad, y te mentiste a ti misma en el rancho cuando dijiste que no querías ser mi novia.

—¡Y no quería!

—¡Y una mierda! ¡Yo también estaba allí! Y lo nuestro nunca ha sido solo follar. ¡Pero eres demasiado cobarde como para admitirlo! ¡La gran Molly Baker, la irresistible!, ¡cuando en realidad te aterroriza que nadie pueda quererte porque estás vacía por dentro!

—No estoy vacía.

—No, ya... ¡Lo que estás es repleta de orgullo! ¡Henchida por un feminismo mal entendido que es el que va a acabar con el jodido amor propio de medio mundo en cuanto cumplan los sesenta!

Mi cara se arruga tanto que seguro que parezco un demonio.

—¡Adiós, Will! —Doy zancadas hasta la puerta. Y veo que él me sigue, pero solo para agarrar el pomo, abrirla y cerrármela en las narices a la voz de: ¡Hasta nunca, Molly!

La ira me domina.

Vuelvo a casa sumida en un cabreo histórico al pensar en todo lo que me ha dicho. Por no hablar del hecho de que Max y Jackson también lo sabían. ¡¿EN SERIO?!

Abro la puerta de mi piso y corro hacia la cama.

Antes incluso de tocar el colchón, rompo a llorar y me abrazo a la almohada. Sollozo con una pena descarnada y al momento siento una patada de Ashlyn.

Paso la mano sobre mi tripa con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Lo siento, pequeña... Estamos solas.

Me despierta una llamada de Max sobre las diez de la noche.

Dudo brevemente si contestar. Es una traidora, como buena Williams.

—¿Sí?

—Sé que lo sabes —la oigo decir. Sin saludos. Sin perdones.

—La sangre traidora predomina.

—¿Vas a perdonarme? —pregunta compungida.

—Yo a ti sí. El problema es que tú a mí no.

—¿A qué te refieres?

—A que no pienso perdonar a tu hermano, y me odiarás por ello.

—Entonces, ¿a unos nos perdonas y a otros no?

—Él dio el cambiazo. Tú solo guardaste silencio porque no querías destruir la felicidad de tu hermano.

—Ni la tuya... —añade—. Sigo pensando que todo esto es un accidente afortunado.

—No ha sido un accidente, sino una imposición.

—Nadie te obligó a amarlo, Mol, y hace nada ibas a dejar que amara a tu hija como si fuera su padre.

—Pero sin serlo. Yo tenía todo el poder. Y me lo ha quitado.

—Vas a perderle, Molly... Will está muy enfadado contigo.

—Nadie es para siempre. Ni siquiera tú. Por eso voy a tener una hija...

—¿Crees que a ella no puedes perderla? —se ríe entre dientes—. Que se lo digan a tus padres... Las relaciones se pierden cuando no las riegas.

—O cuando les echas ácido sulfúrico...

—¿Esto es lo que quieres, Molly? ¿Sentir que tienes el control aunque te duela el corazón?

—Me gustaría sentir que la gente no me falla una y otra vez. Pero ya veo que eso es mucho pedir.

—Eres tú la que te estás fallando a ti misma, imponiéndote con puño de hierro no contar para nada con las personas que te quieren.

—¿Las mismas que me engañan, me mienten y manipulan? ¿Esas personas dices?

—Las que haciéndolo te han demostrado que podrías ser más feliz de lo que nunca te has permitido ser.

—Voy a colgar. Es imposible discutir contigo.

—Te llamaba para recordarte que mañana me cojo oficialmente la baja. No voy a volver a la oficina hasta dentro de un año...

—Vale. Yo cerraré los números estas dos próximas semanas. Y no sé si algún día podré volver, porque, en teoría, ahora mi parte del negocio es del banco. Will va a tener que vender la mansión o pagarme mi parte para poder recuperarla...

—Eso es asunto vuestro. No querías casarte ni tener un hijo con él, pero comprometes tu única fuente de ingresos por darle un capricho inmobiliario. Genial, Molly...

—Quizá solo quería rentabilizar la idea de dejar *Consigue al tío*. ¿No lo has pensado?

—Pues había otras maneras. Como decírmelo y hablarlo.

—Quizá ya no somos todo lo sinceras que éramos. Siento que tus prioridades han cambiado, Max.

—Se le llama madurar. Y ya sé que tú piensas que «si maduras mucho, te pudres», pero déjame decirte que te pudrirás igualmente, porque nadie es joven para siempre. Y cuando ya no te quede nada, te darás cuenta de que en los momentos más felices de tu vida no estabas sola, sino acompañada por las personas que te quieren. Y nadie te ha querido nunca más que Will...

Mantengo silencio. Quizá ese sea el problema. Que mi mente vuelve al hecho de que todo ha sido una mentira para conseguir una hazaña. Puto Preston...

—Nadie me quiere, Max. Quieren mi cuerpo, mi mente, mi generosidad, quieren sexo, que engendre a sus hijos, pero nadie me quiere como se debería querer...: sin pedir nada a cambio.

Oigo cómo me cuelga y alucino un poco. ¿Qué he dicho?

Es la primera vez en su vida que hace algo así, pero estar embarazada hace que sueltes lastre y quizá yo lo era para ella desde hacía tiempo.

«O quizá se ha ofendido porque has dicho que “nadie te quiere sin pedir nada a cambio” y es mentira. Porque ella sí», oigo la voz de Will en mi cabeza. Maldigo en voz alta.

Me ceno un helado para rebajar las penas y vuelvo a dormir.

En lo que queda de semana me encierro en el trabajo e intento no pensar en nadie. Me salto la clase de parto por miedo a que Will vuelva a aparecer, pero cuando llega el viernes, echo de menos hablar con alguien y llamo a Brad.

—¿Te apetece quedar mañana? No voy a mentirte, el plan es ir a comprar lo que falta de la habitación del bebé y a comer a un italiano —confieso.

—Entiendo que todavía no has hecho las paces con Will...

—Ni las haré. Se ha acabado definitivamente.

Guarda silencio.

—Vale... ¿quedamos a las doce?

—¡Once y media!

Cuando nos encontramos en la calle sé que no ofrezco mi mejor versión. Con una tripa de 30 semanas, la ropa no luce mucho.

—Estás muy guapa —dice sin embargo al verme enfundada en un enorme jersey de otoño jaspeado y unas mallas doradas con botas altas marrones y planas.

—Tú también, como siempre. ¿Qué tal te fue con Lily, por cierto?

—Bastante bien... Hemos quedado esta noche otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí, el sábado pasamos la noche juntos. Y el domingo también...

—¡Esta niña no pierde el tiempo! Primero con Will, ahora contigo...

—Es simpática. Y guapa. Y de trato fácil...

—¿Insinúas que yo no? —Freno en seco. Sé que estoy más a la defensiva que de costumbre, pero suele ocurrir cuando estás de mierda hasta el cuello y todo el mundo parece mirarte como si te equivocases.

—Yo no insinúo nada —dice atemorizado mirando mi tripa.

Vale... Me he vuelto una lunática a la que todos temen disgustar.

Brad me mira como si fuera una bomba de relojería que pudiera explotar y resoplo cansada.

—¿Tú has vuelto a ver a Will? —se atreve a preguntar.

—Sí. Y la cosa no fue muy bien... Según él, debería perdonarle y seguir donde lo dejamos. ¿Te lo puedes creer?!

Mi amigo me mira como si no supiera qué decir.

—¡Oh, no...! ¡Qué tío más horrible y egoísta! —exclama en un tono totalmente falso. Y levanto una ceja alucinada.

—Lo siento. Adoro a Will —musita culpable.

—Ah, genial... Entonces, ¿no te parece un psicópata retorcido que cometió un delito al manipular mi vida?

Pone cara de no entender mi punto de vista.

—Quizá soy raro..., pero a mí me parece un gesto bonito —Se cubre con las manos rápido—. No me pegues, por favor...

—¿BONITO? —repito llenándome la boca de fuego listo para escupir como un dragón.

—Sí... Creo que lo hizo pensando en que serías una buena madre para su hijo. O sea, te apreciaba lo suficiente como para concederte ese honor...

Mi boca se abre sola. ¿Será posible...?!

—A ver... —Va camino de coronarse—. Si su única pretensión hubiera sido tener un hijo, lo habría tenido con cualquiera. Will lo tiene muy fácil para manipular muestras. Pero te eligió a ti porque eras alguien especial para él. Alguien de su confianza...

La idea me calienta por dentro por un momento, pero la rechazo al instante.

—Será mejor que haga como que no he oído eso...—Me acciono—. Entremos a mirar cunas... Si la niña se adelanta, no voy a tener ni dónde ponerla. Necesito muebles que podamos montar ya, no puedo esperar dos meses a que me los traigan —digo bajando la cabeza ahogándome en autocompasión.

No veo cómo tuerce la suya con pena, pero me lo imagino.

—Bien, a ver qué hay —dice poniéndome una mano en la espalda.

Durante la comida, Bradley me observa pensativo.

—¿Qué? —le increpo para que revele sus pensamientos.

—¿Sabes por qué ni se me pasó por la cabeza pedirte una cita cuando te conocí y supe que estabas soltera?

—¿Por qué acababas de rescatarme de un incendio? —contesto con guasa.

—Bueno, es evidente que algo así hubiera estado fuera de lugar. A lo que voy es que ni se me pasó por la cabeza porque eres una de esas chicas que emite señales de que es inalcanzable.

—¿En serio? ¿Tú sabes lo bueno que estás?

Brad sonríe halagado.

—Me refiero a tu interior, Molly. Lanzas el mensaje de que jamás compartirás tu corazón con nadie y no todos los hombres buscamos solo un cuerpo en el que descargar...

—Ah, ¿no? —musito con inquina.

—No. Y no creo que tu problema sea que no puedes perdonar a Will, es que tienes miedo de abrirle tu corazón y compartir a tu hija.

—Una vez le abrí mi corazón a un chico, aparte de mis piernas, y terminó riéndose de mí por creer que alguien podría enamorarse de mi interior.

Brad mueve la cabeza con desaprobación.

—Siempre ha habido malas personas. Pero no todos somos así.

—Ya lo sé...

—¿Entonces?

—Me siento engañada, Brad, ¿puedes entender eso? Mientras le besaba despacio y le decía que lo amaba, él me ocultaba una información megaimportante. Eso me genera mucha desconfianza. No creo que esté siendo una loca...

—No, pero cometió un error. Y los errores no son condenas perpetuas, son lecciones. Y tú tampoco eres perfecta, Mol. Will me contó lo que hiciste con mi donación...

Mi cara se resquebraja.

—¿Te lo ha contado?! ¡¡SERÁ IDIOTA!!

La vergüenza me come. No sé dónde esconderme.

—Y aquí sigo. Siendo tu amigo. No creo que ese error te defina...

Joder. JODER. ¡JODER!

—Solo fue un impulso tonto al ver lo guapo que eras...

—Tú eres mucho más que ese impulso tonto. Y Will también.

Alucino en 4D. ¿Cómo ha podido decírselo?! Creo que me estoy poniendo morada... Me cubro la cara con una mano y deseo que se me trague la tierra.

—Molly... —Me toca la mano—. No estoy enfadado contigo.

—¿Cómo puedes no estarlo? —digo abochornada. De pronto, me siento una hipócrita inmadura que se siente desnuda y señalada. Y por primera vez, juzgo objetivamente que mi perfeccionismo y mis temores puede que sean tan ridículos como ellos los ven.

—Te lo he dicho. Para mí es un halago que quisieras mi esperma.

Sus palabras me hacen pensar. ¿Con qué intención di yo el cambiao? ¿Y con qué intención lo dio Will? ¿Le hacía ilusión tener un hijo o pensó que sería genial tenerlo conmigo? ¿Lo tendría con cualquiera? Porque yo elegí a Bradley por un motivo, ¿por qué me eligió a mí Will? ¿Debería sentirme halagada?

Las dudas y el miedo siguen ahí, pero con menor intensidad.

Después de comer, volvemos a mi casa para empezar a montar los muebles de Ashlyn.

En uno de mis viajes a la cocina en busca de un tentempié, veo un sobre en el suelo en mitad de la entrada. Es como si alguien lo hubiera deslizado por debajo de la puerta.

Lo estudio detenidamente y veo que pertenece a una conocida notaría. Lo abro y leo lo que pone con el corazón en un puño.

«Por la presente, se le informa del consentimiento para ceder el 100% de la patria potestad concerniente a la menor Ashlyn Baker por parte de William Williams...».

Un puñetazo invisible golpea mi estómago y me sujeto a la pared como puedo.

LO HA HECHO.

En el sobre también hay una nota de su puño y letra que pone «Toda tuya» y un dolor lacerante me oprime el vientre.

—¿Mol...? —pregunta Bradley extrañado ante el silencio.

No contesto porque no puedo. Will ha renunciado a nosotras...

Era lo que quería... Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

Brad aparece y registra mi mirada ahogada en lágrimas.

—¿Qué te pasa?

Le muestro la carta mientras pierdo la vista en el vacío. En ese momento veo que también hay un resguardo de una transferencia de quinientos mil dólares.

«¿Esto es real? ¿Renuncia sin más? ¿Esto es lo que quiero?», los pensamientos no dejan de avasallarme sin tregua, pegándose para que les haga caso.

Bradley descubre en mis ojos la respuesta a esas preguntas y capta el dolor que ha supuesto semejante gesto para mí.

Una persona que su máxima pretensión fuese criar a su hija sola, estaría saltando de alegría, no soportando un dolor agonizante por un abandono tan frío, con cheque incorporado.

Me desplomo contra Bradley de pura pena y él me abraza sin pensar, intentando limpiar las lágrimas que se deslizan por mis mejillas.

Todo se está derrumbando a mi alrededor. Y ya no puedo evitar la catástrofe yo sola.

Capítulo 30



El tercer chupito que empino abrasa mi gástrico sin compasión.

—Ajjj... Ponme otro, por favor —le digo al camarero.

—¿Por qué no te pongo mejor una cerveza? Eso, si tu intención es seguir consciente dentro de veinte minutos...

—Vale. Pónmela. Daño no me va a hacer.

No más del que ya siento...

«Acabo de renunciar a mi hija», es la frase que he escrito en el grupo de WhatsApp de la familia para que dejen de darme la paliza con el tema. Después lo he silenciado y no he vuelto a mirar el chat.

Me rindo. No puedo más. Lo he intentado... Pero está claro que no valgo para tener una relación estable y formar una familia.

A partir de ahora voy a centrarme en mí mismo y en lo que se me da bien, que es la ciencia y triscar de vez en cuando con alguna chica que se me ponga a tiro. Sin sentimientos. Sin decepciones. Solo disfrute físico. Aunque tardaré un tiempo en convencer a *Willy* para que vuelva al ruedo, porque ahora mismo solo quiere beber hasta desmayarse.

Veo que mi móvil se enciende ininterrumpidamente.

Llamadas de Max, de Jackson, de John, de Ray, de mi madre, buf... qué pesados. ¿Por qué tendré una familia tan metomentodo?

Siempre he adorado meterme en la vida de los demás, pero no tiene gracia cuando es la tuya y está acabada. ¡ACABADA!

Pueden darme mil consejos, pero yo ya he hecho todo lo que estaba en mi mano. Le he dicho que la quería, le he rogado que me perdonase y no le da la gana. Lo único que quiere es estar sola y criar a su hija sin nadie. Y se lo he concedido. Ahora yo debo seguir con mi vida...

Además ya no le debo nada a nadie. He devuelto todo el dinero que debía. Solo me debo a mí mismo disfrutar de mis logros.

Llevo toda la semana recibiendo invitaciones para dar ponencias y hablar del nuevo

compuesto químico que hemos creado John y yo. Lo he llamado *Ashlon*. ¿Apropiado, verdad? Es el único ser vivo del que puedo atribuirme el mérito.

Mi móvil suena. Es John.

«Will, cógeme el teléfono, ¿has visto el email que nos acaban de mandar invitándonos a dar una conferencia con la fundación Ciencia&Vida en la Universidad de California? Llámame, por favor.»

A continuación me vuelve a llamar y se lo cojo.

—Dime.

—¿Has visto el email o no?

—No.

—Deberíamos ir. Es una fundación hermanada con el Instituto Curie de Francia y tiene uno de los programas de formación más avanzados del ámbito de la cultura empresarial y científica.

—Pues iremos...

—¿Estás borracho?

—*Nog*... Solo un poco triste. Estoy de despedida, ¿sabes?

—¿Estás solo?

—Sí, ese es mi destino. Pero no te preocupes por mí. Estoy *bieng*.

—¿*Bieng*?

—Sí...

—¿Qué ha pasado, Will?

—¿No has leído el chat de la familia?

—No. Lo tengo silenciado.

—Haces bien... Acabo de renunciar a mi hija, John... Solo falta que Molly firme el consentimiento y se acabó.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque es lo que quiere... Y yo... tengo que pasar página. Centrarme en mi vida y en la investigación... Se acabó, John. Esta es la ceremonia de clausura de mi corazón. ¡Póngame otro chupito!

—Will... no voy a meterme en tu vida privada, pero...

—Gracias. Se agradece.

—Pero sí en tu vida en general... y quiero que te vayas a casa y no la lées más. Empieza a centrarte de verdad en tu carrera, que está a punto de despegar y olvídate de todo lo demás. ¡Quieren conocernos en muchos puntos del planeta! Podríamos terminar dando clase en alguna prestigiosa universidad o formando parte de proyectos más ambiciosos. Es tu momento, Will. Deja que Molly cumpla su sueño, y persigue tú el tuyo... ¿No era ese el trato?

—Es verdad... Nuestro sueño nunca fue estar juntos. Voy a... voy a zanjarlo de una vez por todas, te lo juro...

—¿Qué vas a hacer? ¡No hagas nada más! No le dan el premio Nobel de la Química a un payaso que hace tonterías...

—Tampoco lo quiero. Que se lo *metang* por el...

—Will, ten cuidado, por favor...

—Tranquilo, hermanito, siempre lo tengo. Diles que iremos a esa estúpida conferencia. Y a todas las demás. Necesito salir de la ciudad.

—También nos han invitado a los premios Pfizer de este año.

—Iremos. Dicen que sus fiestas *song* legendarias.

—Will, vete a casa. No hagas más el gilipollas.

—Descuida. Adiós.

Me guardo el teléfono para no verlo más y no tener tentaciones.

Entonces empieza a sonar una canción. Nuestra jodida canción...

¿Por qué me haces esto *Adele*?

La escucho frase a frase, hasta que capto lo que se adapta a mis sentimientos como si estuviera escrito para mí:

I had good intentions (Tenía buenas intenciones)
And the highest hopes (y las más altas esperanzas)
But I know right now (Pero sé que ahora mismo)
It probably doesn't even show (Probablemente no lo parezca)
Go easy on me, baby (Así que ten paciencia conmigo)

—Camarero, ¿me pones otro?

Me despierto con un horrible dolor de cabeza y sin saber dónde estoy.

Poco a poco comprendo que volví a mi antiguo piso y estoy tumbado en ese sofá roñoso que nunca quise tirar y aparqué en una esquina del salón. Pero de pronto, me muero por deshacerme de él. Debe de ser mi nueva normalidad, alejarme de todo lo que he amado.

Cojo el móvil por inercia y veo que el chat de familia está a rebosar de mensajes que no voy a leer. También tengo mensajes privados directos de todos ellos. Esto se tiene que acabar...

Me meto al chat principal y escribo:

«Estoy bien. Gracias a todos por vuestro interés, pero dejadlo ya. Me voy a ir un tiempo de la ciudad para atender una ronda de convenciones de química. Mamá, te iré llamando. Cuidaos mucho.»

De pronto, veo que mi Facebook, uno que no uso desde hace mil años, está lleno de notificaciones de desconocidos. ¿Por qué?

Entonces me doy cuenta de que están relacionados con un vídeo que yo mismo colgué anoche. Oh, oh...

Le doy al play y aparezco tumbado en mi sofá rancio, con una melopea importante. Y sea lo que sea lo que digo, he etiquetado a Molly. ¡POR DIOOOSS!

Lo acciono y mi voz suena como si fuera pigmeo.

«Esto es un mensaje para Molly Baker. La inimitable. La única. La mujer más guapa y solitaria de la Tierra... Espero que esto te haya hecho feliz —Muestro unos papeles arrugados que parecen la copia de mi formulario de renuncia a la patria potestad—. Ya tienes lo que querías, princesa. Vas a ser la madre soltera perfecta. ¡Que vivan las mujeres fuertes e independientes! Y también todas las personas que no necesitamos nada de nadie.. Como yo... Ah, ¡y abajo el amor! Pupa. Caca. Solo hace daño. Desde el minuto uno te estruja el corazón y es insoportable. No lo recomiendo para nada... Le doy una estrella. Y cuando por fin lo tienes, te invade tanto miedo a perderlo que echas a todo el mundo de tu lado. Es un riesgo demasiado grande, ¿verdad, Mol...? Tú sí que eres lista, joder. La más lista. Una puñetera superviviente... Hacedle caso todas, chicas. La engañé, le hice daño, le pedí perdón, le dije que la amaba con desesperación, pero ella se mantuvo firme y fuerte aferrada a su miedo. A su supervivencia. Porque eso es lo que salva a la mayoría de las especies, su protección ante el peligro... Algunas algas desarrollan potentes enzimas que no dejan avanzar a lo que parece una amenaza... Eso eres tú. Una jodida alga... Bueno, me despido definitivamente. Que te vaya muy bien con tu

hija»

Cierro los ojos y maldigo. «He hecho el gilipollas, John».

Lo primero que hago es borrar la publicación a toda velocidad. Igual no lo ha llegado a ver... Solo son las once de la mañana y no tengo ningún mensaje asesino suyo en mi aplicación de mensajería.

No pierdo el tiempo y abro una maleta para meter lo poco que salvaría de este piso si estuviera ardiendo, porque no quiero volver a pisarlo nunca más. Aquí es donde empezó todo... Lo pondré a la venta por un precio irrisorio y lo venderé rápido. Necesito romper con todo lo que me recuerde a ella.

Llego a la de Bay View a toda prisa y hago otra maleta con mi ropa, pero mientras la estoy haciendo me doy cuenta de que mi estilo no es muy apropiado para ir a una ponencia con gente ilustre. Debería parecer un jodido profesor de matemáticas, no un alumno rebelde...

Me paso una mano por el pelo y pienso que quizá también debería cortármelo. ¿Por qué de pronto me estoy haciendo todas estas preguntas? ¿Por qué empiezo a tener objeciones que antes no tenía? ¿Qué bebí exactamente anoche? Si lo averiguo, quizá podría patentar un jarabe para dejar de hacer el gilipollas... Me haría rico.

Mientras me ducho, pienso en todo lo que he dicho en el vídeo y las lágrimas se mezclan con el agua; estoy tocando fondo. Se acabó.

Me equivoqué, pero tengo que coger las riendas de mi vida y no mirar atrás. Le va a faltar vida para encontrarme dos veces...

Molly y yo nunca hemos tenido futuro. No se puede construir nada sobre una mentira ni con tantos prejuicios contra el amor. Quizá tanto dolor me haya cambiado, porque por primera vez pienso que me merezco algo más.

También soy más consciente que nunca de que ahora tengo una hija a la que no voy a poder criar, pero quizá algún día, cuando sea adulta, quiera saber quién fue su padre, y voy a hacer todo lo posible para que se sienta orgullosa.

Dejo la casa recogida y me voy con lo justo. Resulta que acabo de quedar con una chica.

Me encuentro con Charlotte en un conocido bar de copas. Es una chica preciosa, con mucho estilo y una caída de pestañas libre de compromisos.

—Hola, ¿eres Will?

—Sí. Te dije que me reconocerías...

—Tenías razón. Eres el único aquí con sudadera de capucha.

—He venido así para que entiendas lo que necesito. Se supone que soy un reputado químico nominado a ganar el Nobel el año que viene —Me tiro a la piscina, porque necesito que entienda por donde van los tiros—. No tengo ni idea de lo que debería llevar para parecer alguien respetable en una ponencia seria... Así que, me pongo en tus manos. Necesito un vestuario completo para irme de viaje un mes.

—Puedo ayudarte a proyectar la imagen que necesitas, pero una persona no es más o menos respetable por la ropa que lleva, sino por su comportamiento.

—Contratada —digo de prisa. Ella sonrío y sigue hablando.

—Hay hombres muy bien vestidos que son unos impresentables, y chicos muy monos vestidos casual que te conquistan solo por el dolor que asoma en sus ojos...

Se me queda mirando y siento que el antiguo Will vuelve. Me doy perfecta cuenta de que me costaría muy poco llevar la conversación hacia una tarde de tiendas con polvo en el probador incluido. Pero ya no busco eso. Solo busco proyectar una imagen, digan lo que digan mis ojos. Es curioso cómo a muchas chicas les resulta irresistible un hombre atormentado. Hay demasiada

gente con complejo de salvador por ahí.

—Eso quiero, proyectar la imagen de un tío serio.

Es decir, todo lo contrario a lo que soy. Seguro que me irá mejor en la vida.

capítulo 31



Dos semanas después
Semana 32

Mi móvil se ilumina en mi mesilla y lo miro.

«¡ESTOY DE PARTO!»

Mi corazón pega un brinco, y el resto de mi cuerpo, grande y torpe, le va a la zaga. ¡Max va a dar a luz!

«Lláname en cuanto te despiertes».

Pero ya lo estaba. Llevo toda la semana durmiendo fatal, y la culpa la tiene una maldita fotografía...

Desde el momento en que vi por escrito que Will renunciaba a mi pequeña, a nuestra pequeña, y a todo, hubo un seísmo en mi interior. Uno pequeño. Ese temblor de advertencia que anuncia lo que está por venir, porque a partir de ese momento, todo fue a peor.

Por la mañana, me desperté con el móvil colapsado de menciones. Al parecer, estaba etiquetada en un vídeo extraño y había un montón de comentarios en los que no dejaba de ver el nombre de Will.

Me preocupé al momento.

Y cuando le di al *Play*... Cuando le di al *Play* casi me muero.

Mientras planeaba mi venganza, el post desapareció, llevandoselo todo consigo. Pero la gente no dejó de escribirme por privado preguntando qué había pasado entre nosotros y supe que tenía que dar la cara, antes de partírsela a él...

Había perdido muchas seguidoras. Románticas empedernidas, seguro. Y pensé en hacer un directo para explicar los motivos por los que no podía perdonar al estúpido de Will. El muy garrulo me había dejado de Cruella de Vil para arriba cuando había sido él el que había jugado con mis órganos vitales. Pero entonces caí en la cuenta de que no podía hacerlo sin meterle en un lío con la clínica, y decidí callar.

En ese preciso momento supe que aún le quería. Y que le querría siempre.

Nunca me había sacrificado así por nadie. Mis ganas de matarlo desaparecieron en cuanto vi que podía hacerle daño de verdad y prefería hacérmelo a mí.

Muchos de los comentarios eran hostigadores y exigían que le perdonara. Quería contestarles explicando mi versión de los hechos, pero vi claro que quedaría peor todavía haciéndolo.

«Que te vaya muy bien con tu hija», había dicho.

Esas palabras me rompieron el corazón. Ashlyn aún no había nacido, pero Will ya era padre... Lo había sido desde que me sacó de ese incendio, y verle renunciar a ese papel en directo fue demasiado doloroso.

«Ella se mantuvo firme aferrada a su miedo».

«Tú sí que eres lista, joder. La más lista...», la sonrisa rota con la que pronunció esas palabras fue la que conquistó al público. Y estoy segura, porque me conquistó hasta a mí... Casi podía ver su corazón despedazándose.

Ese mismo día, más tarde, recibí una llamada de la madre de Will.

Todavía no habíamos abordado el tema de que llevaba a su nieta en mi vientre y le cogí el teléfono con miedo. Estaba muy sensible.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Todo bien? —habló con dulzura.

—Sí...

—Sé que mi hijo te ha hecho llegar los papeles renunciando a la pequeña, pero no tienes por qué firmarlos, Molly. No te precipites y piénsalo bien. Una vez hecho, no puede deshacerse...

—Yo no quería que pasara esto... —musité—. Lo siento mucho...

—Cielo..., tranquila. Te entiendo mejor de lo que piensas. Solo quiero que me creas cuando te digo que yo iba a cuidar de esa niña como si fuera nieta mía antes de saber que lo era de verdad. ¿Me crees?

—Sí —gemí aguantando el llanto a duras penas.

—Ya las imaginaba a las dos viniendo a dormir los viernes a mi casa para que vosotras pudierais salir a cenar por ahí y divertir os un poco. Incluso les he comprado un pijama idéntico de Frozen.

Solté un plañido ante la imagen.

—Me encanta Frozen...

—A mí también. Solo quiero que sepas que, lo que pase entre Will y tú, no tiene nada que ver con lo que yo, y toda la familia, siente por Ashlyn...

—Gracias por decírmelo, Gloria. Te lo agradezco. Pero no creo que Max piense lo mismo...

—Max está dividida entre dos personas a las que quiere mucho. Pero sé que te echa mucho de menos y que está muy preocupada por ti. Llámala...

—Ya lo hice. Y terminó colgándome.

—Pues ve a verla. Sé que lo solucionaréis. Te necesita, Molly... Os necesitáis mutuamente.

—La llamaré.

—Hazlo.

—¿Sabes algo de tu hijo? —me atreví a preguntar. Porque en el estado del vídeo era capaz de hacer cualquier cosa.

El silencio que surgió en la línea me dejó helada.

—Está bien, creo... Nos ha dicho que se va de la ciudad.

—¿A dónde?

—De convención en convención, según él. Lo único que me tranquiliza es que John lo acompañará y me irá informando de todo.

No obstante, me dio la sensación de que me ocultaba algo.

Al final le hice caso y me planté al día siguiente en casa de Max. La muy *monger* se lanzó a mis brazos nada más abrir la puerta. De hecho, me clavó su tripón y nuestras barrigas rebotaron sin control. Está muy loca...

Jackson también me abrazó. Me dio las gracias al oído y después me pidió ayuda en bajito.

—Te he echado mucho de menos —dije melosa.

—Te aseguro que no te has perdido nada... —masculló Jack—. Últimamente está insufrible.

—¡Necesito que salga ya de mí! ¡Duermo fatal! —exclamó Max en su defensa—. ¡Y tú no me ayudas en nada, Jackson!

—Perdona, pero a mí se me va a caer la polla de tanto usarla... —alegó él—. Ya no sabemos qué hacer, ¡y aún quedan tres semanas!

—No os preocupéis. Ya estoy aquí. Vamos a sacar a ese bebé como sea —Sonreí.

—¿Tú cómo estás? ¿Mejor? —me preguntó Jackson, y mi sonrisa se desvaneció en mis labios respondiéndole al momento.

—Sí. Bueno... Creo que he tocado fondo con lo de Will... No voy a firmar los papeles de su cesión de la patria potestad. Quiero que participe en la vida de Ashlyn todo lo que quiera...

—¿En serio?! —chilló Max alucinada.

—Creo que puedo llegar a tener una relación cordial con él... Por la niña...

—¡Uuuh! —ululó Max eufórica. Jackson la miraba como si no la reconociera—. ¿Le has llamado para decírselo?!

—No. Me gustaría hablarlo con él en persona...

—¡Pero tiene que saberlo! Mándale un mensaje, por favor...

—Preferiría no hacerlo. ¿Y si no me contesta?

—Mándale un mensaje de los que no esperan respuesta, tipo: querido Will, solo quería que supieras que... bla bla bla. Espero que estés bien, cuídate. Nos vemos. ¡Y listo!

Al final, por no aguantarla, saqué mi móvil, desbloqueé a Will y lo hice. El wasap fue enviado, pero no recibido. Mucho menos, visto.

—Lo tendrá apagado —razonó Max.

Pero esa misma noche, antes de acostarme, todavía no lo había recibido, lo que solo podía significar una cosa: me había bloqueado.

Esa información cayó sobre mí como una estaca de hielo. ¿El me bloqueaba a mí? La indignación fue tal que me temblaban hasta las piernas, pero luego descubrí que era miedo, de no poder recuperar ni su amistad.

Lo mucho que lo echaba de menos a nivel personal me azotaba cada día y ayudaba a ablandar mi enfado, pero en ese momento empecé a temerme lo peor. Y así se lo trasladé a Max.

No me lo dijo, pero sé que le escribió para averiguar qué pasaba, y cuando no me comentó nada, terminé preguntándole.

—¿Sabes algo de Will?

—No —contestó con pena—. Nadie sabe nada de él. No contesta a los mensajes de nadie. Ni siquiera de mi madre. Sabemos que está bien por John. Pero puede que vengan este domingo a comer a casa de mi madre. ¡Vente tú también!

Así que me planté el domingo a comer en casa de Gloria, pero al final no aparecieron.

Cuando su madre les llamó, John explicó que habían tenido una fiesta brutal la noche anterior y que no tenían cuerpo para nada. Le mandó un par de fotos en las que aparecían ambos con traje, y se me paró el corazón cuando vi a Will, espectacularmente guapo y con el pelo más corto, sonriéndole a una chica muy elegante, que llevaba colgada del brazo.

Uf...

Tuve que ir corriendo a esconderme en el baño para soportar el ataque de histeria que me sobrevino. No eran celos de ella; había estado con muchas mujeres antes y estaría con muchas después, lo que realmente me mató fue su sonrisa. Una que denotaba que, no es que hubiera pasado página, ¡es que había quemado el libro! Se notaba que ya no pensaba en mí... Y entender que me había desterrado de su vida para siempre me rompió por dentro.

Intenté serenarme y no llorar, pero me costaba mucho respirar y sentía el corazón a mil por hora.

Entonces alguien llamó a la puerta y abrí rápido. Era Ray.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí, sí...

Observó mi tripa y se mojó los labios antes de hablar.

—Si necesitas algo... lo que sea...

—Tranquilo. Estoy bien.

—¿Sabes? Cuando Will era pequeño y jugábamos juntos, era el típico niño que no aceptaba un no por respuesta. Era muy insistente y lo luchaba todo hasta la saciedad. No es su estilo abandonar... siempre decía que nada estaba perdido hasta que uno se rendía.

—Pues parece que se ha rendido... —dije con una sonrisa triste que empañó mi mirada.

—Sé que lo parece, pero Will nunca se rinde con nada, Mol...

—Yo tampoco. Hasta que llegó él...

Parpadeé para que se me pasaran las ganas de llorar y me moví.

—Si me dices que quieres estar con él, te lo traigo mañana mismo cogido de la oreja. Solo tienes que pedírmelo...

Negué con la cabeza.

—No lo hagas. Ya no sé ni lo que quiero, Ray. Solo sé que duele...

—Mientras hay dolor hay vida. Y mientras hay vida hay esperanza.

—Él no parece sentir ningún dolor...

—Will sabe esconder muy bien sus sentimientos. Pero lo principal es que te aclares primero con los tuyos.

Asentí y le di las gracias.

—Sea como sea, siempre nos tendrás a los demás.

Entonces sí me eché a llorar y él me abrazó. No hay que jugar con embarazadas, para bien o para mal, siempre terminas empapado...

Llamo a Max.

—¡Molly! —contesta histérica—. ¡Estoy de parto!

—¿Pero en qué plan? ¿Tienes contracciones o has roto aguas?

—¡He roto aguas! Ha sido guay. Me he tirado un pedo enorme y he reventado como si pincharas un globo de agua con una aguja.

Me parto de risa.

—Estamos yendo hacia el hospital. ¡No me puedo creer que la vaya a conocer hoy! —exclama emocionada.

—¡Ay, qué ilusión!

—¡Sííí! ¡Ya he avisado a todo el mundo! ¡Ven en cuanto puedas! ¡Te necesito a mi lado!

—Enseguida voy.

Pienso hacer guardia todo el día en ese hospital. Por Max y porque me sorprendería mucho que Will no apareciera. Y es la oportunidad perfecta para hablar con él y contarle lo mucho que

lo he echado de menos.

Casi puedo imaginarnos... Nos saludaremos vergonzosos y alucinará con mi tripa. Yo le diré que puede tocarla y él lo hará con su clásica devoción y suavidad. Confesaré que le he echado mucho de menos y que quiero que se involucre en la crianza de la niña, seguro que se emociona. Cuando Lisa nazca, nos abrazaremos todavía más emocionados y sentiremos ese tirón de atracción característico entre nosotros. Él no podrá soltarme y yo le demostraré que tampoco le he olvidado. Con suerte, terminaremos durmiendo en mi casa...

Pienso todo esto mientras me arreglo para la ocasión y me doy cuenta de que he tardado demasiado. Max va a matarme, pero espero que entienda que es por una buena causa.

Cojo un taxi hasta el hospital y en la sala de espera me encuentro con la familia Williams al comple... No. Faltan Will y John.

Todos me abrazan y me dicen lo guapa que estoy. Veo en sus ojos un «quizá demasiado guapa, ¿no?».

No es que vaya de gala, pero es un conjunto especial que llama bastante la atención. Pantalón de lana color hueso con poncho a juego que enseña los hombros. Quizá me haya excedido con la coleta alta y el maquillaje con iluminador y tonos cobrizos...

—¿Cómo va la cosa?

—Bien, pero dicen que va para largo —explica Jackson—. Además, solo podemos entrar de uno en uno. Ray está dentro ahora. Cris vendrá con Liam cuando haya nacido...

«¿Y el resto?», se me queda en la punta de la lengua.

—Los demás irán llegando —completa Jack para mí. Es un amor.

—Bien...

Van entrando, uno detrás de otro, hasta que llega mi turno.

—¡Max! ¿Cómo estás? —La abrazo—. ¿Te duele mucho?

—Mejor no te digo lo que duele...

—¿En serio? —digo aterrorizada.

—He pedido la epidural, porque si esto empeora, me moriré. Por cierto, estás guapísima, zorra. ¿Y ese conjunto?

—¿Esto? Nada, un trapillo que tenía por casa...

—Sí. Ya... ¿Han llegado Will y John?

—Todavía no.

—¿Vas a hablar con él?

—Sí.

—¿Quieres volver con él? —pregunta ilusionada.

—De momento, intentaremos ser amigos...

—¡Tú no tienes amigos! —me acusa. Y me río.

—Te equivocas. Brad es mi amigo.

—¡Dios, me viene otra...! —Abre mucho los ojos.

—¡Dime qué hago!

—¡Cógeme la mano!

—¡No, que me la rompes y la necesito!

—¡Mierda, Molly....!

—¡Cógete a mi codo! —Se lo ofrezco.

Ella obedece y me lo aprieta tanto que las dos gritamos fuerte. Estoy empezando a asustarme de verdad.

—Ya está... —jadea Max segundos después—. Jo..., ¡qué manera de sufrir! Por favor,

encuentra a la enfermera de la epidural y dale todo mi dinero, pero consigue que venga ya mismo, ¿entendido? A ver si después va a ser demasiado tarde...

—Lo haré. ¡Venga, Max, tú puedes! Luego llega la mejor parte. La verás y el mundo entero desaparecerá...

Cuando vuelvo a la sala de espera, veo que los Williams que faltaban han llegado.

DIOS... ¡¿ESE ES WILL?!

Por un momento me quedo alhelada. Está mucho más... ¡no lo sé! Más serio. Más adulto. Más guapo... ¡más de todo! Hasta su ropa es diferente. Jamás le habría imaginado con un abrigo de paño como los que lleva Jack. ¡Parece una jodida estrella de cine!

Cuando nuestros ojos se encuentran no palpitan. No veo ni un destello. Ni una impresión. Nada. Como si fuera una maldita extraña. Y deja que John me salude antes.

—¿Cómo estás, Mol? —pregunta confidente agarrando mis manos.

—Bien... Bastante bien.

—Ya estás enorme.

—Sí... —Sonrío levemente. Entonces miro a Will.

—Hola, Molly —saluda normal—. ¿Max se ha quedado sola?

—Eh, sí... acaba de tener una contracción...

—Vaya, pobrecilla. ¿Tú qué tal? ¿Todo bien? —pregunta sin apenas reparar en mi abultada tripa.

—Sí...

—Genial. Voy a ver a mi hermana —Enfila el pasillo y desaparece.

Cinco pares de ojos me miran aguantando la respiración porque el encuentro ha sido raro. Como muy... normal. Poco especial. Sin tensión. No es que me haya ignorado, pero... no me ha prestado mucha atención. Me ha tratado como si fuera... ¡Lily!

—¿Max ha tenido una contracción? —me pregunta Jack, tocándome el brazo a modo de consuelo. Y se lo agradezco. El comportamiento de Will me ha dejado fría, pero cuando vuelva, volveré a intentarlo. No pienso rendirme.

—Sí. Ha sido corta pero intensa. Dice que quiere la epidural.

—Voy a ocuparme de eso... —Desaparece Jack.

Observo a John, que está hablando con su madre en un aparte, encogiéndose de hombros reacio a dar mucha información.

—¿Qué tal os ha ido en los congresos, John? —pregunta entonces Ray para que nos enteremos todos. Y se lo agradezco.

—Bien. Will los está dejando a todos impresionados...

«Y a todas», leo en sus ojos. O quizá sean mis putas imaginaciones.

—¿Cómo está él? —lo interroga a través de mí. ¿He dicho ya que amo a este hombre?

—Bien. Muy centrado... —Y que al decirlo me mire, me da mala espina. John enseguida aparta la mirada. No sabe disimular ni bailar.

Cuando Will vuelve, algunas enfermeras se giran para mirarle.

Dirán lo que quieran, pero el hábito hace al monje... ¡y un corte de pelo le consigue el Ferrari! Hasta sus andares han cambiado. Parece otro. Alguien más frío y letal. Uno de esos hombres que van con las manos en los bolsillos de lo inaccesibles que son.

—John, tu hermana pregunta por ti —Es lo primero que dice.

—Voy —Se escabulle.

Yo no le quito los ojos de encima a Will, no quiero que se escape, pero los suyos no se posan sobre los míos ni por un segundo. ¡Será malnacido!

—Creo que todavía quedan un par de horas —explica a su madre—. ¿Por qué no os vais a tomar algo? Yo tengo que hacer un par de llamadas...

Se despide en general y se va. ¡No doy crédito!

¿Así va a ser nuestro futuro? ¿Indiferencia total?

—¡Will! —grito de pronto. Él para en seco y tarda en girarse—. Voy contigo, yo también tengo que hacer una llamada...

Todos se quedan petrificados y dejan que me acerque a él para seguir andando juntos por el pasillo.

No decimos nada hasta la salida, y una vez allí, en lugar de mirarme, empieza a buscar algo en su teléfono.

—¿No vas a hablarme? —pregunto con las manos en la cintura.

—Claro. ¿Qué quieres que te diga? —dice sin despegar la vista de su pantalla.

—Preguntarme por mi vida, ¿por ejemplo?

—Ya me has dicho que todo bien —dice mirándome fijamente. Sus ojos, que siempre me han transmitido calor, diversión e interés, ahora no me dicen nada. Un segundo después, vuelve a su teléfono.

—Vi el vídeo, ¿sabes? —le espeto.

—¿Qué vídeo?

—El que subiste a Facebook y después borraste...

—Ah, ese vídeo.

¡¿Lo había olvidado?! Empiezo a enfadarme de verdad, aunque deduzco que eso es justo lo que quiere.

—Sí, ese vídeo que me hizo perder un montón de seguidores.

—Los mismos que yo gané, supongo...

—Qué chistoso.

—Lo siento, en serio... No he venido a remover el pasado. Ni siquiera recuerdo haberlo grabado. Y ahora mismo me parece que fue en otra vida.

—¡Pues fue en esta! ¡Y esto también! —Me cojo la tripa. Su vista recae sobre ella pero sin un gramo de culpabilidad—. ¿No vas a preguntarme por el embarazo? ¿Has visto cómo estoy?

—Sí. Enorme. Eso es lo normal, ¿no?

—¡Sí! Pero...

—¿Pero qué?

—¡Que podrías mostrar un poco de interés! ¡Preocuparte o algo!

—¿Es que hay algo de qué preocuparse? —pregunta confuso.

—¡No, pero...! Que sepas que no firmé el dichoso formulario. Así que, a todos los efectos, sigue siendo tu hija.

Su cara de pasmo se ve interrumpida por una llamada.

Consulta el teléfono y vuelve a cambiar el chip como si todo le resbalara y no fuera personal.

—Perdona, tengo que cogerlo... Es importante.

Da media vuelta y contesta impasible, mientras se aleja de mí.

¡¡Esto es increíble!! ¿Y su hija no es importante?

No me creo su actitud. ¿Se está marcando el papelón de su vida o ha pasado página de verdad?

La fría incertidumbre se cuela bajo mi poncho.

Al ver que no viene, vuelvo dentro e intento prestar atención al gran momento que están viviendo Max y Jackson, pero no dejo de vigilar la puerta. ¿Dónde leches se ha metido?

Dos horas después, Lisa llega al mundo, y no puedo evitar llorar como una loca cuando

Jackson viene con un pijama médico a decirnos que las dos están perfectas. Es un momento muy bonito de abrazos y llantos y me enfurece que Will se lo esté perdiendo. Noto que Ray piensa lo mismo que yo, porque no deja de mirar hacia la puerta y saca su teléfono con crispación.

—¿Dónde coño estás? Ya ha nacido... —le oigo susurrar.

Nos dicen que todavía tendremos que esperar un poco para verlas.

John sale a recibir un pedido de globos y flores para decorar la nueva habitación y cuando por fin nos dejan subir, la mamá y el bebé todavía no han aparecido.

En las caras de todos puede leerse un «¿dónde está Will?», y por un momento pienso que quizá no está aquí por mi culpa y que debería marcharme para que él no se lo pierda. Pero Max es mi mejor amigo y casi mi hermana. Si él es un inmaduro, no es mi problema...

De pronto, aparece el rey de Roma y nos avisa con una sonrisa de que Max ya viene por el pasillo. No parece estar mal... Al revés. Apenas hay tiempo para que Ray le eche la bronca y su madre lo mire mal, pero yo sí lo miro y que me caiga un rayo ahora mismo si no viene de echar un polvo. Reconozco a kilómetros su expresión postcoital.

Lo taladro con la mirada de una forma tan intensa que me mira extrañado. Después observa mi tripa y traga saliva con los labios todavía hinchados de besos sucios. Hinchados como mis ovarios...

La cama de Max aparece por la puerta de la habitación y la vemos entrar como a una princesa en su carroza con Lisa en brazos. Todos pasamos a un segundo plano para los demás. ¡La niña es preciosa!

Son momentos muy especiales en los que me emociono sin poner resistencia.

Cada uno de nosotros conoce a la pequeña mientras los demás no paran de echar fotos. Lisa está dormida y previsualizo cómo será tener a Ashlyn conmigo.

Pensando en eso no puedo evitar mirar a Will y él tampoco a mí, pero aparta la mirada con rapidez quitándole importancia.

Cuando llega su turno, Max le indica que coja a la pequeña y Will la eleva para apoyarla en su pecho.

—Eh, pequeña... —musita meciéndola—. Bienvenida a la familia.

Todos nos quedamos extasiados al verle. Es una visión fugaz del antiguo y cariñoso Will. El cálido. El gilipollas que se ha presentado tarde hoy nos cae mal a todos.

—Tú vas a ser la niña de mi ojos.

La frase me corta la respiración. ¿Y qué será Ashlyn, entonces?

Capítulo 32



Cuando suelto a la pequeña Lisa, mi madre me acorrala en un lado de la habitación.

—Will...

—¿Qué?

—¿Dónde te habías metido?

—Tenía cosas que hacer...

—¿Qué es más importante que tu familia? —gruñe. Y resoplo.

—Estoy aquí, ¿no? He llegado justo a tiempo.

Hoy por hoy, mi madre es mi enemigo número uno. No quiero que venga a tambalear mi cómoda, mágica y estupenda nueva vida. Porque madre, no hay más que una. Me han dicho que el padre no importa...

—¿Dónde te quedas esta noche?

—Aún no lo sé, mamá. Ya veré...

—John va a venir a casa. ¿Por qué no vienes tú también y hablamos?

—Tengo planes...

—Will, solo queremos hablar contigo.

—Y yo solo quiero que me dejéis tranquilo.

—¡Cómo te voy a dejar, si pareces el conde de Montecristo con ese abrigo!

Se me escapa una sonrisa furtiva. Con ella soy incapaz de permanecer serio más de medio minuto. Tiene cada ocurrencia...

—No te metas con mi abrigo, a las tías les encanta.

—Déjate de tías —me riñe bajito—. Apenas has hablado con Molly.

Al oírla me alejo como si acabara de mencionar a Voldemort, pero en versión Victoria's Secret... ¿Ahora viste así todos los días? ¿Y por qué todavía no la han secuestrado para encadenarla a un sótano?

Bueno, da igual. Ya no es asunto mío. Siempre le gustó llamar la atención. Y cuando no la tiene, la reclama.

«Podrías mostrar un poco de interés», me ha soltado.

¿De qué va? Ella misma me pidió espacio. Y yo mandé mi interés a China de un puntapié, junto con mi podrido corazón...

Dios... Se está tan bien sin él...

En ese momento, la puerta se abre y entra una enfermera.

—Señores, hay demasiada gente aquí.

Podría tatuarme esa frase en representación de mi familia.

—No se preocupe, yo me voy ya... —acierto a decir—. Jackson... —Le ofrezco una mano que él engancha—. Felicidades, cabrón. Has pillado a una buena —Nos abrazamos brevemente—. Cuida mucho de ellas. Volveré mañana cuando esto esté menos concurrido...

—Will —me llama mi padre antes de que pueda escapar—. Pasa por casa mañana.

Y sé que eso ha sido una orden, no una invitación.

—¿Quedamos este finde para un pádel rápido? —me propone Ray. Y noto cierta ansiedad en sus ojos, como si quisiera pasarse el partido psicoanalizando mis problemas. De eso nada.

—No puedo...

—Pues quedamos luego a cenar. Te llamaré —me presiona.

En ese momento, llegan Cris y Liam y ya no cabemos en la habitación, lo que me da la oportunidad de salir por piernas y despedirme del «resto» con la mano a nivel general. O sea, de John y de Molly.

Ella está cruzada de brazos con un cabreo de aúpa y no contesta.

Pues ya tiene dos problemas... Yo me piro.

—Will —Escucho una voz a mi espalda. Cierro los ojos, hastiado.

Él, no...

Me giro y encuentro a John, el ser más brutalmente sincero sobre la faz de la Tierra... del que he tenido que aguantar un discurso tras otro los últimos quince días.

—Eres un jodido idiota —Lanza su veredicto y se vuelve dentro sin esperar respuesta.

—Lo que tú digas —murmuro. Y desaparezco.

¿De verdad esperan que me quede después de lo que ha pasado?

No me apetece estar con Molly. Suficientemente duro ha sido sostener a Lisa en mis brazos sabiendo que no viviré esa sensación con Ashlyn.

¿Que no ha firmado los papeles?

Claro... Seguramente, sus abogados le habrán recomendado que no lo haga por el bien de la niña. Porque si algo me sucediera, todo mi dinero sería para ella. Pero eso no implica que vaya a reclamar mis derechos como padre; Molly quiere criarla sola, mientras la veo corretear a mi alrededor en ciertos momentos familiares. Sé que ese era el plan inicial, pero ahora prefiero mantener las distancias para que no me afecte. Es mejor...

Estoy por volver al gimnasio, que es a donde he ido antes. Últimamente me he vuelto un adicto a la bicicleta estática. Falta de sexo, tal vez. Porque desde el encontronazo con Molly en la mansión, Willy ha muerto definitivamente, y la única forma de desfogarme es con el deporte. Al final, me he despistado y he llegado tarde al nacimiento de mi sobrina, pero no era mi intención.

John me ha dicho que soy idiota porque piensa que lo he hecho a propósito. Que finjo que estoy bien y que nada me afecta, pero no estoy fingiendo. Ser feliz no es que todo te vaya perfecto, ser feliz es saber adaptarte a la vida, aceptar sus adversidades y alegrías. Y yo lo he hecho. He decidido que el error que cometí no va a arruinar el resto de mi vida. Lo he asumido y no quiero volver atrás. Y si estar lejos de ella implica alejarme de mi familia, lo haré.

De momento, el que sobra en la ecuación soy yo.

«Ven a casa», dice mi madre. ¿Pero para qué? ¿Para aguantar su tortura emocional? ¿Para desestabilizarme de nuevo y verme perder los papeles? Lo siento, pero la función de «Will, el loco de amor» ha terminado. No hay más pases. Solo queda el Will indolente. Y estoy realmente cómodo en su piel.

Me quedo parado sin saber a dónde ir. Tengo que pensar.

—Will —Oigo que me llama Molly. Sé que es ella porque el inconfundible timbre de su voz siempre me dará un pellizco involuntario.

¿Por qué me ha seguido? ¿Es que no se rinde nunca?

«No. No lo hace». Pero conmigo ha tocado hueso.

Me giro y la encuentro con una expresión triste.

—Vuelve a entrar, por favor. Ya me voy yo —formula.

Tan lista como siempre...

—Eres tú el que debería estar ahí dentro, Will —insiste—. No quiero ser quien te prive de estar con tu familia.

—Tranquila. He quedado...

—Podrás engañar al resto, pero a mí no. Nadie es más importante que tu gente. Y este es un momento especial.

Rebatírselo sería pasarme de gilipollas.

—Te lo agradezco. Me iba a caer una buena bronca por irme...

—Por eso he salido. La voz de tu padre lo ha dejado bien claro.

—Ya... —Me meto las manos en los bolsillos—. Pues gracias. Nos vemos...

Me muevo, pero ella me agarra para impedírmelo.

—Will... Yo... —empieza cohibida.

Hay algo extraño en su tono de voz. Algo que no identifico.

—Tenía... tenía la esperanza de que pudiéramos estar bien —dice mirándome como un cervatillo.

La palabra «bien» retumba dentro de mí. Hace tanto que no entiendo lo que significa que tengo que preguntarle.

—¿Qué quieres decir con «estar bien»?

—Ser amigos... Por tu familia, por Max, por nuestra hija... Sin rencores.

—Yo no te guardo rencor, Molly. He pasado página.

—¿Y si no quiero que la pases? —dice desafiante—. ¿Y si quiero empezar de cero? Darnos otra oportunidad. Los tres juntos... —Se acaricia la tripa.

La miro atónito. Y me cuesta unos segundos reaccionar.

—Joder... —musito sobrepasado—. No me esperaba esto...

Ella me mira sin entender qué ocurre. Hasta que capta mi mirada culpable y preocupada.

—¿Ya no me quieres...? —balbucea dolida.

—No es eso... A veces no es el amor lo que se termina, es la paciencia, y ya no estoy en ese punto. —Ella abre mucho los ojos—. Ahora mismo estoy bien, centrado en mi carrera, siendo nómada y viviendo el momento. No quiero liarme con nada más...

El impacto que provocan mis palabras en ella es hasta doloroso. Pero me sorprende que guardara alguna esperanza de volver. Me hizo arrancármela de cuajo y me dolió demasiado para repetir.

—Lo siento —Me sale decir—. Tengo que elegirme a mí mismo y a mi estabilidad por encima de ti y de los demás. Supongo que lo entiendes... Ahora comprendo a la perfección porque querías seguir adelante tú sola. Se está realmente bien sin preocuparte por nadie...

Empieza a ponerse roja y coloca las manos en su tripa como si le pesase demasiado. Está pensando en Ashlyn, y lo entiendo, pero...

—Lo nuestro no funcionaría, Molly. Estamos demasiado jodidos. No podemos querer a nadie porque no nos queremos a nosotros mismos...

La veo tragar saliva. Parece a punto de llorar.

—Vuelve dentro —la insto afectado—. Ya me las apañaré con mi padre. Vendré a ver a Max mañana por la mañana.

—¿Crees que no puedo quererte? —farfulla llorosa.

—Molly... decidiste apartarme de tu vida. Respeta que ahora sea yo el que no quiere formar parte de la tuya.

Comienzo a caminar sin rumbo durante diez minutos hasta que el frío de finales de octubre hace que me serene un poco. No voy a flaquear por verla llorar. Si me ha notado seco, es porque lloré ríos por ella y ya no me queda nada dentro.

Entonces marco el número de Shawn.

—Eh, soy yo. Estoy en la ciudad. ¿Vamos esta noche al NightHell?

—¡Genial! A ver si nos hacemos a un par de pibitas...

—Quedamos a las nueve allí. Hasta luego.

Un par de pibas... ya... No confío en que *Willy* reviva por nadie.

Empiezo a pensar que les he cogido manía a todas las mujeres.

Capítulo 33



Cierro los ojos para saborear uno de los momentos más felices de mi vida. Mi lengua rozando la de mi mujer en una silenciosa habitación de hospital, y mi hija durmiendo en medio de una calma casi hipnótica.

—Gracias... —musito en su boca. Y apoyo mi frente en la suya.

—¿Por qué?

—Por lo feliz que me has hecho hoy. Has sido muy valiente.

Volvemos a besarnos y suspiramos.

—Ha sido un día mágico. Lo único que lo ha fastidiado un poco es lo raros que estaban Will y Molly...

—Ya. No he podido fijarme mucho en ellos, pero lo que he visto me ha dado escalofríos. Él ha huido, ella le ha seguido y después ha vuelto con una cara horrible... Dos veces... Pero no era el momento de preguntar nada.

—Él ha dicho que vendrá mañana. A ver qué nos cuenta... No pueden seguir así, Jack. ¡Molly dará a luz en pocas semanas!

—A Will lo he visto mal. Está muy cambiado. No parece ni él.

—Pues yo lo he visto guapo.

—Y frío. Y distante. Apenas ha mirado a Molly a la cara. Me han dado ganas de abofetearle un par de veces, en serio...

—En el fondo, está destrozado.

—¿No se supone que Molly le iba a decir que fueran amigos?

—Quizá Will no quiera serlo...

De pronto, mi teléfono se ilumina y doy gracias a Dios por haber tenido el tino de quitarle el volumen antes.

—Qué raro. Es Shawn. ¿Sí?

—Jackson... —Escucho a través de la línea.

—¿Qué ocurre?

—Hiciste bien en darme tu teléfono. Tío listo. Estoy con Will y... no sé muy bien qué hacer con él. Está más borracho que nunca y dice que ha vendido su piso. No sé si debo llevarlo a casa de sus padres o....

—Joder. ¿Dónde estáis?

—En el NightHell.

—No os mováis. Ahora irá alguien a ayudarte. Gracias por llamar.

—Hasta ahora...

Cuelgo y maldigo en voz baja.

—Ha debido de pasar algo gordo con Molly. Shawn dice que está como una cuba en el NightHell.

—Menudo antro... —opina mi mujer.

—Voy a llamar a Ray para que vaya a por él.

—Ve tú también, Jack —dice Max temerosa—. Vuelve después.

—Pero, cariño..., acabamos de tener una hija. No pienso dejarte.

—¡Y nosotros no podemos dejar tirado a Will cuando más nos necesita! Hay que ayudar a estos dos imbéciles a reconducir su amor.

—¿Pero tú no estabas de baja? —digo con guasa. Y ella sonríe como la buena celestina que es.

—Jack, esto es importante... No seré totalmente feliz hasta que todo esto se solucione. Ve y vuelve con noticias frescas. Yo llamaré a Molly.

—De acuerdo. Vuelvo en un par de horas a lo sumo.

—Aquí estaré.

Nos besamos de nuevo. Un beso lento y jugoso que me llena de fuerza. Y me marchó veloz. ¿Por qué la gente huye del amor en dirección contraria? Es lo más poderoso que hay. Lo que mueve el mundo. Lo único importante...

Vale, ya me callo... Este es solo mi punto de vista, pero me gustaría que todo el mundo fuera tan feliz como yo.

Llamo a Ray y le cuento lo que hay. Después de soltar un par de tacos, quedamos en vernos en el club. Me indica que va a llamar también a John. Por suerte, el garito no queda muy lejos del hospital.

Cuando llego, encuentro a Will inconsciente en un sofá. La madre que lo parió...

—Hola, Shawn. Gracias por llamarnos.

—De nada.

—¿Qué ha pasado?

—Que ha empezado a invitar a chupitos a toda la discoteca, y claro, en el catorce, ha estirado la pata.

—¿Qué te ha contado exactamente?

—Nada coherente. No dejaba de decir que Molly sería muy mala amiga y que ha perdido a toda su familia por su culpa.

La última frase llama mi atención.

—¿A su familia?

—Sí. A sus padres, a sus hermanos..., incluso a su hija.

—Joder... ¡si es él, *míster importante*, el que pasa de todo el mundo!

Cuando llega Ray prácticamente repite mis palabras.

—Tenemos que hacer algo —intento ser práctico—. Will necesita una INTERVENCIÓN urgente.

—Lo que necesita son dos hostias bien dadas —opina Ray.

En ese momento, aparece John.

—Maldita sea... Pensaba que hoy iba a librarme de él —se queja.

—¿De qué estás hablando? —pregunto interesado.

—Lleva así dos semanas... Diciendo que está perfectamente y bebiendo de más para evadirse de la realidad.

—¿Y no sabes avisar?! —lo amonesta Ray.

—¿Cuándo?! ¡Mientras Max empujaba para parir a Lisa?! No era el momento... Además, Will está intratable. Intenta ocultarlo bajo una capa de indiferencia, pero nuestro hermano está peor que nunca.

—Max dice que hay que intervenir —propongo—. ¿Qué hacemos?

—¡Y yo qué sé! ¡Ella es la de las soluciones mágicas! —dice John.

—Para hacer su magia necesita información... —señalo—. Necesitamos saber en qué punto están y qué ocurre...

—Max debería hablar con Molly y averiguar qué ha pasado esta tarde —expone Shawn—. Porque a mí no me ha quedado nada claro, pero creo que Will no quiere estar con ella... O eso dice.

Nos miramos unos a otros, sorprendidos. Eso sería un problema.

—O sea, ¿está así de mal porque no están juntos pero a la vez no quiere estar con ella? —expongo.

—No trates de entender a Will. Es imposible —explica Ray—. Yo suelo ignorarle la mayoría de las veces, porque tiene tendencia a sabotearse a sí mismo. Su zona de confort es estar en la mierda, ya os lo dije. Le gusta sentirse un pobrecito para no hacerse responsable de nada. Y tampoco sabe manejar la felicidad. Alguien le hizo sentir que no era suficiente y está enrocado en eso.

—Estas dos semanas se ha empeinado en dar buena imagen, el problema es que él mismo no se la cree.

—Pues habrá que convencerlo... —rumio.

—¿Cómo? —pregunta John interesado.

—Como dice Ray —apunto—. Llevándole la contraria. Ignorando sus burdos intentos por desacreditarse. Haciendo justo lo contrario. Lamerle el culo. Eso no se lo esperará...

—Es buena idea —opina John—. Hay que demostrarle que no nos va a perder aunque él intente apartarse.

—¿Adónde lo llevamos ahora? —pregunta Ray.

—A casa de mamá y papá —contesta John—. Hay que involucrarles en esto también. Tienen que mimarle en vez de echarle la charla. Además, Will tiene una extraña debilidad con mamá. Si lo dejamos en su casa de Bay View, seguirá ahogándose en pena y en mujeres...

—¿Mujeres? Ha dicho que no le funciona la polla —dice Shawn.

—Eso sí que es un drama... —comenta Ray.

—Eso es que la quiere —deduzco yo complacido.

Mientras sus hermanos lo levantan y cargan con él como si fuera un fardo de harina, pienso que el plan podría funcionar si todas las piezas cooperasen. Pero la fundamental es Molly. Y todavía le pesa el agravio del cambiazó. Debo pensar en algo para convencerla...

John sube a Will a la ranchera de su padre y Ray lo acompaña. Shawn y yo nos quedamos solos.

—Necesito un favor, Shawn.

—Pues a mí no me gustan los tíos...

Esa frase me hace sonreír. Sé que me arriesgo al pedirle esto, pero si alguien puede acceder, es un loco como él.

—Necesito averiguar quién fue la primera opción de donante de Molly.

—¿Por qué? Yo no tengo ni idea. ¿De qué te servirá saberlo?

—Quiero que vea que el cambiazó de Will fue para mejor. Quiero que termine dándole las gracias, joder...

—Es imposible averiguarlo. No sabemos el código.

—Hay una manera. Max estuvo eligiéndolo con ella. Si nos puedes hacer llegar el catálogo de nuevo por email, encontraremos el código.

—Aún así no sabremos quién es ese tío.

—Ahí es dónde entras tú...

—Uy... Esto suena turbio.

—Como genetista puedes averiguar quién es y darme el soplo.

—¡Sigo sin entender para qué lo necesitas!

—¡Quiero demostrar que Will era su mejor opción! Mejor que Brad y mejor que cualquiera. Solo así dejará su enfado atrás al 100%.

—Os mandaré el catálogo y ya me diréis quién pensáis que es...

—Muchas gracias, Shawn.

—Lo que sea por el imbécil este.

Vuelvo a la clínica y compruebo que la niña sigue dormida. ¡Es una bendita! Miro a mi mujer y nunca me he alegrado tanto de verla, por eso la beso con más pasión de la que espera.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, es que... no me puedo creer lo afortunado que soy.

Su sonrisa me derrite. Lo soy de verdad. Me cuesta entender cómo podía sentirme «bien» sin ella. Sin ellas. Supongo que es algo que solo puedes ver cuando llegas a este punto. Es como subir una ladera. Estés donde estés, la vista hacia abajo siempre te parece incomparable, pero solo cuando estás arriba lo comprendes. Al menos esa ha sido mi experiencia vital. También hay quien tiene miedo a las alturas, ojo. No a todo el mundo le hace feliz lo mismo.

—¿Has hablado con Molly? —le pregunto.

—Sí.

—¿Y...?

—Dice que Will no quiere saber nada de ella, y no sabe qué hacer.

—Yo sí —Sonrío tunante.

Max me mira sorprendida, pero enseguida su expresión cambia a otra más confiada y satisfecha.

—Te amo tanto... —musita embelesada—. No sé lo que se te ha ocurrido, pero seguro que será genial. Amo tu cabeza y tu corazón.

—Pues a mí me encantan tus tetas...

Suelta una risotada que adoro, pero despierta a Lisa. *Ouch!*

Me acerco deseoso de cogerla e intento calmarla.

—Tranquila, pequeña... Tu madre es una ruidosa.

—Tendrá hambre.

—Voy a pedir un biberón.

Max ha decidido no amamantar al bebé por una cuestión de conciliación. Conmigo y con su trabajo. Sé que es más beneficioso dar el pecho, pero no quiero que renuncie a aquello por lo que tanto ha trabajado por su condición de madre. Max es la piedra angular de esta familia a todos los niveles, y trataremos de conjugar que sea una mamá trabajadora compartiendo la crianza del bebé al cien por cien. Empezando por su alimentación.

Sé que a Max le preocupa el futuro de la empresa, pero hoy más que nunca, sé que podemos con todo si lo hacemos juntos.

—No sé qué pasará con Molly y Will —empiezo meciendo a Lisa—, pero tú y yo formamos un buen equipo. Si Molly quiere dejar *ConsigueALTío*, creo que podemos sacarlo adelante nosotros solos.

—Podríamos. Pero ahora tenemos a Lisa... y no podemos pretender llevar la misma vida que antes. No quiero ser de esos padres que tiene un hijo y siguen con su vida sin hacerles ni puñetero caso. Me da miedo perder el apego.

—Hay tiempo para todo si nos organizamos bien. Y necesitamos ayuda. Sea de abuelos o de alguien contratado.

—A mis padres los vamos a tener, ya lo sabes.

—Cuento con ellos. Pero si tenemos que cubrir algún hueco, se cubre. No podemos olvidarnos de quienes somos por ser padres.

—No lo haremos.

Nunca pensé que me llenaría tanto que mi hija me mire mientras come. Es una sensación única. Como si te estuviera dando las gracias con la mirada. De alguna forma, me hace pensar que todo va a salir bien. Que cuando Will tenga en brazos a su hija, volverá a ser el que era.

Eso no quita para que me lo vaya a pasar estupendamente con mi plan.

Sonrío optimista y Lisa parece hacerlo también.

—Hija mía tenías que ser...

capítulo 34



*Diez días después
Semana 34*

Estampo mi firma en los documentos y al segundo me invade un miedo atroz, pero lo impulso lejos y sigo adelante con el plan. Acabo de vender mi casa. Ya está hecho.

Si me lo llegan a jurar hace tres meses, no me lo hubiera creído, pero el día del nacimiento de Lisa, tomé una decisión.

Darme cuenta de que no iba a ser fácil recuperar a Will aclaró del todo mis ideas. Nada como perder algo para entender cuánto significa para ti. Y no es que no lo supiera, porque no era la primera vez que le perdía, pero el desengaño del cambio me revolcó en una ola infinita de rabia de la que casi no salgo viva. Fueron pequeñas bocanadas de aire de la gente las que consiguieron que no me ahogara, y para cuando vi la luz, ya era tarde.

Max me llamó esa misma noche para preguntarme qué había ocurrido entre Will y yo, y me sentí fatal por causarle tantas preocupaciones en un día como ese.

—Deberías estar disfrutando de tu hija... —lamenté.

—Lisa lleva en mi vida tres horas, tú llevas treinta años...

Me reí. Sabía que su hija era lo primero, pero que no quisiera olvidarse de mí, me demostró muchas cosas. Esa era la clave. Demostrar el amor. Pero yo no sabía cómo hacerlo con Will.

Más tarde, sobre la medianoche, Jackson volvió a llamarme.

—Tengo un plan —dijo convencido.

—Te escucho.

—En realidad, ha sido idea de Ray. Hemos estado hablando entre todos y ha dicho que en estas situaciones él siempre ignora a Will.

—¿Ignorarlo? ¿Te refieres a pasar de él?

—No. Al contrario... Me refiero a ignorar sus lloriqueos. A no hacerle ni caso. ¿Quiere que te alejes de él? Pues harás lo contrario. ¿Quiere alejarse de la familia? Pues la familia irá a él.

El instante que duró el razonamiento me hizo arder en llamas.

—Ray es un genio... Justamente me dijo el otro día en casa de sus padres que le extrañaba que Will se hubiera rendido conmigo. Dijo que él nunca se rendía con las cosas que quería... Y yo voy a hacer lo mismo. No rendirme. Es el único idioma que él entiende.

—Exacto.

—¿No quiere verme? Pues me va a tener hasta en la sopa...

—¡Esa es la idea! —exclamó Jack—. Uf... pensaba que nos iba a costar mucho más convencerte, Molly —musitó aliviado.

—Después de verlo con Lisa en brazos, haré lo que sea para que Will participe en la vida de su hija y de esta familia. En todo caso, será libre de no quererme a mí...

—Will está loco por ti.

—Lo estaba. Ahora está muy dolido y no confía en mí. Tengo que hacer algo que le demuestre que voy en serio.

—Él vendió su casa —intervino Max de fondo—. Esa fue su forma de romper con todo, y tú puedes hacer lo mismo. Así no le cabrá duda.

—¡Qué buena idea! —exclamé alucinada—. ¡Eres otro maldito genio, Max!

Qué importante es rodearse de personas resolutivas y tenaces. La gente insegura, envidiosa y amargada solo te hunde más en la miseria.

Apostaba a que mi piso volaría en las inmobiliarias porque el edificio estaba muy cotizado, y encima, estaba recién reformado.

Con ayuda de John y Ray pusimos en marcha un plan de contingencia que consistía en alejar a Will de San Francisco varios días para poder instalarme en Bay View sin que se diera cuenta. A su vuelta, me encontrará allí de sorpresa.

¡También era mi casa! Y ni él ni yo teníamos ya un segundo piso en el que escondernos. ¡Era brillante! Y arriesgado.

No fue difícil conseguir que se ausentara porque John y él seguían dando conferencias por todo el país.

Cuando se lo conté a Brad, le pareció un plan genial y se ofreció a ayudarme con el traslado, junto con un equipo de mudanzas. Me estuvo informando de que su relación con Lily iba viento en popa y me alegré por ellos.

—¡Joder, vaya casa, Molly! —exclamó pasmado al ver la mansión.

—¿Te gusta?

—¡¿Gustarme?! ¡Esto es un palacio! ¿Y dices que también es tuya?

—Sí —Sonreí orgullosa. Y me di cuenta de que lo que más me agradaba era compartirla con Will. Lo preferiría a que fuera solo mía. Era... algo bonito y significativo.

—Menuda pasada... —repitió cuando vio la terraza superior—. Te doy un consejo. Yo le esperaría desnuda en ese jacuzzi —Lo señaló—. Ningún hombre en su sano juicio podría resistirse...

Me eché a reír y me dolió la tripa del esfuerzo.

—¿Estás bien?

—Sí... A veces noto una presión extraña, como si fuera a explotar.

—¿Cuándo tienes que volver al médico?

—La semana que viene.

Ayer ya dormí aquí y dejé mi piso vacío para firmar la venta hoy.

—Es oficial. He perdido mi casa —digo con una sonrisa psicópata.

—Y yo no puedo estar más contenta —Me abraza Max—. Has hecho lo correcto, Molly. Mi

hermano entrará en razón, ya lo verás.

—Y si no, lo hará cuando nazca Ashlyn —apunta Jack.

—¿Lo tienes todo listo o te falta comprar algo? Podemos acompañarte...

—No lo sé. Tengo un poco de lío entre lo que había en mi casa, lo que me han regalado las marcas y lo que dejé en la de Bay View.

—Se hace rápido un inventario, pero peluches nunca sobran —sonríe Max con Lisa en brazos. Parece una muñeca de porcelana.

—¿Cómo la vestís? Lo pregunto en serio... ¿Cómo le metéis los bracitos por esas mangas tan diminutas? —digo apocada.

—Con MUUUCHO cuidado —explica Jackson.

—Estoy nerviosa. Por todo —confieso—. Will llega esta noche.

—Tú mantente firme. Deja que flipe un rato...

—Pfff... —Me tapo la cara.

Hago un poco de compra en el supermercado y me voy a casa. Tengo mucho que ordenar y que pensar. Tengo que hacerme fuerte para cuando llegue y ponga el grito en el cielo. Pero tengo el mismo derecho que él a estar aquí. Y su hija más que los dos juntos.

Cuando se acerca la hora no puedo dejar de temblar. Ya no sé cómo ponerme o qué ver en la televisión, y de pronto recuerdo la idea de Brad. El jacuzzi...

Me levanto de un salto —demasiado efusivo— y me acaricio la tripa para calmar el retortijón. Abro el grifo y lo voy preparando todo, incluido mi albornoz. También me preparo mi cóctel favorito, un San Francisco, esta vez, sin alcohol.

He encendido muchas luces de la casa para que vea que hay alguien dentro, tampoco voy a esperarle a oscuras...

Cuando veo que el portalón de la entrada se abre y el Tesla negro avanza lentamente, empieza a latirme rápido el corazón. Es el momento de meterme en el agua.

Me quito el albornoz y me sumerjo en el agua caliente. ¡Qué guay! La noche es fría, debemos de estar a trece grados como mucho, pero dentro se está fenomenal a unos 38°. ¡Debe de estar entrando en la casa!

Le doy un sorbo a mi cóctel e intento mantener la calma.

Tengo que clavar mi actuación de Óscar para que flipe de verdad.

Tarda un minuto en aparecer en la terraza con un notorio enfado.

—¿Qué haces tú aquí?!

—Hola, cariño, bienvenido a casa —Vuelvo a beber.

Su cara es un poema de Schopenhauer, sobre todo cuando me muevo un poco y dejo entrever que estoy desnuda.

—¿Qué es esto...? —farfulla perplejo.

—¿El qué concretamente?

—¡Esto! ¡Tú, desnuda en mi jacuzzi!

—¿Tu jacuzzi? Es de los dos, guapo.

Va a decir algo y se frena. Yo vuelvo a beber para calmar los nervios y darle tiempo a ordenar todas las ideas que le deben estar follando el cerebro en este momento.

—Tienes que avisarme si vas a venir, para no coincidir.

—Uy, pues va a ser un coñazo, porque me he trasladado a vivir aquí...

—¿CÓMO?

—Lo que oyes. He vendido mi piso...

Me incorporo un poco y no sé qué le impacta más, si ver el inicio de mis pechos turgentes y

mojados o la información que acabo de proporcionarle.

Sus ojos están a punto de salirse de sus cuencas y rodar por el suelo.

—¿Cómo que has vendido tu piso?

—Sí. Voy a vivir aquí. Contigo. Con nuestra hija. Si no quieres ser mi novio ni mi amigo, seremos compañeros de piso.

Casi puedo oír cómo su corazón se para.

—Pero...

Me pongo de pie para que no termine su siguiente frase. Su cara de impresión al verme me da mucha más información.

Salgo del jacuzzi sin prisa, con el agua resbalando por mi cuerpo, y noto cómo mis pezones se endurecen por el contraste con el frío. Will es incapaz de parpadear. Lo veo tragar la baba que sin duda está generando en cantidades industriales.

Él no se hace a la idea de lo guapo que está con un traje negro y una camisa gris perla con un par de botones desabrochados.

Coloco el albornoz sobre mis hombros y lo ato débilmente, dejándolo entreabierto.

Cuando me acerco a él, sus ojos se vuelven negros. La química es palpable entre nosotros y siento que mantiene la respiración.

—Esta es mi casa, Will, y tú eres el padre de mi hija. Me voy a quedar aquí, te guste o no.

Sus pupilas encendidas retienen el impulso violento de cogerme y empezar a devorarme sin piedad. Lo conozco bien e intento tentarle.

—Aunque no te lo creas esta es mi forma de demostrarte que te quiero —Lo cojo de la camisa. Él suelta todo el aire que estaba reteniendo y observa mi boca, desesperado—. No pienso rendirme contigo, Will...

Me encantaría palpar su bragueta ahora mismo y demostrarle que su fachada sexi y dura no sirve de nada conmigo, pero me contengo.

Al ver que no actúa, paso de largo y le digo que le espero en la cama...

Sé que necesita tiempo para asimilarlo y pensar.

Sé que su cabeza le dice una cosa y su cuerpo otra. He estado en ese limbo. Y normalmente, si te dejas vencer, luego te arrepientes. Lo ideal sería hablarlo con ternura, perdonárnoslo todo y hacer el amor con mesura, pero nuestro idioma es otro... El de la atracción. El de la química. El de las verdades indiscutibles y básicas. Y quiero confiar en la ciencia... En una acción y una reacción automática. Pero a veces, el orgullo es más fuerte.

Lamentablemente, mientras me pongo el camisón, oigo un portazo muy característico. Reconozco el sonido de la hoja clavándose con rabia contra la preciosa marquesina de metal de la entrada.

Me pregunto adónde irá y qué pensará de mi atrevida escenita.

Me tumbo porque estoy algo mareada. Los baños calientes siempre me han bajado la tensión.

Escribo a Max para avisarle de que Will se ha ido.

«Activando protocolo C», contesta ella.

Esta iba para Capitán General, os lo digo yo.

Capítulo 35



O me marchaba o me la zampaba cruda.

Deberían darme un premio por irme en silencio con un bazuca cargado entre las piernas. Estoy madurando...

Nada más verla en el jacuzzi, *Willy* ha revivido con fuerza. Estaba tan preciosa, húmeda y embarazada, y había visto tanto miedo y esperanza en su mirada que por poco me desmayo allí mismo.

«¿De qué va esto?», pienso alucinado.

¡¿Ha vendido su casa?! Si no lo veo, no lo creo... ¡¿POR QUÉ?!

Aunque no sé de qué me sorprende, ¡es Molly! Y la cabezonería funciona en ambas direcciones. Para bien y para mal.

«¿De repente quiere vivir conmigo? ¿Por qué?».

Un millón de frases martillean mi cerebro sin descanso. No sé a dónde ir ni en quién confiar, porque esto suena a que el universo entero estaba compinchado para que mi lengua terminara esta noche entre sus piernas. Y tengo que resistir. Que sobrevivir...

Ahora entiendo cómo se sintió ella el día que follamos contra la puerta de la mansión. Estaba enfadada, pero no pudo resistirse a mi asedio. Menos mal que yo he podido escaparme de ella...

«¡HA VENDIDO SU CASA!», rebota en mi cerebro.

Sigo sin dar crédito. En serio. Nunca nadie me había sorprendido tanto con sus cambios de opinión. ¿Ahora me quiere?

«Siempre te ha querido, pero tenía miedo», dice el antiguo Will.

¿Y ahora ya no lo tiene? ¿Volverá a tenerlo? No puedo saberlo, y eso sí me da desconfianza.

Pienso en ir a un hotel, pero necesito desfogarme con alguien, maldecir mi vida, reírme de todos los que están en pareja y se creen seguros y felices, convencerme de huir de su calor es lo mejor para mí. Porque, tarde o temprano, me abrasará el corazón.

De pronto, Shawn me escribe con una oferta irrechazable.

«¿Vienes a tomar algo al Smooth? Me han dado plantón...».

Otra alma en pena furioso con las mujeres. Justo lo que necesito.

«Llego en diez minutos».

Entro en el bar y lo encuentro en una mesa, solitario y alicaído.

—¿Quién te ha dado plantón? —pregunto tomando asiento.

—Una tía de *OkCupid*. Te juro que parecíamos almas gemelas mientras chateábamos... ¡Odiaba el final de *Peaky Blinders* tanto como yo! No me puedo creer que no haya aparecido.

—Yo acabo de encontrarme a Molly desnuda en mi jacuzzi.

Alza las cejas alucinado.

—Tú ganas. Cuéntame más...

—No hay nada que contar. He salido corriendo antes de hacer una locura. ¿Por qué me hace esto? ¿Es que la crueldad no tiene límites?

Protestar siempre sienta bien. Debería ser un puñetero deporte. Busco al camarero con ansiedad para que me proporcione un trago.

—Yo me la hubiera follado.

—¿Para qué?

—Sin más. Siempre he querido hacerlo.

Le golpeo en la cabeza y encargo mi bebida.

—Yo no solo quiero sexo, ¡lo quiero todo!, pero ella no puede dármelo. Si volvemos, cualquier día, se asustará, me alejará y volveré a morirme de pena. Y paso. Ya he aprendido la puta lección...

—¿Y si esta vez va en serio?

—Dice que ha vendido su casa... —me recuerdo. Porque ese detalle es el que me hace dudar.

—Ahí lo tienes. ¿Qué más pruebas necesitas? Te quiere.

Lo miro con extrañeza. Aquí pasa algo raro...

—Pareces desesperado por convencerme. ¿Estás en el ajo? Tu mensaje ha sido muy oportuno... —rumio.

Que no conteste enseguida me da la respuesta. Shawn no sabe mentir. Prefiere atacar con la verdad. Como yo.

—¡Joder, Shawn...!

Me pongo de pie para largarme, pero él me frena arrepentido.

—Will, espera un momento...

—¿Pero qué cojones os pasa a todos?! ¡Dejad de meteros en mi vida!

—No podemos. Nos da miedo en lo que te estás convirtiendo. Solo queremos ayudarte, Will...

—¿Habéis presionado a Molly para que vuelva conmigo porque tenéis miedo?

—¡No! ¡Ella te quiere de verdad!

—No quiso perdonarme, Shawn. Nunca lo hará.

—Ha recapacitado, ¿vale? Igual que tú te equivocaste al dar el cambiazo. Te quejas de que no te perdonó, pero tú tampoco quieres perdonarla ahora.

—¡No es lo mismo!

—¡Es lo puto mismo! Es PERDONAR. Un recurso solo al alcance de los más valientes y humanos. Y Molly ya lo ha hecho.

Me enroco porque todavía me duele. No puedes perdonar a alguien que te ha hecho tanto daño con un chasquido de dedos. No es natural. El dolor tarda un tiempo en desaparecer, como una herida.

—Me obligó a renunciar a ella llevando a mi hija en su vientre. ¿Sabes lo doloroso que fue eso para mí?

—Me lo imagino. Pero ahora tienes la oportunidad de recuperarlo, Will. Lucha contra tu ego y tu miedo. Hazte ese favor...

De pronto, veo una llamada entrante en mi móvil en silencio. Es Max, pero no quiero hablar con ella ahora mismo. Me soltará algún rollo psicológico que me hará polvo por dentro y me ahogará en alcohol para olvidarlo.

—¿Por qué no contestas?

—Porque no me apetece.

—¿Lo ves? Antes nunca rechazabas una llamada. Y menos, de tu hermanita. Y menos, a estas horas... Igual es importante.

—¡Vale! ¡Lo cojo, joder! Dime, Max...

—Molly está en el hospital —Me suelta de golpe—. Le ha empezado a doler mucho la tripa. En realidad, lleva días doliéndole a ratos y me ha llamado en cuanto te has ido de casa. Le he dicho que llamase a un taxi y se fuera a urgencias.

—¿Qué es esto, el plan B del plan «Vuelve con Molly»?

—¡No, esto no formaba parte del plan! Quizá las burbujas del jacuzzi le hayan desencadenado un parto prematuro. O algo peor... Hace días que no está bien, Will. Últimamente ha estado bajo mucha presión con la mudanza, la sorpresa y los disgustos...

—¡Es que no tenía que haberlo hecho, joder!

Cuelgo y cojo la cerveza de Shawn para darle un trago largo. No puedo esperar a que llegue la mía.

—Will...

—¡Ni Will ni pollas! —exploto—. No digas ni una palabra más.

Me cabrea mucho que intenten chantajearme emocionalmente. Que se aprovechen de mi bondad para atraerme hacia una trampa que solo me hará más daño. Mi hermana, mi amigo... No se puede caer más bajo.

Las burbujas no desencadenan partos, joder. El estrés, puede...

—¿Puedo decir algo? —insiste Shawn.

—No —digo tajante.

—Jackson tenía un as bajo la manga para que Molly te perdonara por haber dado el cambiazo, pero al final no ha hecho falta usarlo... ¿No quieres saber qué era?

Su tono conspirador consigue que me pique la curiosidad.

—Pues se le podría haber ocurrido antes de que me destrozara.

—¿Quieres saberlo o no?

—Suéltalo ya.

—Quiso averiguar quién era el donante que Molly eligió en primer lugar y que se desechó por su cambiazo.

—¿Y por qué diablos querría saber quién era?

—Para demostrarle que tú eras una opción mucho mejor.

—¿Por qué me cuentas esto? ¿De qué sirve ahora?

—Max localizó el número del donante inicial y Jackson me suplicó que averiguara quién era. Pero no volvió a preguntarme más...

—¿Y?

No entiendo a dónde leches quiere llegar y empiezo a ponerme nervioso. Shawn no da puntada sin hilo...

—Te eligió a ti, Will. Tú eras el puñetero donante inicial...

La información arrasa mi sistema como un tsunami.

—¿QUÉ...?

El corazón se me desboca en el pecho y no puedo ni pensar. No puede ser...

—¿No me estarás mintiendo, Shawn?

—Te juro que no. Eras tú Will. Te eligió a ti, joder.

—¿Cómo es posible? —balbuceo alucinado.

—No sé... Llámalo destino.

—Yo no creo en el destino, ¡soy un hombre de ciencia!

—Pues llámalo partículas subatómicas atrayéndose desde las entrañas de la Tierra, ¡a mí qué me cuentas! ¡Pero eras tú...!

—No me lo creo —decido.

—Pues créetelo, chaval. Puedo demostrarlo.

—Pero dijo que quería a un tío con los ojos azules...

—Al final, Max la convenció de que escogiera a uno con un coeficiente mental más alto. Pero admito que en lo de que eres deportista te tiraste a la piscina, chaval...

—Hago mucho deporte.

—¿Qué deporte?

—Follar cuenta.

—*Touché* —Ríe Shawn.

Me paso las manos por el pelo. Esa información es una venda con un ungüento mágico que cura las heridas a supervelocidad.

—¿Por qué no me lo dijiste en cuanto lo supiste? —lo amonesto.

—Porque no cambia nada, Will...

—¡Sí que cambia!

—¿En qué? Ella lo eligió a ciegas, no sabía que eras tú.

—¡Exacto! Por fin alguien me valoró por lo que soy y no por lo que tengo ni por cómo visto. ¡Fue por mi puto código genético!

—Pero luego vio a Brad y...

—Eso puedo entenderlo. Para los superficiales, una imagen siempre valdrá más que mil palabras, pero lo importante es que luego se arrepintió. Y yo...

—Y tú restauraste la armonía con tu cambiazco... Es casi filosófico.

Una sonrisa se abre paso en mi boca. Y no es por jactancia, sino porque, de algún modo, por fin puedo perdonarme a mí mismo por lo que hice.

—¿Sabes que voy a comprobarlo, verdad? —digo más tranquilo—. Porque ya no me fío ni de mi sombra, y este puede ser perfectamente el plan F de Jackson y Max...

De pronto, mi móvil se ilumina con un mensaje.

«Han ingresado a Molly. Ella y el bebé están en peligro».

Ni siquiera me doy cuenta y ya estoy corriendo hacia la puerta.

—¡Will! ¡¿Qué pasa?! —oigo gritar a Shawn, pero no hay tiempo para explicaciones.

Intento parar un taxi que casi me atropella y no sé decirle a qué hospital debe llevarme.

—¡Arranque! ¡Ahora se lo digo!

Escribo rápidamente a Max con el corazón en un puño.

—¡Lléveme al Saint Francis Memorial! —exclamo histérico.

De pronto siento un dolor terrible en el pecho que indica que, si les pasa algo a Molly o al bebé, mi corazón no lo soportará.

capítulo 36



Estoy muy asustada.

No entiendo nada de lo que está pasando, pero los médicos están nerviosos y eso me pone nerviosa a mí.

Les he dicho que tenía dolor y estaba mareada, y tras tomarme la tensión, han empezado las carreras.

Enseguida han querido monitorizar los latidos de Ashlyn, y cuando al escucharlos han dicho que había «una disminución de la función cardíaca del bebé», he creído morir.

—¿Qué le pasa a mi bebé? —He preguntado aterrada.

—El peso de su útero comprime la vena cava inferior y la cantidad de sangre que llega a su corazón es menor. Esto hace que el oxígeno en sangre disminuya y no le llegue suficiente al bebé.

—¿Es grave?

—No sabemos cuánto tiempo lleva así, pero puede tener consecuencias a largo plazo... Si vemos que hay sufrimiento fetal, tendremos que sacarlo de urgencia. Por otro lado, usted tiene la tensión bajísima, y podría ser peligroso si pierde mucha sangre...

He llamado a Max para avisarla, y ya hace veinte minutos de eso.

Si de normal esta situación es espantosa, vivirla sola, la hace insoportable. Es la primera vez en mi vida que veo la soledad como algo fatal. Muy bonita viviendo en un eterno *chill out*, pero llega un momento en que la realidad se impone y te das cuenta de cuánto necesitas a los demás.

Quizá sea necesario estar en los boxes de urgencias con un montón de gente gritando, sufriendo y lamentándose creyendo al borde de su vida para llegar a tener una epifanía como esta. Y creo que, tarde o temprano, a todos nos llega. ¿Cuánta gente dice que ha tenido «la fortuna» de verse en una situación límite que le ha hecho cambiar totalmente su percepción del mundo?

Un médico me aborda con prisa y cara de preocupación.

—Vamos a hacerle una cesárea de urgencia, señorita Baker...

—¿Cómo?!

—No tenga miedo. La tasa de supervivencia de un bebé en la semana 34 es muy alta.

¿Ha dicho «tasa de supervivencia»? La situación límite se ha vuelto una situación inadmisibile. Pero, ¿cuánta gente ha perdido a su bebé en estas condiciones? Incontable... y la mala suerte no tuvo en cuenta ni dónde vivía, ni su éxito ni lo buena persona que era.

Empiezan a escocerme los ojos y pido con todas mis fuerzas que esto sea solo una pesadilla. Pienso en Will, en mi Will, el de verdad, el servicial, el cariñoso, ese al que todo el mundo confiaría su alma porque su bondad y buen hacer le preceden, y me abruma lo mucho que me gustaría que estuviera aquí.

De pronto, como si alguien allí arriba hubiera escuchado mis plegarias, Will aparece con la cara desencajada. Al localizarme, se agarra a la barandilla de mi cama como si fuera a fundirla.

—¿A dónde se la llevan?! ¿Cómo está?!

—A quirófano. Hay que practicarle una cesárea urgentemente.

—¿Will! ¿El bebé no puede respirar! ¿Su corazón late débil! ¿No sé qué le pasa!

Me mira aterrado y después al médico.

—¿Es usted el padre? —pregunta el sanitario.

—¡Sí!

—Venga con nosotros. Hay que darse prisa.

Avanzamos veloces por los pasillos del hospital con su mano comprimiendo la mía. Me alegro tanto de que esté aquí que no puedo ni hablar. Solo quiero llorar. De alivio. De miedo. Y lo hago. Él me mira angustiado.

Una vez en quirófano, me trasladan a una camilla y me cortan el camisón. En un momento, montan un entramado de telas verdes de manera que ni Will ni yo veamos lo que ocurre más allá de mi estómago. Las lágrimas caen por mis mejillas al notar el nerviosismo de los médicos.

—Tranquila... —musita él acercándose a mí.

—¿Tengo miedo, Will! —sollozo apretándole la mano con fuerza.

—Todo va a salir bien. Confía en mí...

Su mirada me tranquiliza un poco. No puedo creer que haya venido. ¡¡Ha venido!!

—Siento mucho el numerito de antes —gimoteo.

—Shhh... No pienses en eso ahora.

—¿Siento haberte hecho pensar que no te quería! ¿Eres lo que más quiero en el mundo, pero me daba miedo sentirlo! —digo llorosa.

—Relájate, por favor, ahora piensa solo en Ashlyn...

—Si la pierdo, me moriré, Will...

—No vas a perderla.

Me colocan una mascarilla en la cara y me inyectan la anestesia general, pero no dejo de mirarle. Él me acaricia la cara y me habla:

—Tranquila. Cuando despiertes, Ashlyn estará aquí. Y estará bien.

Los ojos se me cierran y elijo creerle mientras las lágrimas corren por mi cara.

—¡Llama a Jimmy, que se dé prisa! ¡Tenemos que abrir ya! —Es lo último que oigo.

Despertarte y ver que tu tripa ya no está es una sensación funesta. Algo queda, pero entender que el bebé ha desaparecido te deprime. Estoy definitivamente sola en lo que llaman «la sala del despertar», tampoco se han complicado mucho con el nombre...

Una enfermera se acerca a mí con amabilidad.

—Hola, Molly, todo ha ido bien.

—¿Dónde está mi hija?

—En la incubadora. Ha pesado dos kilos justos al nacer y tendrá que estar unos días más allí. De momento, le han puesto la ayuda de un respirador. Tú estarás una hora más aquí, recuperándote, y después te llevaremos con tu familia. ¿De acuerdo?

—Gracias...

Al decir «tu familia» me ha recorrido un escalofrío.

Lo último que quiero ahora es ver a mis padres para que me digan que no sirvo ni para llevar un embarazo a término...

Si los Williams me quieren un poco, no les habrán avisado.

Cuando me suben a planta, Max, Jack y Will me reciben con sonrisas tranquilas. La mirada optimista de este último me relaja por completo.

—¡Molly, por Dios, qué susto nos has dado! —exclama Max.

—Siento haberte asustado... ¿Estás bien? —digo con ironía.

Jackson sonríe socarrón y me pregunta si me duele mucho.

—Muy poco. Creo que todavía me dura la anestesia. ¿Habéis visto a Ashlyn?

—Sí —contesta Will con regocijo—. Es una preciosidad.

—¿Está bien? Bien hecha, digo... o... le falta algo...

Todos se mofan del comentario. Pero lo digo en serio...

—Es un bebé normal con un tamaño un poco más pequeño del habitual. Aunque apenas se la ve con tantos cables y el respirador.

—¿Pero respira bien? ¿Cuándo podré verla?

—Está perfecta. Está en una sala al final del pasillo, cuando puedas levantarte y caminar te acompañaré a verla.

Respiro aliviada. Intento levantar una pierna y apenas me obedece.

—Pues parece que tardaré un rato.

—¿Quieres ver una foto? —pregunta Max.

—No, quiero verla en vivo y en directo por primera vez...

—Vale —Sonríe mi amiga—. Es perfecta, Mol, ya verás...

—Decidme que no habéis llamado a mis padres —suplico.

—No —contesta Will tajante—. Todavía no saben nada.

—¿Y el resto de los Williams?

—Les hemos dicho que esperen a mañana —informa Max—. Supongo que tenéis mucho de qué hablar en privado...

Will y yo nos miramos aludidos.

—En realidad, ya le he pedido perdón a Will en el quirófano por la escenita de antes... Quería hacerlo por si me moría...

—Qué bruta eres —sonríe Jackson.

—Lo brutal fue recibirle en el jacuzzi desnuda...

—¡¿QUÉ?! —dice Max divertida.

—En mi defensa diré que no fue idea mía... Fue de Bradley.

—Me gusta cómo piensa ese tío —salta Will. Y todos nos reímos.

—Pues hay que darle las gracias de corazón —opina Max—. Porque por culpa de ese baño caliente, te bajó la tensión lo suficiente para marearte, acudir al hospital y que vieran que al bebé no le llegaba suficiente oxígeno.

—¿Crees que tendrá alguna consecuencia? —pregunto aterrada.

—Dicen que no —contesta Will—. Todo es normal. Lo único raro que tiene es que es

exageradamente preciosa. Como tú...

Jackson capta algo en el tono particular de Will y reacciona.

—Max, cariño, tú y yo mejor nos vamos a tomar algo y les dejamos hablar... —La coge para arrastrarla con él.

—Vale, ¡pero llamadnos cuando vayais a ver a Ash, por favor! Estaremos muy cerca.

—No nos llaméis. Vedla vosotros solos y tranquilos —la contradice Jack.

—¡Jo! —protesta Max.

Sonríó porque se complementan a la perfección.

Cuando nos dejan solos, Will se acerca con la excusa de mullirme la almohada.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Estoy tentada de decirle que a él, pero me contengo. Quiero probar a ver qué tal nos va siendo un poco más normales, no unos malditos «ansia viva». No obstante, me gusta sentir que él desata mi pasión de esa forma. Me hace sentir viva, valga la redundancia. Y esa sensación está muy infravalorada hoy en día. Sin él, vivo la vida mucho más apagada y no al contrario. Así que, olvidaos de vuestra media naranja y encontrad a vuestro medio mechero.

—No, gracias. Estoy bien —contesto a su pregunta.

—Pues yo sí necesito algo —dice sorprendiéndome—. Abrazarte.

—Pues hazlo... —Me encojo de hombros, vulnerable, con unas ganas de reír, llorar y gritar que me muero. Puede que el bebé ya no esté dentro de mí, pero sé que mis hormonas seguirán causando estragos un tiempo. O puede que sea algo perenne y ser madre haya conseguido humanizarme del todo.

Will se acerca con cuidado y me estruja con suavidad entre sus brazos. Sentirle respirar contra mí también está infravalorado. Es jodidamente maravilloso.

Pasan los segundos y no me suelta.

—Me habéis dado un susto de muerte, las dos... —justifica su necesidad de quedarse enganchado.

—Gracias por llegar justo en el peor momento.

—No... Lo siento... No tendría que haberme ido de Bay View —Me mira afligido.

—¿Por qué te has ido? —pregunto posando mi mano en la suya.

—Porque no respondía de mí... Igual que tú no respondiste de ti cuando nos encontramos la última vez allí.

Nos mantenemos la mirada unos segundos.

—Dime una cosa —empieza él entonces—. ¿De verdad has vendido tu increíble pisazo? ¿Ese del que estabas tan enamorada...?

—Sí —Sonríó de medio lado.

—¿Por qué? —pregunta solemne. Como si de esa respuesta dependiese nuestro futuro.

—Porque estoy mucho más enamorada de ti...

Lo veo tomar aire y sus ojos empiezan a brillar regodeándose en mi frase, así que sigo.

—Quería demostrarte que esta vez voy en serio, Will, que nada ni nadie volverá a separarnos jamás... Ni siquiera tú.

Él se acerca mucho más a mí y supervisa mis labios dando a entender que quiere rozarlos, pero todavía tiene preguntas.

—¿Por qué has cambiado de opinión? ¿Por qué de pronto me perdonas que hiciera que te inseminaran con mi ADN?

—No ha sido de pronto, te lo aseguro... Ha sido la suma de pequeñas señales que he ido recibiendo de la gente. Me ha costado mucho analizar que el problema principal fue que, en el

fondo, lo que más deseaba cuando estábamos juntos es que tú fueras el padre. Pero a la vez me tranquilizaba pensar que era imposible.

—Y cuando supiste que lo era de verdad, te asustaste.

—Mucho... Nunca he servido para convencionalismos, Will. No encajo en ningún molde. Ni siquiera he podido concebir a nuestra hija en el tiempo estipulado para ello...

—No digas eso —Me coge la cara.

Sentir sus dedos en mi piel hace que mis sentidos se afilen. Él lo nota y acaricia mi mandíbula con sus pulgares, disfrutando de ello. Sé que quiere besarme, pero también hablar y dejar las cosas claras. Nuestra atracción fue una jodida realidad desde el minuto uno, pero nuestro amor todavía tiene que afianzarse. Solidificarse. Hacerse real.

—Si nuestra hija es la mitad de fuerte que tú, le bastarán 34 semanas de gestación. Mol...

Nos miramos intensamente a los ojos. Estamos mucho más cerca que antes sin pretenderlo, y pronto nuestra vista resbala hasta nuestras bocas, sin atrevernos a dar el paso.

—Will...

—¿Sí?

—Ahora sí que necesito algo...

Y sin esperar un segundo más, me besa.

Jamás en la vida me han sabido mejor unos labios. Porque son unos que creía perdidos. Unos que llevan volviéndome loca demasiado tiempo y no creo que nunca dejen de hacerlo.

—Te quiero desde hace muchísimo tiempo —confiesa en mi boca—. Antes de besarte ya sabía que nunca querría a nadie como te quiero a ti, Molly. Siempre has sido tú... Nunca ha habido nadie que te hiciera sombra.

Sus palabras me emocionan y las lágrimas hacen puenting desde mis ojos.

—Si tenía tanto miedo es porque yo sentía lo mismo, Will. Lo sentí en la boda de Max cuando me di cuenta de que eras tú. Sentí que eras lo más especial que podría tener jamás...

—No quiero que dudes nunca más de nosotros. Porque resulta que el universo nos quiere juntos —Sonríe.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas cuando elegiste a un donante del catálogo?

—Sí.

—Pues era yo... Me elegiste a mí, Molly, como primera opción.

—¿Cómo?!

—Me lo ha dicho Shawn. Jackson y Max lo investigaron.

—¡¡Madre mía!!

—Es increíble, lo sé...

Mi interminable cara de sorpresa le hace sonreír más.

—Así de inevitables somos, pequeña.

Volvemos a besarnos ensimismados y soy totalmente feliz. O casi.

—Necesito ver a Ashlyn y tenerla en brazos, Will —musito—. No puedo esperar.

Él me mira y piensa rápido.

—Voy a pedir que nos traigan una silla de ruedas para llevarte a verla —¿Dependencia o heroísmo? Me resbalan las apreciaciones de la gente, como dice J.A. Bayona, «mi dios es quien hace por mí lo que necesito para seguir viviendo». Y ahora mismo es ver a mi hija.

Will consigue los medios en tiempo récord y maniobra conmigo para trasladarme hasta ella.

No puedo contener los nervios cuando me empuja por el pasillo hacia la sala de neonatos. Al acercarme a la cápsula, apenas puedo verla bien con tanto cable, pero Will tenía razón, la

pequeñita es perfecta y preciosa.

Me emociono y Will conmigo. Es un momento único.

—Es increíble... —musito llena de amor. La sensación es tan potente que es imposible abarcarla. Solo puedo dejarme llevar. Al fin he entendido lo que es el amor. Y cuando te lo permites, es algo inigualable.

A la mañana siguiente, la familia Williams al completo se planta en el hospital a primera hora de la mañana. Todos quieren conocer a la pequeña Ash.

Se les cae la baba con ella y son tan amables y cariñosos conmigo que me emociono cada dos por tres. ¡Soy un grifo abierto! Lo más divertido es que nos miran sin saber muy bien qué ha ocurrido entre Will y yo y en qué punto estamos. Ni siquiera Max y Jackson tienen claro si volvemos a estar juntos o no, porque anoche no contesté a sus mensajes de cotilla profesional.

«Dime algo. ¿Habéis vuelto?».

«¿Estáis juntos o no?».

«¡Molly, dime algo o me muero!».

«No voy a dormir nada esta noche por tu culpa. Y eso que era mi noche de descanso, le toca a Jackson darle de comer a Lisa».

—Así aprenderá... —decía Will.

—Lleva *Consigue al tío* en la sangre... Y la pobre quiere saber si lo he conseguido.

—Has conseguido mucho más que eso... Tienes mi corazón.

Ha sido una noche increíble. Nosotros también hemos dormido poco, pero ha merecido la pena cada segundo.

Si Max se hubiera molestado en consultar mi TikTok habría obtenido respuestas, porque parte de la noche la dedicamos a hacer un video explicativo para mis seguidores, contándoles que nuestra hija había nacido ya y que habíamos vuelto juntos. No nos quedamos a ver las reacciones, pero esta mañana tenía la cuenta colapsada.

Ahora nos lo estamos pasando genial porque todos buscan una señal, un roce, o algo que les dé información sobre nuestra situación sentimental actual, y Will y yo competimos por ver a quién se le escapa antes. Pero yo he encontrado la demostración perfecta para ganar a la vez.

—Familia, tengo algo que anunciar... —digo pizpireta.

Todos me miran expectantes y después a Will. Me encanta hacer sufrir a la gente con un imaginario redoble de tambores. ¡Es total!

—He decidido que la pequeña se llamará Ashlyn Williams, no Baker.

El grupo al completo suelta una exclamación y Will me mira anonadado. Sus defensas se resquebrajan poco a poco mientras observa mi sonrisa de triunfo, y no puede evitar acercarse y sentarse a mi lado, apocado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí... Estoy segura.

—Pero...

—Pero nada. Quiero que sea una Williams, no una Baker.

—¡Ay..., muchas gracias! —exclama el padre de Will, que rompe a llorar y el resto a reír.

Miro a mi chico, ufana, y no puede evitar besarme conmovido. La exclamación ahogada por parte del público no tarda en llegar. De Max y su madre, principalmente. Que chillan, aplauden y se abrazan.

Ray y John silban para celebrar su dicha.

Will y yo nos separamos apenas para sonreír un poco.

—¿Te parece bien mi decisión? —le pregunto embelesada.

—Bien, no. Es otro sueño hecho realidad.

FIN

EPÍLOGO



Seis meses después

Si vuelvo a ver un globo rosa más juro que explotaré.

¡Están por todas partes! Al final voy a tener pesadillas con ellos...

¿De verdad son indispensables para adornar el bautizo de un bebé?

A las chicas se les ocurrió la flamante idea de organizar el bautizo de Lisa en la mansión. Jamás pensé que fuera un idea tan horrible que mi casa fuera el escenario de un evento de mínimo calibre. No recordé que la palabra *mínimo* no va con Molly, y tampoco pensaba que tendría tanto éxito. La gente está alucinada con la fiesta. Y no me extraña, porque ha hecho un trabajo impecable. Siempre supe que era capaz de mucho más.

—Cariño, ¿sabes dónde están los detalles de recuerdo? —me pregunta distraída—. Son unas botitas rosas tejidas a ganchillo con peladillas dentro y una tarjetita.

—No. Y si las hubiera visto, las habría tirado por la ventana.

La sonrisa que me dedica hace que quiera desnudarla entera.

—No seas gruñón. Ya termina... Esta noche todo habrá acabado.

Me arrimo a su espalda y coloco una mano en su tripa. Mi labio no tardo ni dos segundos en caer hasta su cuello.

—¿Significa eso que por fin podrás quedarte dormida conmigo, en vez de trabajar hasta tan tarde ultimando detalles?

—Sí. Como Ashlyn no va a tener bautizo, me he esmerado en el de Lisa como si fuera para mí.

—Y lo has hecho de maravilla... —musito incrustando al pequeño Willy entre sus nalgas. Que jadee evocando sus hazañas, me vuelve loco.

—No me provoques, estoy trabajando... —advierte lasciva.

—Esto es una fiesta de la familia y en las celebraciones de los Williams exijo poder echar un polvo rápido con mi mujer en el primer lavabo que encontremos —Hago que se arquee.

—No soy tu mujer... —responde rebelde.

—A todos los efectos, sí.

—A veces creo que no me caso solo para que mi padre no tenga que acompañarme al altar.

Nos partimos de risa juntos. Ahora mismo no podría separarme de ella ni aunque el cura que ha oficiado el bautizo nos interrumpiera. Me gustan demasiado estas conversaciones inocentes que nunca terminan en nada pero que incrementan las ganas de encontrarnos en el colchón cuando llega la noche.

No llegamos a avisar a los padres de Molly de que Ashlyn había nacido seis semanas antes. Cuando llamaron para preguntar una vez cumplidas las cuarenta semanas, Molly les mandó una foto y les dijo que estábamos de vacaciones en Probetalandia. No se les ocurrió volver a escribir.

Cuando un mes después, mi madre preguntó a Molly por sus padres, ella contestó: «para mí, vosotros sois mis padres», y la cara de estupefacción y también de devoción de mi madre dio por zanjado el tema hasta hoy. Nunca hemos sido más felices.

—Podrías dedicarte a esto cuando termine tu baja —le propongo sagaz—. Ni yo ni nadie de los aquí presentes ha participado jamás en una fiesta con tanto caché como esta, y eso que la invitada de honor acaba de cagarse encima.

Molly se ríe y se gira con los ojos brillantes de emoción.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto... —Rodeo su cintura—. Tienes un don para esto. Y además te encanta. Admítelo.

—La verdad es que me gusta mucho organizar eventos...

—Lo sé. ¿Por qué te crees que compré esta casa? —Levanto las cejas, listillo.

Ella me mira extrañada.

—Que te lo diga Jackson. Le dije que esto podría ser un *Château* para bodas, con una suite nupcial y habitaciones para invitados. Ceremonia en el jardín, sillas blancas, una celosía con flores...

—¡Will...! —exclama anonadada. Porque sé que acaba de visualizarlo en su cabeza y le cuadra a la perfección. Se ve capaz, y sabe que con sus contactos podría convertirse en un referente para enlaces de lujo en la ciudad.

—Compré esto pensando en que dejaras *Consigue al tío*...

Molly se muerde los labios y veo el amor rezumando en sus ojos.

—Estás loco... —susurra emocionada. Y excitada.

—Creo que sí vamos a tener que buscar un baño, después de todo...

Sonríe y me pega, como hacen las chicas que están locas por ti. Y aprovecho para robarle otro beso, como debe ser.

—Pero si hiciésemos eso, no podríamos vivir aquí —expone suspicaz—. Probablemente, te volverías loco...

—Quizá por eso sea una suerte que haya recomprado cierto pisito en el 1200 de California Street...

—¡¿CÓMO?! —grita perpleja.

Mi respuesta es sonreír.

—Creo que voy a desmayarme... —Se derrumba en mis brazos, teatral, y la recojo entre risas. Nos quedamos en la postura del final de un baile de salón.

Me mira desde su posición inclinada y me acaricia la nuca con cariño.

—¿Has comprado mi piso de nuevo para vivir en él? —pregunta solemne.

—¿Tú que crees? —Sonrío lobuno.

—Que si fuera cierto, serías el hombre más maravilloso de la Tierra...

—¿Todavía lo dudas?

—Dios, Will... —Me besa con un amor infinito.

Nos enderezamos y seguimos besándonos ensimismados. ¿Cómo he podido vivir tantos años sin esto?

De pronto, sonrío.

—Oye, ¿cuántas veces vamos a mudarnos en esta telenovela?

—Las que sean necesarias. Tú lo vendiste para demostrarme que me querías y yo he querido comprarlo para demostrarte lo mismo. Tenías razón. Creo que vamos a estar realmente cómodos allí... Dejaremos el *Chateau* para el trabajo y para disfrutarlo los fines de semana con la familia.

—Eres el mejor —sentencia embelesada.

Alguien carraspea y nos soltamos.

—Disculpen, señores. Vamos a sacar la tarta ya —nos informa una camarera.

Cuando salimos al jardín, vemos que todo está dispuesto. A nadie le parece extraño que la tarta sea siete veces más grande que el bebé, solo a mí, pero admito que es bonita.

Busco a Ashlyn con la mirada y la encuentro apoyada en el pecho de mi madre, medio dormida. Ya está cansada de tanto ajetreo y ha encontrado el mejor remanso de paz, escuchando los latidos del corazón más grande que existe.

Mi madre me mira y me sonrío como siempre he deseado que lo haga, con orgullo.

«Clin, clin, clin».

Molly hace restallar una cucharilla contra su copa de champán y todo el mundo le presta atención.

—Familia, amigos, gracias a todos por venir al bautizo de Lisa. Tenía especial interés en regalarle esta fiesta a mi ahijada porque la quiero con todo mi ser. Brindemos por ella, porque tenga una vida magnífica. ¡Salud!

Todo el mundo brinda y aplaude, pero mi chica continúa.

—Y con su permiso, me gustaría anunciar otra cosa a nivel personal... Iba a esperar, pero prefiero hacerlo ahora que estáis todos presentes.

Sonrío al pensar que va a anunciar que pretende montar una empresa de eventos y que si alguien está interesado, que la contacte, pero me sorprende diciendo:

—Quiero que sepáis, que el año que viene, habrá un Williams más en la familia... Estoy embarazada...

La exclamación de la gente coincide con mi cara de pasmo.

—Sorpresa... —La veo vocalizar en mi dirección, y me sonrío con cariño.

Me acerco a ella alucinado e intento buscar alguna señal que lo indique.

—¿Por qué no me lo has dicho a mí antes?! —La riño.

—¿Crees que eres el único que sabe dar sorpresas?

—¡No vale! ¡Esta las supera todas!

Nos abrazamos con fuerza y me mira encantada.

—Otro hijo... —digo ilusionado.

—Y a la antigua usanza, como tú querías.

Juntamos las frentes y no me creo que este grado de felicidad exista.

«Clin, clin, clin», se escucha de nuevo.

—Hola —dice Max temblorosa—. Es que... ¡nosotros también íbamos a anunciar que estamos embarazados otra vez! —grita.

—¿¡QUÉ?! ¡No puede ser! —exclama mi chica.

Max y Molly corren a abrazarse y saltan juntas. Jackson y yo nos miramos, abochornados. Sobre todo cuando Ray se nos acerca y dice:

—Oye, una pregunta... ¿Hacéis algún tipo de brujería concreta para preñarlas a la vez o...?

Le atizamos entre risas y servimos champán para brindar todos de nuevo.

—¡Will! —me busca Molly—. ¡No te lo vas a creer! ¡Ya tengo a mis primeros clientes! Como la cosa iba de buenas noticias, Brad me acaba de decir ¡que Lily y él van a casarse!

Escupo el champán.

—Qué bien... —digo por educación.

—¡Y me han pedido si puedo organizarles la boda! ¡¿No es increíble?! ¡Ni siquiera sabían que iba a dedicarme a esto! ¡Creo que puede estar genial!

—Me alegro mucho por ti, cariño.

—¿Estás bien? Estás raro...

—Es que... que Brad se case es lo mejor que podría pasarme, así deja de ser competencia para mí.

—¡Nunca lo ha sido!

—Lo fue una vez. Me cambiaste por él, ¿recuerdas?

—Porque no sabía que eras tú, si no, jamás lo habría hecho. Por suerte, remediaste mi cagada, y eso es algo por lo que te estaré siempre agradecida.

—Ah, ¿sí? Pues todavía no me habías dado las gracias... —digo subiendo las cejas.

—¿Seguro?

—Segurísimo...

—En tres minutos nos vemos en la terraza de arriba. Te aseguro que sabré agradecértelo bien...

Se va con unos andares que me la ponen durísima y sonrío.

Brad dejó de ser una amenaza en la primera cita, cuando me eligió a mí, pero me encanta usar esa carta. Y a ella que la use.

Brad es la prueba de que nada ni nadie podrá destruirnos. De que la perfección no existe porque la creas tú mismo, y de que todo lo que tenemos son sueños por cumplir. Y si crees en ellos, muchas veces, se hacen realidad.

AGRADECIMIENTOS

Os juro que tenía muchísimas ganas de escribir este libro, porque aquí, a la macarra, le encantan los bebés y todo su mundo desde que era bien pequeña. Quizá sea porque de niña nunca jugué con muñecas, en mi casa compartía juguetes unisex con mi hermano, como los Playmobil, pero siempre miré de reojo a las Barbies y a los Nenucos de mis primas. Puede que ahí empezara mi extraña fijación con el inaccesible rosa/fucsia...

La cuestión es que, aunque he sido una *viva la vida* que no volvió a vivir en casa después de los dieciocho, que he gozado de una libertad física y mental sana para hacer lo que he querido siempre y he salido más noches que el camión de la basura..., siempre tuve claro que algún día tendría hijos y me parecía todo un reto combinarlo con alguien como yo, que adora viajar por todo el mundo (cuanto más lejos mejor), que adora sus frikadas, (series, pelis y libros a tope), y no estaba dispuesta a renunciar A NADA con tal de salirme con la mía. Ni siquiera a ser madre.

En ese sentido, mi prota y yo tenemos bastante en común. Una mujer polivalente, con muchísimas aficiones, aspiraciones y ambiciones, que siempre ha querido ser, además, madre.

No obstante, me parece importante mencionar que en este manuscrito se respeta totalmente a la gente que, por equis motivos, no quiere tener hijos. Es decir, esta no es una historia que haga apología a la idea de «¡tenlos, serás más feliz!». Para nada. ¿Cuánta gente se ha dejado llevar por la norma establecida de tener descendencia y se ha terminado arrepintiéndose y amargando la vida? Por suerte, creo que estamos en una época con la suficiente libertad para recapacitar y ELEGIR lo que de verdad te apetece hacer o no con tu vida, con tu cuerpo y con tu tiempo. Y creo que nadie está en disposición de juzgarlo, aunque ya sabemos todos cómo se pone la gente cuando no concuerdas con sus ideales. Gracias, Threads...

Creo que este libro trata un tema mucho más importante que el de la cuestión de tener hijos o no. Porque mi prota ya parte de la base de que quiere tenerlo y lo tiene. No hay más. Para mí, la idea más profunda y que quería tratar, de ahí el título, es si necesita o no, a un hombre al lado para tenerlo.

Lo siento, si no me metiera en berenjenales no sería yo.

Nos vemos ante la premisa de una mujer feminista, inteligente e imparable como ella, que piensa que sí se puede. Y yo también lo creo. Es más, creo que nada es IMPOSIBLE. Soy de las que piensa que LO IMPOSIBLE solo cuesta un poquito más. Pero aquí os traigo una historia de amor en la que se recrea la clásica situación de «¡qué bien se está soltera, voy a tener un hijo sola porque puedo!», y de repente, sin comerlo ni beberlo, se enamora. Y todo, mientras está dando prácticamente un seminario por redes sociales sobre las ventajas de ser madre soltera e independiente y no tener pareja. Jijiji, ahí es nada...

Es decir, con esto no trato de mandar ningún mensaje personal, es solo una historia ficticia de a una chica que le pasa eso.

Además, y porque a mí me da la gana, el universo le pone en una serie de aprietos de los que difícilmente se puede salir «sola», y le reventará tener que pedir ayuda, y llevarse la lección de que, por mucho que seas una maníaca del control (como yo) la vida no siempre sale como la planeas. Sorpresa....

Siento la chapa.

Pero me parecía importante hacer esta reflexión porque sé que es un tema peliagudo y no quiero que nadie se me lance a la yugular. Además, últimamente veo mucho en redes lo de «tener pareja sí o no» y me da pena leer cosas como «el otro día pensé que igual estaría bien tener novio, pero luego me di cuenta de que solo quería que alguien bajara al supermercado por mí». Personalmente, quizá por ser escritora de romántica, no me gusta sentir que la humanidad ha dejado de creer en el amor. Que por tener una relación tóxica en el pasado, se cierren en banda a encontrar a alguien que realmente merezca la pena y le sume en vez de restarle.

Me da pena porque pienso que el amor mueve el mundo, y que, con esta nueva forma de pensar nos estamos yendo al garete. Por eso me moría por escribir un libro así, un libro en el que alguien obcecado con que no necesita a nadie y que está mejor solo porque una vez sufrió, acabe enamorándose y viendo que la parte positiva del amor es mucho más poderosa que la negativa, y que vale *la pena*.

Ahora sí que os dejo en paz.

Espero que disfrutéis muchísimo de esta historia, de las risas, del sufrimiento, que también lo hay, porque cada día veo más claro que no existe una cosa sin la otra. «Que no te puedes sentir “bien”, si no sientes “nada”», porque es una paradoja.

Por mi parte, estoy orgullosa de haber terminado mi décimo octavo libro y soy muy consciente de que no podría haberlo hecho, o al menos, quedado tan rematadamente bien, sin la inestimable ayuda de mis secuaces.

Poco se habla de monumento que se merece **@ladyromantikbook** no solo por ayudarme a mí, sino a tantas escritoras en su día a día. Te vamos a llamar LadyRomantic de Calcuta. Pero resulta que sé que yo soy la que más tinta te hace sudar. La ovejita negra, pero ¿y lo que me gusta serlo? ¿Y lo bien que nos lo pasamos sufriendo juntas y encontrando soluciones? Hubo una época en la que tenía miedo de perderte, porque la vida es larga, y porque ya he tenido otras cero de las que nunca más se supo, pero estar segura de que a ti te voy a tener siempre, más que nada porque no te voy a dejar irte, porque ya somos familia, es una tranquilidad que me hace dormir mejor por las noches.

Sé que tienes más novias, porque tu corazón es tan grande que tienes para todos, y no podría estar más orgullosa y contenta de ello. A mí me basta con saber que tengo a alguien en mi vida al que no tengo que decirle «Hola» cada vez que le hablo. No es una cuestión de educación, es que donde hay confianza, da asco. Y muchas veces cuando alguien me escribe y luego pone «Por cierto, Hola», me llega al corazón.

Irene, mi niña, gracias por todo lo que haces por mí y por mis libros. Sin ti np serían lo mismo. Te quiero mil.

Le toca el turno a mi querida **Bego Pérez**, cuando siempre digo que contigo todo es mejor, no es una maldita frase hecha, ¡es que lo es! Tienes el don de sacarle el alma a los libros. Ver la historia a través de tus ojos siempre es un plus. Uno que siento que no me merezco. Hago mío el enriquecimiento que le das y me siento una impostora. Luego pienso que algo habré hecho bien para que el universo te ponga en mi camino y me tranquilizo. Vales oro, amiga. Te quiero y te valoro más de lo que te imaginas y lo sé porque cuando te digo que eres mi Dios, mi gurú y mi ejemplo a seguir, te partes de risa. Pero va en serio. GRACIAS. GRACIAS. GRACIAS. Nunca serán suficientes. Eres mi cuenta pendiente... Ojalá algún día pueda devolverte tanto.

También quiero dar las gracias a **Eli** de **@Elipr** por leerse el libro en tiempo récord antes de

su publicación y pillar ciento y un gazapos fruto de mis dedos de tortuga ninja... Gracias por tus ojitos de águila. Te lo agradezco un montón. Eres la mejor lectora fan que alguien podría desear, ¡con una parte psicópata incluida que me flipa! Gracias por ayudarme cuando lo necesito. Eres un amor.

Y por supuesto a mi prima **Ana Galarraga**, ¿qué sería de mí sin ti? Me encanta empezar tu trocito siempre con la misma frase, y más en este libro, ¡donde yo te he salvado el culo a ti!, digo, el cuello. ¡JA JA JA! Os cuento. 13h AM. «Hola, prima, ¿te lees el libro y me dices si encuentras algo? Tienes dos días». Respuesta: «Llevo todo el día en la cama con vértigos. Todo me da vueltas, no voy a poder». Le mando un vídeo de Youtube. Esa misma noche ya se había leído quince capítulos... ¡Así somos las Casas! Un equipazo. Gracias por bebértelo medio moribunda, ¡no sabes cuánto significa para mí! Y que te encante. Mil gracias por ser como eres. Ya sabes que cuento contigo para todo. Y con los gamos. Primas Forever.

Una mención especial para **Alma Salazar**, que ha tenido la generosidad de ser mi ojo de águila por primera vez. Ya sé que eres multifacética, (no sabéis hasta qué punto es una máquina), pero te lo digo: ¡tú has nacido para esto! Millones de gracias por leerte el libro tan rápido y hacer que quede mucho mejor gracias a tus aportaciones y correcciones. Ojalá repitas porque eres un gran fichaje. A tus pies. ¡GRACIAS!

Y ahora, vosotrxs, **mis Fuxias**, mi familia cibernética que me fabrica sonrisas a diario. Gracias por los posts que subís sobre mis libros, las menciones y vuestras palabras por privado, que son la gasolina que necesito para continuar en marcha. Mil gracias a:

@yaii_books25, @gabrente, @laurelleeyescribe, @africa_cantero @la.peluteca, @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmiere, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lecturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @cristina_segarras_escritora, @kilimz82, @lectoraenverso_26, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @noefru, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet @bgomezmartin, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectora, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @locasdelmundo4, @silpavila, @lectoras_con_clase, @crisfillolacas,

Raquel Morantes de @raquel_morante_morales, Nieves López de @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eserverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafritos_autora, @_cristiane_, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @bookslovershouse, @cynthia.cerveaux14, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandrادت2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura,

@viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanessa_salas, @meymay6,
 @el.rincón.de.sita, @saradominguez23, @mlcg1986cins, @rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez,
 @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73,
 @Nielsennila, @diarii_books, @ana.martinhdez, @carol_lopez3112, @jennifeer92,
 @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m, @susyyflo, María José Claus Molina,
 @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero,
 @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @jessi.5113, @maricarmenmuoz,
 @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau,
 Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara
 Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu
 Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de
 @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna
 Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran
 Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel
 Gómez, Elena Martínez, Laura Ortiz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de
 @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García,
 María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús,
 Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río.
 @cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty,
 @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer,
 @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora,
 @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell,
 @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @mariainspace_,
 @crusisanchez, @lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5,
 @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniamirezlopez,
 @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @andy_caro13, @librosdeirene,
 @valkiriaread, @salseo_de_libros, @siempreleyendoydesconectando, @nita_fdez1,
 @mayblacksmith, @everlasting_reader, @garbival, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea,
 @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn.,
 @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18,
 @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazzbabook, @pilarcabrerat,
 @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573, @nago24, @laurabooksblogger, @anais.1203,
 @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @lady_creative_doll,
 @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar,
 @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_,
 @evelimpa_leeresmipasion, @meymay6, @stefamy_sandoval, @merypoppins750,
 @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85.@marimarmiravalles, @conunlibrosoy,
 @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía
 de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocurna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun,
 @dulce.ando, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @juanidiazdiaz17,
 @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @lectoahastaaltashoras,
 @dove.mmartin, @ladycuqui, @lectoranocurna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de
 @melmely19, @lecturas_mily, @marihoyoslopez, @seguradoalcaide, Reyes de
 @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira,
 @maryambergirl.

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un

fuerte abrazo, Anny.

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones. Devoradora de series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.

La Droga + dura II: Intenta dejarla.

La Mafia que nos une (Mafia 1)

El Poder de la Mafia (Mafia 2)

En el fondo, me tienes.

En el fondo, me quieres.

Vas a ser Mía.

Vas a ser Mío.

Voy a ser Tuyo.

Yo, Superyó y Elle.

Loco, Sexi & Millonetis.

ConsigueAlTío

ConsigueAlPadre

Jaque al duque (Trilogía Kaissa I)

Dama Negra (Trilogía Kaissa II)

Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III)